

**JOHN B. TREND**  
**UN HISPANISTA SINGULAR EN UNA ÉPOCA CONVULSA**

John B. Trend, 1937.  
Residencia de Estudiantes,  
Madrid.



MARGARET JOAN ANSTEE

# John B. Trend

UN HISPANISTA SINGULAR  
EN UNA ÉPOCA CONVULSA

•

*Traducción y notas de*  
JUAN SANTANA Y MARTA FALCES

INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA /  
PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Este libro es una coedición de



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Y ha contado con el apoyo de la Secretaría de Estado de Memoria Democrática con cargo a la convocatoria de subvenciones destinadas a actividades relacionadas con la recuperación de la Memoria Democrática y las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura.



Primera edición publicada en 2013, con el título *JB. An Unlikely Spanish Don. The Life and Times of Professor John Brande Trend*, por Liverpool University Press.

Copyright © Margaret Joan Anstee, 2013 • © del prefacio de esta edición: James Valender, 2023 • © De la coda final: José García-Velasco, 2023 • © de la traducción y las notas: Juan Santana y Marta Falces, 2023 • © de esta edición: Institución Libre de Enseñanza y Amigos de la Residencia de Estudiantes, 2023

Diseño de la colección y cubierta: Montse Lago • Coordinación editorial: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes • Edición y corrección de textos: Trilce Arroyo y M.<sup>a</sup> Paz Santos • Maquetación de textos: Myriam López Consalvi • Índice onomástico: Ana Martín Moreno • Fotografías: archivos fotográficos que se mencionan en cada caso • Fotomecánica: Museoteca • Producción: Willingpress

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro— sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* y de los editores.

ISBN PUBLICACIONES RESIDENCIA DE ESTUDIANTES: 978-84-949650-7-4

ISBN INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA: 978-84-946375-3-7

Depósito Legal: M-35739-2023

Impreso en España

Para la Residencia de Estudiantes y la Institución Libre de Enseñanza supone una gran satisfacción publicar por primera vez en español la biografía que Margaret Joan Anstee escribió sobre su mentor y maestro, el hispanista británico John Brande Trend. La idea de traducir al español este libro fue anterior incluso a la aparición de su versión original, *JB. An Unlikely Spanish Don. The Life and Times of Professor John Brande Trend*, publicada en 2013, puesto que tuvimos el placer de conocer a su autora y recibirla en la Residencia mientras se estaba documentando para la redacción de su libro. Desde aquel momento estuvimos muy pendientes e interesados en el desarrollo de su proyecto, además de proporcionarle cuanta documentación y ayuda solicitó. En aquella ocasión, Margaret Anstee nos visitó acompañada por otro reconocido hispanista británico, Nigel Dennis, entrañable amigo y apreciado colaborador de la Residencia, quien, con profunda consternación por parte de todos los que le conocieron, falleció pocos meses después, en abril de 2013.

Como Margaret Anstee escribe en las páginas de este libro, en aquella visita de mayo de 2012 le sorprendió comprobar que, a diferencia de lo que sucedía en su propio país, el nombre de J. B. Trend estuviera presente en la memoria de la Residencia. Remediar ese olvido del hispanista en el Reino Unido fue uno de los objetivos de la publicación de su biografía, y también del simposio Norman MacColl dedicado a Trend en 2013 en la Universidad de Cambridge, en el que Margaret Anstee pronunció la conferencia principal. Aquella iniciativa conmemoraba los ochenta años de la obtención de la Cátedra de Español en Cambridge por Trend y, con ese motivo, en la Residencia de Estudiantes se organizó también una mesa redonda. Las conferencias dictadas en ambas sedes aparecieron publicadas en julio de 2013 en un número especial

del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (BILE)* titulado «Recordando a John Brande Trend».

La prolongada y estrecha relación que Trend estableció con la Residencia de Estudiantes y con su director, Alberto Jiménez Fraud, hacía imposible que su memoria hubiera caído en el olvido. Desde su primer viaje a España, en 1919, Trend entró en contacto con la Institución Libre de Enseñanza y con la Residencia, donde pronto se convirtió en un estrecho colaborador, a la vez que crecía su amistad con Alberto Jiménez Fraud y con muchos otros residentes y visitantes asiduos. La afinidad que surgió entre Trend y el ambiente que encontró en la Residencia de Estudiantes —«my college in Madrid», como él la calificó—, que se extiende a todo el proyecto nacido de la Institución Libre de Enseñanza, es palpable a lo largo de las diferentes obras que dedicó a la cultura española. Ya en su primer libro sobre España, *A Picture of Modern Spain. Men and Music*, de 1921, Trend incluyó un apartado, «Education in Spain», compuesto por tres capítulos, «“Don Francisco” and the Free School», «Amplifying studies» y «Oxford and Cambridge in Madrid», éste último dedicado a la Residencia (y publicado en versión española en el *BILE*, en diciembre de 2010), lo que lo convierte en uno de los primeros autores, y no sólo en Inglaterra, en escribir sobre la acción educativa y cultural de la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia de Estudiantes. Años después, ya catedrático de Español en Cambridge, en *The Origins of Modern Spain* (1934), Trend amplió sus reflexiones sobre el proyecto modernizador institucionista, con el que se identificó sin reservas y sobre el que continuó escribiendo en obras posteriores.

Comentario aparte merece la estrecha amistad que unió a Trend con Alberto Jiménez Fraud y su familia; una relación

iniciada, como se ha indicado, en 1919, que con los años fue convirtiéndose en fraternal y que se prolongó hasta el final de su vida. La generosa ayuda de JB Trend resultó decisiva para que el presidente de la Residencia y su familia encontraran refugio en Cambridge tras abandonar España al inicio de la guerra civil, y para que, posteriormente, pudieran permanecer en Inglaterra, donde vivieron sus años de exilio. La extensa correspondencia cruzada entre Trend, Alberto Jiménez Fraud y Natalia Cossío, recogida en los tres tomos del epistolario de Alberto Jiménez Fraud publicado en la colección de epistolarios de la Residencia en 2017, es el testimonio más elocuente de ello.

Antes de la publicación de esta biografía, conocíamos por los trabajos de distintos especialistas un gran número de detalles sobre la colaboración de Trend con la Residencia, así como sobre su relación con muchos de los creadores e intelectuales con los que entró en contacto en sus numerosos viajes a España durante el primer tercio del siglo XX, en especial su estrecha relación con Manuel de Falla. A través de sus cartas y de sus propios textos habíamos recibido ya la imagen de una personalidad de honda cultura y sensibilidad, de profunda humanidad, extraordinarias dotes de observación y notable sentido del humor. El retrato completo que nos ofrece Margaret Anstee, a menudo basado en la correspondencia y en los diarios de Trend, además de en sus exclusivos propios recuerdos, no hace sino confirmar y completar esas primeras percepciones dispersas, trayéndolas a primer plano. Al deber de gratitud con su maestro que Margaret Anstee alienta en este libro se suman la Residencia de Estudiantes y la Institución Libre de Enseñanza con esta edición, realizada para recordar y honrar las múltiples historias de amistad, fidelidad y profundo entendimiento que pueblan sus páginas.



José Moreno Villa, *Retrato de J. B. Trend*, 1928. Tinta sobre papel. 34,5 x 23,5 cm. Residencia de Estudiantes, Madrid.

# Índice

- XX **PREFACIO**  
James Valender
  
- XX **PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS**  
**DE LA EDICIÓN INGLESA**  
Margaret Joan Anstee
  
- XX **NOTA A LA EDICIÓN**
  
- XX **I. PRELUDIO**  
ANTECEDENTES FAMILIARES Y LOS PRIMEROS AÑOS  
CHARTERHOUSE  
LOS JARDINES DE LA ACADEMIA: CAMBRIDGE
  
- XX **II. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL**  
DOS MUNDOS EN UN AÑO: 1914  
EXAMEN DE CONCIENCIA AL PIE DEL CAÑÓN: 1915-1918
  
- XX **III. NOCHES EN LOS JARDINES DE ESPAÑA**  
EL AÑO DE LA REVELACIÓN: 1919  
UN ACADÉMICO ERRANTE EN UNA NUEVA EDAD DE ORO
  
- XX **IV. UN CATEDRÁTICO DE ESPAÑOL POCO COMÚN**  
RETORNO A LOS JARDINES DE LA ACADEMIA: CAMBRIDGE  
UN IDILIO FALLIDO: LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
  
- XX **V. NUEVOS HORIZONTES**  
EL NUEVO MUNDO Y UNA NUEVA GUERRA  
EL PERIODO DE POSGUERRA Y LOS AÑOS DE PORTUGAL
  
- XX **VI. EPÍLOGO**  
EL HOMBRE Y SU TIEMPO
  
- XX **CODA: JOHN B. TREND, LA INSTITUCIÓN LIBRE DE**  
**ENSEÑANZA Y LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES**  
José García-Velasco
  
- XX **ÍNDICE ONOMÁSTICO**



El conde Andrew Zamoyski, John B. Trend  
y Alberto Jiménez Fraud, Oxford, 1940.  
Institución Libre de Enseñanza, Madrid.

## PREFACIO

### James Valender

La carrera de un simple catedrático británico no parecería, en principio, estar destinada a llamar la atención del público español. Nacido en 1887 en el seno de una próspera familia inglesa de clase media (su padre fue un cirujano muy distinguido), John Brande Trend (o «JB», como le decían sus amigos) tuvo una niñez típicamente victoriana, pulcra y disciplinada, si bien quedó huérfano de padre y de madre cuando todavía era muy joven. Educado en Charterhouse, uno de los famosos internados ingleses, adquirió una formación humanística muy sólida, basada —como era costumbre todavía en esa época— en el estudio de la literatura clásica latina y griega. De Charterhouse se trasladó a la Universidad de Cambridge para estudiar Ciencias Naturales, que siempre habían despertado su curiosidad, aunque en su tiempo libre cultivó a la vez otra de sus pasiones, la música, alentado por quien sería uno de los grandes musicólogos ingleses del siglo XX, Edward Dent. Finalmente, la música pudo más que las plantas o los insectos, razón por la cual, después de terminar sus estudios (sin pena ni gloria) en Ciencias Naturales, se dedicó a trabajar como periodista y, más en concreto, como crítico de música. De repente, en 1914, su existencia, como la de toda su generación, fue interrumpida por la Gran Guerra. Trend marchó a las trincheras, a arriesgar la vida en un sangriento conflicto en el que murieron varios millones de jóvenes europeos, entre ellos numerosos amigos suyos, como el poeta Rupert Brooke. El antiguo estudiante de Cambridge sobrevivió, pero, como es natural, quedó profundamente marcado por la experiencia. Al retomar su trabajo como musicólogo, pensó en

establecerse en Italia, pero, aconsejado por Dent, optó por ocuparse de la música española, creyendo (con razón) que era una materia sobre la cual se sabía muy poco entonces en Inglaterra. Y fue así como, en 1919, sin conocer todavía el idioma, hizo su primera visita a España. Durante los años veinte llevó a cabo importantes investigaciones sobre la música española, y en 1933 ganó la cátedra de Español de la Universidad de Cambridge, un puesto que ocupó hasta 1953. Murió cinco años después, en 1958... Repito: resumida así, la vida de Trend no parece tener gran cosa que ofrecer al público hispánico. Pero, claro, una cronología tan rutinaria como ésta hace poca justicia a un hombre tan talentoso y tan vital como JB. Porque, como nos enseña Margaret Joan Anstee en su espléndida biografía, Trend fue cualquier cosa menos un hispanista común y corriente.

Todo parece indicar que, desde un principio, Trend sintió una pasión incondicional por España: «En 1919, después de vivir cuatro años y medio como soldado —recordaría mucho después, evocando su primer viaje al país—, las costumbres españolas me parecían no sólo naturales, sino amables y encantadoras. La guerra de 1914-1918 había sido un *crescendo* de horrores, y el número aterrador de amigos muertos hizo que España me pareciera no un país de guerra y lascivia, sino la cuna de una nueva Ilustración»<sup>1</sup>. Hechizado por el país, al que volvería año tras año, Trend llegó muy pronto a dominar la lengua y a sumergirse en su cultura: en su música, desde luego, pero también en su historia, en su geografía, en sus debates educativos, en su arquitectura y en su poesía. Fruto de esta experiencia, a lo largo de la siguiente década se publicaron una serie de trabajos que incluían, entre otros,

<sup>1</sup> John Brande Trend, *Lorca and the Spanish Poetic Tradition*, Oxford, Basil Blackwell, 1956, págs. 5 y 6.

*A Picture of Modern Spain. Men and Music* (1921), *The Music of Spanish History to 1600* (1926), *Alfonso the Sage and Other Spanish Essays* (1926), *Spain from the South* (1928) y *Manuel de Falla and Spanish Music* (1929). Un escrito especialmente memorable fue el hermoso ensayo que en 1922 le dedicó a Federico García Lorca con motivo de la publicación de su *Libro de poemas* (Trend parece haber sido el primer inglés en darse cuenta del talento excepcional del granadino); el ensayo fue recogido después en *Alfonso the Sage and Other Spanish Essays*.

Sus primeros artículos aparecieron en Londres, algunos en *The Times*, otros en *The Athenaeum*, la revista de John Middleton Murry, y otros más en *The Criterion*, la revista fundada por T. S. Eliot en 1922. La relación de Trend con el autor de *The Waste Land* parece haber sido bastante cordial, como pone de manifiesto Anstee en su libro: «JB mantuvo una frecuente correspondencia con Eliot y solían almorzar o cenar juntos [...]. Eliot solía consultar y remitir a JB todo lo relacionado con España. En alguna ocasión lo utilizó de intermediario para contactar con intelectuales españoles, como cuando intentó convencer a José Ortega y Gasset de que escribiera una reseña, desde la posición española, sobre un controvertido artículo acerca del catolicismo que había aparecido en la revista». Es decir, gracias a Trend, la cultura española —o al menos algunos aspectos de esa cultura— contó por primera vez con una digna proyección en algunos de los mejores foros literarios de lengua inglesa.

Uno de los primeros contactos que Trend estableció en España, y también uno de los más importantes, fue con el músico Manuel de Falla. La historia de esta amistad quedó debidamente reflejada en la extensa correspondencia intercambiada entre compositor y musicólogo, que ahora podemos

consultar en la hermosa edición preparada por Nigel Dennis.<sup>2</sup> En su biografía, Anstee aprovecha este epistolario para destacar los hitos más decisivos de dicha relación: el papel de Trend como comentarista en Londres del Concurso de Cante Jondo organizado por Falla y por Lorca en la primavera de 1922; los grandes esfuerzos de Trend por introducir la obra del propio Falla en las salas de música del Reino Unido; y su colaboración, por otra parte, como traductor de la versión de *El retablo de maese Pedro* estrenada en Inglaterra en 1924. Anstee hace muy bien, por cierto, en subrayar el extraordinario cuidado con que Trend solía preparar sus traducciones. Respecto a la del *Retablo*, por ejemplo, señala: «Para ello, tomó como punto de partida la traducción histórica del *Quijote* realizada por Thomas Shelton, iniciada en vida del propio Cervantes y terminada en 1620, cuatro años después de su muerte. JB admiraba profundamente el trabajo de Shelton y, en su opinión, el uso del mismo vocabulario de la época contribuiría, según aseguró a Falla, a reflejar el ambiente del momento. JB se esforzó igualmente en mantener el fraseo y los patrones rítmicos de la partitura». Después del *Retablo*, Trend tradujo el texto de las *Siete canciones populares españolas* de Falla, como también el *Soneto a Córdoba* de Góngora, otra pieza musicalizada por el compositor gaditano.<sup>3</sup> Y, claro, si bien puso especial énfasis en promover la obra de Falla, Trend abrió asimismo un espacio en Inglaterra para otras muestras de la larga tradición musical de España.

<sup>2</sup> Véase *Manuel de Falla-John B. Trend. Epistolario (1919-1935)*, edición, presentación y notas de Nigel Dennis, Granada, Universidad de Granada/Archivo Manuel de Falla, 2007.

<sup>3</sup> La labor de Trend como traductor, desde luego, no fue el menor de sus logros, y me parece que Anstee acierta al recordar también, entre otras traducciones, su versión de *Juan Ramón Jiménez. Fifty Spanish Poems*, que el inglés publicó en 1950 y que sin duda hubo de contribuir a que el poeta de Moguer recibiera el Premio Nobel en 1956.

Como explica acertadamente Anstee, lo que permitió a Trend adquirir un conocimiento íntimo del país en tan poco tiempo fue su estrecha relación con la Residencia de Estudiantes y con su director, Alberto Jiménez Fraud. Si el futuro catedrático de Cambridge fue capaz de proveer a su amigo español de libros e información sobre la cultura británica contemporánea, Jiménez Fraud, a su vez, tuvo mucho gusto en presentar a su colega inglés a los principales escritores e intelectuales españoles del momento. De esto último daría fe el propio Trend muchos años después en su libro *Lorca and the Spanish Poetic Tradition* (1956): «A comienzos de los años veinte tuve la oportunidad en España de sentarme tranquilamente a escuchar hablar a personas como Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Pío Baroja, Ortega y Gasset, Enrique de Mesa, Pérez de Ayala, Antonio y Manuel Machado, Moreno Villa, Amado y Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, el mexicano Alfonso Reyes y el compositor español Manuel de Falla. La mayoría eran poetas o personas muy sensibles a la poesía, y muchos estaban conectados con la Institución Libre de Enseñanza (ILE) o la Residencia de Estudiantes. Naturalmente uno de ellos era Alberto Jiménez, el admirable presidente de la Residencia»<sup>4</sup>. Entre otras actividades realizadas durante sus visitas, deben mencionarse las contribuciones de Trend a la revista *Residencia*, lanzada por Jiménez Fraud en 1926, así como los conciertos ofrecidos en el salón de la madrileña calle del Pinar por The New English Singers, un grupo de madrigalistas que Trend había fundado en Inglaterra. Y habría que tener igualmente presente la valiosa ayuda que éste prestó al Comité Hispano-Inglés;

<sup>4</sup> John Brande Trend, *Lorca and the Spanish Poetic Tradition*, cit., pág. 172.

presidido por el duque de Alba y por el entonces embajador de Inglaterra en Madrid, sir Esme Howard, el Comité tuvo como principal propósito llevar a afamados exploradores, arqueólogos, escritores, artistas e intelectuales británicos a dar conferencias en la Residencia, aunque también otorgaba pensiones que permitían estudiar en España a universitarios sobresalientes de las universidades de Oxford y Cambridge.

Cabe agregar que la Residencia de Estudiantes tuvo una influencia enorme en la carrera de Trend, tanto por los contactos que le permitió establecer, como por la admiración que el musicólogo inglés llegó a sentir por la labor pedagógica que esta casa —y, en un sentido más general, la Institución Libre de Enseñanza— estaba llevando a cabo entonces en España. Parece que lo que más le impresionó fue el intento por estimular en los jóvenes españoles una capacidad, ya no de memorizar datos, sino de pensar por sí mismos, tal y como se acostumbraba a hacer en los colegios de Oxford y Cambridge. Como recoge Anstee, Trend lo resumió así en su ya mencionado *A Picture of Modern Spain*: «Se aspira a conseguir el ideal de toda buena enseñanza, esto es, la búsqueda desinteresada de la cultura. La formación tiene por objeto desarrollar las capacidades naturales del estudiante. No es una cuestión puramente utilitaria, sino que se trata de enseñarle a encontrar la mejor manera de desarrollar sus propias ideas, y a valorar las evidencias que le conducen al conocimiento de la verdad». Trend habló del mismo tema en dos o tres de sus primeros ensayos, pero hasta 1934, en su libro *The Origins of Modern Spain*, no ofreció al público inglés una historia detallada del institucionismo, perfilándose a la vez como un partidario incondicional de la ILE y de sus proyectos.

El estallido de la guerra civil, en julio de 1936, puso un fin abrupto y trágico a una época de gran efervescencia cultural

en España. A lo largo del conflicto —y, de hecho, desde la caída de la monarquía en 1931—, Trend fue un defensor acérrimo de la República y propagó su filiación política con una franqueza y una naturalidad que escandalizaron a muchos de sus colegas ingleses. Desde su cátedra en la Universidad de Cambridge, ayudó a reunir fondos para enviar una Unidad Británica de Auxilio Médico a España en los primeros meses de la guerra (una iniciativa muy criticada, por cierto, por los estudiantes de su propio Departamento de Español y por varios de los profesores). En la primavera de 1937 también colaboró en la tarea de acoger a un buen número de niños vascos enviados a Inglaterra para salvarlos de los bombardeos que entonces estaban devastando Guernica y otros pueblos de Euskadi. Luego, en el verano de ese mismo año, formó parte de una comisión enviada a Valencia para inspeccionar las medidas adoptadas por el Gobierno de la República para proteger el patrimonio artístico del país. Mientras tanto ofreció asilo a su amigo Alberto Jiménez Fraud y a su familia, que tuvieron que abandonar España en el otoño de 1936. Trend intentó igualmente ayudar a Antonio Machado, pero la carta que le extendió para que se refugiara en Cambridge llegó, tristemente, cuando el poeta acababa de morir. Todo esto ha quedado perfectamente documentado por Anstee, quien además señala que el británico sí tuvo éxito, en cambio, al atraer a Cambridge a Roberto Gerhard, un destacado músico catalán que, gracias a la oportuna intervención de Trend, logró refugiarse en el Reino Unido, donde desarrollaría una larga y fructífera carrera artística.

Tras la derrota de la República en 1939, Trend juró que nunca más volvería a España mientras la dictadura de Franco siguiera en pie. Por eso comenzó a dirigir sus intereses hacia horizontes nuevos. En diciembre de 1938 y nuevamente en

abril de 1939, viajó a México, donde se reencontró con viejos amigos, entre ellos el escritor Alfonso Reyes y varios de los intelectuales españoles a los que el Gobierno de Lázaro Cárdenas había dado asilo. La experiencia le resultó sumamente estimulante, tal y como comentó en el libro que publicó poco después bajo el título de *Mexico: A New Spain with Old Friends* (1940). Por aquellas fechas, Trend introdujo cambios en el *Oxford Book of Spanish Verse* para que en 1940 la segunda edición de esta antología (antes a cargo de James Fitzmaurice-Kelly) incluyera por primera vez muestras de la obra de poetas latinoamericanos. Y en la primera mitad de esa década también comenzó a redactar un ambicioso libro sobre *Bolívar and the Independence of Spanish America* (1946). En 1948, ya terminada la Segunda Guerra Mundial, hizo un tercer viaje a México. Sin embargo, para entonces había comenzado a pasar sus ratos libres en Portugal, otro país con vínculos muy estrechos con España y cuya cultura habría de absorber cada vez más su tiempo, mientras preparaba su último libro, dedicado justamente a *Portugal* (1957).

Margaret J. Anstee traza con detalle la evolución de los diversos proyectos emprendidos por Trend en los años finales de su carrera. Fueron años productivos, pero, al leer los últimos capítulos de *John B. Trend. Un hispanista singular en una época convulsa*, uno comienza a sentir que el catedrático va quedando cada vez más aislado en su cátedra. Es cierto que durante los años cuarenta y cincuenta pudo seguir disfrutando de su amistad con Alberto Jiménez Fraud, quien, gracias nuevamente a la ayuda del británico, había conseguido el puesto de profesor en el Departamento de Español de la Universidad de Oxford (Trend sin duda lo habría contratado como profesor en su propio departamento de haber contado con los recursos necesarios para hacerlo, pero por lo

visto esto no fue posible). Aunque durante la Segunda Guerra Mundial no resultaba fácil trasladarse de una ciudad a otra, parece que ambos amigos se visitaban con cierta frecuencia entonces (y después), reuniéndose para animarse el uno al otro, para recordar tiempos mejores, pero también para lamentar la destrucción de tantas cosas buenas que los dos habían ayudado a construir en España. Sin embargo, la amistad de Jiménez Fraud —muy importante para Trend, desde luego—<sup>5</sup> no fue suficiente para mitigar la hostilidad que el catedrático inglés creía percibir en el ámbito estrictamente profesional, donde al parecer no contaba con hispanistas que compartieran su pasión, ni por la Residencia de Estudiantes, ni mucho menos por la República española. Anstee cita numerosas cartas en las que el catedrático de Cambridge se burlaba, con cierta amargura, no sólo de colegas de su propio departamento, como Irwin Bullock y John William Barker, sino también de profesores mucho más ilustres, de otras universidades, como Edgar Allison Peers y Alexander Parker, a los que tachaba de «cuasifascistas» por haber tomado partido por Franco. La vehemencia con que Trend defendió la República española fue realmente lo que le llevó al aislamiento académico que padeció durante los últimos años de su vida. Pero cabe señalar

<sup>5</sup> Por desgracia, al escribir su biografía sobre Trend, Anstee no pudo consultar la rica correspondencia intercambiada entre estos dos amigos; una correspondencia que abarca el periodo 1919-1958 y que resulta especialmente instructiva para documentar la carrera de ambos durante los años de la guerra civil y la posguerra (1936-1958). Este epistolario, publicado en 2017, es decir, cuatro años después de la aparición en inglés de *JB. An Unlikely Spanish Don. The Life and Times of Professor John Brande Trend* (Brighton/Portland/Toronto, Sussex Academic Press, 2013), no desmiente el retrato que Anstee nos ofrece de Trend, pero sí nos brinda más ejemplos del gran espíritu heterodoxo que ella descubre en quien fue alguna vez su profesor de español. Las cartas se recogen en los tres tomos de *Alberto Jiménez Fraud. Epistolario. 1905-1964*, dirección de la edición e introducciones por José García-Velasco y James Valender, Madrid, Fundación Unicaja/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

otro agravante más. Y es que, por muy extraño que nos parezca ahora, en las universidades inglesas de la época, sobre todo en las de Oxford y Cambridge, estaba muy mal visto que un investigador en el campo de las humanidades se saliera de la Edad Media y del Renacimiento para ocuparse de la vida moderna (es decir, de cualquier asunto posterior a 1800). Sin dudar por un momento, Trend rompió también con estos prejuicios. Y el precio que tuvo que pagar por su apasionamiento fue sufrir el desdén de parte de los universitarios más ortodoxos.

En fin, todo indica que Trend fue, en efecto, «un hispanista singular en una época convulsa», tal y como Anstee nos lo retrata. De hecho, su pasión por la España moderna y su profundo conocimiento de su historia y su cultura sólo pueden compararse con los de una figura de la talla de Gerald Brenan, si bien, a diferencia de éste, Trend no se contentó con ser un inteligente observador de la vida nacional española, sino que, mientras pudo, participó en esa vida con un fervor y una dedicación excepcionales. Margaret J. Anstee no exagera cuando, en las páginas finales del libro, concluye que durante los años veinte y treinta «JB se convirtió en una figura esencial del proceso de cambio social y cultural que se estaba produciendo en España y en el principal impulsor de iniciativas para captar la atención del mundo exterior, especialmente de Inglaterra». Es de esperar que la publicación en español de esta excelente biografía sirva para establecer el importante lugar que el inglés ocupa en la historia de la Edad de Plata española.

JAMES VALENDER  
El Colegio de México

**PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS  
DE LA EDICIÓN INGLESA  
Margaret Joan Anstee<sup>1</sup>**

Una tarde de mayo de 1958, a comienzos del invierno austral, me tumbé en el suelo de mi apartamento en Montevideo —asomado a las agitadas aguas grises del Río de la Plata— y lloré desconsoladamente mientras los punzantes acordes de la música de Manuel de Falla atravesaban la habitación. Lloraba por la muerte de mi querido profesor, John Brande Trend, cuya influencia había determinado de forma tan radical el curso de mi vida (por poner un ejemplo, de no haber sido por él yo no habría estado en Uruguay en ese momento). Entonces desconocía que su muerte se había producido unos días antes, el 20 de abril. En aquellos tiempos, las llamadas telefónicas transatlánticas eran una rareza y las noticias viajaban despacio. Me había enterado de su muerte esa misma mañana por la carta de un amigo de Cambridge. La conmoción fue aún mayor porque yo estaba esperando su inminente llegada para impartir una conferencia en la América Latina a la que él había abierto nuestros ojos juveniles, pero que había visitado en contadas ocasiones, aparte de breves estancias en México y Cuba.

Apenas unas semanas antes habíamos estado comentando este plan en sus habitaciones atestadas de libros en el Christ's College de Cambridge, las mismas que antes había ocupado Charles Darwin. Me había rogado que me quedara a tomar

<sup>1</sup> Este prefacio, fechado el 26 de septiembre de 2012, así como los agradecimientos que aparecen a continuación, ambos escritos por Margaret Joan Anstee para la edición inglesa, se han traducido respetando la versión original, sin actualizar la información que contienen.

el té, pero, para mi eterna vergüenza, yo alegué que debía atender otros asuntos urgentes antes de mi inminente regreso a Sudamérica y me marché. No volvería a verle nunca más.

No fui la única cuya vida se había visto influida por «JB» (como todo el mundo lo conocía). Los alumnos que tuvieron el privilegio de estudiar Lengua y Literatura españolas en Cambridge mientras él ostentaba la cátedra de Español, entre 1933 y 1953, atesoran recuerdos imborrables de la experiencia. La expresión favorita de JB cuando ensalzaba un autor o un libro, una película o una obra de teatro era: «¡Está vivo!», y él mismo poseía un don único para insuflar vida incluso a los textos más antiguos o impenetrables y despertar el entusiasmo de sus alumnos.

Pero ahora estaba muerto. Y lo que es peor, con el paso de los años quedó claro que el recuerdo de sus extraordinarios logros también había desaparecido, salvo para los pocos que lo habíamos conocido, y el número disminuía con el tiempo. En 2002, la BBC estaba realizando un documental sobre las personas que habían influido en mi vida. Entonces descubrimos que incluso su antiguo *college* de Cambridge, el Christ's, lo había olvidado. Nos dieron permiso para filmar en sus antiguas habitaciones, pero cuando mencionamos su nombre no hubo ninguna reacción y tampoco fue posible encontrar una sola fotografía suya. Afortunadamente, esto está a punto de cambiar. En abril de 2013, el simposio Norman MacColl que se celebrará en la Universidad de Cambridge estará dedicado a conmemorar la figura de JB mediante una serie de ponencias académicas que abordarán múltiples aspectos de su vida y su obra. Este libro intenta ofrecer un marco cronológico para los temas que las ponencias del simposio explorarán con más detalle. Aunque recoge los principales hitos de su vida, el libro no pretende ser una biografía

en el sentido ortodoxo del término ni, desde luego, una obra académica. Se trata más bien de transmitir, sobre todo a través de sus propias palabras y de los recuerdos de quienes lo conocieron, la personalidad de este hombre extraordinario, condicionada por sus orígenes y por los tiempos turbulentos que le tocó vivir, es decir, hacer que él y su época cobren «vida», por utilizar su expresión favorita.

¿Por qué habría de escribirse un libro sobre Trend? Las circunstancias de su vida fueron excepcionales, y tanto éstas como los acontecimientos de la época quedan vívidamente reflejados en sus publicaciones y en cientos de cartas bellamente escritas a mano, la mayoría de ellas dirigidas al musicólogo y profesor Edward Dent, su amigo íntimo y mentor en Cambridge, que se convertiría en su compañero de por vida.

JB consiguió la primera cátedra de Español de Cambridge en 1933. Era un personaje excéntrico, incluso para los estándares de Cambridge, y su formación era cualquier cosa menos académica, en el sentido ortodoxo. Es cierto que había estudiado en Cambridge, pero su licenciatura había sido en Ciencias Naturales. Contempló la posibilidad de dedicarse a la abogacía, pero lo que más le cautivaba era la música, y fue esta pasión compartida con Dent la que hizo saltar la chispa de su amistad. En aquellos primeros años del siglo xx, Cambridge estaba experimentando una extraordinaria transformación cultural e intelectual, y, más que el tema de sus estudios, lo que verdaderamente influyó en JB y lo inspiró fue el círculo de jóvenes brillantes reunidos en torno a la figura de Dent.

Pero entonces estalló la Primera Guerra Mundial. En 1914, JB se alistó y fue enviado a Francia. Fue uno de los pocos estudiantes universitarios de esa brillante generación que sobrevivió a la guerra. Sus cartas a Dent describían gráficamente los horrores de aquellos años, pero también dejaban entrever

los absurdos incidentes que pueden animar incluso las tragedias más terribles, como, por ejemplo, cuando, privado de transporte motorizado, se vio detrás de las líneas del frente en la batalla de Ypres repartiendo víveres a las tropas bajo la lluvia montado a caballo mientras cantaba «The Raggle Taggle Gypsy» a todo pulmón para aliviar el aburrimiento y la soledad.

Al terminar la carnicería se sintió atraído por Italia y por el deseo de retomar sus actividades más civilizadas, pero Dent lo convenció para que fuera a España a investigar y escribir sobre la música española. Esto resultó ser un punto de inflexión capital en su vida. Aunque la música seguía siendo su principal interés, JB se enamoró del país a primera vista y pronto se sumergió en todos los aspectos de la vida española. Viajó a lo largo y ancho de España, se aventuró en los rincones más remotos de lo que entonces era un país en gran medida desconocido, visitó monasterios, iglesias y universidades en busca de música antigua, asistió a fiestas populares, se adentró en carreteras sin asfaltar que eran poco más que caminos de piedras y pernoctó en ventas de mala muerte en las que don Quijote y Sancho Panza todavía se habrían sentido como en casa.

Sus intereses musicales le pusieron en contacto con el compositor Manuel de Falla, que se convirtió en uno de sus mejores amigos, y cuya emocionante música JB fue el primero en dar a conocer al público británico. El brillante y malogrado poeta Federico García Lorca formaba parte de ese estrecho círculo al que también pertenecían los numerosos escritores, artistas y pensadores políticos de talento que integraron las llamadas «generaciones del 98 y del 27». Su objetivo era modernizar España, regenerar su rico patrimonio cultural y restablecer la moral nacional, destrozada tras la debacle de 1898, cuando el país perdió los últimos vestigios del Imperio español: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. En Madrid, JB se implicó a fondo en

las actividades de la Residencia de Estudiantes, la institución visionaria que catalizó todos estos esfuerzos.

Debió de ser una experiencia embriagadora vivir esos tiempos en estrecho contacto con los principales arquitectos de un cambio tan fundamental. El regocijo intelectual y emocional experimentado por JB se trasluce en sus cartas a Dent y en otros escritos en los que describe luminosamente sus incursiones en este mundo hasta entonces desconocido, un mundo que también estaba cobrando una importancia cada vez mayor en los círculos académicos. En Cambridge, este creciente interés llevó a la creación de la primera cátedra de Español, una lengua a la que hasta entonces se había otorgado un estatus inferior y más limitado dentro de los estudios de Lenguas Modernas y Medievales. Desde un punto de vista estrictamente académico, JB no era el candidato con más posibilidades para ocupar la cátedra, puesto que nunca había realizado estudios formales de Lengua y Literatura españolas. Sin embargo, probablemente no había ningún otro ciudadano inglés en ese momento que conociera España y a los españoles tan bien como él. Había vivido allí durante largas temporadas y, con su natural empatía hacia las lenguas y las gentes, se había impregnado del espíritu de un país sobre el que había escrito extensamente. Aun así, esto no habría sido suficiente para conseguir el puesto si no hubiera sido por la influencia de su amigo Edward Dent, cuyo prestigio en Cambridge como catedrático de Música era incontestable.

Al asumir la cátedra en 1933, JB se propuso transformar la enseñanza del español, ampliando sus horizontes y la manera de enseñarlo. Sus clases eran a menudo un torrente de información en el que el autor o la época que trataba cobraban vida ante los estudiantes, por muy abstrusos que pudieran parecer en un principio. Las tutorías con él se convertían en una entrada a un mundo de descubrimientos y nuevas ideas. Su puerta

siempre estaba abierta para cualquier estudiante que buscara más información sobre algún autor en particular. El «Prof», como cariñosamente lo llamaban sus alumnos, siempre sabía la respuesta y casi siempre tenía un libro relevante, que también invariablemente solía estar en el estante más alto de su habitación atiborrada de libros, lo que le obligaba a subirse al respaldo de un sofá, estirarse y, apoyado en una sola pierna, cogerlo, para consternación del joven que hubiera preguntado.

JB infundió en Cambridge toda la vitalidad de las ideas innovadoras y los movimientos de cambio de los que había sido testigo durante aquellos años en España. Allí los ideales de renovación culminaron en el derrocamiento de la monarquía y la odiada dictadura de Primo de Rivera, así como en la instauración de la Segunda República en abril de 1931. JB fue un ferviente defensor de estos avances y recibió el título de Comendador de la República, distinción de la que se sentía especialmente orgulloso. Pero la euforia de aquellos días y la esperanza de una España nueva y moderna que habían impregnado los años veinte resultaron efímeras. La insurrección de Francisco Franco en 1936 condujo a una amarga y sangrienta guerra civil que acabó con el Gobierno de la República en el exilio en abril de 1939. La guerra de España fue uno de los antecedentes de la contienda aún más salvaje que asolaría toda Europa unos meses después. JB juró no volver a España mientras Franco permaneciera en el poder, y nunca lo hizo.

La guerra civil española llegó a ejercer una influencia considerable en el profesorado de Español en Cambridge. JB no sólo lideró el rescate de niños vascos que habían quedado huérfanos o estaban amenazados por la guerra, sino que también ayudó a muchos exiliados españoles destacados, algunos de los cuales —poetas y políticos— se convirtieron en nuestros profesores a tiempo parcial en Cambridge. No fue ni mucho menos un

camino de rosas: durante mis años de estudiante en Cambridge, a mediados de la década de 1940, todavía se libraba la guerra civil entre los profesores del Departamento de Español, algunos de los cuales eran abiertamente partidarios de Franco, mientras que otros secundaban las posturas de JB. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y la derrota de Hitler y Mussolini, durante un breve periodo de tiempo existió la esperanza de que Franco siguiera su estela y que el aparato del fascismo pudiera ser desmantelado también en España. No fue así. Franco vivió hasta una edad avanzada y sobrevivió a JB, que nunca regresó a España y tuvo que conformarse con pasar sus vacaciones en Portugal mirando con nostalgia la frontera.

Sus amigos españoles de la República se dispersaron por el mundo, muchos de ellos en América Latina. JB visitó a algunos en México y Cuba, pero otros se marcharon más al sur; Manuel de Falla en particular, a Buenos Aires. JB tampoco volvió a verle. En 1946, cuando la BBC lo invitó a rendir tributo al compositor con motivo de su setenta cumpleaños, se produjo una situación conmovedora, pues a la llegada al estudio de grabación recibió la noticia de que Falla había muerto ese mismo día. JB tuvo que sustituir apresuradamente la charla que había preparado por un homenaje improvisado a la vida y la obra de su viejo amigo.

Mucho antes de estos acontecimientos, JB había comprendido la importancia de la literatura y la historia latinoamericanas, temas que no se habían abordado anteriormente en el Departamento de Español de Cambridge. A través de la Sociedad Española de la universidad, entonces un organismo muy vivo, JB estableció importantes contactos e invitó a una sucesión de destacadas figuras latinoamericanas. Por medio de sus numerosos conocidos, siempre estaba al tanto de quién tenía pensado pasar por el Reino Unido y cuándo. Una de

sus invitadas más interesantes, pero probablemente la más tímida y retraída, fue la poeta chilena y premio nobel Gabriela Mistral. Otra fue Victoria Ocampo, decana de la floreciente vida cultural y literaria de Buenos Aires, que había mantenido vivo el recuerdo de García Lorca produciendo sus obras de teatro en la capital argentina. Diversos embajadores latinoamericanos también fueron invitados para hablar de sus países e incluso hubo una delegación de profesores paraguayos a los que se nos pidió que lleváramos a conocer Cambridge. De esta modesta iniciativa surgió el estudio de la literatura y la historia latinoamericanas, que sigue siendo una sección importante dentro del Departamento de Español.

Resulta especialmente irónico que más allá de algunas breves estancias en México y Cuba, JB nunca recorriera en profundidad América Latina y que el único viaje que le habría llevado más al sur se viera brutalmente truncado por su muerte. Sin embargo, varios de sus libros y artículos tratan temas relacionados con ese continente. Durante los veinte años que ocupó la cátedra de Español, y también en los años posteriores a su jubilación, JB continuó escribiendo ensayos y libros de amena lectura que reflejaban su profundo conocimiento de España y su legado en todas sus innumerables manifestaciones. Su estilo era engañosamente sencillo y muy accesible, y rebosaba esa sensación de emoción y descubrimiento que hace que el lector quiera saber más.

Este libro aspira a ser igualmente accesible al basarse en las palabras que el propio JB plasmó en sus copiosas y evocadoras cartas, así como en las anécdotas y recuerdos de quienes lo conocieron personalmente y siguen vivos para contar su historia.

MARGARET JOAN ANSTEE  
26 de septiembre de 2012

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los pocos familiares cercanos de JB que estaban vivos cuando estaba preparando este libro y que apoyaron el proyecto con gran entusiasmo desde el principio. Paula Willis, que estuvo casada con su difunto sobrino, Nicholas Wooler, y que posee los derechos de los papeles de JB y Edward Dent, tuvo la amabilidad de autorizarme a citarlos libremente. Su sobrina, Jane Lee, me prestó generosamente los primeros diarios de JB, hasta ahora inéditos, y preciosas fotografías familiares, y compartió conmigo los recuerdos que tenía de su padrino y de las familias Trend y Stevens.

Este libro no podría haberse escrito sin el apoyo y el estímulo constantes de tres personas a las que llegué a llamar mi «troika»: Alison Sinclair, catedrática de Español en la Universidad de Cambridge, Nigel Dennis, catedrático de Español en la Universidad de St Andrews, y Karen Arrandale, autora de una biografía del íntimo amigo de JB, el musicólogo y catedrático Edward Dent. Aunque no conocía a ninguno de ellos antes de escribir este libro, se han convertido en auténticos amigos. No sólo me facilitaron generosamente el acceso a sus investigaciones académicas y me indicaron la dirección correcta para abrir nuevas vías de indagación, sino que también me proporcionaron ayuda práctica cuando el viaje se puso cuesta arriba: Karen me acompañó al archivo del King's College y a la sala de manuscritos de la biblioteca de la Universidad de Cambridge; Nigel hizo lo propio en la Residencia de Estudiantes de Madrid y se aseguró de que me dispensaran una cálida acogida; y tanto Alison como Karen dedicaron un tiempo precioso a localizar y fotocopiar material para mí en Cambridge. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

Mi querida amiga y agente Mandy Little me ayudó mucho a encontrar a un editor que estuviera interesado en España y en temas españoles, y fue, como siempre, una fuente constante de ánimo y buenos consejos, sobre todo en los momentos en los que flaqueó mi confianza en el proyecto.

En cuanto a los recuerdos personales de JB, estoy en deuda con tres de mis compañeras del Newnham College que también estudiaron español: Blanche Hind (de soltera, Gillespie), Avys Ibrahim (de soltera, Singer) y Rica Wilkinson (de soltera, Lane); y también —de una etapa posterior— con el profesor Nigel Glendinning y Timothy Painter.

En la búsqueda de registros más formales de la vida de JB, recibí una excelente ayuda de todas las fuentes que consulté. Catherine Smith, archivera de Charterhouse, me proporcionó diligentemente fotografías de la etapa escolar de JB y me ayudó a identificar a compañeros fallecidos hace mucho tiempo a los que alude en sus diarios sólo por sus iniciales. Charterhouse posee los derechos de las fotografías que aparecen en este libro gracias a la amable autorización del director y miembros del consejo escolar. Patricia McGuire dedicó muchas horas a escanear y fotocopiar cartas de la copiosa correspondencia entre JB y Dent que se conserva en el archivo del King's College de Cambridge, y también encontró la fotografía de Dent de joven, tomada en Italia en mayo de 1903 y reproducida aquí con la amable autorización del director y los miembros de la junta directiva del *college*. La fotografía posterior de JB y Dent juntos, así como la vista del Christ's College, fueron proporcionadas por la biblioteca de éste gracias a Charlotte Byrne, bibliotecaria adjunta, y al profesor William Steen, conservador de imágenes; se reproducen aquí con la amable autorización del director, los miembros de la junta y los profesores de Christ's College. Mi agradecimiento también al personal

de la biblioteca de la Universidad de Cambridge y de la sala de manuscritos por facilitarme el acceso a los documentos que allí se conservan, y por escanear y fotocopiar material valioso para esta investigación de *Cambridge Review* y de los anales de la Sociedad Española de la Universidad de Cambridge.

JB fue miembro del Oxford and Cambridge Club de Londres desde 1922 hasta su muerte en 1958, y deseo agradecer al actual bibliotecario, Huw Williams, y a su ayudante, Lucy Shepherd, las útiles informaciones que localizaron para mí en el archivo del club. También estoy agradecida a Valerie Eliot (tristemente fallecida cuando este libro estaba a punto de publicarse), a su ayudante Debbie Whitfield y a Faber and Faber, no sólo por autorizarme a citar las cartas publicadas de T. S. Eliot, amigo personal de JB, sino también por poner a mi disposición cartas inéditas y darme permiso para utilizarlas. Debo la historia interna de cómo surgió la Sociedad Británico-Mexicana, cuyo primer presidente fue JB, a Henry McKenzie Johnston, un querido amigo de muchos años que amablemente me facilitó la historia de la Sociedad que escribió cuando él mismo asumió la presidencia varias décadas más tarde. Mi agradecimiento también a otro buen amigo, Robert Jackson, por su perseverante investigación para identificar al misterioso «M», amigo íntimo de JB que resultó muerto cerca de él en Ypres en octubre de 1914, y por localizar el escurridizo testamento de Theophilus Trend, padre de JB. La información de primera mano sobre las Osiris Players, la compañía de teatro itinerante a la que perteneció Henrietta, hermana de JB, fue amablemente proporcionada por Paul Barker.

En Madrid, Alicia Gómez-Navarro, directora de la Residencia de Estudiantes, que tanto protagonismo tuvo en la vida de JB durante los felices años que pasó en España en la década de 1920 y hasta el estallido de la guerra civil en 1936, me

dio una calurosa bienvenida y me facilitó el acceso a todo el material disponible en la biblioteca sobre JB. Le agradezco que me permitiera citar esos documentos y reproducir algunas fotografías de los archivos de la Residencia. Mi agradecimiento especial a Sonia García Fernández, del Departamento Jurídico de la Residencia, que tuvo una paciencia infinita para buscar antiguas fotografías y se aseguró de que me las facilitaran con la mayor calidad posible.

Elena García de Paredes de Falla, del Archivo Manuel de Falla de Granada, también fue muy generosa y me dio permiso para citar la abundante correspondencia entre JB y el gran compositor español, además de proporcionarme fotografías de ambos disfrutando juntos de los placeres de Granada y Sevilla.

Margaret Fry volvió a hacer milagros para descifrar la letra de mi manuscrito original y pasarla a un texto mecanografiado legible, que Anne Vickerson editó después con su habitual estilo impecable y elegante, además de aportar el tan necesario ánimo y su inagotable buen humor ante las numerosas complicaciones técnicas.

Anthony Grahame, de Sussex Academic Press, me proporcionó asesoramiento y apoyo constantes e Ian Wileman realizó un excelente trabajo de cotejo de las ilustraciones y de mejora de la calidad de fotografías de más de un siglo de antigüedad. Mi agradecimiento a ambos.

Por último, no debo olvidar a Snowy y Smudge, mis dos gatos blancos, que me acompañaron durante las largas vigiliadas de escritura en horas intempestivas de la noche y del amanecer, me entretuvieron con sus alegres travesuras y casi impidieron que pudiera escribir la historia de JB al sentarse firmemente sobre ella. A fin de cuentas, JB escribió una elegía en latín a su propio gato, Fluff, que murió prematuramente el 17 de mayo de 1905.

## NOTA A LA EDICIÓN

**E**ste libro es una traducción al español de la biografía en inglés publicada por Margaret Joan Anstee en 2013: *JB. An Unlikely Spanish Don. The Life and Times of Professor John Brande Trend*. El relato se basa en los recuerdos personales de la autora —alumna en Cambridge del catedrático de Español— y en las anécdotas que le contaron quienes lo conocieron, así como en la abundante correspondencia del hispanista británico y en los diarios que éste inició con apenas catorce años. Esos primeros diarios, escritos entre 1902 y 1905, permanecieron inéditos durante más de un siglo hasta que, a través de la sobrina de Trend, Jane Lee —hija de Anna Trend—, llegaron a manos de Anstee, quien tuvo que descifrar la diminuta aunque cuidada letra del joven e intentar averiguar —no siempre con éxito— a quiénes se referían muchas de las iniciales empleadas por éste.

En este volumen se ha decidido mantener el «Prefacio de la autora a la edición inglesa», fechado el 26 de septiembre de 2012, tal y como ella lo escribió en su día, sin actualizar la información que contiene, al que se han añadido un «Prefacio» de James Valender y un texto de José García-Velasco, ambos escritos para la ocasión. Además, la edición se ha complementado con cerca de doscientas notas a pie de página.

John Brande Trend aparece mencionado de varias maneras a lo largo del volumen —tanto por su nombre completo o abreviado como por su apellido o, en el caso de las citas, por sus iniciales—, aunque en general se ha decidido respetar en la biografía la denominación a modo de siglas con la que

casi todo el mundo lo conocía, JB, una fórmula habitual en inglés, en la que se prescinde de los puntos característicos del español en las abreviaturas.

Cuando ha sido posible se han completado en el texto, sin indicarlo de ninguna manera, los nombres de algunas personas e instituciones para facilitar su identificación. No obstante, también se ha respetado el uso de las iniciales que hace Trend en sus diarios para referirse a sus *dramatis personae*, por lo que en ocasiones aparecen abreviados a modo de siglas nombres propios como los de su tía Emily Anna Stevens (EAS) y sus amigos C. K. Rhodes (CKR), A. D. D. Carter (ADDC), John Clapton Hardie (JCH), G. W. Hollins (GWH), John S. A. Torry (JSAT), Hastings Lionel Ismay (HLI) o James Wilfred Lang Stanley Hobart (JWLSH).

Dado que en la versión original en inglés se reproducen dentro de enunciados en estilo indirecto numerosas citas entrecorridas que eluden alguna de las normas del español que regulan dicho estilo (por ejemplo, la correlación de tiempos verbales o de pronombres), en la traducción han sido modificados esos fragmentos para evitar incorrecciones, intentando preservar a la vez la sintaxis y el sentido.

En general, en las citas se ha remitido a una nota a pie de página con la correspondiente referencia bibliográfica, se han corregido las erratas, se han hecho cambios de puntuación necesarios para entender el texto, se ha regularizado el uso de mayúsculas y minúsculas, se ha actualizado la acentuación y se han desarrollado abreviaciones que no se entendían.

Los comentarios intercalados por Margaret J. Anstee en las citas para indicar su autoría se han enmarcado entre rayas, no cerrando y abriendo las comillas antes y después de los incisos, como se hace en la edición inglesa. A su vez, las explicaciones entre corchetes añadidas por Anstee en las citas del texto en

inglés se han llevado a nota y se ha indicado en cada caso que se trata de una nota de la autora.

Las expresiones numéricas se han escrito generalmente con palabras. A diferencia de la edición inglesa, en la escritura de las horas se han evitado las combinaciones de cifras y letras, y, salvo excepciones, para las fracciones horarias se ha optado por usar los números y el estándar internacional de veinticuatro horas (no el modelo de doce empleado por Anstee), omitiendo las redundancias sobre el tramo del día correspondiente.

Las palabras subrayadas en la edición inglesa se han pasado a cursiva. Además, se han añadido en el texto algunas precisiones, sin advertirlo de ninguna manera, y se han corregido directamente los errores detectados en nombres, expresiones o títulos del original en inglés.



John B. Trend con Rosa García Ascot  
en su despacho de Cambridge, 1937.  
Residencia de Estudiantes, Madrid.



John B. Trend. Fotografía tomada durante una visita a sus tíos George y Mary Stevens, Biddeford hacia 1903-1908. Archivo de Jane Lee.

# I

## PRELUDIO

## ANTECEDENTES FAMILIARES Y LOS PRIMEROS AÑOS

La primera vez que me sugirieron escribir la historia de John Brande Trend, algunos investigadores más familiarizados con su vida y su obra me advirtieron de que apenas se sabía nada sobre sus primeros años. Y tenían razón. Aun así, escarbando un poco y gracias a la generosa ayuda de los pocos familiares que aún viven, he podido encajar algunas piezas del rompecabezas.

John Brande Trend nació en Southampton el 17 de diciembre de 1887. Fue el primer hijo y el único varón del doctor Theophilus William Trend y su esposa, Frances Jane Elizabeth, de soltera Stevens. Según todos los indicios, la suya era una acomodada familia de clase media que vivía en una buena casa, The Lodge, en el número 1 de Grosvenor Square. El doctor Trend era un médico y cirujano muy respetado que se había formado en el hospital de Westminster y en la Universidad de St Andrews. Era miembro del Colegio Real de Cirujanos y su nombre aparece seguido de una serie de iniciales que atestiguan su cualificación profesional. Nacido en Somerset en 1839, era el cuarto de ocho hijos del reverendo Henry Trend. En 1831, Henry Trend, cuyo padre era constructor naval, contrajo matrimonio con Sarah Grabham, perteneciente a una conocida familia de Somerset. Fue pastor de la iglesia baptista de Bridgwater entre 1829 y 1853, cuando decidió incorporarse a la Iglesia de Inglaterra y se convirtió en el párroco de la iglesia de Durlough, en la que estuvo desde 1858 hasta 1869. También compuso himnos, algunos de los cuales se han conservado.

Theophilus, el padre de JB, tenía tres hermanos y cuatro hermanas, de las cuales sólo una llegó a casarse. Theophilus

y Frances fundaron su propia familia bastante tarde y tuvieron a JB con cuarenta y ocho y treinta y nueve años, respectivamente. Le siguieron dos niñas: Anna, en 1890, y Henrietta, en 1892.

Dentro de la rama materna, JB siempre sintió especial orgullo por su bisabuelo, Richard John Samuel Stevens (1757-1837), músico y organista conocido sobre todo como compositor de madrigales y cánones, aunque también compuso himnos, sonatas y una ópera. Dejó asimismo una fascinante colección de escritos, a los que dio distintos títulos, como «recuerdos», «memorias» o «diarios». Como si de un Pepys<sup>1</sup> de su tiempo se tratara, sus textos retratan la vida de un músico a finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX e incluyen asuntos tan mundanos como el recuento detallado de sus ingresos o eventos de actualidad, así como recuerdos sobre el origen de su familia o sus experiencias cotidianas. Había por tanto abundante material disponible para la exhaustiva investigación que JB llevó a cabo sobre su antepasado, y que dio lugar a dos artículos publicados en la revista *Music and Letters*. El primero de ellos se centró en la personalidad y en los documentos de Stevens.<sup>2</sup> El segundo lo tituló «R. J. S. Stevens (1757-1837) y sus contemporáneos», y se publicó en 1933.<sup>3</sup> En él, JB analizaba las opiniones de su antepasado sobre algunos compositores de su tiempo o ligeramente anteriores —J. S. Bach, J. C. Bach, Haydn, Beethoven, Weber y Rossini—, basándose en

<sup>1</sup> Samuel Pepys (1633-1703), funcionario naval y político británico, conocido sobre todo por el detallado diario privado que mantuvo entre 1660 y 1669 y que no se publicó hasta más de cien años después de su muerte. Véase Samuel Pepys, *Diarios* (1660-1669), traducción de Norah Lacoste, Sevilla, Renacimiento, 2004.

<sup>2</sup> John Brande Trend, «Jonathan Battishill: From the Unpublished Recollections of R. J. S. Stevens», *Music and Letters*, vol. XIII, núm. 3, julio de 1932, págs. 264-271.

<sup>3</sup> John Brande Trend, «R. J. S. Stevens (1757-1837) and his Contemporaries», *Music and Letters*, vol. XIV, núm. 2, abril de 1933, págs. 128-137.

los abundantes recuerdos y diarios que había dejado para la posteridad. Merece la pena señalar que a Stevens no le gustaba mucho Beethoven. De hecho, como escribió JB: «le molestaban el ruido y la violencia —el “jaleo” — de los compositores del siglo XIX, y Beethoven era sin duda el principal culpable de ello».

Stevens era hijo de un comerciante de telas y desde niño formó parte del coro de la catedral de San Pablo, con el que llegó a actuar como organista en diversas iglesias importantes y otras instituciones religiosas, como el convento de Charterhouse o el Christ's Hospital. En 1801, ocupó la cátedra de Música en el Gresham College de Londres y también se ganaba la vida razonablemente como profesor de música de estudiantes adinerados. Sin embargo, la familia Jeffery consideraba que alguien con ese estilo de vida no tenía el estatus social suficiente como para casarse con su hija, Anna Maria, una de sus alumnas, a la que conoció en 1788 y de la que se enamoró perdidamente. Tras un largo noviazgo, finalmente se casaron en 1810, cuando él contaba ya con cincuenta y tres años y ella cuarenta y dos. Fue, sin duda, un matrimonio feliz.

Es posible que JB heredara el talento musical de su antepasado. Cabe destacar que el éxito de Stevens como compositor de canciones para varias voces se asemeja al gran interés que su bisnieto desarrollaría por los madrigales. Algunas de las canciones más conocidas de Stevens están escritas sobre textos de Shakespeare, como es el caso de «Sigh no more, ladies» y «Blow, blow thou winter wind» (1793).<sup>4</sup> Sin embargo, la afinidad entre ambos no se limitaba a la música. JB también acabaría convirtiéndose en un prolífico escritor de todo

<sup>4</sup> Las canciones originales de William Shakespeare aparecen en sus comedias *Mucho ruido y pocas nueces* (acto II, escena 3) y *Como gustéis* (acto II, escena 7), respectivamente.

tipo de obras, desde libros y artículos hasta cartas personales y sus propios diarios. El estilo de sus escritos guarda un notable parecido, siempre ligeros y fáciles de entender, al tiempo que evidencian un profundo conocimiento de los temas que abordan y un ingenio a veces mordaz.

En sus textos, Stevens se revela como un hombre complejo y de carácter a veces contradictorio. En 1792, hizo un viaje a Francia acompañado de un amigo, pero se vio obligado a regresar apresuradamente, con el lema «*Liberté, égalité, fraternité*» estampado por todo su pasaporte. La Revolución estaba entonces ya en pleno apogeo. Y cuando, un año después, Napoleón amenazó con invadir Gran Bretaña, Stevens salió en defensa de su país, como hiciera su bisnieto un siglo más tarde. Se alistó como voluntario en el Ejército y, en un fragmento que recuerda al diario de JB de 1914, anotó: «Desfilé con mi tropa [...] hasta Hyde Park [...] y pasé revista ante su Majestad». Ahí termina la analogía, pues, a diferencia de JB, cuyo desfile continuó hasta la estación, donde se subió a un tren rumbo a Francia y a la primera batalla de Ypres, Stevens abandonó el desfile, quejándose de que el esfuerzo le había provocado «un terrible dolor de hemorroides». Y así, alegando estar enfermo, se fue a Bath para recuperarse y no regresó hasta tres meses después de su primer y único desfile.

Como la mayoría de los ciudadanos respetables de su época, Stevens podía resultar bastante puritano. En 1806 aprobó la expulsión de uno de los ancianos cartujos de Charterhouse por «acostarse con una mujer todas las noches» y de otro por «llevarse a algunas jovencitas a su habitación» durante la feria de san Bartolomé. Pero hay indicios de un doble rasero en sus actitudes morales, ya que, por ejemplo, aceptaba el mecenazgo de lord Thurlow, un soltero que vivía con su amante y madre de sus hijos, y cuyo estilo de vida Stevens nunca

criticó. En otra ocasión, en 1807, relató un incidente bastante subido de tono mientras se encontraba de vacaciones en Hastings y, sin ser visto, se divirtió observando con lujuria los juegos de un grupo de chicas jóvenes en la playa: «Caminaron hasta la orilla con los vestidos puestos, y allí los dejaron caer a sus pies y se metieron en el mar. El jugueteo, la diversión y sus movimientos en el agua eran bastante ridículos [...] manoteaban unas con otras de manera lasciva en la orilla. Me mantuve agazapado, sin ser visto, hasta que al cabo de un rato se marcharon».

Stevens no era un hombre adinerado; vivía de su trabajo como músico. Cuando se casó, su familia política le exigió que renunciara a todos sus compromisos, excepto a dos: su puesto de profesor en el Gresham College y el de organista de Charterhouse. Sin embargo, en 1817 su situación económica mejoró notablemente cuando Thomas Rivers, otro rico comerciante del círculo de su padre, lo nombró heredero vitalicio, por lo que recibió de inmediato una primera entrega de 13.566 libras. Esto le permitió sufragar con generosidad los gastos de la educación de su hijo, Richard George Stevens, nacido en 1811. Richard estudió en Oxford y más tarde en Gray's Inn, y se convirtió en abogado en 1839, dos años después de la muerte de su padre.

En sus últimos años, el propio Stevens hizo amigos de un considerable estatus social, entre ellos Richard Twining. Este comerciante de té fue el único invitado a su boda, la única persona por quien utilizó su influencia para que admitieran a su hijo en el internado de Charterhouse, y la única ajena a la familia de su esposa a la que nombró una de sus albaceas.



Según parece, su hijo Richard llevó una vida ociosa de gentilhombre sin sacar provecho de la buena educación recibida.

El 24 de mayo de 1842 se casó con Emily Elizabeth Brande, lo que explica el segundo nombre tan poco habitual de JB. Nacida en agosto de 1822, cuando contrajeron matrimonio ella no había cumplido los veinte años y él tenía ya casi treinta y uno. Un descendiente de la familia, ya fallecido, hizo el siguiente comentario sobre una fotografía de Emily: «Parece bastante aprensiva y no se la ve muy feliz», y añadió como justificación que una de sus tías «siempre decía que Richard George era un desastre con las finanzas, por lo que quizá ella tenía problemas con las cuentas domésticas». Fue precisamente en este entorno en el que en 1848 nació la madre de JB, Frances, la menor de cuatro hermanos.

Los Brande pertenecían a una familia de boticarios que trabajaban para el Electorado de Hannover y llegaron a Inglaterra con Jorge I. Quizá no resulte descabellado asociar el interés de JB por la música y la cultura germanas con sus antepasados alemanes. Sin embargo, cuando George William Brande, el padre de Emily, nació en 1784, los Brande ya debían de estar completamente anglicanizados. George William sirvió durante algún tiempo en la Armada india y posteriormente en el Departamento del Tesoro. Por parte de madre, Emily también tenía buenas conexiones profesionales: párrocos, maestros de escuela e incluso un tío que había sido fiscal general del Estado y procurador general.



La madre de JB procedía, por consiguiente, de un ambiente culto y acomodado, aunque su familia directa quizá no estuviera muy bien situada a pesar de la importante herencia que el padre de Emily había recibido de su propio padre. Sorprendentemente, sabemos muy poco sobre ella, aparte de algunos datos sueltos, como las fechas de su nacimiento y defunción.

Theophilus resultó ser un buen partido. Sin duda gozaba del respeto de gran parte de la sociedad de Southampton, tanto por ser un médico excelente como por tratarse de un ciudadano que se tomaba muy en serio sus obligaciones cívicas. En su obituario, el *British Medical Journal* señalaba que Theophilus «gozaba de la estima y la confianza de un amplio círculo de amigos y pacientes». Fue médico de la Royal Hampshire Infirmary y, en su momento, presidente del sector meridional de la Sociedad Médica Británica. En 1872 pronunció el discurso anual de la Sociedad ante el sector de Southampton, con el título «On Prudential Considerations in Practice», ¡que hasta hace poco tiempo se anunciaba en Internet!

Theophilus colaboró con algunas instituciones benéficas y de enfermería y siempre mostró un gran interés por la educación. En sus últimos años ejerció como juez de paz y asistía con frecuencia a los juzgados. También participó como voluntario en algunas actividades militares y fue comandante cirujano del batallón de voluntarios del Regimiento de Hampshire. En noviembre de 1892 fue condecorado con la Medalla del Voluntariado por sus años de servicio. Hay una foto de él en la que aparece en actitud muy severa, vestido con traje militar de gala. Según la sobrina de JB, Jane Lee, estuvo destinado en Sudáfrica, presumiblemente durante la primera guerra de los bóeres entre 1880 y 1881, ya que habría sido demasiado mayor para participar en la segunda, entre 1899 y 1902, cuando su salud ya estaba muy deteriorada. Falleció en 1903. Una reliquia de las hazañas militares de Theophilus la constituye una imponente espada ceremonial que JB quiso llevar consigo a Francia en 1914, inspirado quizá por la vieja canción:

En las filas de la muerte encontrarás  
al juglar que a la guerra fue  
empuñando la espada de su padre [...].

En esta ocasión, a JB no le permitieron llevarse la espada a la guerra y años más tarde se la robarían en su casa. Theophilus también se dedicó activamente a la política como un Conservador, con mayúscula, que participaba en todos los actos públicos del partido durante las campañas electorales. Sin duda, ¡su hijo no heredó estas convicciones políticas!

A pesar de que se daban todas las condiciones para que JB disfrutara de una buena vida, resulta difícil imaginar cómo transcurrió su infancia en la casa familiar. Como la mayoría de los niños de su clase social, fue al colegio desde pequeño. En sus diarios no he encontrado ninguna referencia a sus padres, salvo una intrascendente alusión a un viaje de su padre, y ni siquiera se menciona la muerte de éste. Más adelante, en su vida adulta, JB rara vez hablaba de su familia, excepto en un par de ocasiones en las que lo oí decir algo sobre una de sus hermanas, que vivía cerca de Broadway, en los Cotswolds. Al parecer, Theophilus fue un hombre muy generoso y de gran humanidad. En la familia se contaba que cuando descubrió que el marido de una de sus pacientes no podía seguir pagando el tratamiento de la grave enfermedad de su esposa, la siguió atendiendo sin cobrarle.

Es difícil saber hasta qué punto su espíritu bondadoso se hacía extensivo a su vida privada. No se conservan cartas ni diarios de esta época, sólo anécdotas poco claras que han ido pasando de generación en generación hasta llegar a los escasos descendientes directos que quedan. Tengo la impresión de que Theophilus era probablemente un padre abnegado, aunque más bien severo y distante. Sin embargo, su hija Anna se lo describió a su propia hija, Jane Lee, como un padre cariñoso y alegre a quien le gustaba gastar bromas y hacer el payaso para que se rieran, lo cual da una imagen más afable de él. Los domingos solía llevar a sus hijos a ver los

barcos atracados en el puerto de Southampton, un lugar donde la gente solía pasear. Anna también guarda recuerdos de los paseos entre semana, de cómo los sentaban en taburetes altos y les compraban golosinas en la tienda de comestibles. Los niños de la familia Trend tenían también un terrier peleón llamado Chip con el que se divertían mucho.

Aparte de estos momentos puntuales, no debió de ser un hogar muy feliz por cómo les salpicó la tragedia. En 1898, a la edad de cincuenta años, Frances murió de cáncer tras una larga y dolorosa enfermedad. Sus tres hijos tenían entonces once, ocho y seis años. Elizabeth Trend, la hija menor del reverendo Henry Trend y hermana de Theophilus, conocida en la familia como la prima Bessie, fue la encargada de ayudar con los niños durante lo que más tarde ella describiría como una época «de mucha soledad». De hecho, debió de ser muy penosa, ya que cuando la madre de los tres niños estaba a punto de morir, éstos se contagiaron de sarampión y Bessie tuvo que cuidar de los cuatro enfermos. Frances murió en los brazos de su esposo. Tras su fallecimiento, sus dos hijas tuvieron que vestir de luto durante todo un año, incluso en las fiestas.

Apenas cinco años después, en 1903, Theophilus siguió los pasos de su mujer hasta la tumba y los niños quedaron huérfanos a la temprana edad de dieciséis, trece y once años. La necrológica del *British Medical Journal* señala que su muerte se produjo el 7 de diciembre de 1903 «tras una breve enfermedad», pero las circunstancias que la rodearon fueron traumáticas. Theophilus estaba especialmente unido a su hija Anna, que entonces tenía apenas trece años. Estaba de pie, de espaldas a una chimenea de carbón («como hacen los hombres», según consta que dijo Anna) y bromeando con ella. Mientras hablaba, ella notó que se iba desvaneciendo. Al principio, pensó que se trataba de una broma, hasta que su

padre cayó sobre el fuego y entonces Anna comprendió que le pasaba algo. Había tenido un derrame cerebral. Su hija trató de retirarlo de la lumbre, pero no tenía fuerza. Gritó tan alto como pudo para que vinieran las criadas, quienes al principio la regañaron por semejante estruendo hasta que se dieron cuenta de lo ocurrido. Retiraron a su padre de la chimenea y lo llevaron al dormitorio, pero murió unos días después. Además del derrame debió de sufrir terribles quemaduras. El monumento conmemorativo —una gran cruz— que se colocó después sobre su tumba en el cementerio de Southampton atestigua la estima que le tenía la comunidad local.

Theophilus Trend dejó una herencia de algo más de 87.000 libras esterlinas, una cantidad considerable para la época, equivalente a unos 8,4 millones de libras en la actualidad. Los albaceas y administradores de su testamento, firmado el 11 de octubre de 1902, fueron el director de su banco, el señor George Dominy, el doctor Howard Percy Ward y su sobrina, la señorita Elizabeth Constance Trend. El doctor Trend también nombró a los tres, junto a su cuñada, la señorita Emily Anna Stevens, como «tutores» de sus hijos menores, y legó algunas cantidades muy generosas a numerosos miembros de las familias Trend y Stevens, incluidas algunas rentas vitalicias; dejó asimismo dinero a su cochero y al personal de servicio, al Royal South Hants and Southampton Hospital y al Hants Female Orphan Asylum. El resto de su patrimonio se dividió a partes iguales entre sus hijos, debiendo mantenerse en fideicomiso hasta que cumplieran los veinticinco años o, en el caso de las niñas, hasta que contrajeran matrimonio, si esto sucedía antes. De esta manera, la educación de JB tanto en un internado privado como en la universidad quedó garantizada. El doctor Ward era el encargado de distribuir los fondos y, al parecer, mantenía un estricto control sobre los mismos,

mientras que la tía de JB, la señorita Emily Anna Stevens («EAS» en sus diarios), fue la que mantuvo una relación más estrecha con él desde el punto de vista emocional y por afinidad de intereses.



Ante este desastre sin paliativos, los tres huérfanos se unieron aún más y se apoyaron mutuamente durante el resto de su infancia. A JB lo enviaron a un par de colegios privados y a sus hermanas a Grassendale, un internado femenino en Southbourne, cerca de Bournemouth. Por desgracia, el vínculo de estos primeros años no parece haberse mantenido con la misma intensidad en años posteriores. No he encontrado pruebas de que se produjera ninguna disputa o cualquier otro hecho concreto que pudiera haber causado una ruptura; sencillamente, se distanciaron, como sucede con frecuencia en muchas familias.

Años más tarde, cuando nació Jane, la hija de Anna, JB fue su padrino, pero Jane sólo coincidió con él dos veces en su vida, la primera en su bautizo en 1930. Según escribió ella misma, el regalo de su tío para la ocasión consistió en un Nuevo Testamento «con la mitad de cada página en inglés y la otra mitad en alemán. Más adelante, llegó una muñeca, que estuvo sobre la colcha de mi cama durante toda mi infancia». En cualquier caso, parecen regalos muy típicos.

Cuando Jane vio a JB por segunda vez tenía unos veinte años:

y mi madre lo organizó todo para que pudiera reunirme con él. A pesar de mi timidez, del miedo que la cita me producía y de la sensación de inferioridad intelectual, pasé un día inolvidable y muy divertido con él en Cambridge. Sí, mi madre siempre decía que el tío John caminaba con ímpetu, así que atravesamos Cambridge para comer en un restaurante y el tío John no

paraba de hablar (¡el almuerzo duró dos horas!) y luego, sin dejar de hablar, volvimos a su apartamento para tomar el té. ¡Y todo esto, hablando! Empezó en inglés, salpicado con palabras en español, después sólo en inglés y, al final, de pronto me di cuenta de que estaba hablando español salpicado de palabras en inglés y que, aun así, yo era capaz de seguir el hilo de lo que decía. Fue genial cómo consiguió que una idiota que había suspendido el examen para obtener el certificado de francés oral después de años estudiando francés en el colegio se iniciara en un idioma nuevo.

«El tío John —añadió Jane— nunca venía a visitarnos, pero de vez en cuando recibíamos un ejemplar de su último libro, para alegría de mi madre, y también postales de “extraños” lugares». Es posible imaginarse al JB más auténtico a partir de esta escena del día que pasaron «trotando» juntos por Cambridge, y el restaurante seguramente fue el Arts, su favorito; las postales siempre fueron su modo preferido de comunicación cuando se encontraba de viaje.



Los primeros años de la vida de JB reunían todas las características de una típica infancia victoriana en un acomodado hogar de clase media: sólida, segura y quizás incluso un poco aburrida, hasta que la doble tragedia de la muerte de sus padres puso su mundo y el de sus hermanas patas arriba. Afortunadamente, había medios suficientes para ocuparse de su educación y para conservar el estilo de vida en el que habían nacido, pero se vieron privados del cariño de una buena familia. Desde pequeños fueron enviados a un internado, aunque esto era lo normal en los niños de su clase social. En su caso, la diferencia estaba en que no podían regresar a casa de sus padres por vacaciones, sino que los enviaban con otros familiares.

Como era habitual en esa época, la familia Trend era muy religiosa, vivía acorde con los principios cristianos, asistía regularmente a los servicios religiosos y había una buena cantidad de párrocos y vicarios en las familias de ambos progenitores. La aceptación de las normas sociales establecidas estaba también a la orden del día. JB acabaría rompiendo con estas dos tendencias: se pronunció públicamente contra los horrores cometidos por la Iglesia en España y, desde luego, nadie podía decir de él que fuera un conformista. Bien al contrario, se rebeló contra muchas de las convenciones de la época, y sus experiencias en la Primera Guerra Mundial contribuyeron a reforzar su mentalidad independiente, su tendencia a cuestionar lo ya aprendido, e incluso le proporcionaron cierto sentido de «alteridad». A pesar de la personalidad arrolladora que exhibía socialmente, JB era un hombre muy tímido. En una ocasión dijo que nadie podía enseñarle nada sobre la timidez, y es posible que el atractivo del que hacía gala socialmente fuera sólo una careta que utilizaba para protegerse.

Sin embargo, algunos de los rasgos de su niñez permanecieron intactos durante el resto de su vida, en especial, el sentido de responsabilidad social, la búsqueda de la justicia y la obligación de ayudar a otros menos afortunados que él. La humanidad de Theophilus perduró tanto en su hijo como en sus dos hijas.

Los tres hermanos demostraron más adelante un comportamiento mucho menos complaciente con el ambiente victoriano en el que habían crecido. Esto les permitió adaptarse mejor al ritmo de los cambios de principios del siglo XX, especialmente en todo lo que tenía que ver con el papel de la mujer. De hecho, las dos hermanas ya tenían un modelo en una de sus tías, conocida como la tía Ettie: Sarah Robinette Trend, hija del reverendo Henry Trend y hermana de Theophilus, que vivió

entre 1862 y 1939. No se sabe cómo sucedió, pero el caso es que viajó a Rusia como institutriz inglesa del príncipe Mirsky y su familia, y disfrutó de una vida de lujos junto a ellos durante treinta años en San Petersburgo, hasta la Revolución de 1917. Para entonces, la princesa ya había enviudado y la tía Ettie y su familia tuvieron que huir del país después de vender sus joyas para asegurarse una plaza en un barco atestado de gente con destino a Inglaterra. La princesa y su familia prosiguieron viaje hasta París, pero la tía Ettie permaneció en Inglaterra en condiciones bastante duras, pues había tenido que dejar la mayoría de sus pertenencias en Rusia y había perdido los ahorros que había invertido allí para su jubilación. Consiguió trabajo en una oficina de correos de Londres hasta su jubilación y nunca se la oyó quejarse del cambio radical de su estilo de vida.

A Anna, la hermana mayor de JB, a quien llamaban «Puss», le encantaban los bebés, por lo que primero se formó en cuidados infantiles en Cheltenham y posteriormente se marchó a Londres para seguir sus estudios de comadrona y enfermera. Desde muy joven hizo gala de sus cualidades filantrópicas. Cuando le «llegó la oportunidad», como le contó a su hija, refiriéndose probablemente a algún tipo de herencia, compró una casa en Great Hazely, cerca de Oxford, y la convirtió en una clínica de reposo sin ánimo de lucro para niños procedentes de los suburbios de Londres. En una ocasión, tuvo que atender varias veces a un bebé de la zona que estaba en un estado crítico. Consiguió que se recuperara y le tomó mucho cariño. La madre ya tenía otro hijo y no podía mantener a los dos niños, y tampoco se conocía la identidad del padre. Según su hija Jane, Anna siempre había deseado que le dejaran un bebé en la puerta de su casa, así que en 1926 adoptó al bebé abandonado, Nicholas, y lo crio como si fuera su propio hijo.

Esto no sólo era algo poco habitual, sino también una muestra de la gran valentía por parte de una joven soltera de esa época, ya que suponía actuar en contra del sentido del decoro social de entonces, aunque su hermana Henrietta la apoyó incondicionalmente. Dos años más tarde, en 1928, Anna se casó con Selwyn Wooler y tuvieron una hija, Frances Jane, con la que me siento en deuda por compartir conmigo gran parte de esta información. En 1939, al niño se le reconoció el derecho legal a llevar el apellido de casada de su madre adoptiva y pasó a llamarse Nicholas Wooler.

La hermana menor de JB, Henrietta, también rompió con las convenciones sociales de la época. En 1918, comenzó a estudiar Medicina en el Royal Free Hospital, el primer hospital en aceptar mujeres como estudiantes de la especialidad. Una vez más, esto era algo bastante infrecuente para una mujer en aquellos años, pero ella había decidido seguir los pasos de su padre. Después de licenciarse, y llevada por el deseo de contribuir al bienestar social y ayudar a los más necesitados, se marchó a trabajar a los suburbios del East End de Londres, como ya hiciera su padre antes que ella. Vivir y trabajar a diario en condiciones de miseria y ser testigo de la pobreza y de las grandes privaciones a las que las personas pueden verse sometidas debió de ser una experiencia desgarradora para ella. Por desgracia, tanto para su vocación como para su altruismo, su carrera como médico tuvo un final desgraciado.

Los detalles de lo que realmente ocurrió se han ido perdiendo con el tiempo, o tal vez era mucho mejor olvidarlos. El origen de todo parece que tuvo que ver con un aborto o con la pérdida involuntaria de un bebé. Aunque al final Henrietta fue declarada inocente, sufrió mucho y quedó profundamente afectada por la experiencia, ya que las mismas personas por las que ella había hecho tantos sacrificios no salieron en su

defensa cuando la situación lo exigió. Se sintió traicionada y renunció a su carrera médica, a pesar de que no había ninguna razón legal para ello, puesto que no había sido expulsada de la profesión. Henrietta hizo entonces algo «dramático» en todos los sentidos del término: decidió convertirse en actriz y se matriculó como estudiante en el Old Vic<sup>5</sup>. Éste sería un punto de inflexión en su vida, ya que fue allí donde conoció a otra mujer excepcional, Margaret Nancy Hewins, que se convertiría en su amiga de por vida y con quien puso en marcha un ambicioso y extraordinario proyecto.

Nancy Hewins (1902-1978) era hija del primer director de la London School of Economics, W. A. S. Hewins, que más tarde sería diputado por Hereford y, entre 1917 y 1919, subsecretario de Estado para las Colonias en el Gobierno de coalición de David Lloyd George. Así pues, Nancy estaba muy bien relacionada: Beatrice Webb, una de las pioneras del socialismo fabiano, fue su madrina, ya que los Webb eran íntimos amigos de su padre, y los círculos socialistas en los que creció Nancy sin duda influyeron en su pasión posterior por acercar la cultura a las masas.<sup>6</sup> Estudió política, filosofía y economía en Oxford, donde empezó a desarrollar un profundo interés por el teatro. En 1924, fundó una compañía de teatro

<sup>5</sup> Nombre con el que se conoce popularmente el teatro londinense Royal Victoria Hall, fundado en 1818. Old Vic es también el nombre de la compañía de repertorio asociada al teatro, especializada en la obra de Shakespeare y que daría lugar a la formación del National Theatre of Great Britain en 1963. Además de sus producciones teatrales, el Old Vic ha desarrollado desde su fundación hasta nuestros días una intensa labor formativa en las diversas artes escénicas.

<sup>6</sup> En 1884, Beatrice Webb (1858-1943) fundó en Londres junto a su marido, Sidney Webb (1859-1947), la Sociedad Fabiana, un movimiento socialista cuyo propósito era avanzar en la aplicación de los principios del socialismo mediante reformas graduales y que sentó las bases de lo que más tarde sería el Partido Laborista. Miembros destacados de la Sociedad Fabiana fueron los escritores George Bernard Shaw y H. G. Wells.

*amateur* a la que llamó Isis Players y con la que representaba obras de Shakespeare en las escuelas de primaria del East End. Gracias a una donación de cuarenta libras de lord Rothermere, Nancy pudo ampliar sus actividades, cambió el nombre de la compañía a Osiris Players, en honor al marido de Isis, y la convirtió en una compañía de teatro ambulante sin ánimo de lucro. La primera producción de Osiris Players fue *El mercader de Venecia* en diciembre de 1927.

No he conseguido averiguar si Henrietta se unió a la compañía en el momento de su creación, pero ciertamente formó parte de ella desde muy pronto y durante muchos años. Eran un grupo de mujeres extraordinarias. Nunca fueron más de siete, entre otras cosas porque el presupuesto no lo permitía. Entre ellas se repartían todos los papeles, tanto masculinos como femeninos, y a veces algunas llegaban a representar cinco o seis en la misma obra. Para poder cambiarse a tiempo, se ponían todos los trajes uno encima de otro y se los iban quitando a medida que el nuevo personaje entraba en escena. Tuvieron que cortarse el pelo para poder cambiarse rápidamente de peluca. Siempre representaban varias obras diferentes en el mismo día, una detrás de otra, y su repertorio era amplísimo. Estas mujeres no sólo actuaban, sino que también se ocupaban de todos los aspectos relacionados con el montaje de las obras, como la iluminación, la escenografía o los decorados, que podían ir desde un escenario vacío hasta las murallas de un castillo, y a menudo tenían que levantarlas desde cero en cada lugar.

Las Osiris Players realizaban larguísima giras por todo el país, visitando escuelas y pequeños pueblos remotos que en aquella época no habrían tenido oportunidad de ver representaciones de Shakespeare ni de ninguna de las otras obras del repertorio de la compañía, ya fueran dramas o comedias. Era una vida muy dura. Estaban constantemente de

gira actuando en salones municipales y en escuelas rurales con poca infraestructura, de modo que tenían que transportar todo el equipo de un lugar a otro. Nancy Hewins pensó en una solución muy original para transportar este inmenso cargamento, a menudo por carreteras en muy malas condiciones: la compañía se desplazaba en dos viejos Rolls-Royce, uno de ellos blanco y crema y el otro negro, a los que llevaban enganchadas las caravanas con las maletas, los decorados y el utillaje. Las actrices a menudo se estudiaban los papeles durante el trayecto. ¡Qué espectáculo debía de ofrecer esta extraña cabalgata mientras avanzaba entre las colinas de los Cotswolds, donde las Osiris tenían su sede, o a su llegada a los patios de los colegios, a donde los niños corrían para acariciar los alerones de unos Rolls-Royce que nunca antes habían visto!

Pero, ciertamente, no era un estilo de vida a lo Rolls-Royce. Mientras estaban de gira, estas mujeres dormían en las caravanas o en graneros y cobertizos, y tenían que encargarse de todo, desde la colada hasta el montaje de los decorados y la iluminación. Incluso cuando no estaban de gira, sus condiciones de vida no eran particularmente lujosas. Vivían en una pequeña vivienda, a la que llamaban el «Granero», cerca de la casa de Nancy en Willersey, Worcestershire. Sin embargo, no era una vida infeliz. «Sólo hay que fijarse en los rostros bronceados de estas gitanas en jersey y pantalones para darse cuenta de ello», informó el *Manchester Evening News*.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y la gasolina empezó a escasear, tuvieron que guardar los Rolls-Royce y sustituirlos por carros cubiertos tirados por caballos. Aun así, durante la guerra ofrecieron más de 1.534 representaciones de 33 obras diferentes, 16 de ellas de Shakespeare, en sesiones infantiles durante el día y para los adultos por la noche.

Poco antes de morir en 1978, Nancy Hewins recordaba esos cincuenta años de giras por carreteras espantosas y a menudo con mal tiempo:

Conducir un viejo Rolls-Royce blanco y negro en una fría noche con una manta de agua cayendo sobre el parabrisas, sin saber si el coche estaba en la carretera o en un río, cruzar las montañas galesas a las dos de la madrugada nevando y con niebla, orientarse con la brújula para encontrar el camino en tiempos de guerra e incluso llevar caballos en los viajes eran algunos de los riesgos habituales de nuestra vida de giras para representar todo tipo de obras, desde *Edipo rey* hasta Shakespeare, de *Sweeney Todd* a *Santa Juana* y Noël Coward, ya fuera en las Orkneys o en las Channel Islands y en Irlanda, con sus tormentosos pasos marítimos, o en Inglaterra, Escocia y Gales.

Osiris dejó de viajar en 1963, después de treinta y seis años de giras, y la empresa se liquidó. Henrietta Trend murió en 1965. El recuerdo de Osiris se perdió hasta que treinta años más tarde el periodista Paul Barker publicó un artículo sobre la compañía en *The Observer*, el domingo 4 de junio de 1995. Una década más tarde, la actriz Imogen Stubbs escribió una obra de teatro sobre las hazañas de las Osiris Players durante la Segunda Guerra Mundial, titulada *We Happy Few*. Dirigida por Trevor Nunn, se estrenó en el Gielgud Theatre en julio de 2004, pero, por desgracia, las malas críticas hicieron que no durara mucho en cartel, a pesar de contar con un elenco repleto de estrellas cuyas actuaciones fueron muy celebradas. En su artículo, Paul Barker recordaba haber visto una actuación de las Osiris Players:

Un día, hace más de cuarenta años, a los niños más pequeños de un instituto perdido de Yorkshire nos dijeron que esa tarde íbamos a asistir a una representación de *Macbeth*. Fuimos en fila india hasta el salón de la cooperativa del pueblo. Tenía un

pequeño escenario que alquilaban sobre todo para representaciones *amateur* de *El príncipe estudiante*, aunque la sala en sí estaba pensada para la celebración de bailes. Nos sentamos en el suelo formando un semicírculo y así fue como vi por primera vez una obra de Shakespeare, y también la primera representación de teatro profesional, aparte de las actuaciones de mimos o los espectáculos de variedades.

Me fascinó: los trajes brillantes y arremolinados, la maravillosa iluminación, el gran melodrama. Y todo lo hacían entre seis o siete mujeres que interpretaban todos los papeles, tocaban la música y cambiaban los decorados. Esto lo hacía aún más exótico. Nunca olvidé esa representación ni el nombre de la compañía, Osiris.

Barker también relataba los recuerdos aún más vívidos de otra persona que había asistido a una representación de Osiris:

La novelista Jane Gardam vio a las Osiris Players en Teeside durante la guerra, cuando aún era una niña. Ella tampoco había asistido nunca a una obra de teatro. Recuerda que una furgoneta se detuvo frente a su escuela, y «siete mujeres desaliñadas se bajaron de ella». Le recordaron a la compañía del señor Crummies en *Nicholas Nickleby*. Tenían un aspecto extraño, casi ridículo. «Una de ellas tenía una pierna deforme. A otra parecía que se le había caído el pelo. Otra fumaba cigarrillos negros como de agente secreto. Todas eran más bien feas —en realidad, horribles— y, por cierto, llevaban pantalones». Jane se sentó en primera fila. La obra era *She Stoops to Conquer*. Entonces, algunas de esas mujeres sosas se transformaron en auténticas bellezas como las de las pinturas del siglo XVIII, en gañanes y en galanes, en escuderos que se palmeaban los muslos, en coquetas señoritas vestidas con trajes de seda. Se divertían, retozaban, lloraban y bailaban durante toda la obra. La Jane de doce años y el resto del público joven aplaudían, zapateaban, vitoreaban y pedían más. La Gardam adulta calificó la representación como «una

muestra del paraíso terrenal». Y, como yo, nunca olvidó a estas mujeres.

Éste era, pues, el animado ambiente bohemio en el que vivió la hermana menor de JB, un mundo muy alejado de aquel acomodado hogar victoriano de Southampton. Henrietta tenía sin duda una personalidad atractiva y fascinante, y muchos amigos. Nunca se casó, pero sí llevó mucha felicidad tanto a los niños de su familia como a los de su público. Jane Lee, la hija de la otra hermana de JB, Anna, hablaba con entusiasmo de las vacaciones de su infancia con la tía Hettie en su casa de campo cerca de Broadway, en donde se le permitía hacer todo lo que quería, incluido montar a caballo, que era lo que más le gustaba del mundo.

Henrietta tenía amigas fuera del estrecho círculo de las Osiris Players y, a través de ellas, varias ahijadas que todavía la recuerdan con cariño. Una de ellas es Julia Meek, que actualmente vive en Nueva Zelanda y es hija de la mejor amiga de Henrietta del colegio. Julia cree que Henrietta quizá formó parte de esa generación de mujeres que no encontraron pareja debido a la gran cantidad de jóvenes varones que murieron en la Primera Guerra Mundial. Los propios padres de Julia, ambos pintores, también llevaron una vida poco corriente: alquilaban pequeños internados durante las vacaciones escolares y allí organizaban unos campamentos de pintura a los que llamaban «Chez Winby». «La tía Hettie venía con frecuencia —escribe Julia—. Todos los sábados por la noche había actuaciones y conciertos improvisados en los que la tía Hettie destacaba, sobre todo en la comedia. Sé que cuando iba de gira con la compañía de teatro, hacía papeles importantes en las comedias, como el de Bottom en *Sueño de una noche de verano*».

La madre de otra de sus ahijadas, Mary Butler, fue compañera de Henrietta en la Facultad de Medicina en 1918, ambas

pioneras en un mundo de hombres. Mary también recuerda unas vacaciones muy felices con la tía Hettie en Willersey, cerca de Broadway. La casa de campo, dice, «estaba desordenada, la pila siempre llena de ropa sin lavar», pero todos los días eran divertidos. Los niños podían moverse por todas partes, y la tía Hettie los entretenía constantemente con imitaciones, chistes y bromas: actriz hasta la médula.

Como ya se ha mencionado, a pesar del estrecho vínculo que mantuvieron los tres hijos de la familia Trend tras la muerte de sus padres, parece que JB se fue distanciando de sus hermanas en su vida adulta, aunque siempre conservaron un contacto esporádico. Henrietta le enviaba libros, cigarrillos y algunos caprichos caseros mientras JB estuvo en el frente de Ypres durante la Primera Guerra Mundial. En los numerosos documentos que he consultado sobre la vida de JB, he encontrado algunas referencias a estancias en España «con su hermana», y sospecho que se trataba de Anna; y, por supuesto, en su correspondencia<sup>7</sup> también aparecen referencias a la boda de ésta.

Tanto Anna como Henrietta tuvieron una vida poco convencional para las personas de su clase social, como también la tuvo su hermano mayor. Henrietta y él tenían mucho en común. JB pasó gran parte de su vida dedicado a actividades relacionadas con el teatro, la música, la ópera y la interpretación, todas ellas cercanas a los intereses de Henrietta. Él también se sentía atraído por las raíces populares de la cultura y creía que era necesario acercar el teatro, la poesía y la música a un público más amplio de gente «corriente». Estuvo muy implicado en el renacimiento del folclore en la España de los

<sup>7</sup> La mayor parte de la correspondencia de Trend se conserva en la Cambridge University Library y en el Archive Centre de King's College, Cambridge.

años veinte, y para ello viajó sin ningún tipo de comodidades por carreteras llenas de baches, montado a lomos de un burro o en lo que estuviera disponible, durmiendo en mesones humildes al borde de la carretera o en monasterios, todo ello en busca de joyas perdidas de la música antigua española que habían preservado la historia de un pueblo a lo largo de muchos siglos.

Lo más llamativo es que las Osiris Players, en un contexto cultural diferente, compartían los ideales y las experiencias de las Misiones Pedagógicas que florecieron en España durante la Segunda República, y a través de las cuales escritores, artistas, músicos y poetas emprendieron la misma misión de llevar la cultura a las gentes de toda España. JB colaboró estrechamente con las Misiones<sup>8</sup> en la misma época en que su hermana Henrietta emprendió una aventura similar en Gran Bretaña.

<sup>8</sup> Véase Eugenio Otero Urtaza (ed.), *Las Misiones Pedagógicas (1931-1936)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

## CHARTERHOUSE

En algunos círculos se creía que JB había estudiado en Winchester. Una confusión cuyo origen es fácil de entender, ya que entre 1897 y 1899 asistió a un colegio privado de primaria en Southampton llamado Winchester House School, probablemente como alumno externo. A continuación, estuvo dos años, de 1899 a 1901, en otro colegio, el Hillside, en Godalming, Surrey.

De ahí pasó a Charterhouse, también en Godalming, un lugar muy apropiado, ya que su bisabuelo, Richard John Samuel Stevens, había sido organista en Charterhouse —el convento original de Londres— un siglo antes. El colegio, que formaba parte de la institución religiosa, había sido trasladado de Londres a Godalming en 1872. Allí JB se incorporó a Verites House<sup>9</sup>, donde vivió desde el primer trimestre del curso 1901-1902, conocido como el «Trimestre de la Oración»<sup>10</sup>, hasta el verano de 1906.

Milagrosamente, los diminutos diarios que JB escribió entre 1902 y 1905, redactados con una cuidadísima caligrafía muy parecida a la de sus cartas de adulto, se han conservado. En 1902, con catorce años recién cumplidos, comenzó su primer diario. Era un *T. J. & J. Smith's Indelible Pocket Diary and Almanack for 1902*, que costaba un chelín, o dos si venía dentro de una «cartera de piel marroquí con un lápiz».

<sup>9</sup> Una de las tres residencias de estilo victoriano construidas para alojar a los alumnos de Charterhouse cuando el colegio se trasladó de Londres a Godalming.

<sup>10</sup> En Charterhouse, como en muchos otros colegios y universidades anglosajones, los periodos docentes recibían nombres singulares que aún se conservan en la actualidad: el primer trimestre del curso (octubre-diciembre) se denomina *Oration Quarter* (Trimestre de la Oración); el segundo (enero-marzo), *Long Quarter* (Trimestre Largo), y el tercero (abril-junio), *Cricket Quarter* (Trimestre del Críquet).

Fue con ese lápiz con el que esmeradamente escribió en la portada: «J. B. Trend, 1 Grosvenor Square, Southampton». Es evidente que releía estos diarios de vez en cuando, ya que al comienzo hay una pomposa nota añadida en 1908, cuando ya tenía veinte años y estaba estudiando en Cambridge:

### PREFACIO

De nada sirve disculparse por el uso tan frecuente de la primera persona; en un diario esto es casi inevitable, y al revisar este cuaderno seis años después de haberlo empezado, me doy cuenta de que no es un verdadero diario; sólo hay unas cuantas notas sueltas sobre lo que pasó entonces. Apenas puedo expresar cuán importantes son estas notas para mí. Cada una de ellas despierta una sucesión de recuerdos de tal longitud que si los detallara ocuparían varios volúmenes. Pero precisamente escribo esto ahora para intentar que las entradas de este cuaderno resulten inteligibles para quien las lea en un futuro. Y, aunque no puedo aspirar a que resulten tan interesantes como los diarios y observaciones de mi bisabuelo, Richard John Samuel Stevens, al menos servirán de comentario a un popurrí que, sin estas notas, no tendría sentido.

Este diario debería comenzar con mi segundo trimestre en Charterhouse (el cuaderno con las anotaciones de mi primer trimestre, si es que hice alguna, se ha perdido). Pero parece que lo compré durante un fin de semana que pasamos fuera del colegio, es decir, sobre el 1 de marzo, por lo que la entrada más antigua debe de corresponder a esa fecha<sup>11</sup>.

Es evidente que estos cuadernos eran importantes para JB y que quería que se conservaran y fueran leídos por otros. Me han contado que los llevaba siempre con él, incluso cuando estuvo luchando en el frente en Francia, y que dio instrucciones para

<sup>11</sup> Efectivamente, la primera entrada del diario es del 1 de marzo de 1902. (Nota de la autora).

que, en caso de que le ocurriese algo, se los hicieran llegar a su hermana Anna. Gracias a la hija de Anna, Jane Lee, estos diarios, después de haber permanecido durante más de un siglo guardados, llegaron a mis manos. Ofrecen una visión muy personal de los años de colegio de JB, una época feliz a pesar de haberse quedado huérfano tan joven. Al igual que muchos otros aspirantes a escritores de diarios, cada año comenzaba con gran entusiasmo y llenaba páginas y páginas con multitud de anotaciones que iban disminuyendo progresivamente a medida que se acercaban la Semana Santa y la primavera. Una de las principales dificultades que me encontré a la hora de interpretar estos diarios, además de descifrar la exquisitamente minúscula letra de JB, fue el uso que hace de las iniciales para referirse a sus *dramatis personae*, que no siempre he podido identificar.



Un rasgo sorprendente de estos diarios es la práctica ausencia de referencias a su familia más cercana. En una de las escasas ocasiones en las que escribe sobre ellos, cuenta que «las chicas» (sus hermanas) habían ido a Devon a pasar unos días con George y Mary Stevens, sus tíos; en otra, que «Puss» (su hermana Anna) acababa de regresar a su internado. Probablemente se refería a su otra hermana, Henrietta, cuando anotó que, en un ensayo del coro, «H. [estaba] muy guapa» y que después él le envió una flor para el ojal. La única mención directa a su padre aparece en la entrada en la que relata que el 22 de abril de 1902, mientras estaban de vacaciones en la isla de Wight, Theophilus fue a Southampton «un día de tormenta, húmedo y desapacible».

Aún más curioso resulta el breve apunte del miércoles 9 de diciembre de 1903 relacionado con él mismo: «He ido a Southampton»; seguido de otro del viernes 11 de diciembre

igualmente sucinto: «De vuelta a Godalming». Lo que a primera vista aparenta ser una información intrascendente, deja de serlo en cuanto nos damos cuenta de que el motivo de estos viajes debió de ser la trágica muerte de su padre el 7 de diciembre. No hay ningún comentario sobre lo sucedido ni sobre los sentimientos que ello inspiró en JB. Aunque puede que un pequeño diario no fuera el sitio adecuado para expresar sus emociones por la pérdida de su padre, parece extraño que ni siquiera mencionara el motivo que le llevó de vuelta a casa. La vida parecía seguir como siempre, con sus clases de Lenguas Clásicas, la celebración del Día del Fundador del colegio en Londres el 14 de diciembre, las visitas al dentista, los exámenes y el descubrimiento de nuevos ejemplares de insectos.

En enero de 1904 le tomaron medidas para hacerle un traje nuevo, lo que podría ser relevante o no, y en una entrada del 12 de agosto de 1905 anota una visita al cementerio de Southampton «para ver la lápida»: es probable que se refiera a la que había sobre la tumba de su padre, que de hecho tiene una espléndida cruz conmemorativa posiblemente colocada por entonces. Sin embargo, JB no hace mención alguna de su progenitor en esa entrada, en la que, sin embargo, sí deja constancia de su interés por los nuevos tranvías eléctricos y de la molestia que le supuso la pérdida de su libreta de ciencias durante la visita al cementerio.

Había un miembro de la familia por el que sentía especial cariño, EAS, su tía Emily Anna Stevens, hermana de su difunta madre, con la que solía ir a comer o a cenar y con quien compartía una gran afición por la música, el arte y la cultura.



Por lo que respecta a su rendimiento escolar, en la primera entrada de marzo de 1902 —aunque aparentemente la incluye

con posterioridad a esa fecha— dice: «Éste fue mi segundo trimestre en Charterhouse. Tenía catorce años y estaba en el segundo curso de Secundaria, grupo B. Excepto las dos primeras semanas, tuve la suerte de ser siempre el primero de la clase». Fue capitán del equipo de segunda división de Verites. Y en la entrada del viernes 4 de abril de 1902 se lee: «Este trimestre he tenido la mejor nota de todo segundo curso. Es la segunda vez que he sido el mejor de la clase en los exámenes trimestrales. La primera vez fue hace un año en Hillside, cuando tuve la suerte de que me dieran el primer premio, en la clase del señor Hemsley».

Los resultados de sus exámenes en años posteriores, proporcionados por Charterhouse, revelan que no mantuvo ese grado de excelencia. Indican, sin embargo, que siempre fue un estudiante con un nivel más que aceptable, que mostró un progreso constante y que era bueno en todas las materias. Las asignaturas de Ciencias y Lenguas Clásicas parecen haber sido sus preferidas, y en 1903 ganó un premio en esta última. Sus listas de lecturas son impresionantes. La mayoría son libros relacionados con entomología, pero en el verano de 1905 hay una extraordinaria lista de «Libros que leer»: *Quo Vadis?*; *Fabiola*, del cardenal Wiseman; *Callista*, del cardenal Newman, y finalmente, pero no por ello menos importante, *Decadencia y caída del Imperio romano*, de Gibbon. A menudo también copiaba poemas, entre ellos un extracto del *Don Juan* de Byron.

De vez en cuando, JB hacía algún que otro comentario mordaz sobre el contenido de las asignaturas y sobre sus profesores. En el verano de 1902 apuntó que estaba muy molesto porque lo habían vuelto a poner en la clase de «Merry». «Remove B. Merry» era Merryweather, un profesor que impartió clases en Charterhouse entre 1875 y 1908 y que también fue director de

una de las residencias. Según JB, «las clases de Merry eran muy aburridas: y uno de cada tres alumnos hacía uso de las “ayudas”», esto es, recurrían a las chuletas para las traducciones de latín y griego, algo que a él le parecía muy mal.

La actitud de JB hacia el uso de las chuletas tenía mucho que ver con la influencia que ejerció sobre él uno de sus profesores de clásicas preferidos, el señor Bryant, al que elogiaría en un largo pasaje añadido a su diario mucho después:

#### TRIMESTRE DE LA ORACIÓN 1902

Acababa de volver a Charterhouse para empezar mi cuarto trimestre. Estaba en la clase del señor Bryant. [...] Bryant no sólo era un buenísimo profesor, sino también uno de los más simpáticos de Charterhouse. Consiguí «entusiasmos». Como él decía: «Quiero que te *entusiasmes*, muchacho». Siempre se dirigía a ti como «muchacho», o, quizá más frecuentemente, «desdichado camarada» o «desgraciado compañero». Sabía tratarte, y tenía una forma muy peculiar de expresarse que hacía que todo lo comprendieras mucho mejor que si lo hubieras leído tú mismo o te lo hubieran explicado a la manera tradicional. Podría poner cientos de ejemplos, pero cada vez que lo intento, nunca logro acordarme de ninguno.

En una ocasión estábamos estudiando *Medea* y llegamos a esa parte en la que se narra cómo hierven al pobre anciano Pelias en un caldero. No recuerdo la frase exacta, pero [...] Bryant la tradujo como «para que muriera de la forma más penosa». Nos enseñó a apreciar la belleza del inglés tal y como aparece en el lenguaje de la Biblia y, en particular, en los Salmos y en otros libros poéticos. Y le gustaba que nosotros también usáramos esas expresiones en nuestras traducciones. Como dijo Addison en uno de sus ensayos: «Los hebraísmos derivados de los pasajes poéticos de las Sagradas Escrituras [...] dan fuerza y energía a nuestras expresiones, templan y dan brillo a nuestro idioma y transmiten nuestro pensamiento en frases más intensas y vehementes que otras que podamos

hallar en nuestra propia lengua. Hay algo tan poético en este tipo de dicción que enciende la mente y hace que nuestros corazones ardan en nuestro fuero interno»<sup>12</sup>.

Aunque sólo hace unas semanas (diciembre de 1907) que leí este pasaje por primera vez, Bryant consiguió «encender mi mente» gracias a sus citas de la Biblia y a las expresiones tomadas de los libros poéticos del Antiguo Testamento, y logró impresionarme más que cualquier otra cosa que pueda recordar.

Sólo tengo que echarle un vistazo a mi copia de la *Odisea* (porque el señor Bryant nos permitía hacer anotaciones en nuestros libros) para comprobar la gran cantidad de expresiones bíblicas que contiene, «cómo aumenta su grandeza por la solemnidad de expresión que le confieren las Sagradas Escrituras»<sup>13</sup>.

Cualquiera que no conociera a Bryant como yo, al ver las notas que hice en la sexta *Odisea* pensaría que se trataba de una traducción demasiado literal, intencionadamente seca. Pero esto, en realidad, se ajusta bastante bien a Homero, ya que ninguna traducción podrá jamás hacerle justicia. Mis anotaciones sólo pretenden ayudarme a entenderlo, aunque estén llenas de expresiones que nosotros solíamos llamar «bryantianas», como, por ejemplo, «los que antaño moraban», «el daño infligido por los cíclopes que no hizo sino aumentar su fuerza», etc., y, aunque nos sirviera para reírnos de él, el señor Bryant siempre que podía utilizaba la palabra «incluso», para mantener el orden original de las palabras en la traducción. Me gustaba tanto este uso de «incluso» que yo también empecé a utilizarlo en mis propias traducciones siempre que era posible, lo que hizo que los demás me tomaran el pelo todo lo que podían.

Además, el señor Bryant era muy bueno en las clases de *versificación*. No digo que sus versiones estuvieran a la altura de las

<sup>12</sup> La cita, más o menos literal, pertenece al ensayo núm. 405 del escritor y político británico Joseph Addison (1672-1719), publicado en la edición del 14 de junio de 1712 de *The Spectator*, una publicación periódica fundada por el propio Addison y por Richard Steele (1672-1729), y que sólo apareció entre 1711 y 1712.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

del señor Longworth, pero él tenía la capacidad de hacernos imaginar lo que significaba el inglés para luego pasarlo al latín. «Muchacho —solía decir—, sólo quiero que te hagas una idea», y entonces hacía un esbozo verbal del pasaje. Este tipo de cosas me resultaban muy atractivas y también me ayudaban mucho. En el examen de acceso al Bachillerato (al que me presenté en julio de 1903), aunque no era mi especialidad, obtuve cuarenta y tres puntos en la prueba de elegías latinas y sesenta en la de yámbicos griegos, de un total de setenta y cinco puntos posibles.

Desde el primer trimestre de mi tercer curso hasta el final, siempre tuve la impresión de que podía contar con el señor Bryant, y ahora, que hace cuatro trimestres que terminé, todavía siento que, si la ocasión se presentara, se portaría conmigo igual de bien que cuando estaba en Charterhouse. Solíamos llamarle «Pulcherrima Bryant» y, aunque la frase surgió como una broma, siempre pensé que era un epíteto muy adecuado. La historia de cómo acabamos apodándole «Pulcherrima» es bastante divertida. Por aquel entonces estábamos estudiando a Virgilio, y en la *Eneida*, creo que en el libro III (mi copia de Virgilio se quedó en Verites), hay un pasaje que narra cómo Eneas encuentra a Dido en su habitación. Bryant nos explicó con detalle la manera tan hermosa en la que las palabras aparecen dispuestas en un verso concreto: «Muchacho, primero te das cuenta de que estás en una habitación en penumbra y sólo puedes intuir que en el otro extremo hay algo que parece un diván. Entonces, conforme tus ojos se van haciendo a la oscuridad, ves que hay algo —alguien— tumbado en el diván, y de repente te das cuenta (al final del verso) de que es “pulcherrima” Dido». Un tal Hedley («The») siguió con esto mientras esperábamos a Bryant después del recreo: «Muchacho —decía—, lo primero que notas es que alguien se acerca, pero no puedes ver bien quién es. Entonces distingues un birrete y una toga, y de repente te das cuenta de que es “pulcherrima” Bryant».

Bryant nunca tuvo un trato de favor con ninguno de nosotros, pero siempre fue muy amable. Con él no te *atrevías* a usar

una chuleta, o, mejor dicho, no podías usarla y luego fingir que no lo habías hecho. Había algo en él que te impedía mentir. En una ocasión, puso a traducir en voz alta a Mappin (que más tarde sería capitán del VII y antes tiple solista en el coro). Mappin leyó algo que, obviamente, había sacado de otro sitio. En ese momento Bryant no hizo ningún comentario, pero después (según me contó Mappin) lo llamó en privado y le dijo: «Muchacho, ¿puede ser que hayas utilizado una chuleta en clase?». «No, señor», contestó Mappin, dudando. «Bueno, muchacho, te creo, muchacho. Pero debes trabajar más. Muy bien, eso es todo lo que quería saber, muchacho». No creo que Mappin volviera a usar una chuleta en su clase. Bryant parecía dar siempre por hecho que lo que uno hacía era fruto de su esfuerzo, y que no se debía «hacer trampa». Otros profesores no me daban esa impresión y yo mismo utilizaba una chuleta para las traducciones siempre que me hacía falta. A otros profesores no parecía importarles de dónde sacabas la información, sólo querían que te supieras la lección.

Bryant fue sin duda uno de esos raros profesores que logran despertar en sus alumnos el entusiasmo y el interés por el conocimiento. Su gran influencia sobre JB es perceptible no sólo en la pulcritud y la sencillez de sus escritos posteriores, en su profundo aprecio por la belleza en todas sus manifestaciones y en su dedicación al trabajo intelectual y cultural de por vida, sino también en las inspiradas clases que el propio JB impartiría en Cambridge muchas décadas después. Al igual que el señor Bryant, JB tenía el don de hacer despertar nuestro entusiasmo y «encender nuestras mentes».



Las entradas de su diario no suelen revelar sus pensamientos o aspiraciones. La mayoría responden a lo que cabe esperar de un estudiante adolescente: anotaciones sobre citas y compromisos.

Le gustaba hacer listas, y consignaba meticulosamente los horarios de los trenes (de ida y vuelta a Southampton), los horarios y los temas de las clases, los deberes, los libros, etc. Los clásicos ocupaban un lugar destacado en el programa de estudios —gramática griega, Jenofonte, Virgilio— e influyeron mucho tanto en su actividad posterior como en su estilo a la hora de escribir.

En un plano más cotidiano cabe destacar sus anotaciones sobre los almuerzos, así como las referencias a la comida. Enternece leer cómo, el Viernes Santo de 1902, JB nos informa de que había conseguido tres bollitos de Pascua: «Me he comido uno y medio en el desayuno y el otro uno y medio en el almuerzo», enfatizando expresamente el reparto de este placer tan poco habitual para que le durara lo máximo posible. Se detiene en las gestiones para conseguir un bote de mermelada y, en la detallada contabilidad que incluye al final del diario, en la que anotaba todas las compras, por pequeñas que fueran, ocupan un lugar destacado las galletas, los bollos y las bebidas, así como los abonos a partidos, especialmente de *squash*, los sellos, los artículos de papelería y los cacahuetes. Menos habitual es algo que él llama «bumf», que costaba seis peniques, y que en su jerga eran las chuletas que utilizaban para las traducciones de los clásicos (lo cual es un reconocimiento tácito de que él también las usaba, aunque presumiblemente no para las clases del señor Bryant). ¡Llega a mencionar que se había encontrado una moneda de medio penique! Las anotaciones más importantes corresponden a ingresos regulares de una libra o diez chelines, así como a «propinas» de cinco o diez chelines. No especifica su procedencia, excepto en una ocasión, en abril de 1902, en la que aparece una cantidad de «cinco chelines y nueve peniques y medio» de su padre.



La música, que en un futuro habría de jugar un papel muy relevante en su vida, iba poco a poco cobrando más importancia. Recibía clases de violín y cantaba en varios coros, pero al principio no parece haber sido un alumno tan aplicado como cabría esperar dada su pasión posterior por todo lo que tenía que ver con el mundo de la música. En 1902, en una nota añadida a su diario varios años más tarde sobre una merienda a la que había asistido, admitía: «me temo que yo solía faltar mucho a las clases de música y creo que era para conseguir que Boxall y Moon me expulsaran». W. A. Boxall era el profesor de violín. Sin embargo, JB estaba muy entusiasmado con su participación en el oratorio *Sansón*, en el que intervenía varias veces cantando con el coro y tocando en la orquesta. Durante la primavera de 1902 dedicó mucho tiempo a los ensayos de «Let the Bright Seraphim»<sup>14</sup>, y al parecer con éxito, ya que el miércoles 26 de marzo de 1902 escribió: «Oratorio. *Sansón*. Me han dicho después que “Let the Bright Seraphim” ha salido estupendamente. El señor Tait dijo que sonábamos como una sola voz y otras cosas agradables. Es la primera vez que he tenido una participación tan destacada, excepto quizás cuando toqué en mi primer concierto en Hillside y canté en el último». Hillside había sido su colegio de primaria.

En 1905, la música ya empezaba a ocupar una parte más importante de su tiempo y la sentía con mayor intensidad. Durante dos noches seguidas, el coro y la orquesta interpretaron otro oratorio, en esta ocasión *La Creación* de Haydn. JB escribió que, aunque habían estado ensayando durante todo el trimestre, nunca le «había emocionado tanto esta obra»:

<sup>14</sup> Una de las arias del oratorio *Sansón* de Georg Friedrich Händel, con un libreto basado en el drama *Sansón agonista* del poeta inglés John Milton.

«Creo que Haydn y otros autores (Chopin en especial) debían de estar verdaderamente inspirados cuando componían. Creo que, si lo consideramos en su conjunto, la palma se la lleva “The Heavens are Telling”, una *maravilla* que me provocó una emoción inmensa». Y así continuaba con elogios a la voz de Rattray, de quien dijo que «estuvo soberbio en el recitativo»: «su voz “tiembla” un poco al principio, pero es realmente grandiosa, tan poética y llena de emoción. [...] Aunque no sea tan potente ni tan musical como la de Chambers, [Rattray] canta “dando sentido a lo que dice”; la segunda parte del solo fue realmente emocionante». En junio de 1905 aparecieron críticas muy elogiosas para ambas interpretaciones en la revista del colegio, *The Carthusian*. Los solistas a los que JB admiraba eran Eric Holland Chambers, que estuvo en el colegio de 1903 a 1905 y vivía en Weekites House, y uno de los hermanos Rattray, Reginald o Eric, que vivían en Gownboys House.

Unos días más tarde tuvieron «Música en la residencia, excelente», en esta ocasión con la presencia de un tenor profesional, el señor Bovett, que también había participado en el oratorio y que, en opinión de JB, tenía «una hermosa voz». Rattray y Chambers volvieron a cantar con el coro, y la impresión de JB sobre la voz de Rattray fue idéntica a la que tuvo con *La Creación*. Su tía favorita, EAS, le había contado en una carta que a ella le gustaba mucho «I Waited for the Lord», y él escribió: «estoy completamente de acuerdo con ella»<sup>15</sup>.

En esta época, JB empezó a desarrollar ese espíritu crítico que tanto le ayudaría en el futuro, y ya era capaz de expresar

<sup>15</sup> «I Waited for the Lord» (en alemán, «Ich harrete des Herrn») es una de las partes vocales de la «sinfonía-cantata» *Lobgesang* (Himno de alabanza), compuesta por Felix Mendelssohn en 1840 para conmemorar el cuarto centenario de la invención de la imprenta. A la muerte del compositor, la obra se publicó como su *Sinfonía núm. 2 en si bemol mayor para solistas, coro y orquesta*.

sus opiniones de manera contundente, aunque no siempre hiciera uso de un lenguaje muy elaborado. El 21 de marzo de 1903 anotó con aprobación: «Orquesta de cuerda de Herr Wurm. Increíblemente buena». Sin embargo, unos días más tarde, un cuarteto con la orquesta del colegio y una familia de intérpretes no le merecieron la misma valoración: «un auténtico despropósito», confesó con desprecio en su diario. Ese año, durante las vacaciones de Semana Santa hubo más conciertos. El 24 de abril, escribió: «Visita a la ciudad para asistir al concierto de la Royal Academy Orchestra en Queen's Hall». Y combinó este viaje con otra curiosa actividad: «Conseguí una jaula de cría y un buen ejemplar de *Acherontia atropos*» (la polilla conocida como «esfinge de la calavera africana»). Una semana más tarde asistió a otro concierto «ofrecido por lady Hallé y Leonard Borthwick».

El gusto musical de JB era bastante ecléctico. El 14 de abril de 1905 asistió en Southampton a un concierto de la banda de música de Sousa, en el que se interpretaron «piezas clásicas seguidas de otras más populares, como “Dixie Land”, “El capitán”, “Stars and Stripes”, “Manhattan Beach” y “Washington Post”». «“Stars and Stripes” fue un éxito —continuó escribiendo Trend—. A mitad de la pieza, las trompas, los trombones, etc., bajaron del escenario y tocaron directamente frente al público. Por suerte, nuestros asientos estaban justo al fondo del auditorio (Filarmónico)». Está claro que la actuación resultó abrumadora. Durante una visita a sus parientes de Somerset en enero de 1904, lo llevaron a tomar el té a un café cantante de Clevedon, y en esta ocasión se refirió al concierto con un escueto comentario propio de un colegial: «¡Una porquería!».

Mientras tanto, sus propias actividades musicales siguieron su curso y el 23 de enero de 1904 anotó con evidente alivio: «He conseguido entrar de tenor en el coro para este año».



Desde muy pequeño, JB mostró un gran interés por las ciencias naturales, en particular por la entomología. Las vacaciones escolares las pasaba recorriendo las playas en busca de todo tipo de especies, principalmente moluscos, de los que llegó a tener una considerable colección. En la Semana Santa de 1903 fue de vacaciones a la Isla de Wight, en un barco que lo llevó de Southampton a Sandown la mañana del 10 de abril a las 11:10. Todos los días estuvieron repletos de actividades que JB describió con detalle e ilustró en un mapa de la isla primorosamente dibujado y pegado en su diario. Al parecer, fue un periodo bastante solitario. Todas las entradas están escritas en primera persona del singular, sin referencia alguna a amigos o miembros de su familia, excepto por una anotación bastante críptica, ya mencionada, en la que alude a un viaje de su padre a Southampton «un día de tormenta, húmedo y desapacible». Aparte de eso, el único acontecimiento digno de mención de ese día fue el hallazgo de un caballito de mar, *Hippocampus guttulatus*. No cabe duda de que esto último era igual de importante para él, ya que entonces, con catorce años, estaba muy interesado en el trabajo de campo relacionado con las ciencias naturales. Recorrió la isla a lo largo y ancho en tren, en autobús y a pie, y exploró sus numerosas bahías y calas en busca de moluscos, cada uno de los cuales registraba cuidadosamente en su cuaderno por su nombre en latín, por lo general impronunciable, y en algunos casos los fotografiaba.

De vuelta a la escuela, empezó a interesarse por los insectos, sobre los que inició un listado en el que trabajaba cada mañana en su cubículo antes de levantarse. Este pequeño espacio también albergaba otros seres menos deseables, como recogió en otra de las entradas: «Los ratones se han estado

paseando toda la noche por encima de la cama. Les he tirado cosas varias veces».

En 1904, este científico en ciernes se enfrascó en el estudio de todo tipo de materiales relacionados con la entomología: catálogos, libros, muestras... Recogió algunas ninfas de un estanque y anotó que había «conseguido una pecera para ellas», aunque dos días más tarde escribió: «Las ninfas no parecen muy animadas». Uno de sus parientes, Archie Stevens, oficial del batallón de los West African Rifles en Sierra Leona, le envió media docena de libélulas africanas de varias especies y le preguntó si le interesaban también algunos escarabajos. Para entonces, JB ya era un experto entomólogo y el 5 de enero de 1904 anunció triunfal: «Ha llegado *The Entomologist*. En la sección “Animales en cautividad y trabajos de campo” venía mi nota sobre el *Sirax gigas* [mosca de sierra]», un ejemplar que había identificado en Coulston el octubre anterior, cuando apenas tenía catorce años.

En todo el mes de marzo de 1904 sólo hay una entrada. En ella recoge la información, por supuesto vital, que había extraído de la «Teoría de Wilson sobre los colores de las libélulas», según la cual «si se encierra una libélula recién nacida en una caja oscura, no desarrollará sus colores». El diario de 1905 se abre con una impresionante «Lista de lepidópteros de Sierra Leona en la colección de JBT», en la que, con su minúscula y primorosa letra, registra nada menos que ochenta y cuatro tipos diferentes de mariposas. También hay una lista de seis postales de mariposas exóticas, pero el lugar destacado en las entradas de enero lo ocupan las referencias a libros y revistas sobre el tema. Se escribió una nota a sí mismo recordándose que las pequeñas bolsas de percal son muy buenas para criar cierto tipo de larvas, cuyo nombre resulta ilegible.

El 12 de agosto de 1905, el mismo día en que fue a visitar la lápida de su padre en el cementerio, escribió en la última entrada de su diario: «Por la tarde estuve inspeccionando algunas de las charcas entre las rocas. Pero como la mayor parte del día ha habido marea baja y los niños han estado por allí, no encontré muchos ejemplares. En total, he conseguido un cangrejo verde (casi eviscerado, pero por lo demás en buen estado de conservación); un cangrejo con sólo tres patas; un cangrejo ermitaño en buenas condiciones y dos anémonas de mar». Esto, y no la visita a la tumba de su padre, fue, aparentemente, lo más importante de ese día.



Aunque de adulto JB no era el tipo de persona que uno asociaría con la actividad física, en sus años de colegio practicó todo tipo de deportes: atletismo, natación, carreras de obstáculos, carreras de sacos, críquet y *squash*. Fue un joven sano y durante sus años de estudiante apenas sufrió algún que otro resfriado. El 8 de mayo de 1903 anotó sus características físicas: «Edad: quince años y cinco meses; estatura: 1,68 metros; peso: 50 kilos; pecho: 86-91,5 centímetros». En septiembre había crecido: ya medía 1,70 y pesaba 59 kilos; pero había menguado de pecho a 84-89 centímetros.

Jugaba al *squash* con frecuencia y el 10 de marzo de 1902 dejó constancia de un partido con M. Wynne Jones: «Resultado 0-3». Doce años más tarde, su compañero de *squash* murió en un bombardeo en Ypres, muy cerca de donde el propio JB estaba destinado. Esta pérdida de un viejo amigo del colegio fue el momento en el que el verdadero horror de la guerra se convirtió en algo trágicamente personal para JB. Su reacción ante los acontecimientos de 1914 y la angustia causada por la guerra civil española en los años treinta cristalizarían en una

auténtica animadversión hacia la guerra que contrasta con el entusiasmo con el que se alistó en el Cuerpo de Fusileros cuando todavía era un colegial y disfrutaba con toda la parafernalia militar de los desfiles, los uniformes y las prácticas de tiro. Pero eso, por descontado, era lo que cabía esperar de un estudiante de un colegio privado en aquella época.

Las prácticas de tiro ocupaban gran parte de su tiempo, a veces a diario, y en la primavera de 1905 hay una entrada muy sentida que titula «Arthur Webster»: «Esto ocurrió el sábado 1 de abril. Verites, siento decirlo, se llevó la Cuchara de Madera que Thaw hizo llegar a Weeks a través de un alumno de primero». Aunque en un primer momento este comentario resulta un tanto críptico, es posible que haga referencia al llamado Campeonato Arthur Webster, un evento anual en el que se elegía el mejor escuadrón de todas las residencias en el manejo del fusil y en las prácticas de campo. En 1905, el campeonato se celebró a lo largo de dos días: las pruebas de tiro con rifle fueron el 31 de marzo y las prácticas de campo el 1 de abril. En junio de 1905, el reportaje de la revista *The Carthusian* se centraba en esta competición y confirmaba que el equipo de la residencia de JB, Verites, quedó el último y a bastante distancia del resto de los participantes. Parece ser que literalmente recibieron una cuchara de madera como premio, y que Thaw (posiblemente el mayordomo) se la dio a un estudiante de primer curso para que la entregara a L. M. Weeks, el alumno responsable del contingente de Verites. A pesar de este lamentable suceso, todo ese entrenamiento militar a lo largo de varios años probablemente dotó a JB de un aire castrense que, junto con su pequeño y delgado bigote militar, le hacía destacar entre los demás catedráticos de Cambridge.

Los diarios de esa época contienen muy pocas referencias a hechos concretos, y las dos que aparecen tienen un carácter

militar. JB recibió con gran alegría la noticia del final de la segunda guerra de los bóeres. La entrada del lunes 2 de junio de 1902 se abre con un «SE FIRMA LA PAZ», en letras mayúsculas muy floridas. El Tratado de Vereeniging se había firmado dos días antes, el 31 de mayo, pero en esa época las noticias tardaban en llegar: «Hemos recibido la noticia, creo que a la hora del desayuno. Hemos salido en manifestación; Curwen y otros muchachos iban tocando instrumentos de metal que han conseguido colándose en el “granero”». Henry Stanley Curwen murió en Loos el 13 de octubre de 1915<sup>16</sup>. El otro apunte, del 2 de enero de 1905, es más lacónico: «Port Arthur ha capitulado». Efectivamente, la ciudad del sur de Manchuria controlada por los rusos acababa de rendirse tras un largo asedio de las tropas japonesas en la guerra ruso-japonesa.



Las anotaciones del diario de 1905 —JB ya tenía diecisiete años— son más largas y reflejan una creciente madurez, así como una cierta tendencia a la introspección y al análisis de sus emociones. Todo estaba cambiando. Algunos de sus mejores amigos se marcharían después del verano y JB temía encontrarse solo sin ellos el siguiente curso. Además, tampoco estaba seguro de lo que le esperaba en el futuro inmediato, de modo que sintió un gran alivio cuando todo se despejó. El 14 de abril de 1905 escribió: «Por la tarde he ido a cenar con el doctor Ward», quien probablemente ejercía como una especie de tutor. Y más adelante: «Conocí al doctor Jebbs. Estoy encantado de saber que al menos seguiré en Charterhouse un año

<sup>16</sup> La batalla de Loos (Francia) tuvo lugar entre el 25 de septiembre y el 8 de octubre de 1915 y fue una de las principales ofensivas británicas de ese año en el Frente Occidental. A pesar de los avances iniciales del Ejército británico, la ofensiva fue finalmente repelida con éxito por los alemanes.

más, ¡quizá dos!». El 1 de agosto le confió a su diario: «¡Qué contento estoy de no haber tenido que irme este año! Aunque el año que viene será como “sacarse una muela”». No cabe duda de que en Charterhouse era feliz.

No obstante, las relaciones con algunos de sus compañeros de colegio se habían complicado en los últimos meses. Entre las anotaciones de marzo aparecen una serie de reflexiones sobre los amigos y la amistad y sobre algunos de los problemas que habían surgido. Puesto que se refiere a las personas en cuestión sólo por sus iniciales, no siempre ha sido posible identificarlas, aunque todos parecen haber coincidido con él en Verites House y en el Cuerpo de Fusileros. Uno de los malentendidos que más le dolió fue el que tuvo con un buen amigo, C. K. Rhodes, a quien en el diario se refiere como «CKR» y que posteriormente tuvo una exitosa carrera como alto funcionario en la India. Al parecer, Rhodes cambiaba constantemente de actitud: «Lo he invitado a tomar el té, porque ir a dar un paseo le parecía demasiado arriesgado. Hace unas seis semanas me lo prometió, pero desde entonces siempre ha puesto alguna excusa».

También sintió mucho la partida de otro amigo, A. D. D. Carter (ADDC): «Todo va a ser más difícil sin él, aunque quizá es mejor para él marcharse. Creo que es [...] la persona más infeliz de la residencia. Ya me gustaría que el que se marchara fuera “Nuestro Común Amigo” en lugar de ADDC. No hay palabras para describir su mezquindad. Me hubiera gustado que ADDC me lo hubiera contado antes, porque a pesar de cómo está todo ahora, creo que todavía hubiéramos estado a tiempo de mandar a la porra a “Nuestro Común Amigo”». Carter fue muy generoso con JB y le regaló muchos de sus «materiales de estudio»; da la impresión de que también era un buen confidente: «Siempre me dice qué es mejor decir

o hacer. Supongo que me irá muy mal sin él el próximo trimestre». JB continuaba filosofando: «¡Qué bien nos iría si la gente supiera mantener la boca cerrada y no *hablara!* Esto es lo que me viene a la cabeza cuando me acuerdo de C. ¿Es que la gente no tiene nada mejor que hacer que *hablar?* Y de todas las acusaciones de este tipo, la calumnia, creo, es la peor. ¡Pobre C!».

El diario guarda sus propios secretos acerca de la identidad de «Nuestro Común Amigo» y de la naturaleza del daño que causó al «pobre C» (probablemente, Carter). Años más tarde, el 29 de julio de 1915, Carter moriría accidentalmente en Merville (Francia). JB también tenía otras amistades más gratificantes: «¡Qué buen tipo es JCH!». JCH era John Clapton Hardie, quien más tarde haría carrera empresarial en Chile. Se habían conocido en clase de Química y haciendo experimentos juntos. «Ojalá lo hubiera conocido antes», se lamentaba JB, sobre todo porque también él iba a dejar el colegio después del verano: «Me voy a sentir un poco desplazado durante el frío trimestre del próximo otoño, aunque por lo menos todavía estarán GWH [G. W. Hollins], CKR [C. K. Rhodes], JSAT [John S. A. Torry] y algunos otros». Torry estuvo a punto de casarse con la hija de un marajá indio en 1914, pero murió en Merville a consecuencia de las heridas de guerra el 19 de septiembre de 1915, siete semanas después de Carter.

JB hablaba a continuación de JW, a quien profesaba una obvia admiración: «Cumplí mi promesa de “subirme al tren, etc.”, pero ¿por qué no confía en mí?». Y añadía que JW «estaba muy guapo con el *umifug* [¿“uniforme” en argot?], como siempre». RCR estaba haciendo el papel de intermediario de confianza, pero JB escribía: «me ha dicho que no puede convencerle [a JW] de mis intenciones, aunque él mismo está totalmente convencido de que son buenas. Espero, sin embargo,

que las cosas vayan mejor el próximo trimestre». Sin embargo, no volvió a mencionar a JW.

A esto le sigue una entrada titulada «El pequeño episodio con Dykes». William R. Dykes fue profesor de Lenguas Modernas en Charterhouse entre 1903 y 1919; también era experto en lirios y secretario de la Royal Horticultural Society. Con cierta picardía, JB no especifica la naturaleza de este episodio y se limita a decir: «ha terminado bastante bien. Si Davies se ha enterado, no ha dicho nada; y espero que para el próximo trimestre se le haya olvidado del todo... *¡Sic transit!*». Gerald S. Davies era el director de Verites, la residencia de JB. Se jubiló a finales de 1905, lo que tal vez explique que JB esperara que «el pequeño episodio con Dykes» acabara olvidándose. Una corriente subterránea de intensas emociones circulaba entre estos adolescentes, pero el diario no revela lo que realmente estaba sucediendo.

Durante las siguientes vacaciones de Semana Santa, JB escribió con regularidad desde Bideford a sus amigos del colegio: Rhodes, Hastings Lionel Ismay (HLI), GM, John Clapton Hardie y James Wilfred Lang Stanley Hobart (JWLSH), que hizo carrera en el Ejército y llegó a general de brigada. De este grupo, el más interesante era indudablemente Hastings Lionel Ismay, más tarde lord Ismay, que tuvo una destacada carrera militar y política, y desempeñó, entre otros cargos, los de asesor militar de Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, secretario de Estado para las Relaciones con la Commonwealth en 1951 y primer secretario general de la OTAN en 1952.

Esta correspondencia deja entrever de nuevo un trasfondo de emociones latentes, como cuando añade: «Me pregunto si esta última [la carta a Hobart] surtirá algún efecto». Antes de marcharse de Southampton escribió a Stanley Guy Allden (SGA), que también hizo carrera militar, para invitarlo a tomar

el té: «pero no obtuve respuesta hasta esta mañana (12 de marzo), que recibí una postal desde Bude, que como él mismo expresaba ingeniosamente: “¡Queda un poco lejos para ir!”. La razón principal para invitarlo era que a mediados del último trimestre ya se lo había preguntado a CKR, quien me respondió que no podía venir si no era con SGA, ya que estaba con él». Es evidente que C. K. Rhodes significaba mucho para JB y quería impresionarlo, pero parece que en ese momento tenía una relación más estrecha con Allden. Es muy posible que JB estuviera celoso. Sólo cabe especular si se trataba de meros escauceos entre colegiales o era el presagio de la orientación de su vida afectiva en un futuro.



Da la impresión de que las vacaciones escolares eran periodos bastante solitarios para JB y apenas le merecían alguna que otra anotación. Es fácil imaginarse a un joven reservado e introspectivo dando largos paseos solo y entreteniéndose con sus moluscos y sus libros. En una o dos ocasiones mencionó una «cena en un restaurante», en lo que parecen haber sido ocasiones especiales, y también hay referencias a las meriendas y las cenas con su tía EAS. Durante las vacaciones de Navidad en Southampton, hizo anotaciones sobre la habitual ronda de celebraciones, representaciones teatrales para niños, conciertos y bailes de disfraces. De las vacaciones de Semana Santa de 1903 sólo constan tres entradas muy sucintas y algo sinietras de los días 29 de abril y 2 y 7 de mayo: «Estuve en comisaría». No explica por qué. Después de una de esas visitas a dependencias policiales fue a ver «*Sherlock Holmes* en el Grand [Theatre]», sin duda un colofón muy apropiado.

Durante las vacaciones posteriores al fallecimiento de su padre, JB debió de alojarse con parientes de ambas ramas de

la familia, pues describió algunas de estas experiencias en su diario. En enero de 1904 estuvo en casa de un tal Aubrey Mather, presumiblemente un pariente, en Yatton, Somerset, cerca del lugar de procedencia de sus antepasados los Stevens. Pasó varios días visitando los alrededores: Claversham, Cadbury Hill, Weston-super-Mare, Brent Knoll, Highbridge y Bristol, donde fue a ver el puente colgante, la cueva de Cox en Cheddar y la catedral de Wells. Repitió esa visita con posterioridad durante otras vacaciones escolares.

En la Semana Santa de 1905 recibió la deseada invitación de su tía Mary para que fuera a visitarla a ella y a su tío George en Bideford, y escribió: «Me encanta que me lo hayan propuesto y me viene bien, porque las vacaciones hasta ahora no están siendo muy emocionantes». George Stevens era el hermano mayor de la difunta madre de JB, Frances, e indudablemente él y su esposa sentían cierta responsabilidad por su sobrino huérfano. A lo largo de varias generaciones, muchos de los varones de la familia Stevens habían optado por la carrera militar y el tío George había sido coronel en el Ejército.

El 17 de marzo, JB viajó en tren a Bideford y anotó que los terraplenes a ambos lados de las vías del tren estaban cubiertos de primulas. En Devon dio largos paseos por los acantilados y las colinas; también visitó algunos lugares de interés en los alrededores. Llegó incluso a asistir a la Asamblea Anual de los Unionistas de Northam: «El presidente estuvo muy gracioso: “Creo que deberíamos estar muy satisfechos con nosotros mismos por la posición en la que nos encontramos”». También asistió a una competición ecuestre de salto en Melbury, y pasó una tarde jugando al *bridge* con una familia a la que llamaba «E», en la que había un «viejo coronel cascarrabias, aunque muy divertido también cuando la liaba al cantar las cartas». En este viaje a Devon, le hicieron un

retrato de estudio, aunque desgraciadamente esta fotografía no parece haberse conservado.

Su estancia en Devon coincidió con las celebraciones de la Semana Santa y JB llevó dos cruces de primulas como ofrenda a la iglesia de Northam. El Domingo de Resurrección escribió: «tuve una larga conversación con el tío G. sobre mi situación actual, y sobre cuánto tiempo sería mejor seguir en Charterhouse».

Fotografiar mariposas e insectos se había convertido en su nueva afición, por lo que pidió prestada a su prima Evelyne (seis años mayor que él) su «cámara de placas con trípode», pero no encontraron los objetivos. John Clapton Hardie contestó a su carta: «¡Buen tipo!». También escribió a su tía EAS y a un primo hermano suyo, Arthur Trend («ART»), hijo del reverendo Henry Trend: «No sé si iré al extranjero ni cuándo». Es probable que éste fuera el tema de esas cartas.

El 27 de marzo continuó su viaje hasta Goathurst, en Quantock Hills, Somerset, donde se quedó con su tío político, el reverendo Henry Brice, vicario de la iglesia de Goathurst desde 1871 hasta 1911, que estaba casado con Sarah Graham Trend, de Cleveland, Somerset. Nada más llegar a Goathurst le «esperaba una carta de ART», lo que le hizo anotar sibilamente: «La tía S[arah] refunfuñó, por supuesto. Tengo que escribir a ART para advertirle». De qué, sigue siendo un misterio.

Por fin terminaron las vacaciones y el 3 de mayo «Hunt, un avicultor de éxito», lo llevó en su coche hasta la estación: «Al llegar a Bridgwater, descubrimos que era día de mercado. Los “viejos aldeanos” eran muy graciosos, y también la idea de montar un mercado junto a la carretera. Porque a las ovejas, etc., las guardan en sitios especiales, en lo que son prácticamente añadidos a las aceras, en el pueblo de Westover [Green]».

Desde su regreso a Charterhouse hasta el final del trimestre, JB hizo muy pocas anotaciones. En la residencia había un aire de tristeza. El 17 de mayo escribió: «El pobre Fluff murió de difteria en su caseta. Es una pena, porque EAS no ha llegado a conocerlo». Al día siguiente dedicó un epitafio al gato fallecido:

IN MEMORIAM  
LINCOLN («FLUFF»)

Padre: Tintagel    Madre: Sra. Fluff  
Murió de difteria en Southampton  
el 17 de mayo de 1905

Vosotros, maullantes juglares,  
venid y plañid sobre la tumba de Puss.

«Quis talia fando / temperet a lacrimis» (Virgilio).

«¿Quién, al hablar de tales cosas, podría contener el llanto?».

Durante las vacaciones de verano de 1905, JB fue a St Leonards-on-Sea a visitar a su tío John, el hermano mayor de su difunto padre, que había enviudado. El reverendo John Bowden Trend tenía una maestría en Arte y había sido capellán en Madrás entre 1869 y 1891. En una entrada del diario mucho más larga de lo habitual, JB esbozó un atractivo y vívido retrato de su tío en el que incluso se burlaba un poco de él: «A los cinco minutos de sentarnos en “The Lawn”, el tío J. ya me estaba contando historias de “cuando estaba en Bangalore”. Todo lo que ha hecho parece que ha sido en Bangalore». Y para subrayarlo, el 10 de agosto de 1905 JB compuso una larga balada, en la que reprodujo sus conversaciones:

«¡Así que aquí estás! No pude recogerte en persona  
porque tengo un poco de fiebre india,  
años atrás no me hubiera preocupado  
cuando estaba en Bangalore».

«Pero, bueno, ¿cómo están tus hermanas? ¿Están bien?».

«Una acaba de pasar la varicela». «Como la rubeola. Recuerdo una ocasión en que todo el regimiento la tuvo cuando estaba en Bangalore».

Lo miré asombrado. «Sí, todo el regimiento: oficiales, sargentos, soldados y tamborileros, rojos como langostas se pusieron los ochocientos cuando estaba en Bangalore».

«Bien, querido muchacho, seguro que te apetece un té».

Asentí: «Me encanta el té».

«Yo hago mi propia mezcla; aprendí la receta cuando estaba en Bangalore».

«Éste es un pan de jengibre muy especial.

A mi queridísima le encantaba.

Me gusta el que ella preparaba  
cuando estábamos en Bangalore».

¡Pobre tío John! Aunque encorvado por la edad y la pena, todavía, como Gilpin, tiene buen humor.

Y le encanta contar las historias que escuchó cuando estaba en Bangalore.

Y a modo de nota a pie de página, JB recordaba al lector que «Bangalore debe pronunciarse como si terminara en “er”, es decir, Bangaler».

JB ensalza a su tío como un «anfitrión sublime, completamente en su ambiente cuando se trata de entretener a los demás»: «Nada le gusta más que contar alguna de las “petites histoires” de su repertorio, y sorprendentemente un buen número de ellas tiene lugar ¡en Bangalore! Y a pesar de todos sus achaques y dolencias, conserva, como John Gilpin<sup>17</sup>, la

<sup>17</sup> Protagonista de una popular balada cómica de 1782 del poeta y escritor de himnos británico William Cowper, titulada *The Diverting History of John Gilpin*.

“agilidad mental”. Como él mismo dice, les tiene “muchísimo cariño a sus pequeñas niñas” y tiene muchas “amigas muy queridas”; sus “pequeñas hijas”, cuyas edades están comprendidas, sospecho, entre los veinte y los cuarenta años».

Hay una cierta ironía en todo esto, pero JB añade que «ese gran número de amigas muy queridas» que su tío decía tener eran buena muestra de su «gran atractivo personal y de su gran corazón». El tío John era también un hombre culto, «muy aficionado a la teología y la metafísica», según JB: «se siente más cercano a las teorías de Aristóteles que a las de Platón. Le gusta mucho la teología eclesiástica y lee todo tipo de abstrusos tratados de teología y metafísica en latín y en italiano. Disfruta hablando de los fundamentos de sus doctrinas y los explica con facilidad y sencillez; sin embargo, está de acuerdo con Aristóteles en que no se debe empezar a estudiar metafísica hasta que no se llegue a cierta edad».

Éstas son las categóricas opiniones de un muchacho de diecisiete años, impresionado por la erudición de su pariente y dispuesto a escucharle hasta el punto de que el tío John prometió dejarle a su muerte parte de su biblioteca teológica. Dado el anticlericalismo feroz de JB en sus últimos años (aunque principalmente contra la Iglesia española y los católicos ingleses), cabe preguntarse qué fue al final de todo aquello. Más llamativo aún es el hecho de que llegaron a considerar la posibilidad de que JB siguiera los pasos de su tío en la Iglesia. Aunque hubo cierta presión familiar sobre este asunto, JB anotó en su diario: «él [su tío John], a diferencia de sus hermanas, no quiere que entre a formar parte de la Iglesia a menos que sienta una verdadera vocación». Por suerte para el hispanismo, nunca la sintió.

El tío John no sólo dedicaba su tiempo a la lectura, sino que también oficiaba los servicios religiosos en una pequeña

capilla perteneciente a una hermandad (¿sus «pequeñas hijas»?) a la que acabó dejando su dinero, para consternación de muchos miembros de la familia Trend. Allí hizo colocar una vidriera, explica JB: «en memoria de mi pobre tía, a la que siempre se refiere como “mi queridísima”». JB describe a su tío como «muy muy de “Iglesia alta”», pero señala que a él no le disgustaban este tipo de ceremonias: «Los servicios que oficia [el tío John] resultan mucho más devotos que los que celebra la “Iglesia baja” o “moderada”»<sup>18</sup>. Acaso por influencia de su tío, el 13 de agosto JB acudió a un servicio en «la capilla de san...» (al parecer se le olvidó el nombre) y lo encontró «muy ceremonioso, con siete lámparas permanentemente encendidas, sacerdotes con llamativas sotanas, acólitos agitando incensarios, etc. Un servicio muy reverente». En esa etapa de su vida, JB parecía preferir el fastuoso ritual de la «Iglesia alta».

Junto con un amigo clérigo, el tío John estaba preparando «a un gran número de muchachos para “servir” durante la celebración del Santo Oficio». Completamente fascinado por lo que hacían, JB lo describió por extenso y con todo lujo de detalles, quizá imaginándose a sí mismo en el papel. En esa época, como muestra su diario, asistía a la iglesia todos los domingos y solía leer el Evangelio, como era habitual para alguien nacido en el seno de una familia victoriana de clase media.

Es indudable que JB causó una gran impresión a su tío: «“¿A qué edad puede uno ser legatario?”, me preguntó una tarde. Y ha decidido que yo sea uno de los suyos. [...] Me ha

<sup>18</sup> Dentro del cristianismo anglicano, los términos «high church» y «low church» suelen utilizarse en un sentido eminentemente litúrgico: «high church» (Iglesia alta) denota un énfasis en el ritual, a menudo de corte anglocatólico, mientras que «low church» (Iglesia baja) alude a aquellos sectores de la Iglesia que dan poca importancia al ritual y tienen por tanto una orientación más puritana.

prometido el magnífico baúl de roble tallado que está en el comedor y también un azucarero de plata muy antiguo».

Durante esa visita JB se reconcilió con C. K. Rhodes, que debía de vivir bastante cerca. El 10 de agosto fue con su tío a Hill House para presentar sus respetos al señor y la señora Rhodes, porque CKR le había dicho que él se iba de viaje. Y escribió en su diario: «Cuál fue mi alegría al encontrarlo en casa, aunque mañana se marcha a Reigate. Naturalmente, él también se ha alegrado mucho de verme y yo de verlo a él. Tiene cuatro hermanas menores que se le parecen mucho, y había dos primos pequeños que estaban pasando algún tiempo con ellos. Nos quedamos a cenar. Parece que a él también lo han nombrado alumno tutor, así que quizá coincidamos en alguna de nuestras meriendas el próximo trimestre. La señora Rhodes es muy agradable».



El curso acababa de terminar unos días antes, el 1 de agosto de 1905. La última noche JB estuvo «dando un paseo con GWM y JSAT [Torry], persiguiendo a los “novatos”», y anota: «lo hemos pasado muy bien». Las cosas estaban cambiando. Su cómoda vida en el colegio, controlada y feliz, estaba llegando a su fin. Varios de sus compañeros preferidos se marchaban al día siguiente y, aunque algunos se quedaban, JB vuelve a preguntarse sobre lo que le «espera el próximo trimestre», al tiempo que expresa su alivio por el hecho de que aún le quedara un año más. Inspirándose en el primer verso de una de las *Odas* de Horacio, sentencia: «*Integer vitae scelerisque purus*», que puede traducirse como «Recto en la vida y libre de maldad».

También él tenía que pensar en su futuro. Siguiendo el consejo de su profesor favorito, el señor Bryant, había escrito

al director de Emmanuel College para preguntarle si podían cambiarlo del Trinity College a Emmanuel, y se mostró complacido al recibir una rápida respuesta el 8 de agosto en la que el director le adjuntaba los impresos necesarios para solicitar el cambio. Las notas también fueron buenas y se alegró mucho al enterarse de que podía ser alumno tutor el trimestre siguiente.

Por desgracia, el diario de 1906 se ha perdido, si es que alguna vez existió. Sin embargo, en el archivo de Charterhouse se conserva documentación que confirma que, efectivamente, JB fue alumno tutor de la residencia durante sus dos últimos trimestres allí, que formó parte del coro y que siguió en el Cuerpo de Fusileros de la escuela (más tarde conocido como Cuerpo de Formación de Oficiales). Las calificaciones de los exámenes finales indican que «tenía capacidad, pero no estaba consiguiendo resultados sobresalientes». Durante los dos últimos años asistió a las clases de Ciencias Especializadas que impartía Oswald H. Latter, un biólogo de prestigio. En Charterhouse no se enseñaba español, que aun así acabaría convirtiéndose en el centro de gran parte de su existencia futura.

En el trimestre de verano de 1906, JB consiguió una beca para estudiar Ciencias Naturales en el Christ's College de Cambridge, y fue allí a donde dirigió sus pasos (y no a Emmanuel) en el otoño de ese mismo año.

## LOS JARDINES DE LA ACADEMIA: CAMBRIDGE

La primera década del siglo xx fue una edad dorada en Cambridge. Por los antiguos salones de la universidad empezaba a soplar una brisa fresca que estaba limpiando las telarañas victorianas. Para el mundo entero, el Imperio británico se mostraba en todo su apogeo, aparentemente sin que nadie lo cuestionara, y todos los mapas seguían coloreados de rojo en su mayor parte. A los jóvenes que acudían a las aulas y a los cafés de la universidad, que caminaban y se movían en bicicleta por las estrechas callejuelas medievales que serpenteaban entre los antiguos muros de piedra de los *colleges*, o que iban a pasear en barca por el río Cam, les esperaba un brillante futuro en el Gobierno, ya fuera en la metrópoli o en las colonias; en los negocios y en la industria; en la cultura y en las artes. Salvo contadas excepciones, estos jóvenes procedían de colegios privados y de entornos privilegiados, y contaban con poder seguir disfrutando de sus privilegios el resto de sus vidas. Había algunas universitarias repartidas en dos *colleges* femeninos, Newnham y Girton, de reciente creación, pero sus actividades académicas eran más limitadas y sus perspectivas de futuro aún más.

En su libro *Our Age*, Noel Annan escribió sobre estos años: «Cambridge, más que Oxford, era el templo de las artes. Antes de la guerra, los coros de King's College y St Johns' College, y la influencia del musicólogo Edward Dent, consiguieron un nivel en sus conciertos muy superior al de Oxford. Lo mismo sucedía con las representaciones teatrales de la Marlowe Society con respecto a las de la Oxford University Dramatic Society»<sup>19</sup>. JB se adentró con ganas en este mundo

<sup>19</sup> Tanto la Marlowe Society (fundada en 1907) como la Oxford University Dramatic Society (fundada en 1885) son compañías de teatro universitario integradas por

en el primer trimestre del curso 1906-1907, cuando se incorporó al Christ's College para iniciar sus estudios de Ciencias Naturales. Desgraciadamente, sólo se ha conservado un diario de bolsillo de los tres años que estuvo en Cambridge, su *Cambridge Pocket Diary* de 1907-1908, en cuya solapa, quizá como lema para ese curso, JB dejó escrito:

*Præsta diurnus ut tuæ  
Subserviat laudi labor  
Auctore quæ te cœpimus,  
Da te favente prosequi*

Se trata de una estrofa perteneciente a un himno del siglo vi que comienza *Iam lucis orto sidere* («Mientras despunta el astro de luz»), y cuya traducción (a partir de la versión inglesa del cardenal John Henry Newman) dice así:

Haz que en tu honor, Señor,  
nuestro trabajo diario sea propicio.  
Que lo comencemos con tu palabra,  
y con tu bendición lo terminemos.

En su segundo año en Cambridge, JB se sentía plenamente integrado, contaba con un amplio círculo de amigos y participaba en numerosas actividades extracurriculares, como el remo, la música o la escritura, lo que nos lleva a preguntarnos qué tiempo le quedaba para estudiar ciencias naturales a pesar de sus buenos propósitos. Asistía a clase con regularidad, a juzgar por el horario que copió con su impecable letra habitual al principio del diario, y estaba muy atareado con la preparación de un trabajo sobre el *Limulus*, conocido popularmente como «cangrejo herradura». La mayoría de sus profesores le

estudiantes y profesores de las respectivas universidades y dedicadas en su mayor parte a la representación de obras del repertorio clásico inglés. Ambas siguen plenamente activas en la actualidad.

suscitaban comentarios positivos, aunque en una ocasión en la que mencionó a Sedgwick en relación con la teoría de Mendel escribió: «Ha sido muy divertido, menudo lío se ha hecho». En general, debía de mantener una relación bastante cercana con sus profesores, quienes parecían tener un buen concepto de él. El 14 de octubre de 1907 anotó: «Todo el mundo me dice: “Desde luego, tienes que hacer el examen de licenciatura este año”. ¿Merece la pena?». Al día siguiente, Arthur Shipley, uno de sus profesores y tutor del Christ's College (y más adelante director), le aconsejó justo lo contrario: «No, no deberías presentarte al examen final de licenciatura este curso. Hay muchas vacantes en entomología. Todavía eres joven, no debes precipitarte». De hecho, ¡JB aún no había cumplido los veinte años!

En otros aspectos, el segundo año no comenzó con tan buen pie. Se había incorporado el 8 de octubre y al día siguiente escribió: «El tutor me ha enviado sólo veinte libras en lugar de cincuenta y seis para el pago de las facturas de mayo y de las vacaciones de verano». Indignado, le devolvió el cheque y las facturas pendientes de pago, pero todo le vino de vuelta. El 16 de octubre recibió una carta de su tutor, el doctor Ward, sobre la que JB, aunque no especificó el contenido, apuntó: «la he enviado enseguida a Bideford», presumiblemente para pedir consejo a su tío George y a la tía Mary. Dos días más tarde recibió una carta de Bideford en la que le aconsejaban: «Dile [al tutor] que aceptas su postura sobre este asunto»; a lo que JB añadió: «hasta que cumpla los veinticinco años; entonces seré legalmente mayor de edad, y me gustaría que la cuestión estuviera resuelta de tal manera que mi parte de los gastos se calcule sobre el supuesto de que cuando vaya [a Southampton] pueda hacerse un ingreso extra».

Mientras tanto, JB se vio obligado a seguir viviendo con bastantes privaciones. En la entrada del 15 de enero de 1908

se lee: «Carta de Bessie<sup>20</sup>. Como siempre, hay algo que no está claro. Le escribí inmediatamente al doctor Ward para decirle que ella ha debido de malinterpretar lo que le dije a él en mi carta. No hay disponible. Cuenta bancaria en descubierto. Cartilla de ahorro aún no devuelta. No tengo ni medio penique». Al día siguiente parecía más optimista: «Mis asuntos no parecen ir muy bien, pero si me tomo las cosas con filosofía, puedo decir que saldré adelante. Sigue sin llegar el cheque». Y, a continuación, unos versos del poeta Lovelace:

Los férreos designios del destino  
no se borran con lágrimas.

Un día después llegó por fin un cheque del doctor Ward, «pero sólo de cincuenta libras», se quejaba, aunque en aquella época cincuenta libras era una cantidad considerable. Su dependencia económica le irritaba y debió de ser un motivo de vergüenza ante los compañeros más acomodados de su círculo.



JB era secretario de honor del Club de Ciencias, que a veces se reunía en su habitación, y también era el corresponsal de *Cambridge Review* en Christ's College. Solía desayunar cada día con alguno de sus muchos amigos y asistía a innumerables almuerzos, meriendas y cenas en la sede de la asociación de estudiantes o en restaurantes. Uno de los amigos a quienes veía con más frecuencia era Morys Wynne-Jones, con el que solía jugar al *squash* en Charterhouse. Con él y con otros amigos, JB asistía prácticamente a todos los conciertos y representaciones teatrales que se celebraban en Cambridge. Era bastante ecléctico en sus gustos musicales, que iban desde

<sup>20</sup> Probablemente, la «prima Bessie» que cuidó de él y de sus hermanas durante la enfermedad terminal de su madre en 1898. (Nota de la autora).

*Los gondoleros*<sup>21</sup> hasta la *Misa* de Beethoven, «una composición maravillosa», en sus propias palabras. Sentía especial devoción por la ópera, en particular por *Don Giovanni* de Mozart.

Llama la atención, por inesperado, descubrir que dos veces por semana asistía a clases de esgrima, y más sorprendente aún resulta comprobar que prácticamente todas las tardes iba a remar al río en una de las barcas de su *college*, un deporte asociado normalmente con chicos más corpulentos y musculosos, poco dados a inquietudes intelectuales. Sin embargo, le encantaba esta actividad tan vigorosa, tan contraria en principio a sus aficiones artísticas, y hacía meticulosas anotaciones de los tiempos empleados y algún que otro comentario crítico.

En noviembre de 1907, las cosas no parecían marchar como a él le gustaría. En una entrada de su diario se lee: «He estado remando un tramo. La barca no iba muy bien [...]». Y en otra: «Parece que ayer no hicimos un buen tiempo [...]». Fue entonces cuando un amigo llamado Fawsitt le aconsejó que no se «desmoralizara con el remo». «No era exactamente eso —continuaba—: creo que con un poco de suerte aún podemos ganar. Pero hay que levantar el ánimo de los más pesimistas del equipo». Incluso se planteó asistir a lo que, a todas luces, iba a ser una tumultuosa cena después del entrenamiento, ya que podía contribuir a «promover el entusiasmo y favorecer la sociabilidad. Es verdad que a los de primer año les hace falta un poco de entusiasmo». Tras una votación de las dos tripulaciones de mayor antigüedad, al final descartaron la idea, porque quince chelines era demasiado dinero para una cena.

En enero de 1908, JB quedó desolado cuando se enteró de que Crawshaw, «la única buena persona del equipo», había

<sup>21</sup> *Los gondoleros* o *El rey de Barataria*, ópera cómica con música de Arthur Sullivan y libreto de W. S. Gilbert estrenada con gran éxito en 1889 en el Savoy Theatre de Londres.

decidido «dejar el remo por cuestiones de trabajo»: «Va a presentarse a los exámenes de segundo de Medicina en junio. Le he dicho que sin aire fresco o sin ejercicio se va a agobiar tanto que acabará cayendo enfermo». En la primavera de ese año presencié desde la orilla la regata entre Oxford y Cambridge y anoté con lacónica satisfacción sobre el equipo ganador: «nosotros, por dos largos y medio». No parecía estar tan contento el 30 de julio: «¡Vaya! Las barcas de la universidad derrotadas por los belgas».

En sus propias salidas por el río JB también vivió algunos momentos de tensión. Por ejemplo, el 4 de diciembre de 1907 «Cuando estábamos volviendo, el timonel chocó con el bote de Jesus College. Dos personas resultaron heridas y necesitaron ayuda para volver a casa. Nosotros logramos recomponernos rápidamente, justo para llegar a la orilla a tiempo. He guardado un trozo del bote como recuerdo». En otra ocasión, en enero de 1908, toda la tripulación sufrió: «¡Qué dolor! —se lamentaba JB—, ¡tengo el culo escocido! [El profesor] Brindley me ha dicho que consiga una copia de *The New Hygiene*». Y dos días después: «La barca ha ido mejor hoy, pero la mayoría de nosotros seguimos doloridos». Un par de días más tarde seguía sintiéndose mal: «Ayer estaba tan dolorido que no pude hacer nada en el baño. He ido a ver a Wingate» (su médico), que emitió un diagnóstico preocupante: «¡Eccema!». Y a continuación añadió: «Otra vez un dedo infectado. Wingate me lo ha curado esta mañana. Esto descarta cualquier posibilidad de participar en la regata, ya que es imposible que esté bien para el próximo miércoles».

Durante el primer trimestre del curso 1907-1908 se produjo un grave incidente por una gamberrada con la que JB evidentemente disfrutó y en la que de alguna manera estuvo implicado. El 10 de noviembre escribió: «Tan pronto como se

apagaron las luces, empezaron los petardos en el *college*. Los profes salieron rápidamente a ver qué pasaba y los porteros empezaron a patrullar. Qué gusto da tirar cohetes prohibidos. En la cama a las dos de la madrugada». Al día siguiente, lunes 11 de noviembre, con la condescendencia de un estudiante de segundo año que lo había visto todo, anotó: «Algunos novatos y gente de la ciudad han intentado una gamberrada sin demasiado éxito. Muy mal hecha y peor organizada por camorristas del estilo de Davies. He visto a un vigilante escoltado por policías con porras». Un día después señaló: «Ayer fue uno de los días más emocionantes de este curso». Los daños fueron tales que causaron la indignación pública. «El *Daily Mail* les ha dado mucho aire a las novatadas», apuntaba JB el 16 de noviembre. Los presidentes de algunos clubes condenaron las gamberradas en el teatro y JB comentó: «La prensa londinense y el *Daily Mail* han hecho una interpretación totalmente equivocada de esto». El propio JB fue acusado de participar: «Munro ([probablemente uno de los vigilantes] de Queens' College) me ha hecho venir por lo que ocurrió el lunes, pero cuando le he explicado que él me vio frente a Sidney Sussex College, y no en el comedor, ya no ha dicho nada más. Algunos están castigados sin poder salir el resto del trimestre». A pesar de esto, JB no era ningún santo y contaba con regocijo cómo, en más de una ocasión, coló a varios amigos en algún acto con una sola entrada, un viejo truco de Cambridge.

Después de las pruebas de selección para el equipo de remo en Ely, el 28 de noviembre escribió en el diario: «Anoche algunas personas que no habían sido invitadas rompieron el reloj de sol». Dos días más tarde admitió: «el desastre del reloj de sol es una tremenda metedura de pata, pero estamos seguros de que no ha sido ninguno de nuestros invitados». No

cabe duda de que de vez en cuando disfrutaba con ese tipo de inocentadas.



Durante su segundo año en Cambridge, JB participó en otra de las actividades extracurriculares que con el tiempo acabaría convirtiéndose en una parte importante de su vida: la escritura. En el primer trimestre se estrenó como corresponsal de *Cambridge Review* en Christ's College y publicó reportajes periódicos. El 6 de mayo de 1908, el comité de redacción lo nombró director de la revista de dicho *college*: «a mí, nada menos que a mí», apuntó quitándose mérito.

También enviaba artículos a otras revistas para su posible publicación. El 10 de enero de 1908 anotó: «Intenté escribir mi próximo artículo para *Odds and Ends*, sin demasiado éxito». Lo terminó el 10 de febrero y lo tituló «Old Music & Imagination». *Odds and Ends* era probablemente una revista de la época. Durante las vacaciones de verano escribió: «He terminado mis notas biográficas sobre *Anon*», y seguidamente empezó a trabajar en un artículo sobre los *Valses Caprices* de Grieg. Su idea inicial era enviar *Anon* a *Odds and Ends*, pero su tía EAS le aconsejó que no lo hiciera porque era demasiado frívolo, de modo que en su lugar envió el de los *Valses Caprices*. Y acertó, pues el 8 de julio señaló: «Llegó la respuesta de *Odds and Ends*: dicen que estoy mejorando». Y probablemente aceptaron su artículo.

Esta buena noticia fue un gran aliciente y llegó justo en un momento en el que JB estaba intentando orientar su futuro, de modo que el periodismo pasó a convertirse en una posibilidad. El 11 de julio, alguien llamado Rabiohns, y que sólo aparece una vez en el diario, le dijo que le habían «ofrecido un puesto en el *Morning Post*», sobre el que JB comentó: «Rackham se

lo ofreció: 160 libras esterlinas; está bastante bien; a mí me valen. R. no lo va a aceptar». Tampoco lo hizo JB; pero, con el tiempo, tanto el periodismo como la música se convertirán en los principales ejes de su carrera profesional.



En contra del consejo que él mismo había dado a su amigo Crawshaw, el aire fresco y el ejercicio no ayudaron a JB con sus exámenes finales de 1908, que tuvo que hacer uno detrás de otro a lo largo de tres días a principios de junio. El 4 de junio le tocó Fisiología por la mañana y Química por la tarde: «Estaba embotado por la alergia. Apenas podía ver o acordarme de nada y lo he hecho fatal». Al día siguiente, Zoología: «Un completo despropósito. El doctor Wingate le ha escrito a Shipley para certificar que no me encuentro bien». El siguiente fue el de Botánica: «Menudo desastre». En los exámenes prácticos no le fue mejor. En Zoología tenía que «clasificar una bandeja de insectos y diseccionar un [ilegible], también preparar un cultivo de un embrión de pollo, pero se me cayeron las gafas dentro y lo eché todo a perder». Seguía «embotado» y más tarde se enteró de que uno de sus compañeros llegó a pensar que tendría que sacarlo en volandas.

No obstante, parece que poco después JB empezó a sentirse bastante mejor, ya que sacó el disco de «*Don Giovanni* de la asociación de estudiantes» y al día siguiente fue a montar en barca antes del examen práctico de Fisiología. En esta ocasión se libró gracias a factores externos: «Las máquinas no funcionaban. Fantástico». Compaginó alegremente los exámenes prácticos de Botánica y de Química con la asistencia a las regatas en el río y con una cena del Club Náutico en sus habitaciones. Había ido a las regatas «con ATGH y sus hermanas»: «la más musical me ha prometido una copia

de su canción. La otra se ha apostado una corbata de seda contra un par de guantes a que no saco un sobresaliente en los finales». Y, efectivamente, cuando salieron las notas el 18 de junio, anotó, casi como un apéndice, en letra minúscula y con otra tinta: «Resultado de los exámenes finales: notable bajo». Algunos de sus amigos sí sacaron sobresalientes, y él los felicitó de corazón, incluido uno llamado King. Cuando volvieron a verse en Cambridge durante las vacaciones, escribió: «He almorzado y tomado el té con King: ¡menuda bronca me ha echado por mi trabajo! Muy divertido...». No parece que la regañina le hiciera mucho efecto, ya que dos días más tarde comentó: «Es muy difícil ponerse a estudiar. Realmente el año que viene no voy a tener un minuto de paz: ensayos y más ensayos».

Lo cierto es que el entusiasmo por las ciencias naturales que le había acompañado desde su infancia se vio progresivamente sustituido por su pasión por la música, a la que cada vez dedicaba más tiempo: cantaba en el coro del doctor Mann en King's College, asistía a conciertos y a la ópera, y escribía artículos sobre temas musicales. Esta actitud queda muy bien reflejada en una de las entradas de su diario, titulada «Durante un examen práctico de Fisiología»:

La sección de muestra que me han entregado está ahí entreteniéndose en [ilegible] y me pregunto sin mucho interés qué puede ser. Pero mientras acaba de teñirse, me estoy acordando de ese viejo vals de Chopin, el número 14. No había pensado en él desde hacía tiempo y solía gustarme mucho. Fue la primera melodía que me gustó de verdad. Siempre estaba deseando que EAS lo tocara. Recuerdo la última vez que lo hizo para mí antes de marcharse a la India y, después, cuando me escribió para decirme que acababa de estar interpretándolo. Todavía me encanta. No sé por qué me atrae tanto. A nadie más parece

llamarle mucho la atención. Me pregunto por qué será. (Menos mal que las secciones ya están todas en alcohol [*ilegible*]). Al ser una obra póstuma supongo que la encontrarían entre sus papeles después de morir. Debe de ser una muestra de su estado de ánimo el día que la compuso. Parece irremediabilmente triste y, aun así, para mí tiene algo fascinante, cautivador.

Al parecer, esto lo escribió durante un examen práctico que no le atraía en absoluto. No puede haber prueba más clara de que su mente estaba más en la música que en su trabajo de ciencias naturales.



El trimestre de Pascua de 1908 y la llegada del verano trajeron las habituales fiestas de Cambridge conocidas como «Punting on the Backs», que consistían en bajar en barca por el río Cam hasta Grantchester; y, al terminar los exámenes, se celebraron los mal llamados «Bailes de Mayo», que siempre tenían lugar en junio y atraían a muchos visitantes de fuera. Entre ellos solía acudir Aubrey Mather, seguramente un miembro de la familia de JB en Yatton, Somerset, con quien alguna vez se había alojado. El diario registra tres visitas de Mather, en enero, marzo y mayo. En la de marzo se presentó con la señorita Florence Glossop-Hams «y compañía», en la cual, al parecer, estaba incluida la señorita Gilbert, a la que conoció el domingo 15 de ese mes y a la que se refiere como «G» o «GG». Durante los días siguientes, hubo toda una serie de compromisos con ella: «El lunes, té con AM y GG» y «después al Sunday con AM y GG»; el miércoles tomó «el té con GG y NG en la tetería», y el viernes almorzó, al parecer, sólo con GG en Hartmanns. No volvió a mencionarla hasta el 14 de mayo: «A. Mather y compañía [...] han regresado. A. ha salido a comer con Lacy. La señorita G y yo hemos estado en Hartmanns y luego hemos ido

a los jardines traseros de la universidad. Ha empezado a llover y ha sido bastante desagradable». Al día siguiente comió de nuevo con ella y con Aubrey Mather en los jardines, pero una vez más los sorprendió la lluvia y tuvieron que refugiarse «en la tetería con la señorita G» y alguien más. El sábado por la tarde al fin le sonrió la suerte: «Té en la tetería con la señorita G, luego paseo por los jardines. Por fin todo bien».

En esta época aparece mucha gente en su diario a la que identifica con una «G» en alguna parte de sus nombres, por lo que resulta difícil determinar cuándo se trata de la señorita Gilbert. El 24 de mayo, sin embargo, sí que se refiere claramente a ella: «Carta de G. Está deseando venir y cree que puede arreglarlo». ¿Venir a qué? El diario no lo aclara, pero puede que se trate de un concierto en un *college* o del Baile de Mayo en el Christ's, que ese año se celebró el 16 de junio, o quizá ambas cosas. En la entrada del 27 de mayo se lee: «Escribo a IG para que venga al concierto del *college*; responde el jueves que vendrá acompañada. GM escribe: muchos problemas para encontrar con quién ir al baile del *college*». GM debe de ser otra chica, a menos que JB cambiara las iniciales para despistar a algún lector ocasional. El 16 de junio apunta: «GM y la señorita Bateman han llegado a las 12:17. Comemos juntos en el Red Lion. Gramófono. *Misa* de Beethoven. Té en la asociación de estudiantes. Paseo por el río en la barca de Butlin. Cena y Crawshaw: baile. “Là ci darem la mano”. Herr Kändt: buen bailarín de vals». Es imposible averiguar lo que realmente ocurrió a partir de estas notas tan crípticas. ¿Un bailarín de vales alemán (o austríaco) le robó a su acompañante en el último momento? ¿Qué significa la cita de la célebre escena de seducción entre Don Giovanni y Zerlina? Sea como fuere, no resultó una experiencia positiva, a juzgar por la entrada de la mañana siguiente, en la que

JB simplemente escribió: «Mental y moralmente harto. Desayuno a las 12:00».

Un día después se marchó a Yatton, Somerset, es de suponer que para visitar a la familia Mather. El 19 de junio fue en bicicleta a Weston-super-Mare, y a su regreso anotó: «He estado pensando en todo lo que ha pasado esta semana. [...] He recuperado una preciosa canción, “Jocanda”, con letra de Victor Hugo: “L'on revient toujours à ses premiers amours” [“Uno vuelve siempre a sus primeros amores”]». ¿Estaba viviendo su primer amor? Viajó hasta Lowestoft para pasar unos días navegando con algunos amigos en el *Phoenix* frente a la costa de Anglia Oriental. Estando allí, el 27 de junio recibió «tres cartas de G», y el 1 de julio volvió a «pensar en los acontecimientos de las últimas dos semanas».

Está claro que algo estaba ocurriendo en su vida privada, pero ¿qué? El 31 de junio escribió a G: «Reúnete conmigo el lunes». Y, efectivamente, el lunes 1 de julio se produjo el encuentro: «Quedé con G en Shepherd's Bush<sup>22</sup>. Cena anglo-francesa en el restaurante Pop. Cogí el tren de las 20:20 en Liverpool St.» de regreso a Cambridge. Es posible que el encuentro no fuera bien, ya que ésta es la última vez que menciona a G en su diario de 1908 (el del año siguiente, el último de JB en Cambridge, se ha perdido). ¿Fue un capricho pasajero o un romance que, por alguna razón no desvelada, se cortó de raíz?



Aparte de los días navegando y de breves estancias esporádicas en Southampton, JB pasaba la mayor parte de sus periodos

<sup>22</sup> Actualmente populoso barrio multicultural situado al oeste de Londres, famoso por sus variadas tiendas, los puestos del mercado y una animada vida social que incluye *pubs* de estilo informal, locales de música en directo y restaurantes internacionales.

de vacaciones con su familia: con el tío George y la tía Mary en Bideford, donde en Navidad había baile en el club social («mi primer baile en cuatro años [...] lo disfruté muchísimo [...]; volví a las cuatro de la madrugada»); Yatton y Goathurst; y dos o tres visitas al tío John en St Leonards-on-Sea. Sólo en una ocasión se quedó más tiempo en Southampton y acompañó a su hermana Puss durante su visita a Southbourne para ver a su hermana menor Henrietta.

En esa época, el tío John ya estaba enfermo y en febrero de 1908 su enfermera se puso en contacto con JB para informarle de que había «tenido una recaída». Sin embargo, cuando fue a visitarlo uno o dos días después, JB lo encontró «bastante alegre». Ya en enero había escrito: «el tío J. tiene mucho mejor aspecto que en octubre. Bastante alegre. Se levanta, va a su estudio y se sienta junto a la chimenea. Edward Brice y Ernest Hutchinson son sus albaceas. Ellos y yo somos sus legatarios. Nos ha dejado sus efectos personales. El baúl de roble ya me lo dio en 1905. Me ha aconsejado que consiga la mezcla de té de James Lyall Café Royal».

Su tía EAS seguía siendo su favorita y durante el verano fue a visitarla a Cromer, su lugar de residencia en ese momento. También ella le hizo regalos. El 17 de octubre de 1907 recibió una carta suya en la que le decía: «Como eres tan aficionado a la música y probablemente siempre le encontrarás utilidad a un piano, te voy a regalar el mío. Tal vez, de momento es mejor que se quede aquí. Asimismo, te regalo toda mi colección de música, antigua y moderna, impresa y manuscrita». JB no podía creerlo: «¡Oh, tía Em!», exclamó en su diario.

También mantenía el contacto con Charterhouse y con los amigos que había hecho allí. Seguía escribiéndose con el señor Latter, su antiguo profesor de Ciencias, aunque no pudieron verse en marzo de 1908 porque los hijos de Latter habían

contraído la varicela. Además, había ocurrido algo terrible: «Al parecer, un desgraciado se ha llevado las grandes monedas de cobre del museo y se las ha enviado a un tratante, quien, naturalmente, se ha puesto en contacto con Latter, de modo que el joven ha sido expulsado de la escuela. Las monedas ya han sido devueltas, pero están bastante dañadas. Ha sido un asunto muy desagradable para Latter». Charterhouse tenía un museo magnífico, construido en la última década del siglo XIX, que albergaba todo lo que enviaban los antiguos alumnos desde cualquier lugar del Imperio británico, así como una colección muy completa de historia natural de la zona. Las monedas robadas debían de formar parte de su colección numismática.

Poco después, JB consiguió un permiso para pasar unos días en su antigua escuela, y se alojó en casa de Alexander Hay Tod, quien para entonces ya era el director de Verites. Tod también dirigía el Cuerpo de Cadetes y era, según todos los indicios, una persona muy excéntrica. John Torry, el «JSAT» de sus diarios escolares y compañero suyo en el Cuerpo de Fusileros de Charterhouse, fue a visitarlo a Cambridge, «más loco que nunca», según JB. El pobre Torry murió en el frente de Merville (Francia) en septiembre de 1915. Ese año, nada menos que tres de sus amigos del colegio perdieron la vida en sólo tres meses.



El gran acontecimiento de 1908 en Cambridge fue la celebración del tercer centenario del nacimiento de John Milton. Christ's College fue la sede principal de los actos conmemorativos, ya que allí estudió en su momento Milton. El viernes 10 de julio, el director ofreció un gran banquete, seguido de una representación de la obra *Comus* de Milton en el New Theatre.

La pieza ha pasado a la historia por su singularidad, y aquella producción teatral también tendría una profunda influencia en la vida de JB. Estrenada inicialmente en 1634 en el castillo de Ludlow como una «mascarada»<sup>23</sup>, en Cambridge fue representada con gran pompa y fidelidad al original, incluida la música de Henry y William Lawes. Que una propuesta tan ambiciosa pudiera llevarse a cabo se debió en gran medida a la creación de la Marlowe Dramatic Society el año anterior y a su exitosa representación de *Doctor Faustus*. En *Comus* participaron varias eminencias: la dirección fue de Rupert Brooke y el papel protagonista lo interpretó Francis Cornford<sup>24</sup>. Se recuperaron las «danzas Morris»<sup>25</sup> y se incluyeron piezas cortesanas del *Elizabethan Virginal Book*, prácticamente desconocido por entonces y nunca antes interpretado. Los arreglos musicales corrieron a cargo de Edward Joseph Dent, musicólogo y miembro de la junta de gobierno de King's College, recién llegado de sus viajes por Europa. En la entrada de su diario correspondiente a ese día, JB se limitó a mencionar la celebración del acto, pero a lo largo de los días siguientes añadió algunos comentarios.

El 16 de julio, mencionó que había publicado una reseña sobre *Comus*, pero no especificó en qué revista. El 19 almorzó con alguien llamado Rackham, y anotó: «La crítica de R de *Comus*, muy graciosa: “¡Parece que C no era consciente de

<sup>23</sup> Entretenimiento cortesano que surgió en Inglaterra durante el reinado de Isabel I y que solía incluir música, danza, canto y representaciones teatrales, a veces a cargo de los propios nobles e incluso de miembros de la realeza.

<sup>24</sup> Se refiere al entonces joven profesor Francis MacDonald Cornford, que había sido persuadido para formar parte de la Marlowe Society —de la que ya era miembro también el poeta Rupert Brooke— con objeto de proporcionar a la compañía un estatus más respetable, y que a la sazón interpretó al glamuroso villano *Comus*. Para más información sobre Cornford, véase la nota ¿¿170??

<sup>25</sup> Danza tradicional inglesa cuyo origen se remonta al siglo XV.

lo divertido que era portarse mal!”». «C» podría referirse a *Comus* o a Cornford, que fue quien interpretó el papel. El día 23, JB añadió: «McLean y Sayle han estado aquí. [...] Quieren que edite la música de *Comus*». El 3 de agosto escribió: «He intentado que me den un presupuesto en la editorial», y dos días más tarde recibió «un largo artículo» sobre *Comus* que llevó a la editorial. Al día siguiente, 6 de agosto, apuntó: «Por la tarde fui a un concierto con Sayle, de Oxford: la *Balada en la bemol* [de Chopin] y la [sonata] *Waldstein* [de Beethoven], también varias piezas raras de Debussy con armonías muy complejas. Dent ha tocado la música de *Comus*». Ésta fue la primera y única ocasión en que JB mencionó a Dent en este diario, la persona que más adelante desempeñaría un papel fundamental en su vida y ejercería una influencia decisiva en su trayectoria futura.

Charles Sayle, que hace su aparición en el diario de JB en esta época y que fue quien le presentó a Dent, era un personaje singular. Su padre, Robert Sayle, tenía una tienda de telas que sería adquirida más tarde por John Lewis. Charles tendría unos cuarenta y cuatro años y era bibliotecario adjunto en la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Por modesta que pueda parecer esta ocupación, Sayle era un erudito bibliógrafo y una persona muy influyente en los círculos de Cambridge. Amante de la belleza y los detalles —una vez felicitó a su anfitriona por su «deliciosa sal»—, solía reunir en su pequeña casa de Trumpington Street a un grupo de jóvenes brillantes y bellos a los que llamaba sus «cisnes», y a quienes agasajaba con excelente comida y bebida, así como con estimulantes tertulias. JB acababa de convertirse en su nuevo fichaje, junto con el cantante John Steuart Wilson.

Edward Dent tenía por entonces treinta y dos años y una personalidad arrolladora; JB tenía veinte. Como becario en

King’s College, Dent había empezado estudiando a los clásicos, pero de ahí se pasó a la música. Su beca en el King’s College fue la primera que se concedió en el área de los estudios musicales como disciplina académica. Dent aspiraba a convertirse en compositor y llegó a tener cierto éxito, pero pronto orientó su carrera a lo que entonces se conocía como «bibliografía»: aunque el término «musicología» como tal no existía en ese momento, Dent llegaría a ser uno de los musicólogos más aclamados de su generación. En aquella época era fácil viajar —no hacía falta pasaporte ni ningún otro de los requisitos actuales— y gracias a su beca del King’s College pudo recorrer toda Europa y empaparse de música en salas de conciertos, teatros de ópera y antiguas iglesias. Era un personaje cosmopolita en todos los sentidos y alguien que deseaba sacar partido a ideas y enfoques musicales novedosos. En 1908 acababa de regresar de uno de sus viajes por el continente y estaba buscando otras formas de impulsar su carrera en lo que entonces era una disciplina académica prácticamente virgen. La Marlowe Society y *Comus* le ofrecieron nuevas y atractivas oportunidades.

Tras renunciar a su beca y a su apartamento en King’s College, Dent se instaló en una pequeña casa en el número 4 de Belvedere Terrace, en la confluencia de Panton Street y Bateman Street (que más tarde se conocería como 77 Panton Street), justo enfrente del Jardín Botánico. Allí también acogió a la élite de los mejores y más brillantes jóvenes de Cambridge, rebeldes entusiastas llenos de nuevas ideas. Resulta fascinante imaginarse la rivalidad entre estos dos ambientes antagónicos, el de Sayle y el de Dent, compitiendo por la flor y nata de la cosecha de universitarios. Ambos eran conocidos por ser círculos refinados y de confianza en los que los jóvenes inseguros podían encajar sin ningún tipo de problema o compromiso. A veces Dent y Sayle compartían

sus respectivos «cisnes», como ocurrió en el caso de Trend, o bien los propios «cisnes» se mezclaban entre ellos, pues tenían gustos y aspiraciones similares. Dent era tremendamente atractivo y carismático, aunque en ocasiones resultaba demasiado mordaz. Convertirse en uno de sus elegidos era halagador y potenciaba la autoestima de los escogidos.

Muchos años más tarde, en un emocionado obituario tras la muerte de Dent en 1957 para la edición de febrero de 1958 de la revista musical *The Score*, JB recordaría aquel primer encuentro durante la representación de *Comus*: «Primero le hizo gracia y luego despertó su interés que un tímido joven del *college* de Milton, sin ser estudiante de música, hubiera transcrito de memoria una “pavana” que se había bailado durante la representación. Después de aclararle que no era una pavana, sino una alemanda, e indicarle que “la armonización de los himnos en su cuaderno es muy peculiar”, este episodio dio lugar a una amistad que se mantuvo de por vida». No hay duda de que el «tímido joven del *college* de Milton» no era otro que el propio JB. Lamentablemente, él mismo moriría apenas unas semanas después de escribir estas líneas.

El reconocimiento por parte de Dent y el hecho de ser aceptado en su círculo de jóvenes brillantes, muchos de ellos homosexuales, supuso un gran espaldarazo para JB. Entre los integrantes de aquel privilegiado grupo, varios acabarían siendo más adelante muy conocidos en distintos ámbitos: el poeta Rupert Brooke y el compositor y músico Denis Browne, ambos fallecidos durante la guerra; Hugh Dalton, que llegaría a ser un desafortunado ministro de Hacienda; Geoffrey Keynes y George Mallory, que moriría heroicamente en 1924 durante la primera ascensión al Everest. Junto a compañías tan estimulantes no es de extrañar que el interés de JB por las ciencias naturales palideciera.

El socialismo y el anticlericalismo estaban a la orden del día en el grupo que se reunía en torno a Dent, y al que JB acababa de incorporarse. Muchos de ellos eran miembros de la Sociedad Fabiana. Hasta entonces, la posición de JB tanto en política como en religión había sido claramente conservadora. Todavía asistía a misa con regularidad, a veces incluso a los servicios de la «Iglesia alta», y en ocasiones participaba en pequeñas tareas, como pasar el cepillo. El 1 de febrero de 1908, después de una reunión en el Pink Lion, anotó: «Ross (Hereford)<sup>26</sup>. [Percy] Clive, Unionista, ha ganado por una diferencia de 1.018 votos, al principio anunciados como 2.018 por el partido». Claramente satisfecho con la noticia del triunfo del candidato unionista, envió un telegrama a su tío George. Más tarde, en la entrada del 25 de abril, escribió: «Churchill descartado en el noroeste de Manchester. Diferencia de 400. Los socialistas sólo han obtenido 276. Bien». En febrero de 1908 se congratulaba al saber que lo habían elegido miembro del Carlton Club, el más antiguo y elitista de los clubes conservadores. Estas ideas cambiarían a lo largo de su vida, especialmente después de su estancia en España. O acaso ese cambio ya había empezado a gestarse en Cambridge como resultado de su relación con este grupo de ideas tan distintas.

La alusión a Dent en la entrada del 6 de agosto del diario de JB probablemente no refleja su primer encuentro. El propio Dent relata en su diario que el domingo 12 de julio, dos días después de la primera representación de *Comus*, lo invitaron a una fiesta de Sayle en compañía de Rupert Brooke y Geoffrey Keynes, quienes le hicieron tocar toda la música de *Comus*. JB no asistió a dicha fiesta: su diario indica que ese día tomó el té con King, un compañero de estudios, y Brindley,

<sup>26</sup> Seguramente en referencia a las elecciones parciales de Ross-on-Wye.

uno de sus profesores. Pero lo que sí parece probable es que el primer encuentro con Dent tuviera lugar en algún momento de la segunda mitad de julio de 1908.

Después de todas estas emociones, las vacaciones de verano terminaron con una nota más banal. El 13 de julio escribe: «Brindley quiere saber si estoy dispuesto a dar clases particulares a un estudiante de Teignmouth que va a entrar en primero de Medicina. Shipper [¿Shipley?] tiene mucho interés en que lo haga». JB no compartía ese interés, especialmente cuando descubrió que la tarifa habitual era de 3,30 libras por hora, cuando él sólo había pedido 2,20 libras. «¡Maldita sea!», anotó furioso, y escribió a Brindley de inmediato para corregir el error y dejar claro que «¡cuatro horas al día son más que suficientes!». El 13 de agosto se desplazó a Teignmouth: «La familia la forman el señor y la señora, el joven P. y dos hermanas muy simpáticas, una aficionada a la literatura y la otra a la música: piano, violín, voz de soprano, muy buena. Ha ensayado su parte de violín y ha transcrito la mía. No entiendo al joven P. A veces parece un completo ignorante y otras parece que sabe bastante. Le estoy pidiendo trabajos sencillos».

A partir del 6 de agosto, JB ya no volvió a mencionar a Dent. El diario de éste sí aporta más información. El 26 de octubre, Dent apuntó: «Ha venido a tomar el té J. B. Trend, de Christ's College, y lo he invitado a tocar el violín en la Cambridge University Musical Society». El 8 de diciembre comentó sobre Certani (un famoso violinista que había acompañado a la contralto Clara Butt, entre otros): «ha llegado a la una y media, a la vez que Trend, que ha venido a traerme la revista del Christ's College, así que se ha quedado a comer».

Durante el año siguiente su relación se fue estrechando y comenzaron a verse con frecuencia. El 16 de julio de 1909, Dent escribió: «Ha venido a comer Trend y ha estado muy divertido».

Poco más de dos semanas después, el 3 de agosto, Trend volvió a visitarlo en un día frío y húmedo y se encontró a Dent trabajando en un poema. Más tarde fueron juntos a «una tienda más allá de Magdalen College para echar un vistazo a algunas partituras de música antigua que habían pertenecido al doctor Hagen». El 7 de agosto cenaron juntos de nuevo y el 9 JB volvió a visitarlo con Hugh Dalton, esta vez para comer. Dalton recitó el poema de Rupert Brooke «Some day I shall rise and leave my friends», y Dent admitió: «Me ha conmovido de una forma muy extraña». Es una pena que se haya perdido el diario de JB entre 1908 y 1909 y no podamos conocer su versión de la historia.

Lo único que sabemos es que su vida había cambiado por completo y que su interés por la música y las artes había acabado sustituyendo al que alguna vez sintiera por las ciencias naturales. No es de extrañar, pues, que en 1909 apenas consiguiera un aprobado en los exámenes finales, algo que a la larga se convertiría para él casi en motivo de orgullo. Como escribió D. N. Vermont en una semblanza de JB para la revista del Christ's College unos años antes de su muerte: «Siempre he tenido la impresión de que siente una secreta simpatía hacia aquellos que sólo consiguen un “aprobado”. “Por supuesto”, dirá él, “los que sacan un aprobado es porque han perdido el interés. Los verdaderos fracasados son los que sacan un notable bajo”. Y JB hacía ya mucho tiempo que había perdido el interés en las ciencias»<sup>27</sup>.

A cambio, había ido desarrollando nuevos y fascinantes intereses que lo llevarían por otros derroteros y que al final lo traerían de vuelta a Cambridge para ejercer como catedrático. Un catedrático ciertamente singular.

<sup>27</sup> D. N. Vermont, «Profile. Professor J. B. Trend», *Christ's College Magazine*, vol. 53, núm. 169, 1954, págs. 2-4.



# II

## LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El Cuerpo de Fusileros de Charterhouse,  
del cual John B. Trend era un miembro  
entusiasta, 1906. Charterhouse Archive.

## DOS MUNDOS EN UN AÑO: 1914

Para las generaciones posteriores, especialmente aquellas que vivieron bajo los nubarrones de la inminente guerra que ensombrecieron la década de los treinta, la despreocupación general que parecía prevalecer entre la población durante el periodo previo a la Primera Guerra Mundial era difícil de entender. La vida transcurría con normalidad hasta que el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, desencadenó el sanginario conflicto que duraría cuatro años y desgarraría la vieja Europa.

Esa Europa había sido un terreno fértil para los jóvenes educados que, como JB, tenían inclinaciones artísticas y dinero suficiente para viajar y satisfacer sus intereses culturales. Era un continente de monarquías entrelazadas por matrimonios interdinásticos, muchos de ellos vinculados a la reina Victoria y a la familia real británica, de origen alemán, como la rama materna de la de JB. Alemania e Inglaterra eran probablemente los dos países europeos más cercanos entre sí. JB sentía una gran afinidad hacia la cultura alemana, en particular a través de su pasión por la música. Tras su paso por Cambridge, empezó a labrarse una carrera como periodista y crítico musical, animado por Edward Dent, su mentor desde la universidad, que lo ayudó a conseguir encargos para escribir artículos en revistas culturales. Esto le llevó al extranjero, especialmente a Alemania, Italia y Francia. España estaba aún por llegar.

1914 empezó en esa misma línea, pero terminaría de forma muy diferente. A este respecto, el diario de JB es un documento excepcional: a través de los ojos de un joven, el lector experimenta el cataclismo del viejo orden con la llegada de

la Primera Guerra Mundial. El diario se divide en dos relatos contrapuestos. El primero comienza el domingo 5 de abril: «A Plymouth para encontrarme con AES: en el *President Grant* (18.000 toneladas) de la compañía Hamburg-Amerika con destino Hamburgo mañana por la mañana». AES probablemente fuera Alwyn Scholfield, un clasicista que también había caído bajo el hechizo de Dent mientras estaba en King's College y que más tarde sería bibliotecario de la Universidad de Cambridge entre 1923 y 1949.

Así comienza una gran gira cultural por Alemania, Dinamarca y Suecia que se prolongó hasta el 23 de junio. En el diario no se encuentran alusiones a la agitación política ni a la guerra que se avecinaba. En lugar de eso, seguimos los pasos de un joven cultivado que disfruta intensamente haciendo turismo por Europa y que parece no tener preocupación alguna.

JB y su compañero disponían de dos magníficos camarotes de babor en el *President Grant*. JB, con su habitual sociabilidad, conoció «a una persona encantadora de Pomerania en la cubierta superior»: «Se llama Otto van Schöning; su padre es un gran terrateniente cerca de Stargard. Lo buscamos en el mapa de Alemania de Vogel (1:500.000). Hay un canal de unos quince kilómetros de largo, construido por su abuelo». Al parecer, congeniaron inmediatamente, pues al día siguiente JB escribió: «Por la tarde me senté en la cubierta Huracán con el trovador de Pomerania, que me cantó canciones populares». Claramente, no albergaba ningún sentimiento antialemán, y la música, como tantas otras veces, era la clave.

Nada más atracar, se reunió con unos amigos alemanes, como sucedería en repetidas ocasiones a lo largo del viaje. En Schwerin, uno de ellos vino a verle mientras aún estaba tomando el primer café del día: «Subimos a su habitación en la magnífica mansión de su abuela en Alsterdamm, la única

casa privada que queda allí. Invité a comer: una comida del siglo XVIII en un cuarto del siglo XVIII». Al día siguiente visitaron los lugares de interés de Schwerin: «Cuando llegamos al Schloss, el Gran Duque salió de caza acompañado de magníficos asistentes; y la Gran Duquesa estaba en la galería de pinturas, luciendo sus diademas, a pesar de que sólo eran las once de la mañana. Un lugar muy alegre construido entre lagos». Estas situaciones tan anacrónicas no se prolongarían durante mucho más tiempo.

En Lübeck le encantó la fachada renacentista italiana del Rathaus, pero la principal delicia fue el clarete de su bodega, «calificado de celestial por AES». A continuación se dirigió a Kiel, donde hizo su único comentario con algún contenido militar, pero sin sacar ningún tipo de conclusión: «gran mapa de Mercator colocado en los jardines públicos que muestra la posición de todos los barcos de la flota alemana, un número increíble de ellos en la estación de China».

De vuelta en Hamburgo, cenaron con un tal doctor Ruperti, que regaló a JB su libro *Gateways of Germany*. Entre dos óperas, *Fidelio* y *El ocaso de los dioses*, asistieron a un partido internacional de *hockey* con otro amigo alemán. El 18 de abril, AES regresó a Southampton y JB viajó solo hasta Berlín, donde permaneció dos semanas y fue a la ópera prácticamente todas las noches. Los agudos y a veces ácidos comentarios de su diario delatan ya al perspicaz crítico musical que florecería más tarde.

Por ejemplo, parece que durante una velada musical no le impresionó mucho un joven cantante inglés, Ware Austin, que interpretó el aria de Tamino sobre el retrato de Pamina en *La flauta mágica*:

Mucha voz, pero poco sentimiento hacia Mozart. Eché de menos a Steuart [Wilson, más tarde sir John Steuart Wilson]. Scheidhauer dijo: «Sehr gutes Material: aber verdammt englische Kaltness»

[«Muy buen material, pero maldita frialdad inglesa»]. A continuación, Scheidhauer cantó el *Liebeslied* de Sigmundo acompañado por una de las tres jóvenes de Riga. Aunque la chica no era cantante profesional, se las apañó con cierto éxito para subir un tono el difícil acompañamiento, hasta el momento en que tendría que haber llegado el famoso motivo (*Liebe*): ahí se le fue un poco y echó a perder el efecto del conjunto. Scheidhauer trató entonces de mostrar sus dotes en lo que respecta a pasión expresiva y cantó la parte en la que Sigmundo menciona todos los nombres que no tiene, cuenta su historia y termina con: «Nun weisst du warum ich Friedmund mich nicht nenne»<sup>28</sup>. Scheidhauer estuvo verdaderamente soberbio aquí. Basta citar algunas palabras de *Sigfrido* o *La valquiria* para que se arranque a cantar. Mientras esperábamos la cena, normalmente tardía, dije en voz baja: «Siegmund heiss ich und Siegmund bin ich» [«Sigmundo me llamo y Sigmundo soy»]. «Ach, ja, das ist was!» [«¡Oh, sí, eso es!»], y se marchó, utilizando como Nothung<sup>29</sup> un paraguas que había por allí.

Algunos edificios de la arquitectura berlinesa no fueron del gusto de JB, pero elogió la Puerta de Brandemburgo. En su diario reprende especialmente a un arquitecto al que llamaba «El Barrio Alto» y al que siempre se refería en mayúsculas: «Los mejores arquitectos no quieren trabajar para Él; y cuando Le llevan sus dibujos, me imagino que debe de decir: “Sí, muy bien, pero volveremos a hacerlo la mitad de grande”».

Sólo hay un comentario de carácter político y social: «Los berlineses, a pesar de estar tan bien gobernados, o precisamente

<sup>28</sup> La cita, con alguna pequeña inexactitud, pertenece al primer acto de la ópera *La valquiria*, del ciclo *El anillo del nibelungo* de Richard Wagner (1813-1883). La cita exacta dice: «Nun weißt du, fragende Frau, / warum ich Friedmund nicht heiße!» («Ahora ya sabes, mujer curiosa, / por qué no me llamo Fridmundo»).

<sup>29</sup> Nombre que Sigmundo da a su espada en el primer acto de *La valquiria*. También es el nombre de la espada con la que Sigfrido mata al dragón Fafner en la ópera *Sigfrido*, perteneciente, al igual que *La valquiria*, al ciclo *El anillo del nibelungo*.

*porque* están tan bien gobernados, parecían bastante desvalidos. Son impuntuales hasta rozar lo grotesco. Los buzones te recuerdan que “no olvide el sello y la dirección”. [...] Al subir a un tranvía, estás “obligado a indicárselo al conductor”. Avisos de *Verboten* [Prohibido] por todas partes. También en los jardines vieneses hay muchos avisos, pero cuando los lees no dicen “verboten”, sino “No permanezca debajo de los árboles en caso de tormenta eléctrica; es muy peligroso”. Diferencia entre Austria y Prusia». Ésta es una de las varias observaciones que indican su preferencia por Austria sobre Alemania.



El 5 de mayo, JB partió de Berlín en dirección a Stettin, donde embarcó en el *King Haakon* con destino a Copenhague: «Por primera vez me beneficio de mi nacionalidad. Los sobrecargos pueden hablar en alemán, pero no quieren; les gustaría hablar en inglés, pero la mayoría no sabe».

Copenhague le encantó al principio: «¡Qué imponente silueta de agujas en el horizonte!». Un paseo por la ciudad (donde las colecciones de arte no abrían lo bastante temprano para él) modificó ligeramente este juicio: «Copenhague es muy extraña y encantadora. ¡Ojalá no lloviera tanto!».

Los siguientes dieciséis días estuvieron repletos de visitas a galerías de arte, museos y otros lugares culturales; a algunos fue en más de una ocasión, y sobre todos ellos hizo comentarios meticulosos. Acudió a «varias iglesias para escuchar lo que se cantaba»: «Nada muy notable, pero escuché varios corales decentes interpretados de manera rítmica». La iglesia de Mármol le resultó más decepcionante: «El canto es malo», escribió, y añadió con desdén: «interpretado por ocho mujeres solamente».

Su pasión por los idiomas lo llevó a recibir su primera clase de sueco dos días después de su llegada a Copenhague, algo

que se repitió diligentemente durante el resto de su estancia allí. También ejerció de agudo observador de la escena social danesa: «Una de las cosas más llamativas de Copenhague es el increíble número de bicicletas que hay. Es muy excepcional ver a una mujer a pie, y tampoco hay muchos hombres jóvenes que vayan andando».

No todos sus comentarios fueron favorables. El 12 de mayo dejó traslucir una inesperada vena mojigata:

Un Día de Alexandra<sup>30</sup> de licencia desenfadada. Antes de terminar mi primer café, una de esas golfas con una hucha para coleccionar irrumpió en el hotel. Me mantuve firme y no di nada en todo el día. (Recordatorio: enviar un cheque a Fresh Air Fund, una organización benéfica que sabe comportarse). Reflexiones: (1) La mendicidad *amateur* y la profesional son igualmente censurables: no se puede permitir una y suprimir la otra. (2) Ninguna madre italiana (o austríaca, creo) dejaría que sus hijas recorrieran las calles con una hucha de caridad. (3) Consiguen dinero por su buena apariencia, lo cual es una profesión muy antigua, ya sea en nombre de la «caridad» o por otros motivos. (4) Las colectas son para niños pobres y bebés desatendidos. A este respecto, son interesantes las cifras de hijos ilegítimos en Copenhague: ¡el 20% de todos los nacimientos! ¡Y esto a pesar de los profilácticos que todas las tiendas exhiben tan abiertamente! (5) ¿Cuánto dinero se pierde a través de todas estas recaudadoras no autorizadas?

En otra entrada, JB apuntó: «Copenhague demuestra un interés infantilmente romántico por la figura sin ropa. Las tiendas

<sup>30</sup> El Día de Alexandra (también conocido como Día de la Rosa de Alexandra) es un evento benéfico para recaudar fondos para los necesitados. La celebración tiene su origen en Dinamarca, donde un sacerdote vendía rosas a cambio de limosnas para los pobres. En 1912, Alexandra de Dinamarca llevó la idea al Reino Unido con motivo de la conmemoración del cincuenta aniversario de su llegada al trono como reina y emperatriz consorte del rey Eduardo VII.

superan a cualquier otra que yo haya visto en su exposición de la feminidad desnuda». Sus comentarios de despedida el 21 de mayo fueron poco halagadores: «Otra festividad. En catorce días hemos tenido, además de dos domingos, dos festivos y un Día de Alexandra». Ese mismo 21 de mayo llegó a Malmö en un vapor diurno: «Maravillosamente limpia y eficiente, comparada con Copenhague, tan temerosa de hacer algo alemán que no limpian las calles. La gente parece casi austríaca en sus formas y modales. Por supuesto, en quince días uno no puede conocer nada de un pueblo; su juicio tendría tanto valor como el de quien pensara que todo Londres es como Piccadilly Circus (me refiero tanto al día como a la noche)». Sin embargo, añadió de forma fulminante: «De todos modos, salvo contadas excepciones, los daneses me parecen una nación de porqueros pusilánimes. Es un hecho que, siempre que me encuentre con alguien realmente simpático, ¡parece estar hablando en sueco!».



Su agotadora ronda cultural por Suecia duró tres semanas. En la Exposición del Báltico, celebrada en Malmö, elogió un «pequeño y delicioso clavicordio» que le habría encantado comprar, pero volvió a lanzar una pulla contra los daneses: «La sección danesa destacaba por una imagen extremadamente “desvergonzada” de Job».

La capital en sí no lo decepcionó, salvo por el clima: «Estocolmo tiene algo extraordinariamente agradable. Hay dos lugares fuera de Italia en los que se puede pasear sin hacer nada y mirarlo todo (como diría Belloc<sup>31</sup>) dando las gracias a

<sup>31</sup> Hilaire Belloc (1870-1953), prolífico escritor ultracatólico en la Inglaterra de comienzos del siglo XX.

Dios. Estocolmo es uno de ellos. Parece que muchas cosas *van a ser* como en Italia —y muchas son bastante dignas de ello—, pero entonces uno mira al cielo y ve que no es lo bastante azul o algo similar. Debe de hacer bastante frío para esta época del año, es más bien como un día de invierno en Roma: calor al sol y frío a la sombra, sin punto intermedio. [...] Los edificios del parque son de color rosa y amarillo, y del siglo XVII; y brilla el sol: si al menos tuviéramos el cielo...».

Estocolmo no era una ciudad propensa a albergar tentaciones de *dolce far niente* y JB la recorrió con su habitual entusiasmo en busca de placeres estéticos, comentando, a veces cáusticamente, todo lo que veía. Parece evidente que tenía algo en contra de las esculturas desnudas, ya que describió una exposición como «notable por la fealdad de sus agresivos desnudos», ¡pero esta vez no pudo echar la culpa a los daneses!

En el Museo de Historia de la Música, con su acostumbrada picardía, probó «un armonio que tenía teclas separadas para los bemoles y los sostenidos», hasta que, según añadió con pesar, «la llegada del vigilante puso fin» a sus investigaciones. Conociendo al JB de años posteriores, uno puede imaginarse la escena, que sin duda resolvió con su característico encanto.

El tiempo era frío y húmedo, pero no faltaba vida social. La primera impresión que tuvo JB de sus compañeros de mesa en la pensión donde se alojaba fue que estaba «en presencia de algunas de las personas más extrañas» que había visto en su vida: «Un inglés de Leeds con un “corazón de oro” y un sueco bastante encantador». Más adelante se refería con cierta condescendencia al «inglés del corazón de oro», que, al ofrecerle un ejemplar de *The Spectator*, dijo: «¿Qué es eso? ¿Una revista?». Una noche, después de la cena, «el simpático sueco» le

invitó a «dar un largo paseo por la isla de Djurgården». También había una referencia más bien insinuante a otro paseo al día siguiente «con otra encantadora criatura de la pensión que se describió a sí mismo como profesor de danza»: «Una compañía estimulante, porque nunca sabías por dónde iba a salir». JB suele mostrarse reticente a mencionar relaciones personales en sus diarios, una discreción sin duda impuesta por los tabúes de la época. Más tarde anotó: «Se ha reforzado la compañía con una gran dama, identificada como una actriz de cine». Debía de tratarse de una de las primeras representantes del séptimo arte.

Una noche, «después de la cena, Meyerson tocó parte de una sonata de Beethoven (la número 1) y varios tangos», según escribió JB. «Luego hubo baile —añadió—. Esta gente lo hace de maravilla: un poco gimnástico quizás, pero con mucha elegancia. Me gusta el aire del maxixe<sup>32</sup>: la melodía es mucho mejor que en la mayoría de los tangos. Está muy bien hablar de interpretar la música, pero ¿qué hay que interpretar en muchos tangos salvo unas síncopas muy evidentes? No querían oír hablar de vals, así que tuve que tocar para el *boston*<sup>33</sup> y no pude verlo. Están convencidos de que ambos bailes están muertos, pero yo no estoy tan seguro de ello».

JB no aclara si él mismo participó en el baile, pero es evidente que era algo que le intrigaba: «A propósito del baile de ayer: aquí la gente baila y por eso debe sonar la música. En Viena y Budapest la música suena y la gente debe bailar: no pueden evitarlo. Yo creo en Viena, pero eso no significa nada para la gente a la que sólo inspira Berlín». En otra entrada de

<sup>32</sup> Al maxixe o machicha también se le denomina a veces «tango brasileño». (Nota de la autora).

<sup>33</sup> Se trata, presumiblemente, del baile conocido como *boston two step*. (Nota de la autora).

su diario señala: «Por la noche al “Royal” con Meyerson y la señora de la casa e hija: no fue una noche muy estimulante. Tuve que justificar la política de “esperar y ver” aplicada a las sufragistas. [...] Pero todos fueron muy amables y naturales, y eso me gusta».

El diario de JB está salpicado de esas viñetas de la vida cotidiana que también ocuparían un lugar destacado en sus escritos posteriores y facilitarían su lectura. Su habitación en la pensión daba a una comisaría de policía, donde se podía ver «al inspector haciendo un solitario». El diario describe con detalle las costumbres suecas para el aperitivo, que culminan con una copa de brandi sueco y una expresión, «¡Skål!» («¡Salud!»), que entonces debía de ser poco conocida internacionalmente. «¡Skål! —añade en tono didáctico— rima con *bowl* [tazón]». En otro lugar alude a «otra costumbre sueca: beber, con la solemnidad del que escancia una libación, una taza de leche fría antes del desayuno». JB percibe en los suecos una vena humorística que no resulta evidente para todo el mundo y, «como ejemplo de la levedad sueca ante los grandes hechos de la existencia alemana», menciona «la historia del sueco al que estaban enseñando los talleres de Krupp en Essen»: «De repente, se volvió a su guía y le preguntó: “Was ist der Unterschied zwischen eine kruppsche Kanone und eine rote Näse?” [“¿En qué se diferencian un cañón Krupp y una nariz roja?”]. Lo miraron con *Spannung* [tensión] ante su blasfemia: “Die eine kommt von Essen; die andere vom trinken” [“Uno viene de Essen; la otra, de beber”]<sup>34</sup>».



<sup>34</sup> Además de ser el nombre de una ciudad situada al oeste de Alemania, *essen* es un verbo que en alemán significa «comer», de ahí el juego de palabras entre *essen* y *trinken* (beber).

Era el momento de volver a casa. Había surgido una urgencia inesperada que requería su regreso, relacionada con una disputa familiar no del todo aclarada. El lunes 8 de junio, JB deja constancia en su diario de que había respondido «las cartas de la señora W. J. [¿Wynne-Jones?]» que habían llegado el día anterior:

Ella le preguntará a H. T. [Henrietta Trend] de inmediato. Larguísimo telegrama de Ch. Dimond sobre los papeles de la familia Stevens que hay que firmar. Está apareciendo una brecha entre la familia y yo. No puedo entender por qué, sobre todo porque los asuntos testamentarios han salido como han salido; sin sorpresas para mí, pero parece que sí para ellos. Tal vez sigan pensando que debería haber encontrado esa copa, mientras que yo creo que haría cualquier sacrificio para conservar su afecto. Veo claramente que habrá que hacer sacrificios. No aprueban mi política hacia H. T. y me preguntan qué voy a hacer *después*, en lugar de qué voy a hacer *ahora*, una actitud muy frecuente y típica. Pero debo hacer todo lo posible para no ofenderlos.

En una entrada posterior reiteraba la urgencia: «Debo volver rápidamente a por estos papeles de Stevens». Aun así, su viaje se prolongó durante casi diez días más.

En el canal de Göta, el paisaje le pareció encantador, pero sus compañeros de viaje le resultaron hoscos y aburridos. Conversó con dos suecos que se mostraron «simpáticos, a veces en inglés, pero más a menudo en alemán. La señora entendía poco de uno y de otro»: «Hablamos del *Stimmrecht* [derecho al voto] porque habían llegado noticias de un atentado en la abadía de Westminster». El 11 de junio de 1914, un explosivo oculto en un bolso de señora colgado en la silla de la coronación del rey Eduardo causó daños menores en la silla, pero no hubo víctimas. Aunque no se produjeron detenciones, el

acto se atribuyó a las sufragistas. De esta entrada y de la anterior se deduce que la actitud de JB hacia el sufragio femenino era ambivalente. La entrada continuaba: «De ahí [pasamos] a la política interior y exterior: Rusia y la anhelada unidad de los pueblos alemanes. La actitud [del sueco] era más bien que debían “aceptar” a Alemania. Siendo un invitado en Suecia lo dejé ahí: por poco que sea. Sin embargo, la aceptación debe ser lo primero: ojalá se diera en casa en todos los ámbitos».

Éste es uno de los escasos pronunciamientos de JB sobre algo remotamente político, y resulta difícil de interpretar, aunque el siguiente pasaje arroja algo de luz sobre la conexión sueco-alemana:

Que una cosa sea alemana no hace a los suecos dudar de ella. Ése es el error danés. La «cultura» en Suecia comienza [...] en el cuarto de baño: incluye calles limpias, casas modernas y bien equipadas, así como arte y literatura, al igual que en Alemania. Es el animado temperamento nacional el que se rebela contra la impasibilidad alemana; y, por desgracia, la parte de Alemania más cercana a Suecia es la que más se aleja de ella en temperamento. Un sueco podría sentirse casi como en casa en Múnich, y muy a gusto en Austria. Carece de la profunda seriedad o sinceridad de un *Weltherrscher* [líder mundial]. Es un «perdedor», si no exactamente un «desertor»; pero su espíritu es, creo, el de los «impulsores y agitadores del mundo, eternamente, según parece»<sup>35</sup>.

En Hamburgo, el 15 de junio, JB hizo otra referencia irónica a las aspiraciones alemanas: «Vi a Gärtner: fui al nuevo Alster Pavilion, donde la conversación giró una vez más en torno a la unidad de los pueblos alemanes, las razas que beben cerveza

<sup>35</sup> Trend cita aquí, sin identificarla, la primera estrofa de la famosa *Oda* en la que el poeta inglés Arthur O'Shaughnessy (1844-1881) celebra la energía y el poder transformador de los creadores a través de su arte.

y dicen la verdad». Al día siguiente se embarcó en el transatlántico *Cap Ortegal* de la naviera Hamburg-Sud Amerika con destino a Southampton. Dos días más tarde escribió, con un atisbo de nacionalismo: «Esta mañana nos acercamos a Boulogne. Me encontré a estribor mirando hacia el horizonte en el noroeste para ver los acantilados de tiza. “Pero mi muy amada Inglaterra...”, aunque, para mí, el patriotismo es exactamente, y ni más ni menos, el sentimiento que experimento cuando veo a los ingleses hacer las cosas como a mí me gusta, y que no hace la gente de otras naciones. Admiro a mi país cuando lo hace *bien*; no a mi país lo haga bien o mal».

La densa niebla retrasó su llegada a Southampton, donde desembarcaron con él «otras dos personas»: «una joven colegiala inglesa [...] y una *Mädchen* [niña] alemana que iba camino de Ventnor para aprender inglés con una familia. Era la timidez personificada: nadie pudo sacarle una palabra. Como no apareció su familia, hice que la madre de la chica inglesa la llevara al hotel South Western». Este gesto caballeroso le vino muy bien, ya que, hasta entonces, «todos los oficiales que iban en la gabarra» sospechaban de él: «especialmente cuando al hacer de intérprete me dirigí por error a los funcionarios de aduanas en alemán y a la chica en inglés». Una confusión típica de JB.

La llegada a The Lodge, la casa familiar en Southampton, empezó con mal pie: «H. [¿Henrietta?] bajó. El perro había hecho sus cosas en el salón y yo dejé caer mi mochila encima». Pero entonces se encontró con «un ágape de salmón, fresas y zumo de lima» esperándole: «Mientras me comía las fresas, vi la edición ilustrada de Keats de H. [...] y descubrí un poema que no conocía: “Tread softly. Hush, hush”. Lo leí varias veces al amanecer y me fui a dormir. Más adelante, lo recordaba tan vagamente que me parecía que lo había soñado

y no fui capaz de encontrarlo en ninguna de mis ediciones». JB escribió a Palgrave para preguntar si tal poema existía y llegó a la conclusión de que se llamaba «In Drear-nighted December»<sup>36</sup>. En Londres compró una edición crítica de las obras completas de Keats en la que se incluía esta «canción» póstuma y resumió así la experiencia de leerlo: «No enseña nada nuevo, pero es un ejemplo más de los maravillosos efectos de cierta poesía leída en la madrugada; ya lo había experimentado antes con Shelley».

Sus hermanas Anna y Henrietta «se fueron de fiesta a Grassendale» (su internado), según anotó de camino a Londres: «Nos dirigimos los tres en taxi a West Station con un equipaje desproporcionado [...] y en la ciudad firmé unos papeles». Debían de ser los papeles de Stevens que lo habían hecho regresar a toda prisa. Parece que las relaciones con esa rama de la familia mejoraron, tal vez como resultado de dicha firma, ya que el 23 de junio escribió: «A Oxford para quedarme con los Stevens. Casa de estilo jacobino en Cowley».

Aquí el diario se interrumpe durante varios meses. No se menciona el asesinato en Sarajevo que tuvo lugar cinco días más tarde, y ni siquiera la declaración de guerra del 4 de agosto.



<sup>36</sup> Trend parece estar mezclando aquí dos poemas distintos de John Keats (1795-1821), ambos publicados póstumamente: por un lado, el titulado «Song. Hush, Hush! Tread Softly!» (1818), que no se publicó hasta 1848, en *Life, Letters, and Literary Remains of John Keats* (edición de Richard Monckton Milnes, Nueva York, George P. Putnam, pág. 364); y, por otro, el poema cuya primera línea cita Trend como «In Drear-nighted December» y que en realidad lleva el título de «Stanzas», con fecha de composición incierta y no publicado hasta 1829 en *The Poetical Works of Coleridge, Shelley and Keats*, París, A. y W. Galignani. Véase H. Buxton Forman, *The Poetical Works of John Keats*, Nueva York, Thomas Y. Crowell & Co., 1895, págs. 381 y 397.

La siguiente entrada, del domingo 4 de octubre, registra una salida muy diferente hacia la Europa continental: «7:20: Orden de presentarme en la oficina militar número 9 y estar preparado para salir de Aldershot con una hora de preaviso. 9:00: Orden de ir ¿al extranjero? Transporte ferroviario. 15:15: Desfile y marcha hasta el apartadero del Gobierno y de allí a Waterloo. Marcha hasta el cuartel de Wellington. Me alojo en F. V. Me han puesto al mando de carniceros, panaderos y fabricantes de velas». JB se había alistado apenas un par de semanas antes.

Tan notable como la aparente falta de preocupación por la guerra en los meses que precedieron al inminente conflicto fue la celeridad con la que miles de jóvenes se lanzaron a la defensa de su país, alimentada por una inmensa ola de patriotismo y quizá también por el malentendido general de que todo habría «acabado para Navidad». En el caso de jóvenes como JB, un factor inicial pudo ser la sensación de falta de objetivos una vez terminada la universidad. Todavía no habían encontrado una dirección para su existencia y esta nueva aventura, esperada con idealismo hasta que los horrores de la realidad se impusieron, les abrió una perspectiva de realización personal a través de la acción que antes no existía.

El 5 de octubre, JB y sus hombres se dirigieron a Dover en tren «con mucho material para las carnicerías y panaderías de campaña». Desembarcaron en Zeebrugge (Bélgica), donde JB quedó «muy intrigado por los extraños uniformes» que les esperaban: «Un general nos pasó revista en una estación completamente a oscuras y en Brujas, a las nueve de la noche, nos abrimos paso a través de la multitud entusiasmada que pedía a gritos apretones de manos y *souvenirs*. Al final vimos a hombres alojados en barracones y nosotros mismos nos acuartelamos en Verriests».

Los días siguientes fueron una sucesión de órdenes y contraórdenes que reflejaban un estado de caos que hubiera tenido dimensiones cómicas de no ser tan serio lo que estaba en juego. El 6 de octubre, JB supervisó la descarga y entrega de provisiones del SS *Dieppe*, el vapor que las había traído desde Dover. Escogió como ayudante a un soldado al que habían repatriado el último día de la retirada de Mons. Los hombres recibieron «*raciones de hierro* —raciones de emergencia para un día que cada uno tiene que transportar—: una lata de carne de res, galletas, pastillas de caldo, té, azúcar, carne con verduras, una especie de pudín en una lata sellada que se hervía y luego se abría, queso, galletas, sal, mostaza, zumo de lima, velas, gasolina». Después de alojar a sus hombres en unos almacenes, JB durmió en la pequeña cabaña de madera de un estibador que le proporcionó dos colchones, mantas y sábanas. En su diario, anotó: «Me alisté el día 15 del mes pasado y aquí estoy, recibiendo telegramas dirigidos al oficial al mando del Centro de Abastecimiento de Brujas. Las tropas llegaron a Brujas: la 7.<sup>a</sup> División y parte de la 3.<sup>a</sup> División de Caballería. Llegó un barco con un cargamento de avena. Informes de que el gran cañón de asedio es demasiado y que Amberes ha caído».

La guerra ya iba mal en ese momento. La primera y mortífera batalla por Ypres estaba a punto de empezar en serio el 12 de octubre de 1914 y se prolongaría hasta el 11 de noviembre. Antes del final de la guerra, hubo dos más, ya que la ciudad cambiaba constantemente de manos, con un número de bajas enorme en ambos bandos. El oficial del Estado Mayor despertó a JB a las 3:45 de la madrugada del 8 de octubre, apenas tres días después de su llegada, y le ordenó que cargara el tren y saliera de inmediato:

Deduje que estábamos evacuando para que los suministros llegaran antes, en lugar de hacerlo después. [...] A las 11:00

recibimos la orden de dejar de cargar, a las 12:00 otra orden de cargar tan rápido como antes. Todo terminado a las 12:30. El tren debía salir a las 14:00, pero no se pudo encontrar al jefe de estación ni una locomotora. Salió a las 16:30 conmigo en la locomotora. Llegamos a Ostende a las 20:00. Tras muchas dificultades y gastos en taxis, finalmente encontramos el cuartel general del coronel Wellman, y volvimos a buscar a los hombres que se habían quedado vigilando el tren. El comedor de oficiales era una gran sala del Club Náutico. Me tumbé en una maleta en un rincón.

Resulta increíble pensar que este joven esteta, que sólo tres meses antes había estado viajando cómodamente, admirando iglesias, palacios y galerías de arte, quejándose de las estatuas demasiado desnudas, y que nunca había dirigido nada, ahora estuviera al mando de un tren y un cuerpo de hombres, y durmiendo por la noche en cualquier trozo de suelo disponible. Más increíble aún resulta su manera imperturbable de adaptarse a esta nueva y dura vida. Los retos y los obstáculos a los que tenía que enfrentarse eran múltiples:

Viernes, 9 de octubre. Acompañado por un ordenanza belga, fui a la Estación Central y encontré el tren. Marqué los vagones y ordené que los enviaran a la estación del puerto. Por la tarde recibí la orden de llevar un tren a Brujas. Después de muchos cambios de órdenes y sobre las cantidades de material, salimos de la estación marítima a las 17:45. Llegamos a las 22:00, tras un increíble número de maniobras. Yo iba en la plataforma del maquinista. Intenté encontrar el cuartel general de la 3.<sup>a</sup> Brigada de Caballería, pero me informaron de que la 3.<sup>a</sup> Brigada no estaba allí, aunque sí la 3.<sup>a</sup> División, compuesta por las Brigadas 5.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>. Informé al cuartel general de la División; sin embargo, me remitieron a otro lugar, y desde allí a otro distinto. A las 23:30 renuncié como a un mal trabajo y cené en Verriests.

Sábado, 10 de octubre. Después de muchas llamadas telefónicas desde las 5:30 en adelante, encontré el cuartel general de la 3.<sup>a</sup> División de Caballería e informé. Me llevaron a otro cuartel general y de ahí vuelta al anterior. Vi al comandante y a un coronel y recibí órdenes escritas de volver a Ostende con el tren tal y como estaba. [...] Todo el mundo dice que Amberes ha caído. Vi llegar refugiados y autobuses de Londres que habían conseguido escapar. Resulta extraño ver autobuses en la Grand Place junto al campanario. Los oficiales de la Brigada Naval que han escapado dicen que el efecto de los grandes cañones de asedio es insostenible: imposible quedarse. Lo más terrible es el ruido: y eso que los marineros deberían estar acostumbrados al sonido de la artillería pesada.

El tren estaba listo para regresar a Ostende esa misma noche, pero no llegó hasta el mediodía del día siguiente, debido al intenso tráfico de tropas británicas y belgas. A JB le irritó comprobar que el tren que había traído de Brujas unos días antes estaba «intacto en una vía muerta». Horas más tarde recibió la orden de evacuar también Ostende: «Muy mal deben de ir las cosas si tenemos que cambiar de base», anotó.

Un coronel y otros dos soldados pasaron toda la noche cargando provisiones en barcos con destino a Dunkerque. Mientras tanto, a JB le encomendaron llevar el tren a Thouroutte para apoyar a la 7.<sup>a</sup> División y a la 3.<sup>a</sup> de Caballería: «Después de muchas maniobras, llegamos a la estación de la ciudad a la una de la madrugada y tuvimos que esperar a cinco trenes de heridos que venían de Amberes. La vía es doble, pero una de ellas está bloqueada por muchas locomotoras y vagones en espera de escapar a Francia si fuera necesario (Gante está ocupada por los alemanes)».

JB y su tren llegaron muy tarde a Thouroutte, excepto seis vagones de víveres y cuatro de avena. Su enfado iba en aumento:

Me encontré con un oficial del Estado Mayor que no hacía más que preguntas sin respuesta. Después de muchas molestias, órdenes y contraórdenes, me pidieron que llevara el tren a Roeselare, donde elegí un lugar con dos apartaderos y una amplia calzada de adoquines en medio. Organizamos los suministros bajo la lluvia, la humedad y la oscuridad. Había grandes lámparas sobre los estandartes, pero no podían usarse por miedo a los aviones alemanes. De repente, nos encontramos con el vagón de suministros de la 54.<sup>a</sup> Compañía de Ingenieros Reales y enviamos un mensaje al coronel, que vino y estuvimos bebiendo *absentibus* en el vagón de tren donde vivo ahora y tengo mi oficina (el Gobierno belga ha abandonado Ostende en dirección a El Havre) [...].

Miércoles, 14 de octubre: a la una de la madrugada llegó un oficial del Estado Mayor (el comandante Airey) con órdenes de llevar el tren a Ypres siguiendo a un tren blindado; montado en la locomotora y manteniendo una atenta vigilancia, especialmente sobre los diques. A las cinco de la mañana, un desconocido pero encantador coronel vino y se acostó en mi vagón [...]. En la niebla matinal, un grupo de hombres a caballo vestidos de gris entre los árboles junto a un paso a nivel me hizo temer lo peor. Resultaron ser de los nuestros. El miedo a adelantarnos demasiado a nuestras propias tropas no estaba justificado. Llegamos a Ypres. Oímos que los alemanes se habían marchado la noche anterior. Apareció un [avión alemán] *Taube*, pero los Royal Welsh [Fusiliers] y los [Royal] Wilts[hire Yeomanry] lo derribaron. Según un parte de guerra, se prepara una gran batalla a unos quince kilómetros. Fuimos muy mimados por la gente del lugar, aún temerosa tras el paso de los alemanes.

La primera batalla de Ypres había empezado de verdad.

Jueves, 15 de octubre: despertado a una hora sin determinar por un hombre perdido preguntando si sabía dónde estaba su unidad. Esto no es la oficina de objetos perdidos. Estamos despiertos todo el día y gran parte de la noche repartiendo provisiones

sobre la marcha [...]. Orden de llevar el tren a Poperinge, dos estaciones más allá en dirección oeste, a cuatro kilómetros de la frontera francesa. Soldados franceses por todas partes. El tren llegó a Poperinge sobre las siete, pero a las once de la noche recibimos orden de volver a Ypres.

Viernes, 16 de octubre: los repartos comenzaron a las cuatro y media de la madrugada y continuaron ininterrumpidamente hasta las dos de la tarde. Luego regresamos a Poperinge. Sonido de fuertes detonaciones al sureste. Un soldado de la Brigada Naval en el tren blindado me dio un botín que había capturado a los alemanes: (1) una bala puntiaguda; (2) una bala de metralla; (3) parte de la corona de un proyectil. Vi cómo se llevaban los caballos sin jinete al hospital veterinario de la base, una visión inolvidable, creo.

Durante las dos semanas siguientes y hasta el final del mes, JB y su tren se desplazaron sin cesar entre Ypres y Poperinge suministrando víveres a las tropas a medida que aumentaban los combates y se acercaban los sonidos de la batalla. Los diarios de JB reflejan su creciente irritación y relatan horas de infructuosa espera y órdenes confusas rescindidas a renglón seguido por contraórdenes. Del frente cercano llegaban noticias contradictorias. La presencia de numerosas tropas francesas en Poperinge se explicaba por el hecho de que «una parte de los alemanes de Aisne» se había «replegado a este barrio». La vida tenía algunas compensaciones: JB admiraba la excelencia del café de los soldados franceses, «¡preparado cada mañana con granos recién molidos!». Mientras esperaba ansiosamente cartas que no llegaban, averiguó por fin su dirección: «J. B. Trend, Cuerpo de Intendencia del Ejército, IV Cuerpo del Ejército, Fuerza Expedicionaria Británica», aunque más tarde se demostraría que era parcialmente incorrecta.

Poperinge no le impresionó: «Una ciudad de 15.000-20.000 habitantes sin alcantarillas ni librerías. Uno no debe

hablar ahora de la “Kultur” alemana, pero tal estado de cosas sería imposible en Alemania e improbable incluso en Italia, aunque es posible que allí las alcantarillas no funcionaran y las librerías no tuvieran libros». Ypres era «terriblemente insalubre, especialmente la plaza frente a la estación».

JB añoraba la actividad intelectual perdida. En un inusual día de descanso no sólo disfrutó de «muchas horas de sueño», sino que también terminó de leer *Evelina* y empezó *Mansfield Park*. Al día siguiente escribió «a Het» (su hermana Henrietta) «suplicándole más libros de Jane Austen» y, en un orden más práctico, «un chaleco de lana y una tercera camisa caqui». Otra noche, mientras su camión de suministros permanecía retenido durante varias horas, se sentó en él «a escribir escribir cartas y leer *The Open Road*».

En medio del caos JB perdió su interés por la arquitectura. El viernes 23 de octubre escribió: «Salí de Poperinge a las siete y media de la mañana hacia Ypres. Me presenté en el Hôtel de Ville y luego hice algo de turismo. La catedral tiene cierto sentido de la proporción, pero es una mezcla de gótico tardío y Renacimiento».

Y flemáticamente añadió: «Por la tarde cayeron siete bombas, pero sin causar daños. Otra versión dice que el avión era británico y que las siete estelas de humo que había debajo eran proyectiles alemanes lanzados contra él. Baillic, que fue a buscar las cartas, subió al andamio del Hôtel de Ville y tuvo una perspectiva de todo el campo de batalla. Al anochecer, hubo un intenso bombardeo de nuestra artillería naval. Llegaron dos trenes blindados con cañones de 4,7 pintados de forma futurista. En ausencia del oficial de transporte ferroviario, supervisé el envío de los kits de nueve oficiales heridos a la base (Boulogne)». Todo ello en un día de trabajo.

La administración era una pesadilla y se valoraba mucho la improvisación. En un momento dado, JB confesó: «Se nos permitió saquear dos camiones de gasolina y aceite de ricino (para los motores de los aviones) y nos dieron las cantidades adecuadas de avena y azúcar. Muy difícil conseguir cualquier cosa, porque yo pertenecía a una unidad no reconocida, esto es, no reconocida en el cuartel general de la 7.<sup>a</sup> División».

El 20 de octubre pagó «a los hombres por quince días desde el desembarco» y él mismo recibió «5 libras (125 francos)»: «Es ridículo —escribió— que el encargado de los pagos te dé billetes de 50 francos, porque es terriblemente difícil conseguir cambio. Algunos militares de aire de la R[oyal] N[avy] me dieron doce cartuchos de calibre 0,455 para revólver. El sonido de los disparos en dirección a Ypres es más nítido. Órdenes de estar listos para partir con media hora de preaviso: he pedido que se mantenga una locomotora siempre lista para nosotros». Se encargó personalmente de que «el tren se trasladara a un apartadero menos llamativo y se marcara con tiza “IV Cuerpo del Ejército”».

El 21 de octubre, «el volumen y la intensidad de los disparos aumentó mucho en dirección a Ypres debido al envío de grandes refuerzos nuestros. Hacia la noche dijeron: “on a repoussé les Allemands” [“hemos frenado a los alemanes”]». Poperinge se convirtió en la cabeza de los ferrocarriles franceses, y JB admiró el «método y el orden» con el que cargaban innumerables camiones y ómnibus parisinos: «Tenemos que aprender de ellos».

El hospital de campaña estaba también en Poperinge, y empezaron a llegar los heridos y algunos prisioneros alemanes. En relación con esto JB anotó en su diario: «Escenas, algunas espeluznantes, otras cómicas. De estas últimas, el personal de

ambulancia llevándose las raciones en las camillas. Baillie piensa que los nativos “son muy echados para adelante”, tal como dijo al sorprender a uno de los aliados lavándose la cara con mi toalla, que había puesto a secar».

Del 23 al 31 de octubre, JB permaneció en Ypres mientras se intensificaban los combates. El 24 escribió:

Los disparos se hicieron más fuertes y persistentes a medida que avanzaba el día. [...] Se dice que la mayor batalla de la guerra está en marcha: el punto más caliente está antes de Zonnebeke, que hemos perdido y luego recuperado. Nos superan por tres a dos en hombres y por dos a uno en armamento. A la 7.<sup>a</sup> División le está costando mucho mantener un frente demasiado extenso para ella, pero la 2.<sup>a</sup> se aproxima rápidamente. Los fusileros galeses han perdido a todos sus oficiales excepto a seis. Los Queens [Royal Regiment, West Surrey] han perdido muchos hombres. Ha llegado uno de nuestros batallones pesados. Les he entregado provisiones. Dos compañías de un regimiento británico oyeron en un recodo de la carretera el avance de cuatro batallones alemanes en grupos de cuatro; los esperaron y los recibieron en el recodo con dos ametralladoras mientras cantaban «Die Wacht am Rhein» [«La guardia del Rin»] (Zonnebeke está a unos siete kilómetros al noreste de Ypres).

También registró lo que hizo el domingo 25 de octubre, «un día precioso» según JB: «Me levanté temprano, repartiendo hasta las cinco. Los Irish Horse [la unidad de caballería] ¡no tienen nada de míticos! Yo esperaba algo así como la infantería montada de Slattery. Empiezan a llegar historias de los combates de ayer. La 7.<sup>a</sup> División resiste a dos cuerpos del ejército [alemán] reforzada justo a tiempo por la 1.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup> División. A las pérdidas de los galeses y de los Queens se suman las de los [Royal] Wilts[hire Yeomanry] y los [Royal] Warwicks[hire Regiment]». En aquellos días, mucho antes de las noticias por

televisión y de la comunicación instantánea, todos eran rehenes de rumores y habladurías. Esa entrada del 25 de octubre continuaba de forma más conmovedora, con algo claramente importante para JB en lo personal: «El encargado del pontón de la 55.<sup>a</sup> Compañía de Ingenieros Reales me dio un susto cuando me contó que su compañía se había separado; no sabía nada de la 54.<sup>a</sup>. Por fin encontré el carro y al sargento de intendencia Higgins. Una nota de MWJ (21 y 23 de octubre). Higgins podía responder por él hasta anoche».

El 30 de octubre anotó: «11:00: Un zapador me ha dicho que Morys ha muerto, destrozado por una [ametralladora] Maxim. Nada de lo que ocurra a partir de ahora importa demasiado. Nota para West». Y unas horas más tarde: «Noticias sobre Morys confirmadas por Higgins, sargento de intendencia de la Compañía (54.<sup>a</sup> Compañía de Ingenieros Reales) que vino en persona a verme al vagón del tren. *Funere mersit acerbo*<sup>37</sup>. Más adelante, añadió: «Escribí a [...]» —aquí incluye una palabra en griego que podría transcribirse como *ho gubernator*, pero no hay ninguna indicación de quién podría ser el «gobernador»—. JB arrancó el resto de la página, ya fuera por discreción o porque le resultaba demasiado doloroso. ¿Podría tratarse de Dent? Una larga búsqueda ha permitido identificar a «Morys» como el teniente Morys Wynne-Jones, nieto de lord Aberdare de Duffryn, que servía en los Ingenieros Reales. Como hemos visto, había sido amigo de JB tanto en Charterhouse como en Cambridge (Trinity College), aunque no está claro si era miembro del círculo de Dent. La espantosa muerte de alguien a quien conocía desde la infancia debió de convertir la tragedia de la guerra en una devastadora experiencia

<sup>37</sup> «Sepultado en una muerte amarga», una cita del libro vi de la *Eneida* de Virgilio, cuando Eneas baja al Inframundo y, en el Limbo, oye los gritos de los niños muertos prematuramente. (Nota de la autora).

personal para JB, acompañada quizá de la constatación de que podía haberle tocado a él mismo.

El 27 de octubre JB envió «a Jackson a Hazebrouck a por avena, azúcar, beicon y carne con verduras». Jackson, a juzgar por ésta y otras anotaciones, no era el más eficiente de sus hombres: «Regresó a las cinco con uno de los tres camiones, diciendo tranquilamente que había perdido los otros dos a plena luz del día. Informé a Airey, que lo envió en coche a buscar los otros dos y le dijo que no volviera sin ellos. Sin embargo, regresó a las doce y media de la noche y se fue a la cama sin haberlos encontrado».

JB prosiguió dando detalles: «Entre otros, suministro a la batería pesada de asedio. Tienen sesenta y nueve caballos *shire* y dieciséis *clydesdales* que comen diecinueve libras de avena al día en lugar de doce». Y terminó el día con una nota desesperadamente amarga: «Sentado aquí, junto a la estación, distribuyendo víveres, uno puede decir aquello de que “pensar es darse a la tristeza con párpados de plomo”<sup>38</sup>». Su abatimiento no se vio aliviado por las noticias de tres terribles errores cometidos en los tres días anteriores: «(1) Los Warwicks fueron conducidos a un bosque y la H[ighland] L[ight] I[nfantry], que no tenía información, los atacó con ametralladoras. (2) Uno de nuestros aviones fue abatido por nuestras propias tropas; dos oficiales murieron calcinados. (3) El oficial al mando de la 54.<sup>a</sup> Compañía de Ingenieros Reales resultó muerto por los disparos de uno de sus propios centinelas».

La buena noticia de que se habían encontrado los dos camiones desaparecidos se vio empañada por otra metedura de pata del desafortunado Jackson, que «¡trajo raciones completas para mil hombres porque el oficial de intendencia lo

<sup>38</sup> Versos 7-8 de la tercera estrofa de la «Oda a un ruiseñor» de John Keats.

presionó y él “pensó” que yo podría necesitarlas!». Los exasperados signos de exclamación lo dicen todo. Mientras tanto había «muchos prisioneros alemanes hambrientos; a las cinco y media de la tarde un “chef-garde” vino de la estación para decir que ocho heridos británicos necesitaban comida. Fuimos a investigar y les llevamos pan y mermelada, que cortamos y repartimos en la sala de espera». De alguna manera, esa escena casera e improvisada resume la mezcla de horror y simple humanidad que prevalecía en esos días caóticos.

En los últimos tres días de octubre, los combates se intensificaron aún más, hasta el punto de que JB y sus hombres se vieron obligados a retirarse. El 28 de octubre, un agresivo ataque aéreo destruyó algunas casas y un hospital francés, y hubo «un violento bombardeo de artillería todo el día». El desastroso Jackson fue enviado a Bailleul a por avena, azúcar, queso y gasolina, que debían de faltar en el cargamento equivocado que había traído el día anterior, mientras que el propio JB suplicaba en vano al burgomaestre que le proporcionara más heno (presumiblemente para los caballos). También pagó a sus hombres la quincena anterior. Llevaban en acción apenas un mes desde el desembarco. JB anotó: «El paseo hasta el cuartel general en busca del encargado de los pagos no estuvo exento de riesgos, ya que nuestros aliados aparecían por todas partes en sus puertas y disparaban a los aviones enemigos (y a otros también), alcanzando las chimeneas y los cables del telégrafo. Duelo de artillería pesada a corta distancia».

También informó sobre el día siguiente:

[Los alemanes] hicieron sus cálculos y, por la noche, a las 00:15, lanzaron cuatro [obuses] Tía María contra la ciudad. El silbido que hacen es horrible. A las 8:30 la habitual incursión matinal de Taubes, seguida de un incesante y creciente fuego de artillería. Los London Scottish llegaron y fueron avituallados. 10:00:

El comandante Airey vino con instrucciones de estar listos para salir en media hora en cuanto se diera la orden. 13:30: Llegó el pontón de la 55.<sup>a</sup> Compañía de Ingenieros Reales y se detuvo enfrente [...]. 14:15: El capitán Alexander me pidió que sacara las provisiones que quedaran en los almacenes para meter a la caballería.

Ése fue el día en que tuvo confirmación de la muerte de Morys y escribió las desconsoladas palabras «Nada de lo que ocurra a partir de ahora importa demasiado».

El sábado 31 de octubre apuntó: «Mañana comparativamente tranquila en cuanto a disparos se refiere. Incursión de Taubes. Anoche, a las 19 horas más o menos, un cañoneo violento y bastante aterrador. Mis hombres han repartido víveres todo el tiempo sin inmutarse. El comandante Airey vino a las 19:30 y nos dijo que habría un intenso bombardeo durante toda la noche, pero, al contrario, el fuego disminuyó hacia las 20:30 y la noche transcurrió sin mayores sobresaltos. A las 3:30 de la madrugada recibimos la orden de abandonar el campamento; llevamos el tren a Poperinge».

El 1 de noviembre fue otra «gloriosa mañana de otoño», que debió de parecerle cruelmente irónica —y un buen ejemplo de «falacia patética»— en medio de tanta carnicería y destrucción. JB escribió: «estamos apartados un kilómetro y medio de la ciudad y se percibe el olor de los campos de lúpulo que nos rodean a media distancia. Los disparos recuerdan el mar rompiendo en Pebble Ridge, en Bideford Bay», una nostálgica evocación de la ciudad portuaria donde se encontraba el astillero familiar y en la que JB había pasado muchas vacaciones felices con su tío materno George y su tía Mary. A continuación añadió:

El comandante Airey llegó con órdenes de llevar el tren a Hazebrouck y luego esperar instrucciones, probablemente para

continuar hasta Cassel, aunque el IV Cuerpo del Ejército en realidad no existe y su cuartel general no funciona. Así que es posible que separen mi tren. El IV Cuerpo nunca llegó a estar completo: lo integraban la 7.<sup>a</sup> División y [*tachado*: la 3.<sup>a</sup> de Caballería]. La 7.<sup>a</sup> ha sufrido muchas bajas, aunque ha aportado su «granito de arena» para detener a los alemanes en Ypres. Los refuerzos de los Cuerpos I y II están llegando desde Aisne; la caballería francesa también. Los franceses y los belgas mantienen la línea desde Dixmude hasta el mar. En Hazebrouck, un entrometido oficial de transporte ferroviario (OTF) informó del tren al cuartel general, a pesar de que le dije repetidas veces que el cuartel general no sabía nada de él.

Lunes, 2 de noviembre: el destino del tren se selló con una orden telefónica: «El teniente Trend llevará el tren a El Havre», comunicada por el OTF. «¿Le sorprende?». Le dije que sí porque contiene 8.000 raciones completas. Al parecer, el cuartel general pensaba que estaba vacío. Estuve presente mientras el OTF telefoneaba de nuevo. «Lleno o no, la orden está dada». El tren se puso en marcha. Envié un mensaje al comandante Airey y al comandante Burrard, oficial superior de Suministros de la 7.<sup>a</sup> División que una vez me dijo que había intentado que me asignaran a él. Salí a las 13:30. Intenté comprobar si tenía cartas en St Omer (cuartel general) y Boulogne (base de operaciones avanzada), pero sin éxito.

Sigue un minucioso horario del largo y cansado viaje de cuarenta y dos horas hasta El Havre, donde el tren llegó el 4 de noviembre por la mañana, a las 7:30. JB enumera las dieciocho estaciones en las que paró el tren, con las horas exactas de llegada y salida. Los principales lugares fueron Calais, Boulogne, Abbeville, Amic Beauvais, Ruan y, finalmente, los muelles de El Havre. Allí, informa con pesar: «El oficial de Suministros se hizo cargo del tren y no se me entregó ningún recibo. Me presenté en el cuartel general y encontré a un

simpático coronel y a un sargento de intendencia ascendido a teniente, a quien rogué que intentara que me enviaran de vuelta a la 7.<sup>a</sup> División. Mi historia es demasiado complicada para contarla, así que redacté un breve resumen. Almorcé en el Hôtel Modern y bebí clarete a la salud del Ausente<sup>39</sup>. Comí con un teniente del regimiento irlandés; después fui a tomar un baño caliente con él. Me presenté de nuevo y volví al tren».

El clarete y el baño debieron de parecerle placeres sibiritas después de las vicisitudes y privaciones del frente, pero pronto se vieron contrarrestados por las frustraciones de los días y semanas siguientes, durante los cuales no le fue asignado ni un solo trabajo adecuado.

El 5 de noviembre recibió órdenes de ir a Boulogne: «Me presenté en la estación de comunicaciones de El Havre (ciudad) y me dijeron que mi vagón de segunda clase 6304 se uniría al próximo tren de suministros. Éste (que transportaba principalmente correo) salió a las 00:40». Al llegar por la mañana a Ruan a las 8:45, el oficial de transporte ferroviario le comunicó que no era posible encontrar sitio para su vagón en un tren de pasajeros ni acoplarlo a ningún otro que fuera a Boulogne. Algunos miembros del 6.<sup>o</sup> [regimiento de los Royal] Welsh compartían el vagón, de modo que JB dejó a esos oficiales al mando y se marchó a otra de sus excursiones turísticas. Su atenta mirada no se había visto mermada por los turbulentos acontecimientos recientes: «El gótico flamígero muy agradable, y también las viejas tiendas de curiosidades y porcelana, especialmente en la calle del Gran Reloj y bajo el propio Gran Reloj».

<sup>39</sup> No hay indicación de quién se trataba. ¿Podría ser Dent o quizás Morys, recién caído? (Nota de la autora).

El sábado 7 de noviembre también aparece reflejado en su diario: «tras un retraso de treinta horas en Ruan, el OTF nos informó de que podíamos subir a un tren de refuerzos. Puse hombres en el furgón de guardia. Yo mismo y los oficiales galeses, en el de primera clase más cercano. Escribí “Boulogne” con tiza a ambos lados del furgón de guardia que fue al final del tren hasta Longpré, y a partir de ahí junto a la locomotora». Una vez más, enumeró meticulosamente las estaciones y las horas de las paradas, y anotó que tuvieron que evitar Amiens porque se decía que los puentes estaban derrumbados.

Domingo, 8 de noviembre: el tren se detuvo en una estación que no pude identificar hasta que habíamos salido. Entonces descubrí que se trataba de Étaples, donde debíamos habernos desviado, ya que la siguiente estación en la que se detuvo el tren era Saint-Omer (5:10). Informé inmediatamente al OTF (un escocés somnoliento esta vez). «Ah, sí, le enviaré en el primer tren». Después de la reprimenda que recibí del OTF en Ruan, lo dejé estar y vi cómo un tren de pasajeros directo a Boulogne salía de la estación a las 8:00. Hablé con el *sous chef*; encontré un tren a las 10:00 y pedí permiso al OTF para engancharnos a él. «Sí —dijo—, por supuesto. Ya ha salido uno». ¿Para qué sirven estos OTF? No son ninguna ayuda. Cambié en Calais (12:25-15:00) y llegué a Boulogne (Tintilleries) a las 16:45.

Lunes, 9 de noviembre: me presenté al asistente adjunto, al asistente y al oficial al mando con una declaración escrita, alabada como un modelo de claridad (pero, en fin, escribir es lo mío). No hay ninguna carta aquí: Baillie y el cabo han revisado las sacas. Estamos alojados en un café, ruidoso y maloliente, sin sitio para escribir y tres en la habitación, pero no he podido arreglar otra cosa: he pedido ropa limpia para los hombres y he añadido una navaja y una toalla para mí. Los otros dos en la

habitación son simpáticos: Whittingstall y Quinn, ambos conmigo en Aldershot. Muy buen apaño para la comida; bebí clarete a la salud del Ausente.

El martes 10 de noviembre JB pasó el día aprovisionando un tren hasta las 19:30: «Ocho camiones cargados exactamente igual con galletas, carne y provisiones; otros ocho iguales con avena, azúcar y sal. La gasolina iba en medio del primer convoy de camiones». Al día siguiente, en una entrada inusualmente breve, señaló con alivio: «Por fin me han asignado un trabajo: supervisar todos los camiones que llegan a los muelles», un encargo que debió de resultar tedioso, a juzgar por la descripción detallada con la que llenó toda una página de su diario el 12 de noviembre y que terminaba con el siguiente pasaje: «Tengo que llevar los libros: cada día debo rellenar un “estadillo” con todos los camiones descargados, los números y el contenido, y los que faltan por descargar. Mi predecesor era un genio para inventar esquemas de contabilidad y un inútil para llevarla al día». JB no había perdido su cáustico sentido del humor.

De todos modos, el trabajo no duró mucho. Al día siguiente se encontró con que lo había sustituido otra persona y le comunicaron su nombramiento como «oficial de Suministros de la 8.<sup>a</sup> Brigada de Caballería, 3.<sup>a</sup> División», una nominación que según todo el mundo era «maravillosa y envidiable para un subteniente provisional». Esto le llevó a otra desconcertante serie de encuentros con los odiados oficiales de transporte ferroviario:

Me presenté ante el OTF de la estación de la ciudad, que me envió al OTF de los muelles. Fui a los muelles de la oficina de eliminar los corchetes: Transporte Ferroviario a las 20:30. El tren de abastecimiento salió a las 21:28. Paró en el apeadero a las 22:54 y llegó a la estación de la ciudad a las 23:54 (¡de donde había salido unas horas antes!). Aquí esperamos a varios

trenes de refuerzos franceses. Llegamos a Saint-Omer (vía Hesdigneul) por la mañana a las 5:00. Antes de salir compramos en el economato un petate y un cubo de lona. Fue necesario conseguir primero la firma del coronel y luego firmar cinco recibos en presencia del oficial de intendencia de guardia: «Cubo (agua, lona) 1», pero no «mochila (petate) 1», como podría haber sido el caso.

De nuevo, humor fino ante una burocracia ridícula. Seguramente estaba comparando esta situación con la de El Havre, donde entregó un tren entero ¡y no le dieron ni un solo resguardo!

Del sábado 14 de noviembre escribió:

Permanecí con el tren de abastecimiento hasta Steenbecque (cabecera de línea), después de pasar por Saint-Omer y Hazebrouck. Esperé en un café hasta las 12:30 a que llegaran los camiones de la columna de suministros. Anoté dos mensajes telefónicos ininteligibles de Transmisiones del cuartel general: le di uno al sargento mayor a cargo del correo y el otro, más tarde, al capitán Archibald. A las 15:00 me subí en un camión y fui hasta Morbecque: me presenté ante el comandante y me dieron un buen alojamiento. Pasé un buen rato en el lujoso comedor con personal de Transporte Mecánico, a muchos de los cuales conocía de Woolwich.

Al día siguiente por la mañana salió a las 9:45 con la columna de abastecimiento hacia Vlamertinge. Entre Bailleul e Ypres la carretera había sido bombardeada, «y por supuesto tuvimos que parar en ese mismo instante». En el punto de encuentro cerca de Vlamertinge los camiones traspasaron los suministros a los carros del regimiento. Una vez más se encontraba adscrito a una unidad de estatus ambiguo:

La 8.<sup>a</sup> de Caballería no existe; actualmente voy con los oficiales de abastecimiento de la 6.<sup>a</sup> Brigada de Caballería. Estamos

alojados tres en una habitación, no resulta incómodo, aunque no son muy simpáticos. Los dos acaban de despedir a sus asistentes personales y los han condenado a diez días de castigo en el campo: los mantienen atados a una rueda durante dos horas, seguidas de una de descanso, con vigilancia adicional. Falta una sábana impermeable, y un par de pantalones y polainas. Roberts, que había venido a ver a las tropas indias, ha muerto en el cuartel general de Saint-Omer. Una bomba rompió las ventanas hace una semana y las han tapado con hojas del periódico *Dernière Heure*.

El 16 de noviembre se presentó en el cuartel general de la 3.<sup>a</sup> División de Caballería, donde el coronel Swabey le dijo que aprendería las obligaciones de un oficial de Suministros y a «montar un poco hasta que la 8.<sup>a</sup> Brigada de Caballería estuviera lista». «Siguen sin llegar cartas», se lamenta, y se queja de «la congestión de los abominables caminos»: «La mayoría de ellos tiene un pavimento de 2,5-3 metros de ancho en el centro y a cada lado, y 0,3-0,6 metros de profundidad. Vi a algunos hombres que regresaban de una larga temporada en las trincheras. No les importa nada la metralla, pero los obuses... ¡cielo santo! Su aspecto me recuerda al de las personas que sufrieron el terremoto de Mesina, pero peor. Vi regresar a los London Scottish para descansar y a algunos de la 1.<sup>a</sup> División. Hoy se ha descubierto que la anciana que llevaba el café del cruce tenía una instalación de radio secreta. Los franceses se han encargado de ella». Esa última frase tiene el tono ominoso de algo irrevocable.

Martes, 17 de noviembre: por la mañana monté el cob<sup>40</sup> del capitán Corfield. Revisé con el sargento las cifras de los pesos

<sup>40</sup> Raza equina procedente de las Islas Británicas, de pequeño tamaño, algo más grande que el poni, utilizado fundamentalmente como animal de tiro y para tareas en el campo, aunque también puede montarse.

de los suministros necesarios para las unidades de la 5.<sup>a</sup> Brigada de Caballería. Esperé a que pasara un convoy de camiones y me subí en uno. Se ha unido a nosotros otro oficial. Habla demasiado.

Una cosa extraña sobre la cuestión de las raciones aquí es que no se puede sacar nada sin avisar con dos días de antelación. Cuando llegué, subsistí gracias a la hospitalidad de los dos capitanes, que compartieron conmigo su cesta de emergencia y me hicieron sentir que me alimentaban por caridad. Llegaron ochenta y siete hombres reclutados para uno de los regimientos de caballería, pero como no se había dado aviso, no se les podía entregar ninguna ración —ni siquiera una galleta— hasta pasados dos días. Espero que su intendente tuviera reservas, pero de todos modos andarán algo escasos. Por supuesto, dicen que todo el mundo debe llevar raciones para dos días, ¡pero no te lo dicen hasta que llegas aquí!

Las páginas de los dos días siguientes, pasados en Vlamertinge, están en blanco, pero el viernes 20 de noviembre anotó:

A las 00:30, llegó la orden de marchar a Hazebrouck. Peebles y Corfield en coche. Yo, a caballo con el carro. Salí hacia Renningheist y Westouter. Había nevado por la noche y estaba helado; empezó a helar de nuevo alrededor de las dos. La mitad del convoy se quedó atascada en la colina al sur de Westouter: volvimos a Westouter por la carretera del oeste. Aquí nos encontramos con una columna de suministros: el convoy se vio obligado a echarse a un lado de la carretera. A mi carro se le partió un eje. Vi una «carreta» en una granja y la requisé. Rescaté los kits, las provisiones y el material de papelería y continué con el convoy (18:05). A esa hora los caminos eran una pista de hielo y hubo que empujar el carro. Al caballo ya lo habían enviado a Hazebrouck (16:00). Atravesamos Berthen y Meteren, donde tuvimos que esperar a que pasaran varios regimientos de la División. De camino a Strazeele tuvimos que detenernos muchas veces, porque los carros resbalaban. Una vez

estuvimos parados dos horas y cuarto (22:15-00:30) en una carretera en la que soplabla la brisa mientras retiraban un carro del 10.º de Lanceros. Atravesamos Strazeele y llegamos al principio (extremo norte) de la calle del pueblo de Vieux-Berquin de madrugada, a las 2:30. Despertamos a la gente y encontramos alojamiento; nos recibieron con la mayor amabilidad. A las 7:00 marchamos de nuevo: nos dirigimos a Hazebrouck y, después de empujar mucho y de muchas caídas de los caballos, llegamos allí a las 10:20. Café, afeitado, aseo. Busqué a Corfield, pero nadie tiene noticias firmes de él, ni siquiera el cuartel general de la División. A las 15:00, después de una búsqueda infructuosa, envié a un ciclista, que encontró a Corfield y a Peebles. Habían acudido a la plaza a las 9:00 y a las 13:00 para vernos; en la segunda ocasión el carro estaba allí, pero los hombres a los que se les ordenó hacer guardia al parecer no estaban en su puesto. Este destacamento es un desesperante atajo de inútiles: ninguno es de fiar; y Baillie se separó cuando el convoy se quedó atascado en la primera colina. Regresé en coche con Corfield y Peebles, y envié equipos y material de oficina en un camión. Los hombres se alojaron en Hazebrouck, nosotros cerca de Vieux-Berquin.

Los días siguientes los dedicaron a sacar y repartir raciones. La entrada del domingo 22 de noviembre termina con una nota optimista: «Vonk (!) y yo nos alojamos cómodamente con el cartero del pueblo». La última frase revela una dicha insuperable: «Dormí en pijama». Desde luego, debió de ser un placer excepcional.

Su principal preocupación era la falta de cartas de casa. El lunes 23 de noviembre fue en bicicleta hasta Hazebrouck y tuvo suerte:

En el cuartel general de la División encontré una carta de Puss fechada el 18 de noviembre. Es la segunda carta que me llega desde que estoy aquí. La última fue en Ypres (de Het) hacia el

28 de octubre. Cuando pregunté por las cartas en el cuartel general de la División el otro día me dijeron que cualquier carta dirigida a la 8.<sup>a</sup> Brigada sería devuelta a los remitentes, ya que la 8.<sup>a</sup> Brigada ¡todavía no existía! La informalidad de las cartas es realmente extraordinaria, aunque, por supuesto, un subterfugio provisional es la última de las criaturas expedicionarias de Dios; de todos modos, hoy he recibido una. He ido al depósito de material y he intentado sacar (y pagar) dos mantas para Baillie. Pero no te dan nada sin pedirlo a la base, lo que tarda unas tres semanas. Así me lo dijo el propio oficial de Suministros.

La última entrada es del miércoles 25 de noviembre:

Al cuartel general de la 81.<sup>a</sup> Compañía para ver al coronel Swabey y luego a Morbeque para recoger la columna de suministros. Allí encontré dos paquetes que me estaban guardando: mis gafas y un paquete sorpresa de Het que contenía: doscientos cigarrillos de Reszke, una excelente y suave bufanda, ocho cajas de bromoquinina, dos tipos de faja anticólera<sup>41</sup>, y me dijeron que le habían entregado un montón de periódicos a mi nuevo jefe. Cuando vi al coronel esta mañana, se estaba poniendo los calzones frente a una estufa. Estaba muy resfriado, así que la conversación fue un intercambio de toses y carraspeos. Corfield y Cumberledge dispararon a unos faisanes con una escopeta y un revólver desde el coche mientras íbamos en la cabeza de la columna de suministros.

Con esta nota, el diario llega a un abrupto final. ¿Por qué no siguió escribiendo? Quizás la vida se había vuelto por fin más rutinaria. Las experiencias posteriores de JB durante la guerra

<sup>41</sup> La faja anticólera (en inglés, *cholera belt*) era una tira de franela o lana tejida que se enrollaba alrededor del abdomen y que, supuestamente, prevenía contra el cólera, la disentería y otras dolencias que se creían causadas por el enfriamiento del abdomen. Su invención procede de la época victoriana y fue muy popular entre los soldados británicos hasta bien entrado el siglo xx.

quedaron registradas principalmente en sus cartas a Edward Dent y serán el tema del próximo capítulo.<sup>42</sup>



Es una sensación curiosa manejar estas páginas amarillentas escritas hace más de un siglo con una caligrafía consistente y hermosa —a pesar del estrés de la situación—, idéntica a la que yo conocería treinta años más tarde como estudiante de Trend en Cambridge, y que nunca varió, así escribiera en un tren o un camión o bajo el fuego. Éstas son las páginas que redactaba dondequiera que se encontrara y que llevó consigo durante esas primeras y tensas semanas de guerra. El estilo escueto y abreviado, aparentemente desprovisto de emoción, acentúa la intensidad de las experiencias registradas de forma tan lacónica. La sensación de inmediatez es tal, que uno casi siente que las está viviendo junto a él.

A través de los ojos de este joven teniente se entiende, mejor que a través de cualquier historia erudita, el caos de aquellos primeros meses, la improvisación y la desquiciada burocracia en medio de la carnicería y el horror indecible. El mensaje que nos llega por encima de todo es el de lo trágico y absurdo de la guerra, algo que influiría en JB durante el resto de su vida.

<sup>42</sup> La correspondencia entre Trend y Dent se conserva en el Archive Centre de King's College, Cambridge.

**EXAMEN DE CONCIENCIA AL PIE DEL CAÑÓN:  
1915-1918**

Durante la mayor parte de 1915 y 1916, JB permaneció en Bélgica y Francia, por lo general justo detrás de la línea del frente, abasteciendo a las tropas, en ocasiones en el propio frente. La correspondencia iba y venía entre él y Dent, su único consuelo en la paradójica combinación de aburrimiento y horror que en ese momento presidía su vida diaria. «Tus cartas son una alegría», anotaba de forma recurrente JB en las misivas que escribía a Dent, mientras que los artículos que éste le enviaba y la publicación pacifista *Cambridge Magazine* lo mantenían en un nostálgico contacto con el mundo de la cultura, la música y las conversaciones estimulantes que había dejado atrás. En sus cartas, escritas de manera gráfica, a menudo ingeniosas y divertidas, pero impregnadas del más oscuro humor, pintaba un vívido retrato de la vida en el frente. En un pasaje en el que aludía a Italia, insertó el siguiente comentario incongruente y presuntamente jocosos: «En este momento me están arreglando el arcabuz».

La carta que JB envió a Dent el 10 de febrero de 1915 da una idea de la monotonía de su vida, que intenta distraer con la música:

Estoy encantado de recibir tus cartas, tres de ellas por ahora. [...] Puedes imaginarte cómo me reviven aquí, ocupado enteramente como estoy con las vituallas y las verduras, el forraje, el carbón e incluso el *debit de boissons* [despacho de bebidas], ya que las sobredosis de ron han provocado orgías tan impías que he tenido que convertirme en cantinero y expedirlo yo mismo. Estas cosas, y un poco de ejercicio en el patio de la granja en el amanecer gris para sacar a la gente de la cama, constituyen

la totalidad de mi existencia. Estamos más o menos donde estábamos antes, pero nos hemos mudado de la pequeña y maloliente ciudad a una granja no muy lejos de las trincheras. Son, creo, la tercera línea, pero para lo único que se utilizan es para que el *Daily Mirror* haga sus fotografías. Mi jefe está, afortunadamente, fuera. No es nada simpático. Cuatro quintas partes de la brigada han subido a las trincheras del frente y a mí me toca alimentar a la quinta parte restante y a todos los caballos. Como el otro oficial se ha llevado el coche, recorro los diferentes regimientos a caballo, lo cual es bastante agradable cuando hace bueno, y (como estoy solo) siempre puedo cantar si llueve; aun así, fue muy exasperante toparme a la vuelta de la esquina con parte del personal mientras trotaba cantando «The Raggle Taggle Gypsy»<sup>43</sup> a todo pulmón.

La gente de la granja es bastante cristiana y me prestan más atención que a los demás por ser capaz de hablar con ellos, o más bien, por saber acercarme a ellos sin insultar. Actualmente estoy solo, excepto por un granjero del Regimiento Kent Yeomanry que se ocupa de nuestro transporte [...], una especie de salvaje primitivo y agradable que no piensa en otra cosa que el *whisky*, los caballos y las mujeres [...], un cazurro de tomo y lomo. La otra noche estaba leyendo el *Ashford Advertiser* y... (no me acuerdo qué otra cosa) y me dice: «Bueno, me gusta leer el periódico local». Yo levanté mi *Cambridge Magazine* y dije: «A mí también».

JB acababa de recibir un panfleto que le tocó una fibra muy sensible. Estaba escrito por su amigo Goldsworthy Lowes Dickinson, historiador y filósofo, además de catedrático en King's College. Dickinson publicó dos polémicos panfletos

<sup>43</sup> Canción folclórica tradicional que surgió como una balada fronteriza en Escocia y se hizo muy popular en Gran Bretaña, Irlanda y Norteamérica. Cuenta la historia de una dama que abandona una vida de lujo para huir con una banda de gitanos y es perseguida por su marido.

sobre esa época, uno a finales de 1914, *The War and the Way Out*, y el otro en 1915, *After the War*. En ambos expresaba serias dudas sobre la justificación de la guerra, y en el segundo desarrollaba estas ideas con una propuesta de creación de una Liga de la Paz para evitar guerras futuras. Ésta fue, en esencia, la primera formulación de una idea que acabaría culminando en la creación de la Liga o Sociedad de las Naciones. JB quedó tan impresionado con el primer panfleto que quiso escribir a Dickinson, pero dudaba si debía hacerlo: «Me interrumpen a cada minuto y no me gusta poner mi nombre en nada en este momento —le dijo a Dent—, ya que los tenientes provisionales tienen un rango muy modesto: el tema del [...] panfleto de Dickinson puede malinterpretarse fácilmente. Incluso yo soy sospechoso por decir que no creía en el *Daily Mail*». JB enfatizaba la necesidad de conseguir que la opinión pública creyera en las ideas de Dickinson y confiaba en que se pudiera escribir «otro libro (más corto)» titulado «It can never happen again» («No puede volver a ocurrir»). Su carta terminaba con palabras de gran frustración: «¡Malditas sean estas malditas guerras! Ojalá pudiera hablar de algo más interesante».

Sus crecientes dudas cobraron fuerza cuando le llegó la noticia, en una carta de Dent, de la trágica muerte de su amigo el poeta Rupert Brooke, cuyo talento y excepcional belleza habían cautivado a todos cuantos lo conocieron. Brooke, algunos de cuyos primeros poemas habían ensalzado la gloria de la guerra y el patriotismo, había muerto el 23 de abril de 1915 en la isla griega de Skyros, de camino a Galípoli. No fue una muerte heroica acaecida en el fragor de la batalla, sino provocada por una septicemia contraída por la picadura de un insecto. JB respondió a Dent el 1 de mayo de 1915: «Me alegré de estar solo cuando me llegó tu carta con la noticia de Rupert. [...] Me he escapado a un granero bastante polvoriento

en la parte trasera de la posada». Los recuerdos de Brooke lo persiguieron en los días siguientes. El 13 de mayo agradeció a Dent tres cartas, un ejemplar de *Guerra y paz* de Tolstói y un número de *Cambridge Magazine* con un artículo suyo sobre Brooke: «Tus cartas y *Cambridge Magazine* evitan que uno se desmoralice, como sería fácil que ocurriese; aunque, como dice Rupert en una de esas cartas que te escribía, “uno desfallece en ausencia del estímulo de gente con quien discutir”».

En la misma carta comentaba los diversos artículos sobre Brooke y concluía que el de Dent ofrecía la mejor imagen del poeta:

Presentas a Rupert tal como era, y Cambridge tal como era, y es. Supongo que tú y todo el mundo tenéis razón sobre la voz de Rupert en *Comus*. Curiosamente para un poeta, la voz de Brooke ha sido descrita de varias maneras: áspera, chillona y monótona. Pero yo entonces pensaba, y sigo pensando, que era extraordinariamente hermosa; desde luego, me hizo comprender a Milton como yo no lo había logrado antes, a pesar de que una vez tuve que trabajar mucho en él para una beca en Charterhouse. Pero, por supuesto, tienes razón, debía de ser el efecto general que producía su voz y, en particular, la música. Recuerdo aquella noche en casa de Sayle. La «insensibilidad [de Rupert] hacia las sutilezas del ritmo» era cierta, supongo. No era capaz de expresarlas oralmente, aunque hay algunas cosas maravillosamente rítmicas en sus poemas. Algunos ritmos, como algunas personas, se me meten en la cabeza: y tengo que confesar que el verso me llega siempre antes por su ritmo, y después por su *Inhalt*. Siempre deseé escuchar a Rupert leer «At a Solemn Music»<sup>††</sup> guiado por ti —los efectos rítmicos más asombrosos que jamás ha habido, ¿no crees?—. Ojalá

<sup>††</sup> Poema de John Milton en el que el autor ensalza el carácter sublime de la música y la poesía.

hubiera seguido el consejo que una vez me diste de leer algo de Milton en voz alta todos los días.

Apenas había asimilado la pérdida de Brooke cuando le golpeó una nueva tragedia: Denis Browne, el joven y prometedor compositor, intérprete y crítico, y amigo íntimo de Brooke, que había coincidido con él tanto en Rugby como en Cambridge, había recibido una herida en el cuello en Galípoli. Al estallar la guerra, ambos se habían alistado juntos en la recién creada División Naval Real de Winston Churchill. Browne estaba junto a Rupert cuando éste murió; escribió de manera conmovedora sobre las últimas horas del poeta y lo enterró en Skypos antes de marcharse a los Dardanelos con su unidad. El 17 de mayo de 1915, JB se dirigió a Dent: «Mi querido Dent. Acabo de ver lo de Denis. Cuéntame cuando sepas algo más».

Por esa misma época, otro amigo, el cantante Steuart Wilson, resultó herido. JB estaba profundamente afectado y escribió a Dent el 29 de mayo: «Ojalá Denis y Steuart pudieran convalecer juntos. No creo que Steuart se apuntara a esto con la moderada alegría sagrada de Denis, sino como una fastidiosa necesidad que podría, de todos modos, conducir a algunas nuevas aventuras; y ahora que ya ha conocido todas las aventuras y está bastante desilusionado, seguramente lo vea como un asunto más condenable que nunca».

Browne fue enviado a El Cairo y a Alejandría para recuperarse y se reincorporó a su unidad en junio, probablemente sin estar del todo en forma. El 4 de junio, en un combate frente a Galípoli, resultó herido, primero en el hombro y luego en el estómago, y murió. Su cuerpo no pudo ser evacuado, pero mientras agonizaba entregó su cartera a otro oficial. Contenía un emotivo último mensaje para su benefactor, Edward Marsh, en el que decía: «Soy más afortunado que Rupert porque he

luchado. Pero no hay nadie para enterrarme como yo lo enterré a él, así que quizá él ha salido mejor parado a la larga».

Casi de un plumazo, Dent había perdido a dos de los miembros más talentosos de su círculo y JB a dos de sus compañeros más cercanos de aquellos años embriagadores en Cambridge, abatidos cuando aún estaban en la flor de la vida. Doce años más tarde, cuando JB conoció a Richard Halliburton, un estadounidense que estaba trabajando en un libro sobre Rupert Brooke, le incomodó comprobar que al escritor le estaban vendiendo la «leyenda» que habían difundido los amigos y familiares de Brooke. El 28 de septiembre de 1927, le comentó a Dent: «Intenté transmitirle por todos los medios que lo que sus coetáneos pensaban de Rupert en Cambridge era más importante que una leyenda inventada por sus mayores durante la guerra [...] y todas esas cosas. [...] También intenté hacerle comprender que Denis y Rupert eran fruto de Cambridge, en una época muy excepcional, y que considerarlos fruto de la guerra era repugnante. [Halliburton] estaba de acuerdo, pero decía que sería difícil explicárselo al público estadounidense».

Antes de que todo esto ocurriera, a JB, que describió el primer panfleto de Dickinson como «una especie de despertar» que «restablecía un poco [su] equilibrio mental», le entristeció descubrir que Denis no compartía su reacción ante las opiniones de Dickinson sobre la guerra. Esta conversación había tenido lugar la última vez que tomaron el té juntos, y JB, en una carta del 13 de mayo, le contó a Dent: «No sé si Denis me ha llegado a perdonar. Había una terrible determinación en él, y me enfrenté a ella con ideas que tú habrías expresado convincentemente, pero yo no fui capaz. Lo peor de vivir, no por uno mismo, sino *para* uno mismo es que no sabes hablar de otra cosa, ¡como puedes ver! Sólo espero que Denis salga tan bien parado como Steuart. Por favor, cuando les escribas

diles el tipo de cosas que yo les debería escribir. Pero, después de todo, no tengo mucho tiempo, ni muchas ganas incluso si lo tuviera, y por otra parte ambos lo saben todo sobre la guerra». Al menos Steuart Wilson sobrevivió a la guerra y logró desarrollar una exitosa carrera musical.

Mientras tanto, la vida de JB seguía como de costumbre, rodeado de gente poco amigable en su mayor parte: «Como decía Dickinson en su primer panfleto —escribió en una carta a Dent el 1 de mayo—, no es a la gente de otro país a la que a uno le gustaría disparar, sino a la gente con la que uno se ve obligado a estar en contacto diario».

De vez en cuando había un ligero respiro en su existencia, por lo demás monótona. Ese mismo día escribió:

La otra noche unos [soldados del Regimiento] Essex Yeomanry me encontraron junto a una carretera y me obligaron a quedarme con ellos, lo que resultó muy agradable. No sé cuántos Buxtons hay en el regimiento, pero uno de ellos era particularmente encantador, al igual que el resto. Fue, entre otras cosas, una gran alegría escuchar de nuevo el inglés de Cambridge y Oxford, y no la jerga militar. A pesar de que todos los carros se han quedado rezagados unos treinta kilómetros, los de Essex se las apañaron para que les enviaran el suyo con provisiones, el cual, al tratarse de un carro de campo corriente y cubierto, no llamó la atención en el camino. Así que nos alimentamos con champán y otras cosas, y (después de sacar a todos los refugiados de la cocina de la granja) nos tumbamos en una punta, apretados como sardinas. Sólo éramos siete, porque los demás habían desmontado y avanzado siete kilómetros mientras que a mí me dejaron dando de comer a los caballos y a los que los vigilaban. Hubo un conato de bombardeo, pero sin daños. El sargento Dent cogió la escarlatina y fue enviado a «Booloing». Se está recuperando bien (según el oficial de intendencia).

El sargento Dent era el sobrino de Dent, Arthur.

Estaban sucediendo muchas otras cosas. En su carta del 13 de mayo, informó a Dent:

Estuvimos en la Campaña del Norte desde el 23 de abril hasta el 7 de mayo. No pasó gran cosa, excepto algún pequeño bombardeo y alarmas en diferentes lugares. Luego nos enviaron de vuelta, para volvernos a llamar a toda prisa, y nos metieron en una tormenta de rayos bastante ruidosa que acabó en torrentes de lluvia y conmigo perdido y mis cosas enganchadas en alguna alambrada y rotas, aunque me las arreglé para alimentar a la gente a la que se suponía que debía alimentar. Estuve deambulando con el caballo y el asistente hasta que empezó a amanecer y luego dormí con un teniente belga de artillería durante tres horas. En el desayuno me habló de la guerra y de la socialdemocracia: una persona estimulante. Más tarde, cuando encontré al sargento y el carro técnico, nos ordenaron marchar de vuelta a la frontera. Estas avenidas increíblemente largas son maravillosas. Unos días más tarde, volvimos al pueblo con canales que está cerca de donde conseguí la última postal que te envié. Mandé el carro con la ambulancia y cabalgué junto a ellos para explorar una calzada romana. Me alcanzaron siete u ocho Buxtons, que (según dijeron) eran un grupo de acampada, pero que en realidad habían venido a ver la calzada romana también. Fue bastante decepcionante: la rectitud era lo único romano que tenía. Pensé en los caminos verdes de las Gogs<sup>45</sup>, que Dickinson me enseñó. Pero los Buxtons más jóvenes y guapos hablaron de política, lo que me pareció, después de la guerra, extraordinariamente reconfortante [...], como los pijamas cuando volví aquí (porque todos habíamos estado todo ese tiempo sin equipaje, excepto lo que [...] podía llevarse de alguna manera en un caballo). El domingo pasado, la mayor parte de la brigada fue enviada de nuevo al frente en autobuses a defender algunas trincheras, y yo me quedé para dar de comer a algunos

<sup>45</sup> Se refiere a las colinas de Gog Magog, cerca de Cambridge. (Nota de la autora).

hombres y a todos los caballos, y monté un banquete con tres Buxtons y el oficial de transporte de los Yeoman. Temo contarte nada más porque el *sobrio* relato que hice en mi última carta sobre los siete durmientes y lo que pasó en esa granja ¡lo has convertido en una buena pieza de escritura imaginativa!

JB añadía a continuación que estaba de acuerdo con Dent sobre «la falacia de pensar que la guerra dará lugar a un gran movimiento artístico»: «Cuando lo pienso, no veo que otras guerras lo hayan hecho. Seguramente las guerras pueden poner fin a épocas, pero no inician nuevos movimientos. *The Times Lit[erary] Sup[plement]*, en el único editorial sensato y legible que he visto en él desde que comenzó la guerra, exponía muy bien el caso, creo, en contra de que la guerra estimule la escritura imaginativa o la buena literatura de cualquier tipo. Y en cuanto a la música, el gran estallido que se avecina se deberá a Ti, a Delius<sup>46</sup> y a la “Scuola”, no a la guerra».

No obstante, JB aspiraba a una vida junto a Dent: «Espero que siga en pie tu oferta de compartir habitaciones en la ciudad, quiero decir, que tú y yo podamos llegar a algún arreglo para hacerlo. En este momento siento que estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio para conseguirlo, salvo desertar, o incluso eso si estas malditas guerras se prolongan durante tres o cuatro años». Sin embargo, al mismo tiempo parecía querer involucrarse más a fondo en la contienda, ya que en la misma carta escribió:

He estado intentando que me transfieran a otro cuerpo más activo. Por supuesto, no me hago ilusiones románticas sobre los obuses; ya tuve experiencia sobre eso en aquel tren de suministros del que estuve a cargo en octubre, cuando escapamos de Ostende y estuvimos dando vueltas por Bélgica. Y el puesto

<sup>46</sup> Frederick Delius (1862-1934), compositor inglés cuyas primeras obras reflejaban la influencia de la música que había escuchado en Estados Unidos y de compositores europeos como Edvard Grieg y Richard Wagner.

de oficial de requisas de una brigada de caballería es, supongo, uno de los mejores en el Cuerpo de Intendencia del Ejército. Pero mi superior inmediato es tan desesperantemente desagradable que a menudo me parece que cualquier cosa sería mejor. Así que cuando los Buxton Yeomanry perdieron once oficiales el otro día, traté de que me incluyeran en el regimiento de reserva en casa para volver más adelante; y no pusieron ninguna objeción en recomendarme; pero los del Cuerpo de Intendencia no quieren oír hablar de mi traslado a ningún sitio, ni siquiera a infantería. No tengo muchas ganas de ir a un regimiento de infantería. Aunque a la larga todo el mundo es de infantería ahora. Ese espantoso asunto del otro día (13 de mayo) sucedió cuando ya habíamos desmontado. Entre el 23 de abril y el 7 de mayo nos movimos a caballo; luego los caballos se quedaron allí y todos los hombres disponibles fueron enviados al frente en autobús. Tom Buxton y su tropa se quedaron atrás porque no había suficientes autobuses. Yo me quedé aquí para dar de comer a algunos soldados y a todos los caballos, y fui al frente o cerca dos veces por semana. Como habrás visto, dos de nuestros regimientos han perdido a sus coroneles; Tony Buxton está al mando ahora; Tom Buxton fue al frente al día siguiente. Me alegro de que tu sobrino Arthur no estuviera allí, ya que la mayoría de los suboficiales fueron alcanzados. El mismo arreglo ha comenzado de nuevo hoy y estoy aquí escribiendo en un jardín trasero sentado en el tocón de un árbol mientras todos los demás se marchan al frente en autobús.

La canción «The Venetian Conspirator» es una joya. Cuando empiece mañana con mis asuntos [...], un paseo de cinco kilómetros a las seis de la mañana, espero canturreársela a los cielos. Pero tus cartas son lo principal.

Desde Armentières «sous la domination espagnole», según sus palabras, JB se dirigió a Dent el 12 de septiembre de 1915: «al sargento Dent le han asignado una misión y le han hecho una revisión médica».

El 5 de octubre, el propio JB fue asignado temporalmente al cuartel general de la Brigada de Caballería, lo que supuso una mejora, aunque sus sentimientos sobre la guerra no sólo no habían cambiado, sino que se habían intensificado tras cumplir un año en Bélgica. El día 7 escribió a Dent:

Ha llegado otra de tus cartas: un hálito de razón donde todo es sinrazón y casi todo el mundo está desesperado. Tengo la sensación de que, cuando esto termine, tendré que acudir a ti para que me civilices. Mientras este «gran avance» continúa, he tenido la suerte de que me asignen temporalmente a la 6.<sup>a</sup> Brigada de Caballería. El oficial con el que comparto alojamiento ahora, aunque no es interesante, sino más bien aburrido, es tranquilo y sensato, y sumamente competente en su trabajo [...], una gran diferencia con la enmarañada ineficacia del viejo con el que estaba en la otra brigada, que también era una persona muy desesperada en otros aspectos. Últimamente me había librado bastante de él. [...] Pero siento que me he marchitado de la manera más condenable. El 5 de octubre fue el aniversario del día en que desembarqué en lo que ahora es la Bélgica alemana: y me ha llevado todo ese tiempo llegar a considerar el estado y las consecuencias de *esta* (pero no de ninguna otra) guerra como una condición natural de las cosas, y aceptarlas como se aceptan otras condiciones naturales de las cosas. En cuanto a la soledad, se ha convertido en el sentimiento que me embarga cuando menos solo estoy [...], pero por lo que respecta a la sociedad, creo que el Cuerpo de Intendencia del Ejército es preferible a los numerosos oficiales del Tercer Ejército. Deben de ser los mismos de los que tú o Ashley dijisteis que no podían pasar tu prueba de «alrededor de la ciudad» (como puedes ver, mi gramática está empeorando en consonancia con todo ello). Otro soldado hace sus comidas con nosotros, el oficial de ametralladoras de la brigada. Lo han separado de su regimiento (alguna caballería india) y es el ejemplo más asombroso de prusiano absoluto que he conocido nunca. El coronel

de intendencia de esta división se ha pronunciado sobre el tema de los oficiales provisionales y ha dicho, entre otras cosas, que nunca deberían pasar del grado de subtenientes, lo que puede explicar el hecho de que los que se han quedado en Deptford Boulogne sean oficiales de intendencia, mecánicos y de otras especialidades; de los cuales sólo tres son regulares: dos comandantes y el coronel. Casi todos pasarían tu prueba, pero sólo uno es mínimamente interesante.

En cuanto al «gran avance», en la misma carta del 7 de octubre JB hizo un relato espeluznante que conmociona incluso al lector más curtido en la batalla:

Vi buena parte del asunto que empezó el día 25, aunque estábamos escondidos en un bosque y no llegamos hasta la noche. Me las apañé para presentarme en el cuartel general de la brigada el 26 y me senté en el parapeto de una trinchera con alguien más a ver el duelo de artillería. La verdad es que fue un espectáculo bastante pasmoso. Por la tarde estuve de servicio en un cruce de caminos cerca de los puestos de guardia, y traté de reflejar en mi diario un relato brutalmente verídico de lo que veía, para enviarlo al director del Christ's College y a cualquier otra persona que todavía crea que hay algo de romanticismo en una victoria. Pero al leerlo de nuevo, me parece que el relato no es brutal en absoluto, sino sencillamente patético. Contaba cómo todo el espacio de la carretera estaba ocupado por hombres heridos que se esforzaban por avanzar y se quedaban atrás. Otros venían en ambulancias tiradas por caballos, otros eran sólo bultos ensangrentados en camillas. Todos parecían aturridos por los efectos, incluso los heridos leves, incluso los que estaban intactos, que regresaban tambaleantes. Era un espectáculo repugnante y asqueroso. A continuación, describía en detalle algunas de las cosas que vi. Había un oficial en una camilla; su bota de campaña izquierda y toda la pierna estaban empapadas de sangre, que también cubría el resto de su cuerpo. La única señal de vida que emitió fue una patada convulsa

con la pierna derecha cuando una batería de cañones de gran calibre abrió fuego de manera ensordecedora en una cantera de greda al lado de la carretera. Otros estaban medio desnudos o tenían más vendas que ropa y sus heridas sangraban mientras caminaban o eran transportados. Algunos, de hecho, iban goteando a su paso. Además, el aspecto militar de los hombres era bastante extraño. Muchos de ellos no llevaban casco, y muchos más todavía llevaban las máscaras antigás [*tachado*: de franela gris], colocadas en la parte superior de la cabeza, como si fueran turbantes. Algunos llevaban cascos alemanes; otros, gorras de servicio colocadas por encima de los respiradores. Uno o dos sujetaban trozos de tubo de gas venenoso, pues los dos bandos se habían gaseado mutuamente con vigor. Vi a otros que llevaban banderas de señales y postes de telégrafo de campaña con rayas blancas como muletas. Unos pocos portaban rifles y equipo militar, con las bayonetas todavía caladas; pero la mayoría regresaba sin nada de eso, y se tambaleaban como personas ancianas y rotas. Otra cosa que aún no ha llegado a los periódicos es que buena parte de nuestra infantería simplemente desertó, incluidos los oficiales. Puede que esto parezca casi increíble. Yo mismo no lo vi, pero no hay duda de que ocurrió. No puedo criticarlos por no quedarse: la situación debía de ser bastante cruenta y [...] ¡la crítica está expresamente prohibida por la censura! Parece bastante claro, de nuevo, que algunas de nuestras ametralladoras se volvieron contra ellos por ese motivo. Estos episodios se incluyen probablemente en lo que French, en su *Orden del día*, llamó las «vicisitudes» de todo gran combate. Todos nos estamos prusianizando y embruteciendo: las ametralladoras también se utilizaron contra hombres que se habían rendido y fueron posteriormente recapturados por nuestros propios soldados. Fueron acribillados y bombardeados sin piedad: ésta fue toda la liberación que obtuvieron cuando los encontraron sus amigos.

Escríbeme: no puedes imaginarte lo que significan tus cartas aquí, aunque nunca las conteste.

En noviembre de 1915, JB debía disfrutar de un permiso, pero el 30 de ese mes informó a Dent, con pesar, de que se lo habían suspendido y que, además, había perdido los dientes y las gafas. Durante la mayor parte de 1916 permaneció en el frente o cerca de él y su desilusión fue en aumento, aunque a veces la trataba casi con ligereza, como en su carta del 26 de enero a Dent:

Acaba de llegar tu excelente y desternillante carta (del 23), y me encanta. Desde el principio, han mandado a la caballería de vez en cuando a las trincheras, pero con poca o ninguna organización. Así que la Autoridad dijo: «que vaya una división de a pie». Y así fue [...] (y un coronel escribió a otro: «Estoy de acuerdo»). Y dijeron: «que vengan los oficiales de suministros», y así fue. Y me «asignaron» como oficial de suministros a las tropas de la división, y un coronel volvió a escribir: «Estoy de acuerdo». [...] Así que todos fingimos ser de infantería, y yo soy una especie de tendero para todas las unidades raras, como ingeniería y artillería, y ambulancias, y suministros sanitarios, y cuarteles generales, y una «Sección de Cine Ambulante». Es menos aburrido que antes, y uno tiene la ventaja de estar cerca del frente [...], una ventaja, quiero decir, que es real, y no romántica: porque no te molestan tanto con tener que dar cuenta de las cosas cuando tu gente está en las trincheras. Hasta yo he estado en ellas. Hay algunos montones de paja en un lugar muy expuesto, y como la paja escasea, el personal sugirió que se utilizara. Fui a ver: y tuve que salir de una trinchera de comunicación a plena luz del día para ir a ver los montones de paja. En realidad, no fue muy sangriento, porque no me dispararon. Lo que fue desalentador (si es que a uno todavía le puede afectar algo) es que el coronel no quiso arriesgarse a ordenar que sacaran ningún carro para que yo pudiera recoger la paja; mientras que otro soldado fue a buscarla y la trajo después sin permiso ni incidentes. Eso es lo peor de vivir en el cuartel general, apenas puedes dar un paso sin que te vean.

A lo lejos, por la noche, el «frente» es como la vista trasera de un espectáculo de fuegos artificiales bastante ineficiente. La única ventaja clara de estar aquí es que tienes a tu alcance una ciudad con todas las comodidades. Incluso tiene alcantarillado y librerías, una combinación muy poco frecuente por estos lares. El primer día que estuve allí, encontré tanto [el periódico] *L'Humanité* como *Au-dessus de la mêlée*<sup>47</sup> en la misma calle. Hay un café («reservado para oficiales») donde parece que se mantienen las tradiciones de la escuela privada, pero no tengo tiempo ni paciencia para los cafés reservados para oficiales. Se está convirtiendo en una fuerza muy prohibitiva. No puedes comprar nada que no sea cerveza y champán; la gente parece salir de las trincheras, atiborrarse de ambos y de ostras, y visitar las casas con una puerta delantera y otra trasera. (¿No viene esto en algún sitio en Goldoni?: ¿«Flusso e refluxo»?<sup>48</sup>). Tom Buxton ha sido nombrado ayudante de campo de alguien y ha desaparecido del Essex [Yeomanry]. Lo que más me ha sorprendido [...] es escuchar un gramófono (en una ambulancia) reproduciendo [...] la célebre adaptación de Mark Hambourg de la *Fuga del gato*<sup>49</sup>.

Para concluir, JB le pedía a Dent que transmitiera a Dickinson su gran aprecio y se mostraba de acuerdo con «los amargos

<sup>47</sup> Texto publicado en septiembre de 1914 en el *Journal de Genève* por el escritor francés Romain Rolland mientras colaboraba como voluntario en la Cruz Roja. Es, probablemente, el manifiesto pacifista más célebre de la Gran Guerra, comparable al *Yo acuso* de Émile Zola. En español ha sido publicado con el título *Más allá de la contienda* (traducción de Carlos Primo, Madrid, Nórdica/Capitán Swing, 2014), y con un prólogo de Stefan Zweig.

<sup>48</sup> La frase aparece, efectivamente, en la comedia en tres actos *La putta onorata* (*La moza honrada*), escrita en 1748 en dialecto veneciano por el dramaturgo italiano Carlo Goldoni, uno de los padres de la comedia italiana.

<sup>49</sup> Nombre con el que se conoce popularmente la sonata en sol menor K. 30 para clavecín de Domenico Scarlatti. La adaptación para piano de Mark Hambourg —pianista de origen ruso nacionalizado británico— puede encontrarse en el disco *Encores & Rarities. A Selection of his HMV Recordings from 1910 to 1935*, publicado en 2018 por el sello APR.

comentarios de Tom Buxton: “gane quien gane, será una victoria para la *gente estúpida*”».

En marzo, Dent le envió algunos panfletos, entre ellos uno de Tom Buxton que le agradó. También le gustó el poeta Siegfried Sassoon, que cuestionaba igualmente la validez de la guerra. En su respuesta del 16 de marzo, JB escribió: «Me impresionó bastante Siegfried Sassoon; es una criatura muy agradable. En cuanto a los objetores de conciencia, ¡son las personas más admirables! Los que se alistaron [...] como yo, sólo elegimos la línea de menor resistencia: somos como [...] aquellas personas que caen en el seno de la Iglesia católica porque no tienen la fortaleza necesaria para permanecer solas. Pero probablemente tu camino fue el más inteligente». Este último comentario aludía quizá al hecho de que Dent, que de todos modos era doce años mayor, había suspendido tres exámenes médicos y por ello no pudo ser reclutado.

Otra carta a Dent, del 15 de abril de 1916, en la que JB hacía examen de conciencia, reflejaba la esencia misma de su abatimiento en ese momento:

Ahora ya no se oye hablar de una lucha «limpia». Todo el mundo en la caballería se da cuenta por fin de que lo único que importa es matar de la manera más eficiente y generalizada posible. Nadie se hace ilusiones románticas al respecto ahora. Cualquier medio está justificado, siempre que sea eficaz. La guerra es tan horrible que debe terminarse cuanto antes. Y ya casi no se oye aquello de que la guerra «nos hace bien» o «nos mantiene en forma», excepto en las crónicas de lord Northcliffe<sup>50</sup> desde Verdún. La guerra puede sacar lo mejor de algunas personas, pero inevitablemente saca lo peor de la mayoría.

<sup>50</sup> Alfred Charles William Harmsworth (1865-1922), periodista y escritor irlandés, propietario y director de algunos de los periódicos de mayor éxito en la historia de la prensa británica, como el *Daily Mail*, el *Daily Mirror*, *The Observer* y *The Times*.

Como sabes, en realidad soy objetor de conciencia; aunque mi conciencia, al no ser religiosa, no sea reconocida por la ley ni por mi comandante Lionel de Rothschild. El hecho de que haya estado aquí durante dieciocho meses no cambia eso. Tal vez todos hemos vendido nuestra alma a la Sinrazón, como hacen los conversos en la Iglesia católica romana, para ahorrarse la molestia de pensar; o tal vez pensamos que podríamos ser mejores defensores de la paz viendo con nuestros propios ojos lo inútil e ignominioso de la guerra. Pero los ortodoxos no nos escucharán ni siquiera ahora, porque saben tan bien como nosotros que cualquiera que sea el bando que gane será una victoria para la gente estúpida.

A todo ello había que añadir algunas pequeñas irritaciones de carácter familiar y doméstico. Su hermana de Southampton, según le contó a Dent en marzo, había alquilado su casa, por lo que no podía seguir guardando sus cajas allí. «Me escribe (para “ahorrar” —se queja JB—) en un papel más propio de un inodoro que de una oficina de correos».



En este contexto de profunda desilusión resulta extraño que JB solicitara su ingreso en la Artillería Real en enero de 1917. En marzo le dijo a Dent que lo habían aceptado y que, entre todas las cosas imaginables, iba a recibir formación en artillería. En abril recibió un curso en la materia en Horsham. Siempre que podía ir a Londres se quedaba con Dent en su piso de New Quebec Street. Había vuelto a una vida más normal y podía ver a viejos amigos.

No parece que estuviera muy contento con su formación. Desde la cantina de la Artillería Real de Horsham se quejaba a

Se le considera el fundador del periodismo popular moderno. Tuvo un activo papel durante la Primera Guerra Mundial, especialmente a través de sus editoriales de propaganda antialemana y por sus críticas al Gobierno británico.

Dent: «Aquí estoy, a punto de empezar tres cursos en la Escuela de Asedio [...]. Me he perdido dos días de Matemáticas de nivel de párvulos, lo cual es grave porque nunca se me dieron bien. En Charterhouse siempre me ponían en Matemáticas con los de clásicas; las explicaciones terminaban invariablemente con un “¿Lo entiende? ¿Lo entiende? ¿Lo entiende, Trend?”. Y cuando dudaba, como solía pasar, siempre decían: “Bueno, no puedo pararme a explicárselo *ahora*”. Así que nunca aprendí nada». Las cosas no se pusieron más fáciles para él. El 2 de mayo de 1917 le escribió a Dent: «Hay tanto que aprender que tienes que dedicarle todo el escaso tiempo disponible, y yo siempre fui un incompetente con las matemáticas y un paralítico con las cosas prácticas». Pero también había temas más agradables:

Sería estupendo que pudieras venir el sábado. Iré al Cuarteto, y continuaré hasta Quebec St., donde, *hoffentlich*, tú estarás a esa hora. Piensa en cualquier cosa a la que te apetezca ir, y lo haremos. Tengo que estar de vuelta el domingo por la noche a la hora de la cena, pero hasta entonces estoy libre.

Comí con Steuart el domingo pasado; y después fui a ver a Maurice Ingram. Steuart es muy frágil, creo, y entiendo que se va a casar. Todos los amigos de uno están muertos o casados. Maurice ha cambiado mucho; apenas lo reconocía. Cuando me dijeron que saber italiano era útil para la artillería de asedio, no intenté ocultarlo. Pero eso fue en alguna sala de artillería, no en los salones de Inteligencia.

Es un verdadero alivio que a John Wells lo hayan licenciado del Ejército; aunque sea para enviarlo a un sanatorio. He escrito para que me envíen mi bicicleta y es posible que vaya a verlo alguna vez. [...] Espero que le consigas a Siegfried ese puesto de ayudante en Cambridge [...].

El 4 de junio de 1917 seguía quejándose: «Me pasaron del curso introductorio antes de tiempo y eso ha hecho que todo sea un trajín y un auténtico frenesí. Es bastante exasperante, porque

yo solía ser capaz de aprender con bastante facilidad. [...] Tus observaciones sobre el estado general de las cosas me han gustado mucho: tengo grandes esperanzas de que la Internacional consiga, después de todo, detener la guerra. Las autoridades militares competentes parecen decir que les llevará otro año o más terminarla a su modo». Y añadía que las autoridades estaban a punto de «destituirlo» como capitán, y terminaba con una nota de disgusto: «¡Maldita sea esta guerra y maldita sea esta artillería! Tendré que quedarme aquí todo el sábado y el domingo leyendo condenadas tonterías sobre ángulos de elevación de los cañones y explosiones de obuses que acaban con todo el mundo en un radio de trescientos metros. ¡Agh!».

Finalmente, no tuvo que permanecer tanto tiempo en Horscham. A finales de 1917 fue convocado repentinamente a la Oficina de Guerra y se le informó de que debía realizar trabajos de inteligencia. Sin duda, sus habilidades lingüísticas, y en particular su excelente alemán, habían llamado la atención de las autoridades militares. Su misión era, por supuesto, de carácter secreto, pero, por lo que dejó entrever más adelante, tenía que ver con la política austrohúngara e implicaba tareas tan peculiares como informar sobre la cabaña porcina de Austria y seguir las actividades de un tal cardenal Piffel, que suena a personaje salido de una obra de Gilbert y Sullivan, pero que era en realidad arzobispo de Viena. Anécdotas que a JB le encantaría recordar en su vida posterior, junto con la historia del tren que había perdido en 1914.



Se había firmado el armisticio, habían cesado los combates, pero JB seguía trabajando en la inteligencia militar y estaba felizmente inmerso en sus actividades culturales favoritas. Dent había estado enfermo y se recuperaba cerca de Brighton. JB le escribió:

Lo siento mucho por ti; no tenía ni idea de que estuvieras tan mal, y debería haberte escrito como tú solías hacerlo en Frankreich. Pero con Maurice [Ingram] en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en el Departamento de Comercio Exterior («El comerciante, para asegurar su tesoro...»<sup>51</sup>), Baird todavía fuera, Coate de camino a Sofía o Budapest y otro empleado en Praga sólo estamos dos personas para ocuparnos de los wickhamsteedomitas<sup>52</sup>, los húngaros y los austríacos; y los primeros se están portando mal en los Tatras<sup>53</sup> y los segundos están siendo atacados en tres lugares diferentes por checos, rumanos y serbios. Estoy redactando informes muy favorables a los magiares en todo este asunto, lo cual me deja reducido a una incoherencia sin palabras. Acabo de ir a ver *Le donne*<sup>54</sup> una vez más, con Julian. Sacy Sitwell rondaba por la entrada, y Sheppard era vagamente visible en el interior. Me apoyé en una columna a escuchar la música, que me cautivó más que nunca. Es extraordinario el modo en que todo encaja; me refiero a la sucesión de los tonos y a la individualidad de la mayoría de las piezas. Empiezo a pensar que las piezas de la música son los verdaderos personajes, que entran y bailan y son simplemente ilustrados por los actores en escena. ¿Hay algún libro que pueda enviarte?

Una carta posterior, del 6 de diciembre de 1918, escrita en papel timbrado de la Oficina de Guerra y llena de chismes

<sup>51</sup> Primer verso del poema «An Ode» del escritor y diplomático inglés Matthew Prior.

<sup>52</sup> Alusión a Henry Wickham Steed (1871-1956), periodista e historiador inglés con importantes contactos entre la clase política inglesa y gran defensor de la independencia de pequeñas naciones, como la Serbia, Croacia, Eslovenia, Eslovaquia, etc., del Imperio austrohúngaro. Con el apelativo «wickhamsteedomitas», Trend se refiere aquí, probablemente, a los eslovacos que luchaban contra los rusos en el frente de los Balcanes y que en numerosas ocasiones mostraron su descontento con su participación en la guerra como parte del Ejército austrohúngaro.

<sup>53</sup> Los montes Tatras forman parte de la cadena montañosa de los Cárpatos en Europa oriental y constituyen una frontera natural entre Eslovaquia y Polonia.

<sup>54</sup> *Le donne vendicate*, ópera cómica en dos actos con música del compositor Niccolò Piccinni basada en el drama jocoso homónimo del ya mencionado Carlo Goldoni.

sobre amigos comunes, tenía la clara intención de animar a Dent y hacerle sonreír:

Como puedes imaginarte, me encuentro de nuevo en la alcoba de Belona<sup>55</sup>; pero aún no he sido acogido en su lecho. Una rutina obscena domina esta planta; hay alguien en los apartamentos del «secretario residente» que está haciendo sonar un piano como si fuera una piscina burbujeante y arremolinada en la que se sumerge periódicamente, mientras que oficiales en traje de etiqueta y el tipo de mujeres que dicen «adioooós» llenan los pasillos. La unión mística con Belona no me resulta extraña, pero la prefiero sin pianistas ni trajes de noche. Tu carta me animó mucho, aunque no puedo imaginarme cómo lograste escribirla en tu estado de postración.

Diáguilev presentaba *Papillons* esta noche; así que asistí y tuve la suerte de encontrarme con Arnold Forster y «Ka» Cox<sup>56</sup> sentados al final de una fila en el piso de arriba. Fueron tan amables que me senté en los escalones a sus pies. Me gusta *Papillons*, al margen de lo que piensen quienes pueden juzgarlo con fundamento. Es cierto que lo tocan de forma rasposa, y es un material muy endeble, pero me gusta de todas formas. Hablamos de ti y de *Comus*. Las conversaciones en las que me enfrasco suelen empezar así, ya sea en Múnich, en Francia o aquí. La gente del Old Vic ha anunciado que van a hacer *Comus* y *Doctor Fausto*: escríbeles y diles que tienes toda la música. ¿No tiene Von Holst mucho que ver con la dirección?<sup>57</sup>

<sup>55</sup> Diosa de la guerra (en latín, *bellum*) en la mitología romana, hija de Júpiter y Juno, hermana o esposa de Marte. Probablemente Trend se esté refiriendo aquí a la Oficina de Guerra, según indica Margaret Joan Anstee en la edición inglesa.

<sup>56</sup> Se refiere al artista, educador, jardinero, político del Partido Laborista y oficial naval retirado inglés William (Will) Edward Arnold-Forster y a su esposa, Katherine Laird Cox 1887-1938, graduada en la Universidad de Cambridge, donde conoció a Rupert Brooke y a su círculo de los neopaganos. También fue amiga de Virginia Woolf y del grupo de Bloomsbury.

<sup>57</sup> Gustav Holst (1874-1934), compositor, arreglista y profesor inglés, conocido principalmente por su suite orquestal *Los planetas*, estrenada en 1918. En junio de 1911,

Si lo tiene, estoy seguro de que unas palabras «bien escogidas» admirando su *glissando* para órgano completo facilitarían las cosas. [...] Es una gran oportunidad: la semana que viene van a hacer *Trabajos de amor perdidos*, que estoy leyendo por primera vez. Es tan Marlowe, es decir, tan exactamente lo que la Marlowe [Dramatic Society] habría hecho tan bien, que me imagino el mismo elenco que representó *Epicæne*<sup>58</sup> y probablemente la versión del Old Vic me decepcionará terriblemente. Necesita un sentido de la erudición y de la belleza que ninguna representación consigue como lo hacían las de la Marlowe.

Son más de las doce y media y siguen aporreando ese maldito piano. La verdad, prefiero un ataque aéreo; o a los ebrios comandantes canadienses llamando por teléfono toda la noche diciendo que tienen un espía que ha intentado «embodacharlos» para sacarles información. La última vez que estuve practicando el rito místico, llamó un estadounidense diciendo que sólo quería saber si las tropas «ameruicanas» se habían metido detrás de las caballerizas.

Pero ahora el piano ha parado y esas condenadas mujeres atraviesan a trompicones el pasillo, y acaba de llegar un telegrama con la divertida e inesperadamente razonable declaración de que «todos los croatas encontrados hasta la fecha parecen incapaces de gobernar a otras razas». También maldice el comportamiento de los franceses. ¡Viva Italia... y viva Magyarország [Hungría]!

Holst y sus estudiantes del Morley College ofrecieron en The Old Vic la primera representación desde el siglo XVII de *La reina de las hadas* de Henry Purcell.

<sup>58</sup> La Marlowe Dramatic Society de Rupert Brooke representó la comedia *Epicæne* (también conocida como *La mujer silenciosa*) de Ben Jonson el 19 y el 20 de febrero de 1909 en la Universidad de Cambridge.

Entrada a la Residencia de Estudiantes por la calle Pinar, Madrid. Tarjeta postal de los años veinte. Residencia de Estudiantes, Madrid.



# III

## NOCHES EN LOS JARDINES DE ESPAÑA

## EL AÑO DE LA REVELACIÓN: 1919

JB quedó hechizado nada más pisar suelo español. Si bien había llegado hasta allí fruto de la casualidad, fue una casualidad que cambió el resto de su vida. Finalizada la Primera Guerra Mundial, los jóvenes que como él habían sobrevivido a la carnicería tuvieron que enfrentarse al dilema de qué hacer a continuación. El periodo comprendido entre 1914 y 1918 había acabado con lo mejor de toda una generación, así como con las comodidades y la autocomplacencia de un mundo que había ofrecido una tranquilizadora, aunque frágil, sensación de estabilidad a lo largo de todo el siglo XIX y la primera década del XX.

Gracias a sus numerosos contactos, Edward Dent dedicó sus energías a ayudar a su grupo de fieles a encontrar un nuevo rumbo para sus vidas. JB, que había pasado la última parte de la guerra trabajando para los servicios de inteligencia militar en Londres, consiguió mantener el contacto con el mundo de la música y la cultura, y estaba deseando volver a su antigua vida de viajes, música y periodismo. Le atraía la idea de viajar a Italia, pero Dent, que ya ejercía una gran influencia sobre él, lo convenció para que fuera a España. A primera vista parecía una opción poco prometedora. Hacía tiempo que España no figuraba en la lista de países que integraban el *Grand Tour* por la Europa del siglo XX. El gran imperio que fue y que llegó a extenderse por gran parte del globo, se había ido desintegrando hasta alcanzar su punto más bajo en 1898 con la entrega a Estados Unidos de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, los últimos bastiones de su poder colonial, a excepción de los pequeños enclaves en el norte de África. Sin embargo, el declive había comenzado mucho antes, como JB señalaría un cuarto de siglo más tarde en su libro *La civilización de España*,

admirablemente conciso y bien escrito<sup>59</sup>. Las primeras señales de la decadencia ya estaban ahí a finales del siglo XVI, y para mediados del XVII estaba claro que algo había ido terriblemente mal.

Fueron muchos los factores que contribuyeron a este declive, como si los logros del imperio hubieran engendrado un malestar que afectaba a todos los aspectos de la vida del país. Excepto en lo militar, España se había convertido en un país atrasado. En el ámbito académico, no había investigación científica. La ignorancia y la superstición, alentadas por el fanatismo religioso y la Inquisición, prevalecían entre la gente corriente, que en su mayoría no sabía leer ni escribir. El trabajo manual, la industria y el comercio se consideraban indignos de alguien de buena familia y formación, por lo que la expulsión de judíos y moriscos provocó una gran escasez de profesionales y artesanos especializados. El vertiginoso deterioro de la economía se vio incrementado por una inflación galopante, la primera gran experiencia de este tipo en Europa. Esto fue una consecuencia inesperada de la enorme riqueza que llegaba del Nuevo Mundo, principalmente la plata del famoso Cerro Rico de Potosí, que se transportaba en llamas y burros a través de los Andes hasta la ciudad de Lima, del virreinato del Perú, y desde allí se enviaba en galeones españoles a la madre patria para financiar sus sueños imperiales. Se perseguía a cualquiera que expresara opiniones heterodoxas, por lo que España acabó quedándose aislada intelectualmente del resto de Europa.

La situación mejoró durante un breve periodo de tiempo en la segunda mitad del siglo XVIII gracias a las reformas

<sup>59</sup> John Brande Trend, *La civilización de España*, traducción de Pedro Bosch Gimpera, Buenos Aires, Losada, 1955; publicado originalmente en inglés con el título *The Civilization of Spain*, Oxford, Oxford University Press, 1944.

introducidas por Carlos III, un rey capaz y poco común, partidario del despotismo ilustrado. Sin embargo, sus reformas se fueron desvaneciendo durante el mandato de su hijo Carlos IV, un monarca frívolo, vívidamente retratado por Goya, que se vio obligado a abdicar en 1808 como consecuencia de la guerra de la Independencia. Su sucesor, Fernando VII, fue incluso peor como monarca, mientras que la siguiente ocupante del trono, Isabel II, conocida popularmente como «esa señora», era objeto de todo tipo de burlas. La política de la corte, como escribiría más tarde JB, era una «política de cámara y capilla particular». Isabel cambiaba de ministros con tanta frecuencia como de amantes, y la corte española acabaría pareciéndose a la de Ruritania<sup>60</sup>.

En palabras de JB: «La España de Isabel II se parece más a un manicomio que al país heredero de algunos de los mayores artífices de la civilización». En 1868 la situación había degenerado hasta tal punto que «esa señora» se vio obligada a marcharse al exilio y la dinastía borbónica no sería restaurada hasta enero de 1875, con el acceso al trono de su hijo, el rey Alfonso XII. En los años que mediaron entre la marcha de Isabel II y la proclamación de su hijo como rey, España vivió su primer experimento de republicanismo. Aunque fue un periodo difícil en su conjunto, también aparecieron los primeros destellos de lo que sería un nuevo renacimiento en el país, cuyo principal impulsor fue don Francisco Giner de los Ríos, que más tarde se convertiría en un héroe a los ojos de JB, como también lo fue para tantos intelectuales españoles de convicciones liberales. Don Francisco comprendió que las reformas desde arriba no perduran en el tiempo y que la

<sup>60</sup> Situado en algún lugar indefinido de Europa central, Ruritania es un país imaginado por el escritor británico Anthony Hope en su novela *El prisionero de Zenda*. Se asocia metafóricamente con cualquier escenario de aventura, romance e intriga.

necesidad fundamental era educar hombres y mujeres para que ocupasen su lugar en la sociedad. Con la ayuda de varios amigos, fundó la Institución Libre de Enseñanza, que supuso una auténtica revolución del concepto español de la educación tal y como se había venido practicando hasta entonces. Giner impulsó también la creación de la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas —colegios universitarios inspirados en el modelo de Oxford y Cambridge—, así como la Junta para Ampliación de Estudios, una institución dedicada al fomento y la difusión de la ciencia y la cultura españolas mediante un activo programa de becas de estudio en el extranjero.<sup>61</sup> Fue algo parecido a un nuevo Renacimiento durante el cual los estudiosos españoles se movieron libremente por Europa y hubo un resurgir del interés por España y por lo español que sin duda acabó influyendo en el pensamiento político de la época.

Veinte años después de que don Francisco comenzara su obra, estalló la guerra entre España y Estados Unidos, y con ella la pérdida en 1898 de los últimos bastiones de lo que en otro momento fue el gran imperio español. Con la desaparición del espejismo del imperio de ultramar, las mentes más preclaras del país, muchas de ellas formadas por las ideas y el magisterio de don Francisco, dirigieron su atención hacia la propia idea de España y a la necesidad de revitalizar todos los aspectos de la vida española. Hubo un resurgir de escritores, poetas, eruditos, artistas y músicos que llegó a conocerse como la generación del 98<sup>62</sup> y que, por desgracia, acabó dis-

<sup>61</sup> La Residencia de Estudiantes y su grupo femenino, la Residencia de Señoritas, fue uno de los centros creados por la Junta para Ampliación de Estudios, y, por consiguiente, dependían de ella.

<sup>62</sup> En varias ocasiones a lo largo del libro la autora parece emplear «generación del 98» para referirse a los protagonistas del resurgir cultural de España durante el primer tercio del siglo XX, usualmente designado «Edad de Plata» de la cultura

persándose en 1939, cuando la Segunda República española sucumbió al golpe militar del general Franco y a la guerra civil que éste desencadenó. Sin embargo, cuando en 1919 Dent le sugirió a JB que concentrase sus energías en España en lugar de Italia y se dedicara a recuperar música española olvidada, este extraordinario movimiento cultural estaba en pleno apogeo. Sin duda, fue un gran golpe de suerte que la decisión fortuita de JB de ir a España coincidiera en el tiempo con un momento fascinante en la evolución del país.

Nada de esto podía preverse cuando Dent le hizo su inspirada propuesta, surgida del envío de algunas partituras de música española hasta entonces desconocida para él y que le hicieron tomar conciencia de la existencia de un vasto y prometedor campo de estudio aún por explorar. También fue el propio Dent el que hizo los contactos necesarios para que JB consiguiera encargos de artículos de crítica musical en las revistas culturales londinenses más populares del momento, como la muy destacada *The Athenaeum* de John Middleton Murry. No le resultó difícil convencer a JB, para quien la música se había convertido en el centro de todos sus intereses, y la perspectiva de descubrir nuevas obras resultaba demasiado tentadora como para dejarla escapar. Cuando finalmente llegó a España, JB pronto se dio cuenta de que el misterio del país no se limitaba a su música. Durante siete siglos había sido el puente entre la civilización de la Roma clásica y la civilización islámica, y África estaba a la vuelta de la esquina. En el momento de su llegada, el país se encontraba en medio de

española. Como es sabido, la historiografía española suele distinguir en esos años la actuación simultánea de tres generaciones: la del 98, la del 14 y la del 27, que aquí quedarían englobadas en esa «generación del 98», tal y como se describe en este fragmento, aunque en otros lugares del libro sí que se hará referencia a la generación del 27.

una importante encrucijada, al igual que le sucedía a él en un plano personal. El escenario era propicio para despertar en él una apasionada obsesión por España y por todo lo español que lo acompañaría durante el resto de su vida.

El momento de emprender este nuevo viaje, justo después de las espantosas experiencias de la Gran Guerra, también fue relevante por otros motivos, como demuestran las palabras con las que abrió su libro *A Picture of Modern Spain. Men and Music*: «Los españoles de hoy han hecho un verdadero servicio a Europa. Al permanecer neutrales no sólo han salvado a su país, sino que han hecho más por conservar el espíritu europeo —o lo que solíamos creer que era el espíritu europeo— que cualquiera de las naciones que han participado en la contienda». Ésta era la voz de un hombre que poco antes, asqueado por lo que había visto en las trincheras y por la inutilidad de la guerra, reconocía en una carta a Dent que en el fondo de su corazón era un pacifista. España y los viajes que estaba a punto de emprender debieron de parecerle un refugio ante el horror de los años precedentes.



JB se lanzó a esta nueva aventura con la energía y el entusiasmo que le caracterizaban. Dotado de una capacidad extraordinaria para las lenguas, en ese momento ya hablaba varios idiomas, entre los que todavía no se encontraba el español. Cuando en una ocasión le pregunté cómo lo había aprendido, me contestó que «sobre la marcha», lo que en su caso probablemente significaba en los trenes que tan a menudo cogía. Un recuerdo muy emocionante que podemos encontrar entre los pocos objetos personales que dejó es un pequeño libro de bolsillo manoseado y plagado de anotaciones, su manual de entonces de «aprenda español usted mismo». Las páginas en blanco del

final están llenas de frases de uso diario escritas a mano. Algunas dan idea de su insaciable curiosidad: «¿Qué estás haciendo?», «¿por qué has hecho eso?». En enero de 1920, apenas cuatro meses después de su llegada a España, ya escribía cartas al compositor Manuel de Falla en un español bastante decente, aunque con numerosas tachaduras y pequeños errores gramaticales y de sintaxis. En 1921 publicó su primer libro sobre España, el ya mencionado *A Picture of Modern Spain*, una colección de ensayos que demuestran un profundo conocimiento de muchos aspectos de la historia, la literatura y la cultura españolas que sólo pudo haber adquirido a partir de sus abundantes lecturas de libros que en aquel tiempo estaban disponibles únicamente en español, como refleja la bibliografía incluida en el libro. Fue un logro extraordinario, y, sin embargo, una década más tarde, a punto de hacerse cargo de la cátedra de Español en Cambridge, Dent dejó constancia de que en ese momento JB estaba matriculado en un curso de español para seguir mejorando su conocimiento del idioma.

El 1 de agosto de 1919, JB escribió a Dent desde Barcelona una larga y emocionada carta en la que resumía sus experiencias a lo largo de las últimas semanas, durante las cuales había visitado Burgos, Valladolid, Ávila, Madrid y Zaragoza, para terminar en la ciudad condal. Las palabras se derraman sobre la página y transmiten su desbordante entusiasmo en el mismo estilo de «monólogo interior» que un par de décadas más tarde animaría sus clases ante promociones de estudiantes universitarios. El tema principal era la música y sus experiencias musicales, no sólo porque el propósito de su visita fuese escribir artículos por encargo para revistas inglesas, sino también porque, en su opinión, como señalaría más adelante en *A Picture of Modern Spain*: «la música es la única forma de expresar el embeleso, como bien sabía Shakespeare». Esto

encajaba con otro aforismo formulado unas páginas antes: «Lo importante de viajar no es lo que ves, sino lo que te sugiere aquello que ves». Así, en Burgos le «cautivó la levedad de las casas, no sólo por el color (azules, rosas y amarillos pálidos), sino también por la construcción»: «Verdaderamente, forman una vista llena de encanto. La calle de la Puebla en sombra, con hileras e hileras de balcones y un sol brillante proyectándose sobre una casa al fondo, parecía una escena propia de *Don Giovanni*, sobre todo cuando tres señoras, elegantemente vestidas de negro con sus abanicos y mantillas, salieron de una casa y pasaron junto a mí».

El viaje hasta llegar a España no había sido tan prometedor: «El tren francés era espantoso e iba abarrotado de gente». Nada ha cambiado desde entonces, como tuve oportunidad de comprobar cuando hice ese mismo viaje treinta años más tarde. En palabras de JB:

Todos los vagones de primera eran parte del botín capturado a los alemanes, y los vagones franceses de primera los habían convertido en vagones de segunda. [...] No es que yo esperara que París fuera tan organizada ni tan hospitalaria como una capital alemana de antes de la guerra, pero ahora no hay ningún taxista que te lleve de una estación a otra si está fuera de su zona, y, por supuesto, la Gare d'Orsay no está en la zona de nadie. Sólo lo conseguí mediante un sustancioso soborno. El tren estaba parado en un oscuro túnel por debajo de la estación, lleno de señoras muy alteradas que no paraban de decir «¡Oh, monsieur!» mientras trataban de encontrar su asiento en el tren. Me quedé sin cerillas intentando ayudarlas, pero al final encontré mi propio asiento.

En la frontera le revisaron el equipaje tanto los agentes franceses como los españoles, estos últimos hablando únicamente en español. «Me vino bien —apuntó JB—, y el hecho de que

ningún funcionario español hable otro idioma si puede usar el suyo hace que el viaje resulte más interesante».

Desde luego, no perdía oportunidad de practicar lo poco que sabía del idioma en ese momento. Ya en la parte española, «todo el mundo era amable»: «Mantuve una pequeña conversación en francés con un portugués mientras todos los demás me hacían incesantes preguntas, con mucha paciencia, en español. Alguien intentó enseñarme a liar cigarrillos, que no eran más que un rulo de papel con unas hebras de tabaco suelto dentro; hay que practicar mucho antes de llegar a hacerlo bien».

En todas las escalas de su viaje solía haber ocasiones relacionadas con la música, que JB describía de forma tan expresiva que, al leerlas, es posible imaginar lo que estaba pasando como si uno lo viera con sus propios ojos. Al lado de la barroca escalera dorada de la catedral de Burgos, había varios hombres vestidos de negro y cuatro niños del coro con medias rojas cantando; el director tenía «una mano sobre el hombro de su niño favorito y otro acurrucado junto a él; voces celestiales que cantaban horrorosamente mal». Al fondo, un individuo con aspecto de asceta tocaba el fagot mientras «unas personas desfilaban arriba y abajo portando unos incensarios que agitaban con más fuerza al pasar junto al fagot para que (como tú o alguien dijo) “no se huelga la peste”. Finalmente, los cantores se retiraron, dejando al senil anciano soplando el tubo de su fagot para quitarle la saliva y limpiándolo con su pañuelo».

El idioma seguía fascinándolo, especialmente por la «exquisita belleza de la pronunciación» de las gentes de Burgos. Incluso en boca de los mendigos, especialmente de los niños, resultaba «casi irresistible»: «hacen que suene de forma clara y musical». El día 23 (posiblemente de julio) estuvo en Valladolid, donde, mientras examinaba unos libros con el sacristán,

«apareció un individuo sin afeitar que, tras hablar durante un rato, de repente alzó la voz y cantó un aleluya». Ese hombre «también cantó otras piezas del *Graduale*<sup>63</sup> —prosiguió JB— y cuando se detuvo, a punto de terminar una de ellas, no pude evitar tararearle el final, lo que le dejó impresionado. Después de charlar un rato más, me hicieron gritar determinadas palabras y frases en español lo más alto que pudiera al tiempo que ellos negaban con la cabeza, sobre todo al oír mis erres. Al final, terminé dando un largo paseo de dos horas y media con el individuo sin afeitar, imitando su pronunciación lo mejor que pude». Es fácil imaginarse a JB, con su insaciable *joie de vivre*, involucrándose hasta el fondo en casi cualquier situación, así como la sorpresa y el regocijo de los locales ante las payasadas de este inglés tan poco común.

Esa noche tuvo lugar una «grandiosa fiesta española»<sup>64</sup> de la que, según contó a Dent, escribió «una larga y detallada descripción» en su diario, que por desgracia no se ha conservado. En su carta, JB mencionaba los instrumentos que integraban las cuatro bandas de música que actuaron: una banda de música normal y otras tres más, una asturiana, otra valenciana y una última aragonesa. Musicalmente, los que más le gustaron fueron los asturianos, pero los integrantes de la agrupación valenciana le llamaron la atención «por su belleza incomparable: parecían bronce griegos»; y entre paréntesis añadió una nota para sí mismo: «¡Tengo que ir a Valencia!». Además hizo otros comentarios sobre la fiesta: «apareció una mujer pálida y gorda, y empezó a cantar lo que parecía una tonadilla sentimental llena de delicados y ondulantes melismas; una voz detrás de mí preguntó en voz baja: “Esto es

<sup>63</sup> *Graduale romanum*, libro litúrgico oficial del rito romano de la Iglesia católica que contiene los cantos que deben hacerse durante la celebración de la misa.

<sup>64</sup> En español en el original.

canto llano, ¿no?»; parece que la canción era más bien cómica, sobre un carpintero...». Los bailes también le encantaron:

Las piezas valencianas tenían una estructura más elaborada que las demás. La más habitual era una especie de minué rápido, con una coda más rápida aún; las parejas de baile [...] tenían un aspecto solemne y elegante; los hombres mucho más que las mujeres, pero resulta difícil decidir quién llamaba más la atención. Los niños eran encantadores. Un gordo bonachón («El tío [*tachado*: “zío”] del baile [*tachado*: “ballo”]»), dijo alguien detrás de mí [...] tocaba absurdos ritornelos con una pequeña gaita para acompañar a uno de los dúos. [...] Lo mejor de la noche fue cuando, a un ritmo lento de cuatro por cuatro, salieron cuatro parejas con un porte clásico y bailaron lo que parecía una pavana o una gavota. Juntaban sus manos en el centro, se mantenían alineados con los brazos en alto y entonces las mujeres se giraban lentamente pasando por debajo de los brazos levantados de sus compañeros. [...] Los aragoneses ofrecieron una actuación más refinada que los demás y uno de los guitarristas era muy atractivo. Eran un sexteto muy correcto; tocaban muy conjuntados y seguían todas las indicaciones del viejo gordo y feo que los dirigía. Interpretaron una pieza muy bien orquestada que acabó con un florido recitado del viejo, interrumpido por pequeñas entradas de acompañamiento de los músicos. Cantaron demasiado y se hizo muy largo. Me hubiera gustado ver a los valencianos otra vez, ¡pero fue una ocasión especial!

JB dio cuenta asimismo de su visita a Ávila: «No puedes perderte Ávila bajo ningún concepto —escribió a Dent—, una ciudad amurallada enclavada sobre una colina, con puertas de estilo plateresco e iglesias románicas. Hay una conexión en autobús con el ferrocarril que se está construyendo desde Salamanca. Ojalá lo hubiera sabido antes. Eso es lo peor de España: no sabes cómo funcionan las cosas hasta que llegas a los sitios». En Ávila se estaba celebrando un espectáculo ecuestre

y una corrida de toros, y el lugar «estaba lleno de gente vestida con ropas muy raras»: «Había dos limpiabotas portugueses que afirmaban ser socios. Uno decía que era carlista, y el otro parecía un joven de colegio privado, alegre y desaliñado, que había conocido a unos ingleses en Vigo y cuyo vocabulario en inglés se limitaba a lo que, al parecer, cualquier británico quiere saber en cuanto pone un pie en el extranjero. Hizo un comentario sin desperdicio a un hombre que estaba en la mesa de al lado: “¿Barcelona? ¿Sabe usted? [...], hay catalanes a los que no hay Dios que entienda”».

A las diez y media de la noche dio comienzo la actuación de un trío instrumental: «Estuve observando los preparativos con cierto recelo, pero, curiosamente, me emocioné en cuanto empezaron a afinar. A mi alrededor todo el mundo hablaba español y oía conversaciones de las que no acababa de enterarme, de modo que [...] resultó muy emocionante escuchar a los músicos mientras afinaban y ensayaban pequeñas florituras. Encajaba a la perfección con lo que tú dices en el libro de Mozart<sup>65</sup>. Por fin había una conversación (o el comienzo de una conversación) perfectamente inteligible. Esperé con mucho interés a que empezaran a tocar». Pero entonces se produjo el anticlímax: «Y en ese momento empezaron a tocar la más aburrida y rancia música de restaurante imaginable, en la que podía anticipar con una certeza espantosa lo que venía a continuación. ¡Las conversaciones en español volvieron a parecerme interesantes!».



JB atravesó Madrid en coche para coger el tren que hacía la línea de Barcelona y comentó: «parte del “maltrato a los catalanes” (del que nadie parece darse cuenta) es que no hay segunda en el

<sup>65</sup> Edward J. Dent, *Mozart's Operas*, Londres, Chatto & Windus, 1913.

rápido, así que tuve que viajar en un tren correo. Me bajé en Zaragoza, que me decepcionó. El palacio que aparece en el *Trovatore* se encuentra en un barrio polvoriento de las afueras, quedó destruido casi por completo durante la invasión francesa y los españoles han encalado lo poco que el ejército francés dejó en pie». Para Trend, la Aljafería se había convertido en «el cuartel más lúgubre» que había visto en su vida.<sup>66</sup> Después de muchos trámites burocráticos y de esperar en los alrededores (en una pequeña cueva donde una banda estaba ensayando algo que le «pareció *Lohengrin*, pero duró unos veinte minutos y luego se fue transformando en la *Marsellesa*, seguida de una versión increíblemente atractiva de *Heil dir im Siegerkranz*<sup>67</sup>»), consiguió que le mostraran las estancias que quería ver:

Debajo de varias capas de cal podían distinguirse las decoraciones moriscas y por encima de montones y montones de rifles podían verse preciosos techos con artesonados de madera. Parece que se hubieran empeñado en apilar los malditos rifles en todas las habitaciones que merecía la pena ver. La «prisión del Trovador» no merece la pena en absoluto y, aunque me asomé a todas las ventanas, no pude ver el castillo en «nostrí montí». Sin embargo, hubo algo que sí me recordó el *Trovatore*: el bar Azucena, un puesto de madera con ruedas que había fuera y donde vendían limonada y helados napolitanos, atendido por una anciana que bien podría haber formado parte del clan de Azucena<sup>68</sup>.



<sup>66</sup> La Aljafería es un palacio fortificado de estilo hispanomusulmán construido en la segunda mitad del siglo XI a las afueras de Zaragoza y que en su momento reflejó el esplendor alcanzado por el reino taifa en su periodo de máximo apogeo político y cultural. El palacio sirvió de inspiración a Antonio García Gutiérrez para su obra de teatro *El trovador*, que a su vez inspiró la ópera homónima de Giuseppe Verdi.

<sup>67</sup> *Heil dir im Siegerkranz* (*Salve a ti en la corona de la victoria*) era uno de los tres himnos nacionales no oficiales del Imperio alemán entre 1871 y 1918.

<sup>68</sup> Azucena era una «gitana vizcaína» y la supuesta madre de Manrico, el protagonista de la ópera de Verdi.

JB estaba teniendo problemas con algunos de sus encargos: «Nadie parece saber nada de Elche», se quejaba a Dent en la misma carta; y tampoco tenía noticias del «catalán de Middleton Murry», un contacto que probablemente debía de ayudarlo con la serie de artículos sobre Cataluña que se había comprometido a escribir para *The Athenaeum*. Finalmente, el artículo «El Misterio de Elche» se publicó en *Music and Letters*, mientras que los que escribió sobre Cataluña aparecieron en *The Athenaeum* en 1919, bajo el formato «Cartas desde España». Dos años más tarde, todos estos textos volvieron a publicarse como parte de su libro *A Picture of Modern Spain*. Desde su llegada a España, JB no dejó de escribir y de enviar sus artículos a Dent, que era el encargado de hacérselos llegar a los editores.

«Elche —escribió— se diferencia de todas las demás ciudades españolas por estar construida en medio de un palmeral. [...] Todos los años, durante el 14 y el 15 de agosto se representa en la catedral un drama sacro sobre el “misterio” de la Dormición y la Asunción de la Virgen María, con la misma letra y música y, como dicen algunos, con los mismos elementos escénicos que se han venido utilizando desde el siglo xv». Se trataba de una representación extraordinariamente elaborada que JB comparó con la ópera moderna y describió con todo detalle, remontándose hasta los orígenes de su azarosa historia en el siglo XIII, más o menos la misma época en la que Elche fue reconquistada a los moros y quedó formalmente incorporada al reino de España. Felipe II prohibió las representaciones del Misterio de Elche en 1568, pero se retomaron en 1603 tras una serie de desastres naturales que dieron lugar a un renovado fervor religioso, y han continuado celebrándose desde entonces. JB pensaba que se trataba de una versión del siglo XVII de algo mucho más antiguo, pero, en cualquier caso, era «una celebración vinculada esencialmente al Barroco».

Y concluía afirmando: «en el Misterio de Elche se logra, o podría lograrse, la fusión del paganismo clásico con el cristianismo romántico».

La representación tenía lugar a lo largo de dos jornadas: la «Vespra» del 14 de agosto, en la que se representaba la Dormición de la Virgen; y la «Festa» del 15, con la Asunción y la Coronación. JB escribió que la catedral estaba completamente abarrotada de gente, lo que le recordaba «los frescos de Goya de San Antonio de la Florida, con un mar de mantillas, abanicos y gente hablando sin parar». La procesión de la Virgen atravesó toda la catedral, los efectos escénicos eran impresionantes. Las puertas del «cielo» se abrieron en varias ocasiones, y algo parecido a una gran naranja empezó a descender, «al son de las campanas y del órgano. En ese momento [...] el fruto se desplegó [...] y dejó ver la brillante forma de un ángel que llevaba una palma en la mano, como si estuviera en el centro de una flor cuyos pétalos se extendían a sus pies». Más tarde, el cielo volvió a abrirse para que descendiera un «ángel sobre un columpio dorado rodeado de otros ángeles músicos [...] que entonaban un cántico» hasta llegar junto al lecho en el que yacía la Virgen. Para entonces, el ruido de la exaltada multitud había llegado a tal extremo que apenas podían oírse ni la música ni los bellos cantos que a JB le parecían de una belleza apacible, y los apóstoles tuvieron que abrirse paso para llegar hasta el escenario, mientras «el trasiego de sacerdotes moviéndose por delante del lecho de la Virgen» impedía ver lo que estaba pasando exactamente.

El segundo día tuvo lugar la procesión del entierro por las calles de Elche portando una imagen de la Virgen. El alcalde intentaba «poner algo de orden entre la multitud de sacerdotes y diáconos, miembros del coro y fieles, así como conseguir que la banda de música, los concejales del ayuntamiento y las

personalidades locales formaran un cortejo ordenado y con cierta elegancia, en lugar de un caótico batiburrillo de individuos sudorosos que derramaban la cera de las velas sobre la ropa de los demás». Al principio, el alcalde se manejó con éxito en esta difícil tarea, pero «cuando la procesión ya había recorrido tres o cuatro calles, el intenso calor hizo que casi todo el mundo se olvidara de lo que se suponía que tenía que hacer o con qué grupo le correspondía desfilar».

Mientras tanto, en el interior de la catedral, los acontecimientos que estaban teniendo lugar en torno al funeral de la Virgen y su ascensión al cielo mediante las más asombrosas proezas de técnica escénica discurrían de manera más ordenada, incluida la apertura de las puertas del cielo y la aparición de la mismísima Santísima Trinidad. JB no se resistió a hacer un frío comentario sobre la música que sonaba en el momento culminante de la representación, cuando la corona descende desde la Trinidad hasta la cabeza de la Virgen: «los apóstoles empezaron a entonar el himno final acompañados por el órgano y un bombardino mal afinado, las campanas repicaron y una banda de música oculta detrás del altar mayor se arrancó con la Marcha Real<sup>69</sup> en otra tonalidad, mientras la Virgen, coronada y majestuosa, ascendía gloriosamente a los cielos». Y aquí añadía la siguiente nota: «Dos hombres que habían estado junto a mí en medio del gentío no paraban de hablar de otras cosas. Uno de ellos decía: “No puede ser, don Manuel, no puede ser. Los compromisos son los compromisos y hay que...”». La salva de aplausos le hizo levantar la vista hacia la bóveda en el preciso instante en que uno de los actores que representaba la Santísima Trinidad colocaba una corona dorada sobre la cabeza de la imagen de la Santísima

<sup>69</sup> En español en el original.

Virgen. “¡Por Dios!”, exclamó, “¡qué preciosidad! ¡Viva la Santísima Trinidad!<sup>70</sup>”. Con anécdotas como ésta JB hacía que sus historias cobraran vida.



Barcelona le pareció «increíblemente calurosa e increíblemente ruidosa». «Hoy —escribió a Dent el 1 de agosto de 1919— han repartido abanicos a todo el mundo en un café en el que estaba sentado y he aprendido que eran abanicos masculinos y que por eso eran más pequeños que los de mujer, aparte de que presentaban ciertas diferencias estructurales».

A pesar del agobiante calor, JB estaba cumpliendo diligentemente los plazos a los que se había comprometido con Middleton Murry sobre Cataluña. Envío más de una decena de extensos artículos para *The Athenaeum*, artículos que, junto a los ya mencionados, convertiría con posterioridad en catorce capítulos de su libro *A Picture of Modern Spain*. Aunque no se decía abiertamente en ninguno de los textos, el tema central era la recurrente «cuestión catalana», un asunto muy oportuno después de la Primera Guerra Mundial, en un momento de gran fragmentación en Europa, en la que unos países se estaban dividiendo y otros nuevos se estaban creando, y donde la autonomía y la autodeterminación se habían convertido en temas frecuentes de debate político. Los ensayos de JB intentaban valorar si la historia, la lengua, los orígenes y las tradiciones culturales de Cataluña eran lo suficientemente distintivos como para justificar las reivindicaciones de una nacionalidad propia y, por tanto, de alguna forma de separación del resto de España, ya fuera mediante la creación de un Estado federal o mediante la independencia.

<sup>70</sup> En español en el original.

A JB no le impresionaba demasiado el catalán como lengua. Ya estaba enamorado del «castellano o español», que, según sus palabras, todavía era «capaz de emocionar a un viajero del norte cuando lo hablan los hombres y mujeres cultos o los niños de la región de la que toma su nombre, con su exquisita modulación y su hermosa dicción». Recordaba JB lo que había sentenciado aquel hombre de Ávila sobre el catalán, «una lengua que ni Dios entiende», y explicaba su origen diferente a partir de la rama de lenguas provenzales dentro de las lenguas romances. En su día, añadía JB, llegó a hablarse en el sur de la costa mediterránea española, aunque «en la actualidad sólo pervive en el drama sacro del Misterio de Elche, del siglo XV». En una carta del 27 de septiembre de 1919 en la que compartió con Dent su opinión sobre el catalán, resultó ser aún más contundente que el hombre de Ávila: «es la lengua más fea que he oído nunca».

En cuanto a los rasgos de carácter étnico, su conclusión era que el origen de los catalanoparlantes era muy diverso. En un tronco ibérico inicial se fueron injertando ramas griegas, romanas, godas, árabes y galas. Según JB, su individualismo, su ingenio, sus habilidades comerciales y su éxito en la navegación convertían a los catalanes en cierto modo en los griegos del Mediterráneo occidental, mientras que los castellanos, más lentos, más dignos, orientados hacia la agricultura, con sueños imperiales y amor por la centralización, podían compararse con los romanos. La gran cuestión era que la tradición catalana tenía todos los rasgos de cualquier civilización mediterránea.

Desde el principio, afirmaba JB categóricamente: «la “cuestión catalana” es en gran medida una cuestión económica», un estribillo que se repetía en todos sus textos sobre Cataluña. JB repasaba la historia de Cataluña desde el inicio de la ocupación musulmana en el siglo VIII, pasando por el periodo

de expansión territorial catalana en el siglo XIII, hasta llegar a dos acontecimientos de gran importancia: la unión con Castilla y el descubrimiento de América, que derivaría en el predominio de Castilla. La cultura castellana se impuso pronto sobre el catalán, y sus poetas y escritores empezaron a escribir en castellano. Además, Cataluña acabó formando parte del bando perdedor en la guerra de sucesión, durante la cual las fuerzas navales angloholandesas asediaron Barcelona. Las miserias de la guerra se prolongaron durante años, y en 1719 las tropas invasoras francesas saquearon y redujeron a cenizas todo lo que iban encontrando a su paso en Cataluña.

Más adelante, ya en el siglo XIX, surgió lo que se conoce como el renacimiento literario catalán (la *Renaixença*). Al principio, en los teatros de Barcelona los dramaturgos utilizaban ambas lenguas: el castellano para los personajes cultos y el catalán para las clases populares. Uno de los grandes logros del movimiento de la *Renaixença* fue convertir el catalán, hasta ese momento una lengua medieval en desuso, en una lengua literaria. JB reflejó el progreso de esta empresa a través de sus críticas de muchas obras teatrales catalanas.

En un sentido político más amplio, JB consideraba que había dos temas principales en juego: la cuestión social y la de la autonomía —el sentimiento de que Barcelona estaba muy lejos de Madrid y de que el Gobierno central no se ocupaba de los catalanes salvo para dictar medidas burocráticas e imponer la censura de prensa y el servicio militar obligatorio—. El resentimiento por todo esto se veía agravado por la persecución oficial del catalán al imponer el castellano en la educación y en los documentos oficiales. JB resaltaba lo que a su entender era una reacción más tolerante en Inglaterra —por ejemplo, cuando se oía hablar galés en un autobús de Londres—, y confrontaba ese talante con la actitud hacia el uso

de otras lenguas en el continente, donde inmediatamente se despertaba el ogro de la secesión.

JB señalaba que el pensamiento político catalán del siglo XIX se dividía en dos grandes grupos: los tradicionalistas, mayoritariamente católicos, que aspiraban a la restauración del antiguo principado de Cataluña sobre la base de la unidad católica, y no mostraban rechazo hacia Castilla; y los fundamentalistas, que eran liberales, progresistas e internacionalistas, además de profundamente hostiles hacia Castilla y la religión. En el momento en el que él escribía sobre estas cuestiones, el enfoque federalista era mayoritario y exigía un Estado catalán autónomo con poder soberano en los asuntos internos, un Parlamento catalán, un sistema jurídico y judicial separado, el reconocimiento oficial de la lengua catalana y la unión federal de las distintas regiones de España, controlada por una autoridad central en Madrid. Algunos pensadores más radicales eran partidarios de la separación total. JB llegaba a la conclusión de que la solución federal era la que más convenía al pueblo catalán, pero se preguntaba si con eso se conseguiría solucionar los muchos problemas de Cataluña, especialmente los relacionados con la cuestión social: Barcelona estaba envuelta en numerosas huelgas, cierres patronales, conflictos sociales, estallido de bombas y asesinatos, y se encontraba prácticamente sumida en un estado de anarquía.

JB había investigado en profundidad la realidad de Cataluña en muy poco tiempo, como demuestra la bibliografía de *A Picture of Modern Spain*. En una carta a Dent del 3 de septiembre escrita en el jardín de la pensión Alhambra de Granada (aunque el papel es del Hotel Restaurante España de Barcelona, ya que le gustaba llevarse las cuartillas de los hoteles, como evidencia su correspondencia a partir de entonces), contaba: «estoy revisando la ingente cantidad de material que me han

proporcionado los catalanes y contrastándolo con los opositores y con gente como [el distinguido historiador Rafael] Altamira, que, además de erudito y conocedor del tema, es lo suficientemente imparcial. [*Tachado*: Dios]. Odio todo este asunto del nacionalismo, pero escribir sobre los catalanes me da la oportunidad de decir muchas cosas que siempre he querido decir». El artículo sobre Elche se lo había enviado a Dent una semana antes de una nueva carta fechada el 9 de septiembre, en la que le decía: «He terminado prácticamente con los catalanes. Los artículos son más largos de lo que Murry espera, pero será fácil encajarlos».

La conclusión general que se desprende de todos estos artículos y de *A Picture of Modern Spain*, así como de las cartas que escribía a Dent en paralelo, es que JB no atribuía mucha importancia a las reivindicaciones de los nacionalistas catalanes sobre su derecho a una lengua propia, o incluso a la autonomía. El nacionalismo era un tema que le preocupaba mucho, y que percibía como la raíz del conflicto, así como de la guerra a la que acababa de sobrevivir, que había terminado con toda una generación de jóvenes y desgarrado Europa. Sin embargo, JB reconocía que «todos los catalanes son pacifistas» y que la opresión ciertamente existía.

No he logrado encontrar ningún testimonio de las reacciones que sus artículos provocaron entre sus amigos catalanes o entre los contactos que le habían proporcionado el material para su investigación. Cabe pensar que no serían muy positivas, especialmente entre los fervientes partidarios de la autonomía.

La «cuestión catalana» fue cobrando importancia hasta desempeñar un papel relevante en la guerra civil, quince años más tarde. En 1932, durante la Segunda República española, Cataluña logró al fin su autonomía, pero tras la victoria de Franco la represión se cebó de nuevo en la región y en su

lengua. El propio JB trabó amistad con muchos catalanes que se vieron atrapados en medio del caos. Lo interesante en este punto es que Trend, que se había embarcado en esta primera incursión en España siguiendo la pista de su legado musical, pronto se vio inmerso en las discusiones políticas que eran, y siguen siendo, una parte esencial de la vida española, incluida la cuestión catalana.



Sin embargo, JB nunca se olvidó de la música española, que para él era comparable a la belleza arquitectónica del país. No obstante, su primera impresión de la Alhambra fue claramente decepcionante, como le contó a Dent en una carta: «Es muy bonita, pero parece estar hecha de azúcar, y me temo que un día de extremo calor se derretirá. Es un buen ejemplo de algo que tú siempre dices. Es como la música sin contrapunto; parece como si no tuviera cimientos. [...] Como si alguien que sabe escribir exquisitas piezas para piano, de repente tuviera que componer óperas y sinfonías, en las que, al ser incapaz de darles una estructura sólida, se limitara a repetir el tema con nuevos adornos».

Más adelante, el 14 de septiembre, recién acabado su trabajo sobre Cataluña, escribió emocionado a Dent desde Granada: «Desde luego, a veces ocurren las cosas más extraordinarias. Resulta que Falla ha aparecido en esta misma pensión con su hermana, el pintor Vázquez Díaz con su esposa, su hijo pequeño y un pariente de ella que es medio o completamente alemán. Al principio, Falla se mostró un poco distante, pero se ablandó por completo en cuanto le hablé de ti, de Domenico Scarlatti y de *El sombrero de tres picos* y *La vida breve*. En noviembre vuelve a Londres para el estreno del *Sombrero de tres picos* y parece que Adrian Boult va a dirigir su *Nocturno* para

piano y orquesta. Tienes que conocerlo». Según el obituario que Helen Grant escribió sobre él,<sup>71</sup> JB había coincidido por primera vez con el aclamado compositor Manuel de Falla en París tras el armisticio. Probablemente esperaba volver a verlo en España, pero lo que no podía imaginar es que por casualidad estarían alojados en la misma pensión. Es evidente que enseguida congeniaron:

El señor Falla se pasaba la mayor parte de la mañana trabajando, aunque a la hora del almuerzo nos sorprendía con nuevas combinaciones de mulas y diligencias que pudieran llevarnos a Sierra Nevada. Estaba planeando una excursión gloriosa: en burro, seguidos de cerca por jumentos de repuesto y asnos cargados con tortillas frías, boquerones, pimientos, pan y enormes damajuanas<sup>72</sup> de vino; habíamos de internarnos en el corazón de la sierra y, una vez allí, «en la tenue luz del amanecer»<sup>73</sup> o bajo el fulgor de la estrellada noche, los arrieros cantarían sus coplas, sobre las que más tarde Falla labraría sus exquisitos movimientos musicales meticulosamente contruidos. La excursión se quedó en proyecto, pero la música ya se está escribiendo.

Esto lo contó JB un par de años más tarde en *A Picture of Modern Spain*. Por esa misma época, en una carta a Dent también mencionaba otras delicias culinarias que aún estaban por llegar: «Falla es un gran aficionado a la paella valenciana y han encargado una enorme para nuestro regreso, el jueves por la noche». Espero que al menos degustaran esa paella, ya que la excursión nunca llegó a realizarse.

<sup>71</sup> Helen Grant (1903-1992), profesora de Español en la Universidad de Cambridge, escribió el obituario para *Cambridge Review* en mayo de 1958, poco después de que muriera su colega y amigo Trend. La correspondencia entre ambos se conserva en la Cambridge University Library.

<sup>72</sup> En español en el original.

<sup>73</sup> Cita del poema «Arabia» del ensayista, dramaturgo, novelista y poeta inglés Walter de la Mare (1873-1956).

Falla lo llevaba de paseo todos los días, o, más bien, todas las noches. En una ocasión visitaron una pequeña bodega donde alguien tocaba la guitarra con una técnica asombrosa, mientras el tabernero lo escuchaba sentado con los ojos entreabiertos y de vez en cuando se arrancaba a cantar una estrofa que Felipe Pedrell (otro compositor español innovador y precursor de Falla) intentaba anotar. El guitarrista era Ángel Barrios, coautor de una ópera goyesca, *El Avapiés*, y el anciano que cantaba era su padre.<sup>74</sup> Falla también llevaba a JB a los patios de las tabernas para escuchar cante flamenco y transcribir la música.

En compañía de otro amigo de Falla, fueron a ver la Alhambra a la luz de la luna y, después de esta visita, en una carta a Dent, JB corrigió su inicial impresión negativa: «Ahora me doy cuenta de que es el tipo de arquitectura que está pensada para ser contemplada a la luz de la luna». La luna estaba menguante y JB la describió como de «una luz intensa y extraña, ahora violácea, ahora verdosa, nunca blanca». De pronto, comprendió que «la atmósfera de la Alhambra de noche es la misma atmósfera de la ópera». Un hombre que caminaba despacio bajo los arcos con una linterna era «la misma figura de innumerables óperas, y me ha demostrado que para entender la Alhambra como lo hace el señor Falla hay que recibirla con el mismo ánimo con el que se va a un teatro de ópera. [...] La gran mayoría de las obras arquitectónicas están concebidas para el día. [...] La Alhambra se construyó para

<sup>74</sup> El compositor y guitarrista granadino Ángel Barrios (1882-1964) compuso la ópera *El Avapiés* junto con Conrado del Campo, músico, profesor y director de orquesta, además de compositor. El padre de Ángel Barrios, Antonio Barrios Tamayo, era un carismático *tocaor* y *cantaor*, gran amigo de Manuel de Falla, y uno de los asistentes a la famosa tertulia «El Rinconcillo», en la que participaron en distintos momentos Federico García Lorca, Melchor Fernández Almagro, Fernando de los Ríos, Hermenegildo Lanz, Andrés Segovia y los propios Ángel Barrios y Manuel de Falla, entre muchos otros.

ser vista de noche. [...] La luz de la luna y el arte nazarí ganan mucho cuando se dan la mano». JB estaba encantado con su experiencia española y, en la posdata de su carta a Dent del 15 de septiembre, incluyó un ocurrente elenco para una representación del Misterio de Elche: cuatro apóstoles, Clive Bell y los Strachey.<sup>75</sup>

La esencia de estas experiencias tan intensas queda resumida en el propio lirismo de sus descripciones, especialmente la de su primera e inolvidable salida con Manuel de Falla por Granada «una tarde tormentosa de septiembre, en “Villa Carmona”, en la colina de la Alhambra». Estas vivencias dejaron en él una huella imborrable, hasta el punto de que las reprodujo una y otra vez en muchos de sus textos y nos las contaba de viva voz a mí y a otros estudiantes, sentados en el suelo de las antiguas habitaciones de Charles Darwin en el Christ’s College que JB ocupaba entonces, mientras en el gramófono sonaba alguna composición de Falla y JB permanecía sentado con las piernas cruzadas y abrazado a un cojín, transportado de nuevo por la magia del recuerdo y de la música.

Aquella primera tarde estuvo teñida de un toque otoñal:

<sup>75</sup> Arthur Clive Bell (1881-1964) fue un crítico de arte inglés y uno de los iniciadores del grupo de Bloomsbury, junto con Roger Fry y Leonard Woolf, esposo de Virginia Woolf. Los Strachey a los que Trend se refiere aquí son el escritor y biógrafo Lytton Strachey (1880-1932), que, al igual que Clive Bell, estudió en el Trinity College de Cambridge, y a su tercera esposa, la pintora y decoradora Dora Carrington (1893-1932), ambos asociados también al grupo de Bloomsbury. Finalmente, los «cuatro apóstoles» es una alusión a los «Apóstoles de Cambridge», una sociedad secreta de la élite intelectual de dicha universidad que captaba a sus miembros principalmente en el King’s College y en el Trinity College, entre ellos al mencionado Lytton Strachey y a otras figuras destacadas como Bertrand Russell, E. M. Forster, John Maynard Keynes o Ludwig Wittgenstein.

Las copas de los olmos del duque de Wellington<sup>76</sup> cabeceaban con un fuerte viento y el granado bajo el que cenábamos dejaba caer granos sobre el mantel envueltos en su deliciosa y pegajosa piel. Súbitamente descargó un aguacero, y cada cual cogió su pan, su plato y su vaso y corrió hacia la casa. Nunca he comprendido tan bien las posibilidades de una situación romántica como cuando pisé ligeramente un membrillo podrido que yacía en el sendero del jardín. Don Manuel de Falla describió todo el episodio como una mezcla de *La soirée dans Grenade* y *Jardins sous la pluie*<sup>77</sup>, aunque el escenario era mucho más español de lo que Debussy hubiera podido imaginar, ya que su conocimiento de Granada procedía de los libros y postales de la Alhambra que Falla le había mostrado.

Ahora sí podía decirse que éstas eran auténticas «Noches en los jardines de España»<sup>78</sup>. Fue Falla quien introdujo a JB en la música y las guitarras de Granada, «no tanto en las canciones populares» como «en la música culta que se interpreta en las casas y los jardines privados».

Para JB, su *soirée dans Grenade* más memorable tuvo lugar una noche después del concierto de un trío de guitarra, laúd y bandurria en honor del maestro Falla, en el que se interpretaron piezas de Albéniz, Barrios, Debussy y del propio Falla. «El gran encanto de un trío de instrumentos “tañidos”

<sup>76</sup> Trend se hace eco aquí (y lo repite más adelante) de la infundada «creencia, repetida hasta la saciedad en libros y guías, de que fueron los duques de Wellington quienes plantaron los famosos olmos de la Alhambra» (Ian Gibson, «El bosque de la Alhambra», *El País*, 5 de agosto de 2003).

<sup>77</sup> Dos de las tres piezas para piano que integran la obra *Estampes* compuesta en 1903 por Claude Debussy. La tercera lleva por título *Pagodes*.

<sup>78</sup> Pieza musical para piano y orquesta compuesta por Falla entre 1909 y 1915 y estrenada el 9 de abril de 1916 en el Teatro Real de Madrid por el pianista José Cubiles y la Orquesta Sinfónica de Madrid, bajo la dirección de Enrique Fernández Arbós, en un concierto que también incluía *El amor brujo*. La obra está estructurada en tres movimientos que evocan diferentes jardines españoles: *En el Generalife*, *Danza lejana* y *En los jardines de la sierra de Córdoba*.

—escribió JB— es que consigue que la música sea tan clara y transparente como cuando Scarlatti suena en un clave». Fue en esta mágica ocasión cuando JB conoció al gran poeta Federico García Lorca, con quien también entablaría una estrecha relación de amistad.

Después del concierto, la fiesta continuó en un carmen<sup>79</sup>, una finca con jardín situada en la parte alta de la ciudad. Era un lugar encantador: el jardín en pendiente estaba bordeado de altos y delgados cipreses y las terrazas de piedra cubiertas con macetas, enredaderas, naranjas, granados y membrillos que producían olores que acompañaban el tenue sonido del agua. Los músicos volvieron a tocar parte del programa, ocultos a la vista y cerca de un estanque para conseguir una mejor acústica. «Aquí, “en medio de las extrañas delicias”<sup>80</sup> del jardín —anotó JB—, me di cuenta de cómo las posibilidades expresivas y musicales de la guitarra, el laúd y la bandurria se engrandecen y se vuelven inimaginablemente mágicas al aire libre». Luego subieron a otra terraza, justo por encima del tejado y los cipreses, y desde allí contemplaron «la espalda curvada de Sierra Nevada, la misteriosa silueta de la colina de la Alhambra y sus palacios, el violeta verdoso de las paredes blancas bañadas por la luz de la luna y los reflejos rosados de las ocasionales farolas mientras se oía el lejano repique de las campanas que regulan el riego, el suave murmullo del agua cayendo».

Pedimos a gritos que tocaran a Falla. Y cuando los músicos tocaron hasta quedar exhaustos, un poeta recitó con voz sonora

<sup>79</sup> En español en el original.

<sup>80</sup> Es posible que la cita proceda de *Berceuse*, una melodía de la pianista y compositora francesa Augusta Holmès (1847-1903) sobre un poema escrito por ella misma. La melodía fue traducida al inglés por el compositor inglés Clifton Bingham (1859-1913) con el título de *Slumber Song*.

una oda a la ciudad de Granada. Su voz se elevaba a medida que se sucedían las imágenes y su pasmoso torrente verbal caía sobre la quietud. Qué importa, concluyó, que la antigua gloria de la Alhambra sea cosa del pasado si aún es posible vivir noches como ésta, iguales, si no mejores, que cualquiera de las *Mil y una noches*. Terminó el poeta y «el silencio regresó suavemente»<sup>81</sup>. Entonces un reloj dio las cuatro y bajamos dando traspies hacia la ciudad por la cuesta de incómodos adoquines para subir después hasta la Alhambra bajo los olmos del duque de Wellington.

El poeta que había recitado la loa a la Alhambra era Federico García Lorca. JB reviviría esa noche en repetidas ocasiones, tanto en sus escritos como en sus recuerdos, una noche descrita con una prosa tan evocadora que hace que el lector sienta como si también hubiera estado allí.



En octubre, JB visitó Sevilla y seguidamente Toledo. La primera carta de Falla a JB, que sería el inicio de una copiosa correspondencia mantenida por ambos a lo largo de muchos años, fue una breve nota manuscrita en francés fechada el 23 de noviembre de 1919 a la que el músico adjuntaba una carta de recomendación para una visita de JB a El Escorial.<sup>82</sup> Antes de regresar al Reino Unido, JB pasó varias semanas en

<sup>81</sup> Cita del poema «The Listeners», de Walter de la Mare.

<sup>82</sup> La correspondencia entre Falla y Trend aparece recopilada en *Manuel de Falla-John B. Trend. Epistolario (1919-1935)*, edición, presentación y notas de Nigel Dennis, Granada, Universidad de Granada/Archivo Manuel de Falla, 2007. La breve nota manuscrita a la que alude la autora se reproduce en la página 39 de ese epistolario y dice así: «Mr. John Brande Trend / Mon cher ami, / Voici la lettre pour le P[ère] Cortázar. / Je vous souhaite un beau séjour à l'Escorial et vous serre la main bien cordialement. / Manuel de Falla». Todas las citas en español de la correspondencia entre Falla y Trend que se mencionan a lo largo de este libro proceden de dicha edición y, salvo algunas correcciones mínimas, en general se han respetado las peculiaridades léxicas y gramaticales de un Trend que todavía está aprendiendo la lengua.

Madrid, que parecía «desgarrada por intrigas musicales al igual que Cambridge». De esta manera, sin saberlo, anticipaba una situación a la que tendría que enfrentarse años más tarde en el Departamento de Español de Cambridge.

La mayoría de sus cartas a Dent de esa época hacían referencia a su temor a que Falla acabara relacionándose en Inglaterra con el grupo equivocado de músicos y críticos musicales a través de Adolfo Salazar, su principal defensor en la prensa, crítico musical de *El Sol* y corresponsal de la British Musical Society. Entre otras cosas, los miembros de dicha sociedad habían convencido a Salazar de que Vaughan Williams «estaba bastante alejado de la “línea actual” de la música inglesa», una falacia que JB se encargó rápidamente de desmentir. También descubrió que Salazar nunca había oído hablar de Delius, aunque «(al menos) ha tenido el buen juicio de darse cuenta de la importancia de Falla». Más adelante, añadía: «Falla está [...] convencido de que eres el único crítico en Londres que sabe algo de música. Nadie más parece haber dicho nada sobre la música del *Sombrero de tres picos*. Y él confía en ti, a pesar de que Salazar le ha traducido mal tus palabras [...] haciéndole creer que habías dicho que “[Falla] piensa su música al piano” en lugar de “trata a su organista como si fuera un pianista”». También hay muchas cartas sobre posibles futuros encargos, reseñas, etc., para Middleton Murry.

El día de Navidad, JB cayó enfermo por la terrible gripe española que estaba diezmando la población de una Europa asolada por la guerra. Sin embargo, sus palabras transmitían buen humor: «Buen lugar para cogerla [...] la receta del médico dice: “tómese con café caliente”. [...] Siempre he estado dispuesto a vender mi alma por un café caliente». Falla iba a visitarlo y siempre le decía «mañana» refiriéndose a la fecha

de su partida. El propio JB tenía que volver al Reino Unido, pero seguía muy afectado por la gripe. Su principal preocupación era establecer unos vínculos sólidos entre Dent y Falla, así como con el grupo de músicos españoles con los que él mismo había entablado una relación muy estrecha durante su breve estancia en España.



Así pues, el año de 1919 marcó un punto de inflexión en la vida de JB. En pocos meses no sólo hizo importantes descubrimientos sobre la música española, sino que se empapó de la cultura, la historia y la política del país, y entabló amistades de por vida con miembros de la élite intelectual de España, además de mezclarse con la gente de la calle y disfrutar de las tradiciones populares y el folclore. Su éxito se debió tanto a su capacidad intelectual, su profundo conocimiento musical y su curiosidad insaciable como a un rasgo muy especial de su carácter para el que en castellano existe un término muy expresivo y sugerente que desafía cualquier posible traducción al inglés: «don de gentes», una cualidad que va mucho más allá de la capacidad de llevarse bien con la gente, o ser encantador en el trato. Más bien se trata de la habilidad innata e indescriptible para hacer que la gente se acerque a ti y te haga parte de su vida.

Sin duda, España y los españoles acogieron a JB en sus corazones, y él entregó el suyo a ese país mágico y profundamente misterioso. Su rumbo había quedado trazado para el resto de su vida.

## UN ACADÉMICO ERRANTE EN UNA NUEVA EDAD DE ORO

Durante aproximadamente una década después del primer encuentro embriagador con España, la vida de JB avanzó por dos caminos que a menudo se entrecruzaban: su relación con Edward Dent y su creciente implicación con España y con los protagonistas de la revolución cultural que se estaba fraguando en este país en los años veinte. Esta dualidad hizo que Dent y él pasaran largas temporadas separados. El musicólogo estaba ocupado en sus obligaciones académicas en Cambridge, que aumentaron tras hacerse cargo de la cátedra de Música en 1926, y que hubo de combinar con una vida muy activa entre Londres y sus viajes por Europa, sobre todo a Alemania e Italia. A su vez, JB siguió realizando frecuentes y a menudo prolongadas visitas a España. Cada uno de ellos se mantuvo profundamente implicado en la vida del otro a través de extensas cartas que han llegado hasta nuestros días y que ofrecen una imagen única de lo que ocurría en el mundo de las letras y de la música tanto en Inglaterra como en España.

Su relación parece haber sido inquebrantablemente sólida, aunque abierta a escauceos puntuales que se intuyen, pero que nunca se desvelan del todo. En su correspondencia, a menudo mencionaban lo mucho que se echaban de menos, aunque eran especialmente cautos con las expresiones de afecto por motivos evidentes en una época en la que la intolerancia hacia la homosexualidad estaba muy extendida y la mano dura de la ley siempre andaba cerca. Aun así, en una de sus cartas JB se atrevió a escribir que no podía imaginar nada mejor que desayunar con Dent todos los días durante el resto de su vida, y éste, por su parte, confesó: «Siempre te estoy deseando y echando de menos».

Cuando JB estaba en Inglaterra, ya fuera en Cambridge o en Londres, Dent solía andar por algún otro lugar de Europa. Ninguno de ellos era reacio a manifestar el atractivo de los hombres jóvenes que conocían en el curso de sus viajes ni a informar al otro. El 28 de junio de 1922, Dent escribió desde Italia: «Debo de estar haciéndome muy mayor, porque ya no me enamoro de cualquiera que conozco. Me parece que se han rebajado mucho los parámetros de belleza y no me gusta nada la moda de los bigotes pequeños ni el peinado a lo *quattrocento*, por maravilloso que resulte a veces, con esas ondas que difícilmente pueden ser naturales. Algunos jóvenes se cortan el pelo demasiado cerca del cuello y se lo ahuecan con las manos como si fuera un penacho de heráldica alemana. Resulta ridículo con la ropa moderna».

Por su parte, en marzo de 1923, JB viajó en tren a Madrid junto a un joven que no era «en absoluto desagradable», y se enfadó mucho «cuando una estudiante de Cambridge se subió al tren en Burgos». Desde Teruel, el 22 de mayo de 1925, JB escribió: «El Hotel Europa ha mejorado muchísimo [...] y el subdirector definitivamente es muy elegante». La referencia más interesante es la del 25 de mayo de 1924: «El acontecimiento de la semana ha sido *Romeo* en el Regent Theatre. El joven Gielcud<sup>83</sup> es muy atractivo (aunque todavía no sé deletrear su nombre)». John Gielgud estaba dando los primeros pasos de su brillante carrera.

Dent solía ser bastante desagradable con las mujeres que conocía, y JB, que más adelante siempre sería muy amable con sus alumnas en Cambridge, también tenía algún que otro comentario mordaz. El 18 de agosto de 1923 escribió desde el

<sup>83</sup> En realidad se refiere a John Gielgud (1904-2000), actor y director de teatro inglés que, junto con Ralph Richardson y Laurence Olivier, dominó la escena teatral británica durante buena parte del siglo XX.

United University Club de Londres: «Echo de menos a Francisco; la comida nunca sabe igual cuando te la sirven con malos modos las mujeres».

A pesar de sus escauceos, JB y Dent estaban claramente muy unidos, y de no haber sido por los largos periodos de separación, nunca habríamos disfrutado de su extraordinaria correspondencia. En sus largas cartas, siempre llenas de detalles, van relatando cada momento de sus vidas, ambas repletas de descubrimientos y excitantes experiencias. Compartían la pasión por la música y, aunque la naturaleza de sus proyectos era distinta, a menudo encontraban elementos comunes en su trabajo. Intercambiaban ideas y partituras, se ayudaban mutuamente con las traducciones, y comparaban sus impresiones sobre obras e interpretaciones musicales. Muchos de estos intercambios de ideas sobre cuestiones relacionadas con la música eran de gran erudición. Aunque Dent era el musicólogo reconocido, su antiguo protegido no le iba a la zaga y su mentor sin duda agradecía sus opiniones y su colaboración. Ambos practicaban una prosa cuidada y llena de muestras de ingenio. En sus cartas abundaban divertidos cotilleos, así como detalles escabrosos sobre sus conocidos, y a veces se regodeaban en revelar escándalos, que eran muchos y variados en los ambientes excéntricos y bohemios que solían frecuentar.

JB, mucho menor que Dent, seguía siendo el joven de la pareja. Se intuye que era el más reservado y retraído de los dos, pero Dent siempre se preocupó de ensalzar cada uno de sus logros y transmitirle los elogios de los demás. El 17 de julio de 1921, en una carta enviada desde Alemania, Dent citaba los comentarios de su amiga Frau Clara Ewald sobre el primer libro de JB, *A Picture of Modern Spain*: «No tenía ni idea de que Trend fuera tan listo: está claro que disimuló cuando lo conocí. En ningún momento dio muestras de su desbordante

inteligencia. Pero no se lo diga...». Poco después, en otra carta, Dent le decía que esperaba que esos comentarios no hubieran herido sus sentimientos, y añadía: «¡Debiste mostrarte inusualmente tímido con ella!». El propio Dent tuvo palabras de elogio y aliento en relación con otro libro posterior de JB sobre un compositor y vihuelista del Renacimiento: «He estado leyendo tu *Luis Milán*<sup>84</sup> con gran placer. Consigues condensar maravillosamente una enorme cantidad de conocimiento en un espacio muy pequeño y, a la vez, escribir un libro que desprende humanidad y está lleno de encanto. He oído [...] que Philip Heseltine<sup>85</sup> se deshace en elogios hacia él, un halago que siempre merece la pena recibir».

También se ayudaron mutuamente en sus carreras profesionales. JB hizo todo lo posible para recabar los apoyos necesarios para que Dent obtuviera la cátedra de Música en Cambridge. Años más tarde, Dent hizo lo propio por JB cuando éste se postuló como un candidato con escasas posibilidades para ocupar la primera cátedra de Español de dicha universidad, y siempre le aconsejó sobre los pasos que debía dar para progresar profesionalmente.

Resulta curioso que siempre parecieran estar al borde del desastre económico e hicieran constantes referencias al estado ruinoso de sus cuentas o se solicitaran el reembolso de la parte del alquiler que uno u otro había pagado. Dent tenía un sueldo oficial de 500 libras al año como catedrático, además de una pequeña renta privada y del dinero que obtenía por los derechos de sus libros. Durante la década de los veinte, las finanzas

<sup>84</sup> John Brande Trend, *Luis Milán and the Vihuelistas*, Oxford, Oxford University Press, 1925.

<sup>85</sup> Philip Arnold Heseltine (1894-1930), respetado crítico musical y compositor que firmaba sus propias obras con el seudónimo Peter Warlock, reservando su nombre real para sus reseñas y críticas, con las que contribuyó enormemente al desarrollo del periodismo musical.

de JB eran mucho más precarias. Ambos disponían de algún patrimonio familiar, pero JB dependía de los ingresos de sus publicaciones, y, como le dijo con pesar a Dent el 29 de marzo de 1924 para justificar la decisión contra su voluntad de no ir al extranjero ese año: «los meses dedicados a la investigación musical no son rentables». Ese mismo día se quejaba a Dent de que Leonard Woolf, el editor literario de *The Nation and Athenaeum*, parecía «no tener nada» para él y siempre daba el trabajo a otros, incluido un libro sobre la *Celestina*, que había encargado «a alguien que no sabe nada del tema». Entusiasta por naturaleza, JB pronto recuperaba el ánimo: «Sin embargo, todos, excepto Woolf, están convencidos de que no se puede hacer nada que tenga que ver con España sin contar conmigo». De hecho, apenas cinco años después de su primer viaje al país, ya era reconocido como una autoridad en música y literatura españolas, y como un consumado musicólogo. En ese momento, le llovían las ofertas para publicar artículos y libros.

En sus cartas, Dent mencionaba cada vez con más frecuencia sus contratiempos de salud, especialmente «problemas de estómago». Sin duda, eran los primeros síntomas de la úlcera de duodeno que tantos padecimientos le ocasionaría en sus últimos años. En octubre de 1924 fue ingresado en un hospital, para gran preocupación de JB, que en ese momento se encontraba en el extranjero. Con el paso de los años, el estado de salud de su amigo se convirtió en una inquietud constante. El 22 de mayo de 1930, JB describió desde Granada el «horror» que le había producido leer la última carta de Dent: «gripe, problemas estomacales y también problemas con la Internacional» (la Sociedad Internacional de Música Contemporánea de la que Dent era presidente). Le aconsejaba que preparara una escapada y le sugería varios destinos: Ginebra, Tánger, con él en julio y agosto, o quizá Mallorca.

«¿No podrías cancelar todas tus obligaciones [...] por motivos de salud?», le suplicaba; pero los numerosos compromisos de Dent se lo impedían.

Cuando JB estaba en el extranjero, Dent le describía con todo lujo de detalles su vertiginosa vida en los ambientes musicales, teatrales y operísticos de Londres, en cartas aderezadas a menudo con comentarios mordaces y críticas «vipéricas», como él mismo las describía, sobre algunos de los artistas y sus actuaciones. De hecho, Dent era popularmente conocido como «la Serpiente»<sup>86</sup>. El elenco de personajes famosos de la época que salpicaban sus cartas era inmenso y abarcaba tanto figuras bien conocidas entonces en el mundo de la música y la literatura, algunas ya olvidadas, como jóvenes promesas que empezaban a darse a conocer. La lista es demasiado larga para mencionarlos a todos, pero incluía algunos nombres que todavía resuenan en la actualidad: Vaughan Williams, William Walton, Clara Butt (a la que calificaba de maravillosa y con una voz prodigiosa, aunque añadía que «parecía un boxeador con minifalda»), Alfred Einstein (el musicólogo), Ferruccio Busoni, los Sitwell, John Middleton Murry, Katherine Mansfield, Eugene Goossens, Sergei Diaghilev, Thomas Beecham, Arthur Bliss, Lytton Strachey, Walford Davies y la señora Patrick Campbell.

Durante sus largos periodos en España, JB vivía indirectamente este mundo de fantasía a través de las cartas de Dent, pero cuando volvía a Inglaterra ambos lo disfrutaban juntos.

<sup>86</sup> Según Hugh Carey en el prefacio de su biografía sobre Dent, éste adquirió su apodo durante una actuación de *La flauta mágica* en 1911, cuando apareció en el escenario para informar de que una cantante no podía interpretar su papel, y de repente se oyó la voz aguda y emocionada de un niño que le preguntaba a su madre: «Mamá, ¿ésa es la serpiente?» (*Duet for Two Voices. An Informal Biography of Edward J. Dent Compiled from his Letters to Clive Carey*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pág. vii).

La amistad de Dent y su increíble lista de contactos le abrieron muchas puertas a su discípulo.



En España, JB fue ampliando sus horizontes y su propio círculo selecto de conocidos, que pronto se convertirían en amigos. Al igual que le ocurría a Dent con su círculo de amistades en Londres, JB consiguió relacionarse con los representantes más destacados de la nueva edad de oro y del renacimiento cultural español: músicos, pintores, poetas y escritores de muy distinta condición. Como ya hemos visto, el primero y más importante fue el compositor Manuel de Falla. Cuando JB lo conoció, ya era famoso en España, pero prácticamente desconocido en Inglaterra. Entre las numerosas composiciones que Falla ya había terminado se encontraban *Noches en los jardines de España*, *Siete canciones populares españolas*, *El amor brujo* y *El sombrero de tres picos*. Para muchos críticos, las obras del maestro eran la encarnación de un nuevo acercamiento a la composición musical, a un tiempo modernista y genuinamente español. Para otros, sus innovaciones y armonías sincopadas resultaban sumamente controvertidas.

JB y Falla congeniaron desde el primer momento, reconociéndose mutuamente como espíritus afines. Como se ha indicado en el capítulo anterior, también ellos mantuvieron una extensa correspondencia a través de tarjetas postales, cartas y telegramas que se prolongarían durante dieciséis años. Sus primeros intercambios epistolares fueron breves y formales, pero pronto el tono se volvió más animado a medida que avanzaba su amistad. Sin embargo, durante todo ese tiempo, siempre se trataron de usted y el encabezamiento de sus cartas solía ser un «mi buen amigo», «mi estimado amigo» o incluso «mi distinguido amigo». La práctica totalidad de las cartas estaban

escritas en español, las de JB a veces con errores ortográficos y gramaticales, y muchas tachaduras, a pesar de que entonces ya tenía un dominio razonablemente fluido del idioma.

Como ya se ha mencionado, la primera muestra que se conserva de su correspondencia es una nota manuscrita de Falla que acompañaba a una carta de recomendación para una visita de JB a El Escorial en noviembre de 1919.<sup>87</sup> A su vez, la carta manuscrita de JB a Falla del 16 de enero de 1920 era una misiva en la que le recomendaba a Adrian (más tarde, sir Adrian) Boult, y que éste entregó personalmente a Falla. Boult ya había dirigido *El sombrero de tres picos* en Londres y quería tratar con Falla la posibilidad de dirigir también *Noches en los jardines de España* en la capital inglesa, con el propio Falla al piano. Desde el principio, JB empleó su infinita energía y su entusiasmo para dar a conocer la figura y la música de Falla en Inglaterra y asegurarse de que fuera interpretada por los mejores músicos y directores de orquesta.

En su carta al compositor desde París del 19 de enero de 1920, JB se disculpaba por no haber podido reunirse con él en la capital parisina y por no haberle escrito antes. Nada raro en él, JB había perdido el papel con su dirección y sólo logró acordarse de «Avenue Kléber», pero no del número, con lo que le fue imposible localizarlo. Además, empapado por la lluvia, tomó un tren de París a El Havre sin calefacción, lo que le provocó un fuerte resfriado que, ya en Londres, lo mantuvo en cama durante varios días. Para colmo, había tenido que redactar algunos obituarios sobre el novelista español Benito Pérez Galdós. Tras estos preliminares, JB pasaba a elogiar a Boult y a señalar que tanto Dent como él mismo esperaban

<sup>87</sup> Como ya se ha indicado, esa nota manuscrita de Falla se reproduce en *Manuel de Falla-John B. Trend. Epistolario (1919-1935)*, cit., pág. 39.

que Falla pudiera dar algunos conciertos en Londres, sin orquesta, e interpretar, por ejemplo, música española para piano de los siglos XVIII y XX, incluidas sus propias composiciones, en una sala pequeña como el Wigmore Hall. JB le aseguraba que había cantantes que podían cantar en español y para animarlo aún más a ir a Inglaterra, añadía que Dent, que había estudiado en profundidad la presencia de *Don Juan* en la música y estaba considerado como una destacada autoridad en Mozart, tenía mucho interés en conocerle y en compartir con él algunas ideas sobre música.

A pesar de todos estos halagos y de demostrar un vivo interés en el viaje, Falla no pudo desplazarse a Londres en esta ocasión. Durante los meses siguientes, JB y el compositor intercambiaron un sinnúmero de tarjetas postales, aunque parece que no llegaron a verse en persona. Mientras tanto, JB seguía con su búsqueda de música antigua española por los rincones más recónditos del país. Una postal del 20 de octubre de 1920, escrita en su peculiar español de entonces, ofrece una perspectiva interesante de las condiciones de su periplo: «El viaje está muy bien. Sobre todo, entre Bézna y Motril, y Motril y Nerja. La dificultad consiste en la fonda de Motril, donde hay poca limpieza y muchos mosquitos. Un señor me llevó en su coche hasta Almuñécar [...], donde hay una fonda regular y bien situada frente al mar. La mañana siguiente tomé un auto (camión) cargado de frutas secas hasta Málaga; [...] éste sale de Motril a las siete de la mañana; hay dos asientos buenos en la delantera. Los otros no son gran cosa». JB siempre fue un viajero intrépido, con una gran capacidad de aguantar (e incluso de disfrutar) las condiciones más primitivas en su búsqueda de tesoros musicales ocultos.

En mayo de 1921 Falla viajó finalmente a Londres para participar en una serie de conciertos organizados por el director

de orquesta Edward Clark sobre compositores británicos e internacionales. JB se encargó de atenderle espléndidamente, le mostró los lugares de interés y juntos visitaron al historiador Salvador de Madariaga. La estancia de Falla en Londres fue todo un éxito. En una carta del 23 de agosto, JB le contó que mucha gente pensaba que otros compositores modernos harían bien en seguir su ejemplo y su estilo compositivo, y que Dent, que lo había conocido durante su visita a Londres, era un gran admirador de su música.

En España, el principal acontecimiento de 1922 fue la celebración del primer Concurso de Cante Jondo, que tuvo lugar en Granada los días 13 y 14 de junio, coincidiendo con la festividad del Corpus Christi. Falla fue uno de los principales impulsores del certamen, junto con su joven amigo Federico García Lorca. Para poder llevar a cabo el evento, reunió a su alrededor un impresionante elenco de músicos y artistas que, en una carta remitida desde el Centro Artístico en febrero de 1922, solicitaron de forma colectiva la ayuda económica del Ayuntamiento de Granada. Entre el nutrido grupo de firmantes se encontraba el propio JB, quien por esas fechas recibió una carta de Falla en la que éste declaraba que su intención con la celebración del concurso era «purificar y revivir el maravilloso *cante jondo*, que no debe confundirse con el *cante flamenco*, que es una degeneración y casi una caricatura del mismo». Falla consideraba importante contar con el apoyo de los intelectuales ya que, en su opinión, la generación del 98, con su interés por la modernización y la transformación de España, había provocado el declive del antiguo y tradicional arte del *cante jondo*.

En su libro *Manuel de Falla and Spanish Music* (1929), JB también se esforzó en distinguir entre la pureza del *cante jondo* y el *cante flamenco* más popular, que es lo que habitualmente se muestra a los turistas. En una nota a pie de página

JB explicaba que «“hondo” (pronunciado localmente como “jondo”, con una “h” fuertemente aspirada) significa profundo, el cante de las profundidades, del sentido trágico de la vida, de las cárceles y los prostíbulos».

JB asistió al festival como corresponsal de *The Times* y de otras publicaciones. Debió de ser una ocasión mágica, celebrada en el recinto de la Alhambra a la caída de la tarde. Asistieron unas cuatro mil personas, sin que una climatología más propia de Inglaterra que de España pareciera importarles. La alta sociedad granadina se mezcló con la gente común, y los cantantes populares con los gitanos, que habían conservado la tradición del *cante jondo*. JB describió gráficamente la escena en un artículo para la revista londinense *The Nation and Aethnaeum* titulado «A Festival in the South of Spain»: «Allá donde dirigiéramos la mirada nos encontrábamos con elegantísimas figuras envueltas en alegres mantones de flores y con altas peinetas en la cabeza [...], mientras que muchas otras se habían colocado las sedas y satenes de tiempos pasados, y aparecieron vestidas a la moda de los años treinta y cuarenta: la España de Prosper Mérimée y Théophile Gautier, de Borrow y de Ravel». Ésta era la España que JB siempre se esforzaba en distinguir de la imagen más populista de *Carmen* y las castañuelas.

La estrella del espectáculo fue un anciano, Diego Bermúdez Cala, más conocido como el Tenazas: a sus setenta y dos años había recorrido casi ciento sesenta kilómetros a pie para llegar hasta Granada. JB siempre recordaría esta actuación, que hizo contener la respiración al público asistente, y a menudo deleitaba a sus estudiantes de Cambridge con emocionadas descripciones del cante apasionado de aquel hombre y de su efecto casi catártico en quienes lo escucharon.

En una carta del 26 de junio de 1922 dirigida a Falla tras la finalización del concurso, JB lo describió así:

... una ocasión magnífica para todos los que quieren sentir la belleza musical del cante primitivo andaluz, y una guía de los senderos que se pueden seguir (¿verdad?) en la música moderna. Tenemos (como me ha dicho usted también) que recobrar la libertad rítmica y melódica de los tiempos anteriores a Bach. Granada es, para mí, la escuela donde nosotros los extranjeros debemos acudir para sentir la belleza del *cante jondo*, y sus efectos armónicos (tan maravillosamente modernos, muchas veces) con la brillante claridad de sonidos de la guitarra; y es usted el gran Maestro de todas estas cosas, el Maestro (¡como se decía una vez de no sé qué sabio chinés!), «El Maestro y modelo de diez mil generaciones».

Encantado como estaba con la música, a JB le enfureció la presencia y las actividades de un tal Leigh Henry que había llevado al festival a un grupo de cantantes ingleses con la intención de establecer un vínculo entre el *cante jondo* y la canción popular inglesa. JB había aconsejado vehementemente a Falla que no le prestara la más mínima atención a Henry, ya que las canciones que había llevado al festival «no representan ni la música moderna inglesa ni las canciones populares tradicionales, dos cosas (según parece) de las que él no sabe nada». Lo despreciaba como compositor y como crítico, y llegó a acusarlo de hablar mal en Granada de sus amigos, algunos de ellos vivos, otros muertos en la guerra. JB estaba «tan furioso que quisiera pegarle unos tiros», e intentó convencer a Falla de que «esa raza de comerciantes musicales no valen nada y no representan nada», y de que sus alabanzas le perjudicaban más que le ayudaban. Según le contó a Dent en una carta del 21 de junio de 1922, el propio Falla estaba muy incómodo con esta aparición tan inoportuna y se sintió aliviado con la llegada de JB: «¡Me alegra tanto que haya venido usted! Estoy muy preocupado con este concurso, con los jurados, las intrigas, la política, y ahora ¡estos cantantes ingleses!».

Afortunadamente, Leigh Henry y su cantante inglesa, Ursula Greville, cuyo comportamiento JB describió como el de «una cabaretera», llegaron demasiado tarde para concursar. No fueron los únicos comentarios fulminantes de JB sobre el crítico inglés en esa larga carta: «Leigh Henry se fotografió con Falla, pero hizo el ridículo de un modo increíble. Lo mejor vino al día siguiente, cuando le presentaron a la hija de Ignacio Zuloaga y a una amiga suya francesa. La señorita de Zuloaga se limitó a hacer una inclinación; su amiga le ofreció la mano y Leigh Henry se la besó torpemente y, al hacerlo, se le cayeron las gafas. Todo el mundo se dio la vuelta para reírse a carcajadas». JB añadía:

«Leigh Hunt<sup>88</sup> [...] se ha puesto en ridículo ante todo el mundo. [...] Todas están enamoradas de un inglés encantador (que se comporta como si estuviera en King's College), Carlos Montagu Evans<sup>89</sup>, que habla un español maravilloso y, sin embargo, es una criatura rubia, de ojos azules y piel clara, un colegial encantador que dice exactamente lo que piensa. [...] Desde el primer momento me llamó “Querido” y me preguntó: “Pero ¿quiénes son estos músicos?”. Le contesté que, por un lado, hacían publicidad para una tienda de música, de la que Leigh Henry era su fiel comercial, y, por otro, conspiraban contra el Oxford y el Cambridge que tú representas».

JB siguió trabajando con ahínco para dar a conocer la música de Falla en Inglaterra. Por ejemplo, en septiembre de 1923 organizó un recital con las canciones de Falla en el Oxford and

<sup>88</sup> Trend cambia el apellido de Henry por «Hunt» (caza) con un propósito deliberadamente satírico.

<sup>89</sup> Charles Montagu Evans era uno de los estudiantes británicos que estaban como becarios en la Residencia de Estudiantes. Gracias a su intervención, H. G. Wells pronunció su primera conferencia en la Residencia en marzo de 1922. Ese año, Montagu Evans también visitó Granada, donde participó en la tertulia del Rinconcillo en el Café Alameda y tradujo al inglés algunos folletos del primer Concurso de Cante Jondo. Más tarde sería jefe de estudios del Departamento de Español de Eton College.

Cambridge Club de Londres, interpretadas por su amigo el tenor Clive Carey, al que él preparó personalmente. En esto tuvo un cuidado exquisito, ya que, como le explicó a Dent, «en todo lo que tiene que ver con Falla, y también con otras canciones españolas, la letra es la que transmite el sentido de la canción, y hay que conseguir que las palabras *lleguen* hasta el público del fondo de la sala, aunque no entiendan español». También advirtió a Newton, el pianista, que no debía «acelerar los tempos y estropear el ritmo».

Sin embargo, los mayores esfuerzos de JB se centraron en la obra más reciente de Falla, una ópera para marionetas titulada *El retablo de maese Pedro*. Se trata de un ambicioso proyecto basado en un episodio de la segunda parte del *Quijote*. En el transcurso de sus andanzas, el caballero andante y su fiel escudero, Sancho Panza, se alojan en una posada donde aparece un titiritero con su teatro de marionetas y el posadero lo invita a ofrecer una función en el establo. En la obra que representa maese Pedro con sus títeres se cuenta la historia de don Gaiferos y la sin par Melisendra, un viejo romance español sobre una princesa cristiana cautiva de los moros en España y rescatada por un caballero de la corte de Carlomagno. El titiritero permanece oculto detrás de su teatrillo mientras un ayudante va contando la historia antes de cada escena, en una mezcla de canto llano y de pregón.

Don Quijote, que no está loco, sino que simplemente ha perdido la cabeza con el tema de la caballería, escucha con atención, interrumpiendo de vez en cuando al muchacho para puntualizar algún detalle. Éste es, además, reprendido por maese Pedro por adornar en exceso sus declamaciones. Se produce entonces un altercado entre maese Pedro y don Quijote, quien al final se ve superado por su obsesión: el espectáculo de títeres se torna para él en el mundo real cuando un grupo de

jinetes moros sale en persecución de los amantes cristianos. Espada en mano, el hidalgo salta y ataca a los títeres, convertidos ahora en verdaderos moros en su imaginación, y no se detiene hasta acabar con todos ellos y, de paso, arruinarle el negocio a maese Pedro; don Quijote queda convencido de que ha salvado a Gaiferos y a Melisendra de un destino cruel.

En algún momento de 1919 o 1920, la princesa de Polignac, una ilustre mecenas parisina, había encargado a Falla la composición de una ópera para su teatro de marionetas. El proyecto se convirtió en un tema de conversación recurrente entre el compositor y JB durante el otoño de 1920. Después de pasar largas horas trabajando en la ópera, solían salir a pasear juntos por los alrededores de Granada, y por la tarde iban a escuchar a Ángel Barrios interpretar música andaluza a la guitarra. Su trabajo se vio interrumpido en varias ocasiones, primero por las giras de conciertos, incluida la visita de Falla a Londres en 1921, durante la cual el compositor ejecutó la parte solista de sus *Noches en los jardines de España*, y, posteriormente, por el Concurso de Cante Jondo de Granada. Por fin, el 23 de marzo de 1923, justo antes de Semana Santa, se estrenó en Sevilla una versión de concierto del *Retablo*, que más tarde se representaría en París con los magníficos títeres de la princesa de Polignac.

Aunque el *Retablo* estaba pensado para una pequeña orquesta de unos veintitrés músicos y un teatro de marionetas dispuesto en un gran salón como el de la princesa, la primera vez que se presentó en público fue en Inglaterra durante la celebración del Festival de Ópera de Bristol en 1924. En dicha función, los títeres que representaban personajes reales fueron sustituidos por actores y las partes cantadas fueron interpretadas por conocidos cantantes londinenses. Estuvo dirigida nada menos que por los maestros Adrian Boult y Malcolm Sargent.

Las cartas intercambiadas por JB y Falla entre 1923 y 1924, que giraban principalmente en torno a esta producción del *Retablo*, dejan entrever el creciente tono de amistad y confianza mutua. La aportación de JB fue doble: por un lado, hizo posible la representación del *Retablo* en Bristol, gracias a los muchos contactos que tanto él como Dent tenían en los ambientes musicales y teatrales; y, por otro, se hizo cargo de la traducción del texto de la obra al inglés. En ese momento, JB estaba traduciendo algunos poemas españoles, prestando siempre especial atención a cómo se transmite el sentido original del texto, en lugar de limitarse a una mera interpretación literal. Este mismo enfoque fue el que utilizó para la traducción del *Retablo*. Para ello, tomó como punto de partida la traducción histórica del *Quijote* realizada por Thomas Shelton, iniciada en vida del propio Cervantes y terminada en 1620, cuatro años después de su muerte. JB admiraba profundamente el trabajo de Shelton y, en su opinión, el uso del mismo vocabulario de la época contribuiría, según aseguró a Falla, a reflejar el ambiente del momento. JB se esforzó igualmente en mantener el fraseo y los patrones rítmicos de la partitura. Falla, perfeccionista por excelencia, revisó la traducción con todo el cuidado que su inglés le permitía y detectó algunas omisiones. Intercambiaron opiniones precisas sobre el tamaño de las marionetas y estuvieron de acuerdo en que fueran actores en lugar de títeres los que representarían a los personajes reales de la obra. Inicialmente, contemplaron la posibilidad de que los actores llevaran máscaras, pero al final lo descartaron por resultar poco práctico.

Paralelamente, JB se embarcó en la traducción del *Buscón* de Quevedo, al tiempo que seguía redactando numerosos artículos para distintas revistas, algunos de los cuales también enviaba a Falla.

El 9 de noviembre de 1923, JB propuso con gran emoción a Falla que se reuniera con él en Londres para asistir a un concierto de música de vanguardia organizado por la British Music Society, en el que se iban a interpretar algunas de sus *Siete canciones*. JB incluso le esbozó un detallado itinerario que incluía Southampton (su lugar de nacimiento, que, según él, merecía la pena visitar), Salisbury, Bristol, Bath, Wells, Gloucester y, finalmente, Cambridge, donde Dent estaría encantado de recibirlos en su casa. El compositor no pudo aceptar esta invitación, y en una carta del 26 de noviembre JB le confesó que el concierto había resultado «un gran desengaño», a excepción de la música de Falla, y le contó la anécdota de una señora sentada cerca de él que exclamó: «Esa musicuilla es una tontería absoluta. De verdadera música no hay aquí otra cosa que las canciones de Falla».

En su respuesta, Falla se lamentaba de no haber podido viajar a Inglaterra (parece que sus problemas de salud habían tenido algo que ver), pero expresaba la esperanza de lograr ir a Londres en junio de 1924, si se conseguía organizar una audición en formato de concierto del *Retablo* que él personalmente dirigiría. Sobre este último punto, su carta del 26 de febrero de 1924 era muy firme: «Desde luego, no quiero que se haga *sin mí* la primera audición en Londres». El subrayado en *sin mí* muestra la gran importancia que el compositor concedía a la correcta ejecución de sus obras en todos los aspectos.

Desgraciadamente, este plan también acabó malográndose. Los preparativos para la primera representación del *Retablo* en Bristol siguieron avanzando. La obra formaría parte de un programa de otoño organizado por un amigo de JB, Philip Napier Miles, en el que también se incluirían la ópera en un acto de Vaughan Williams *Los pastores de las montañas*

*deliciosas*, el *Dido y Eneas* de Purcell, y *Markheim*, del propio Napier Miles. Sin embargo, para gran vergüenza de JB, los fondos disponibles eran escasos y a él le correspondió la desagradable tarea de informar a su amigo de que no podían pagarle el viaje desde Granada, aun cuando el propio JB se había ofrecido a aportar algunas libras de su bolsillo. En una larga carta a Falla fechada el 6 de mayo de 1924, intentó ver el lado positivo de esta situación: aunque él hubiera preferido que el compositor fuera a Bristol, quizá no era tan mala idea probar la ópera primero en Bristol con otro director y más tarde buscar una mejor ocasión en Londres para que el propio Falla pudiera dirigir su obra. Éste reaccionó con buen humor ante el contratiempo y al final fue el propio JB quien dirigió todos los ensayos para las representaciones de Bristol. Sería difícil encontrar una demostración más evidente de la confianza que Falla tenía en el talento musical de JB, y de la devoción que éste profesaba al compositor.

Falla le envió instrucciones precisas sobre la puesta en escena de la partitura y la interpretación de las canciones, y JB por su parte le mantuvo puntualmente informado de los progresos. En otra larga carta del 3 de octubre de 1924 le contó que estaba dirigiendo los ensayos a diario, y se permitió un comentario impropio de su modestia habitual: «Todos se vuelven a mí, ¡como si fuese yo mismo el compositor!». El 15 de octubre envió un telegrama lleno de satisfacción: «Retablo éxito grande. Felicitaciones. Saludos. Trend». Al día siguiente le resumió los detalles de todo lo ocurrido en una carta: a pesar de algunos errores en la primera noche, que describía con humor, la segunda representación resultó mucho mejor y fue un gran triunfo para Falla tanto entre el público como entre la crítica. La prensa se deshizo en elogios y, consecuentemente, el éxito en Londres estaba asegurado.

Pedro Morales, representante en Londres de la Sociedad Musical Española, se quejó de que a la función le faltaba «chic», a lo que JB respondió diciendo que «el “chic” es una cualidad que se aprecia muy poco en Inglaterra». A Morales también le parecía que «la barba de don Quijote no era bastante fantástica, el trujamán no estaba suficientemente andrajoso, el Sancho no era bastante gordo, etc.», pero JB añadía que entre los dos habían podido solucionar todo esto. El 21 de octubre, éste informó a Falla de que las últimas representaciones habían salido perfectas. Tal fue el éxito de público que tuvieron que añadir una función más a las inicialmente previstas y Napier Miles retiró su propia obra del programa para que esto fuera posible.

La mente ágil de JB ya estaba barajando nuevos proyectos y le preguntó a Falla sobre *La vida breve* y si se le había pasado por la cabeza componer una ópera cómica sobre George Borrow, uno de sus escritores favoritos<sup>90</sup>. JB desarrolló esta última idea en una carta que escribió a Dent el 28 de octubre de 1924, en la que se imaginaba la caracterización de Borrow como «el típico inglés de comedia, pero con algo de encanto quijotesco y algo de lord Byron».

Como JB ya anticipara, al triunfo del *Retablo* en Bristol le siguieron exitosas representaciones en Nueva York, Barcelona, Ámsterdam, Berlín y Zúrich. En la primavera de 1928 se presentó en un escenario privilegiado: la Opéra Comique de París. En comparación, tal y como JB admitió un año más

<sup>90</sup> George Henry Borrow (1803-1881), escritor, viajero, filólogo y traductor inglés cuyo espíritu aventurero lo llevó a hacer numerosos viajes por Francia, Alemania, Rusia, Portugal, España, Marruecos y Oriente, y a traducir más de treinta lenguas y dialectos que aprendía durante sus viajes. Sentía una especial afinidad por los pueblos gitanos de Europa, sobre los que publicó varias obras, incluido un diccionario de romaní. Sus andanzas por España entre 1835 y 1840 como vendedor de biblias quedaron reflejadas en su libro *The Bible in Spain* (1843), traducido al español por Manuel Azaña.

tarde en su libro *Manuel de Falla and Spanish Music*, la producción de Bristol fue «un divertimento más bien provinciano», pese a lo cual «consiguió que la obra se entendiera mejor, ya que tanto su calidad humana como sus valores puramente musicales llegaron a cada uno de los espectadores: un montaje sencillo y aparentemente poco sofisticado dirigido a un público heterogéneo y aparentemente poco sofisticado».

Durante los años siguientes, JB y Falla continuaron manteniendo el contacto a través de sus cartas, a veces espaciadas en el tiempo, pero siempre repletas de ideas y en las que la prosa a menudo se entremezclaba con fragmentos de partituras.



JB alternaba todas estas actividades con sus frecuentes viajes en busca de música antigua olvidada en las iglesias y monasterios de España, mientras continuaba escribiendo libros y artículos y disfrutando de nuevas experiencias en «Arabia», como le gustaba llamarla por el poema de Walter de la Mare. Se había convertido en un auténtico académico errante del siglo XX, que viajaba con todos sus libros y materiales de referencia, así como con cualquier otro proyecto que tuviera entre manos en ese momento. En esta época de ordenadores y memorias USB cuesta trabajo imaginar las dificultades de carácter práctico y el número de maletas que debían de impedirle avanzar con normalidad. Cuando no se alojaba en casa de amigos, siempre elegía hoteles modestos y sin lujos, poco propicios para la escritura creativa. Incluso cuando se encontraba en los lugares más remotos, aparentemente pudo mantener la correspondencia con Dent a través de un servicio previo al correo aéreo, que sin duda debía de ser más eficaz que el que se ofrece hoy en día. Las cartas de JB, a menudo larguísimas,

incluían evocadoras y muy precisas descripciones de lugares y personas, de las que sólo cabe citar aquí algunos ejemplos.

En octubre de 1922, desde la ciudad de Tui en Galicia, cruzó sin visado la frontera por el puente internacional hasta Valença do Minho. Aunque prometió volver más adelante a Portugal, sus primeras impresiones no fueron muy favorables. No había mucho que ver, le escribió a Dent: «pero encontré una calle que se llamaba “Calle Ancha de la Moral Verdadera”. Aunque estaba escrito en la pared, no parecía tratarse de la calle ancha que conduce a la perdición<sup>91</sup>; y la moral más verdadera parecía ser la música, o en cualquier caso el ensayo atento de una banda militar bastante buena. Eso, y una variedad muy peculiar de diente de león, fue lo más destacado que vi en Portugal».

Galicia era «como [...] sospechaba, Santiago y poco más», escribió. La ciudad era «una mezcla espectacular de románico y barroco tardío —el barroco matizado por el Escorial—». En la catedral conoció al canónigo don Santiago Tafall, que lucía «sobre su pecho una inmensa cruz de Santiago». Tafall, en su día maestro de capilla, pero entonces «sordo como Beethoven», tenía grandes conocimientos sobre música medieval y transcribió muchas páginas de música para JB, que anotó: «Salía volando del coro envuelto en sus magníficos hábitos, me cogía del brazo y me llevaba al claustro, donde (como él decía) podía “cantarle”». Más adelante JB incluía una viñeta de sí mismo «arrodillado en un rincón del archivo copiando un *domine* de un enorme libro de música a cuatro voces», mientras escuchaba las conversaciones de otros.

<sup>91</sup> Referencia al Evangelio según san Mateo 7:13: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella».

En 1926, y después en 1929-1930, realizó dos largos viajes por Marruecos en los que atravesó ese exótico y hermoso país desde el Mediterráneo hasta las altas cimas de la cordillera del Atlas y las arenas más septentrionales del Sáhara. «Marruecos me ha sorprendido positivamente —escribió a Dent el 6 de marzo de 1926—. Tiene mucho menos exotismo oriental de lo que yo me había imaginado. En la arquitectura, y también en otros aspectos, parece una continuación de España. El único inconveniente es que todos los desplazamientos hay que hacerlos en vehículos de motor y eso significa ir dando botes durante ocho horas seguidas». Tánger, según le contó con cierto regocijo, era «el sumidero de todos los vicios que uno pueda imaginar, o al menos de un buen número de ellos». El escándalo más reciente había sido el extraño caso del capitán Gordon Canning: «Empecé pensando que se trataba de un Quijote sin Sancho, pero ahora entiendo que se trata de un lunático sin guardián». Canning era miembro del Comité del Rif, y «su primer gran delito [...] fue el de intentar conseguir la paz. Luego se supo que estaba haciendo mucho más: preparaba la compra de aviones de combate en Alemania para enviárselos vía Lisboa a Abd-el-Krim<sup>92</sup>». Canning, que recibía de un «fabricante de telas de los alrededores de Colonia» treinta libras para sus gastos, iba dejando cartas comprometedoras por todas partes, incluido el campo de golf de Sandwich. En opinión de JB, se comportaba «como un auténtico imbécil» y, «por supuesto, no entendía este idioma. [...] Al final, Canning escribió al “siervo del Generoso” [Abd-el-Krim] aconsejándole atacar Tánger sin

<sup>92</sup> Abd-el Krim (1882-1963), líder militar bereber que encabezó la resistencia contra las administraciones coloniales de España y Francia durante la guerra del Rif (1911-1927). Su hermano menor, M'Hamed (1882-1963), vivió en la Residencia de Estudiantes durante un año y medio (1918-1919) mientras estudiaba para ingresar en la Escuela de Ingenieros de Minas, pero no llegó a entrar porque tuvo que regresar a Marruecos debido a la conflictiva situación política entre su país y España.

demora. Lo admitía y se jactaba de haberlo hecho». Evidentemente, JB disfrutaba con la «gran conspiración» que subyacía a todo esto y lo comparaba con algún episodio sacado de la novela de Norman Douglas *Viento del sur*<sup>93</sup>. En otro lugar decía que le resultaba difícil escribir sobre Tánger sin que pareciera que estaba plagiando a Douglas.

Ciertamente, allí entró en contacto con algunos personajes extravagantes que bien podrían haber pertenecido a ese mundo. Por ejemplo, en aquella primera visita también conoció a Robert Cunninghame Graham, otro miembro del Comité del Rif, sobre el que escribió: «habla con un delicioso acento andaluz, omitiendo todas las eses finales y con un ceceo deliberado, porque está claro que puede hablar de otra manera sin ninguna dificultad: zí, zeñor». JB sentía auténtica fascinación por «Arabia» y por la influencia que esta cultura había ejercido sobre la literatura y la música españolas, pero también le tentaban los otros encantos menos etéreos de la vida bohemia que disfrutaban los expatriados en Tánger, el oscuro atractivo de los bazares y las siniestras y tortuosas callejuelas de las medinas de Fez y Marrakech. El 2 de enero de 1930 escribió a Dent: «Marruecos se está llenando de lo que podría denominarse “lo más granado de Bloomsbury”: jóvenes brillantes (principalmente mujeres) que persiguen a tipos como Teddy Wolf, pintor; Wylie, acuarelista, [...] y Richard Hughes, autor de *Huracán en Jamaica*. ¡Hasta organizan cócteles en Fez! [...] Hughes es un tipo con barba de aspecto adusto y con una pose muy masculina; pero cuando lo tratas de cerca es un hombre interesante. Wolf va siempre rodeado de la “sección

<sup>93</sup> Esta novela, publicada en 1917 por el escritor británico Norman Douglas (1868-1952), está ambientada en la imaginaria isla mediterránea de Nepente (trasunto de la isla de Capri donde vivía Douglas), en la que tienen lugar diversas intrigas entre los excéntricos personajes de la comunidad de emigrados.

femenina” de Tánger, o de cualquier otro sitio donde se encuentre». JB también hablaba de «curtidas tangerinas», como la increíble jerifa de Wazan, Emily Keene, cuya romántica historia escuchó de sus propios labios:

Hacia 1873, era la institutriz inglesa de una familia americana de origen griego que vivía en estas montañas. En cierta ocasión, el jerife de Wazan, el hombre más santo de Marruecos, la vio lavándose el pelo. Su primer encuentro se produjo en un arroyo, cuando el jerife la ayudó después de que ella cayera de su caballo. A pesar de la oposición diplomática y familiar, se casó con él, siguió practicando el cristianismo y habitualmente vestía como una europea. Administraba cloroformo a las mujeres que iban a dar a luz, lavaba a los bebés al nacer con agua y jabón, y los vacunaba por cientos. He estado leyendo sus memorias<sup>94</sup>. Aunque no cuenta nada de lo que uno realmente querría saber, es evidente que fue una Desdémona con una historia diferente.

El Casio que trató de sembrar la discordia entre ella y su marido fue un misterioso europeo relacionado con una corporación francesa que quería conseguir que el jerife le cediera todas sus propiedades a cambio de cinco mil libras al año. La jerifa descubrió justo a tiempo que no disponían de capital alguno.

Más adelante, en una carta a Dent del 22 de mayo, JB describía a otros personajes que había conocido en Tánger, parecidos a los de la novela de Douglas, como era el caso de «la señorita Drummond-Hay, la última de las eminentes victorianas cuyo padre y abuelo habían sido ministros plenipotenciarios británicos en Tánger»: «La conocí en la empinada calle principal el día antes de mi partida. “¿Ha estado usted

<sup>94</sup> Emily Keene, *My Life Story*, con prólogo de Robert B. Cunninghame Graham, Londres, Edward Arnold, 1911. Hay una edición reciente en español de estas memorias: *Emily, jerifa de Wazan. La historia de mi vida*, traducción de Catalina Rodríguez, Sevilla, Renacimiento, 2018.

en ese café tan poco recomendable del que le hablé, ése al que acuden los moros de clase alta a escuchar música?”». En otro pasaje la describía como una persona «muy erguida y ligeramente escocesa, una gran dama, aunque no lo suficiente como para intimidarte», que hablaba «el español de Fernando e Isabel, con la pronunciación de 1492», porque lo había aprendido de los sirvientes sefardíes cuando era joven. Y continuaba:

Luego está la señorita Jessie Green, sobrina nieta de sir William Kirby-Green, otro ministro británico, que acaba de regresar (según dicen) de una pequeña aventura con el conde polaco. Una vez disfrazó a uno de sus sobrinos de monaguillo y se lo llevó a una fiesta de Navidad. Por supuesto, sin ser consciente de las «implicaciones de ese atuendo». Yo hubiera dicho que ella era plenamente consciente de dichas implicaciones, pero me pregunto si el sobrino también lo era. Es bastante probable. ¡Y luego estaba el duque! Ni que decir tiene que no era un verdadero duque. Afirma poseer un título francés o papal y un «palacio» en Mentone, y estar emparentado con la nobleza irlandesa. «¿Qué es lo que quiere?», preguntó alguien. La respuesta fue sorprendente: «¡Cheques!». «Oh —dijo la señorita Hay—, debe de ser el hijo del hombre que le sacó cien libras a mi padre». En otra ocasión le sacó cien libras al jefe de policía de Gibraltar. Estaban en un crucero de la P&O, y sólo al final del viaje el jefe de policía empezó a sospechar de él. En Gibraltar tenían órdenes de arrestarlo, pero mientras todo esto se aclaraba, el padre del «duque» ya había cruzado a Algeciras y conseguido otras cien libras de un banco gibraltareño gracias a su buena relación con el jefe de policía. [...] Y entretanto, un verdadero noble inglés, y, por cierto, filoespañol, estaba comprando Tánger discretamente: lord Bute. Su aspecto es el de alguien que quisiera ser una morsa, pero sólo consigue ser un carpintero<sup>95</sup>.

<sup>95</sup> Alusión a «La morsa y el carpintero», poema narrativo de Lewis Carroll que aparece en su libro *Alicia a través del espejo*, publicado en diciembre de 1871.

Teniendo en cuenta este variopinto elenco de personajes, JB no exageraba cuando concluyó: «cuanto más veo, más se parece la sociedad tangerina a la de *Viento del sur*».

Entre estas descripciones JB intercalaba pequeños comentarios informales sobre la evolución de su trabajo: estaba traduciendo una novela de Tenreiro<sup>96</sup>, y acababa de terminar la traducción de la imponente obra de Rafael Altamira *Historia de la civilización española*, al tiempo que leía a La Rochefoucauld, por mencionar sólo algunos de los entretenimientos en los que ocupaba sus *moments de loisir*. Y así, una vez más surge la pregunta: ¿cómo es posible que pudiera desplazarse con todo este equipaje, sobre todo teniendo en cuenta que siempre viajaba en lo que él llamaba «autobuses de motor»?

Desde Tánger, JB continuó en dirección al sur hasta Casablanca, que no le gustó, y Marrakech, Fez y Mequinez, que sí le agradaron y sobre las que escribió con entusiasmo en sus largas cartas a Dent. Curiosamente, la ciudad de Marruecos en la que se sintió más a gusto fue Rabat, donde yo viviría cuarenta años más tarde y nunca me pareció tan interesante como las otras. Era la época del Ramadán: «las gentes del lugar se sientan en sus tiendas o deambulan malhumorados en ayunas durante todo el día», le contó a Dent el 5 de febrero de 1930. Desde el baratísimo hotel en el que se había instalado, el Ocean, y en su soleada habitación con terraza, JB encontró las condiciones ideales para escribir y jactarse ante Dent de vivir con cincuenta francos a la semana. También había empezado a estudiar árabe, aunque admitía que la redacción de sus artículos para *Country*

<sup>96</sup> Ramón María Tenreiro (1879-1939), amigo personal de Manuel Azaña y autor de novelas como *La agonía de Madrid o la cola del cometa* (1910), *La promesa* (1926) o *La esclava del Señor* (1927). Probablemente fuese esta última la que estuviera traduciendo Trend —publicada como *The Handmaid of the Lord* en 1930—, pero no se tiene constancia de ello.

*Life* y *The Criterion* «no le dejaba tiempo para casi nada, salvo para mirar de reojo el libro de gramática árabe». Todas las noches, «de camino a un café de mala muerte», paraba en una librería para comprar los periódicos. Debió de ser una época bastante solitaria, pero tal vez se adecuaba a su temperamento. «Apenas crucé una palabra con nadie durante dos semanas. Los camareros no eran muy comunicativos y los tenderos demasiado gruñones», escribió a Dent el 5 de febrero, pero añadió: «me sienta muy bien estar solo de vez en cuando». El cónsul general y su familia habían estado enfermos con gripe, pero «por fin» le invitaron a cenar: «hasta empecé a leer unos minutos en inglés en voz alta durante los tres días previos a la visita, ¡para asegurarme de no hablar tan rápido que no me entendiera nadie!». ¡Resulta difícil imaginar a JB quedándose sin palabras, incluso después de pasar dos semanas en silencio!

Cuando regresó a España, debía de estar agotado tras varios meses viajando en condiciones bastante precarias por Marruecos. Se quejó a Dent de que su ropa estaba hecha un guiñapo y le pidió que le enviara un traje nuevo a través de un amigo común. Sin embargo, la atracción por el norte de África fue tal que a las pocas semanas decidió volver de nuevo sin pensárselo dos veces. Había estado alojado en casa de unos amigos en Mallorca, donde había comenzado a estudiar hebreo, pero a su regreso a Alicante, el 21 de julio de 1930 escribió a Dent: «Al despertar vi cómo entraba en el puerto un curioso barco de vapor muy bonito y cuando me enteré de que se dirigía a Orán, compré un billete de ida y vuelta y me vine a Tlemcén». Como siempre, tuvo que pasar algunas vicisitudes, en esta ocasión relacionadas con los certificados de vacunación y la muerte de un bebé durante la travesía. «Al llegar a Orán —apuntó—, toda la maquinaria de la República Francesa estaba esperándonos para impedir que atracáramos. Tuvimos que fondear

fuera del puerto, y unos funcionarios encargados de la cuarentena por fiebre amarilla subieron a bordo. [...] Afortunadamente, el capitán era catalán y no estaba dispuesto a permitir ninguna tontería de los funcionarios franceses ni de ninguna otra parte, así que en una hora pudimos entrar a puerto».

Tlemcén le recordó a Arlés, por los «inmensos y elegantes árboles que hay por todas partes», y también le gustaron los «minaretes escondidos por extraños rincones, algunos dentro de los muros y otros fuera». Curiosamente, le encantó que lo confundieran con un profesor alemán por su acento (suponemos que cuando hablaba en francés), y le contó a Dent que un pequeño muchacho «muy poco atractivo», al que había conocido en una tienda, se dirigió a él en alemán. «Fue una verdadera alegría volver a hablar un poco de alemán»: También le gustó poder pasear por donde le apetecía, incluidos los parques a la sombra de los árboles; ¡hasta le permitieron ver las letrinas! Al día siguiente, 22 de julio, regresó a España con el propósito de bañarse en el mar, uno de sus grandes placeres: «Voy sólo a darme un baño en Alicante, y sigo para Madrid (Residencia)<sup>97</sup>».



De vuelta a España, JB propuso a Falla escribir juntos un libro sobre Grieg y hacer una excursión por la sierra con burros, ponis o incluso mulas, tal y como había hecho él durante unos «días inolvidables» que había pasado en Extremadura. Nunca

<sup>97</sup> La primera noticia que se tiene del comienzo de la relación de John Brande Trend con Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia de Estudiantes, es por una carta de octubre de 1919. Trend mantendría su amistad con Jiménez Fraud y su mujer, Natalia Cossío, hasta su muerte (véase *Alberto Jiménez Fraud. Epistolario. 1905-1964*, 3 tomos, dirección de la edición e introducciones por José García-Velasco y James Valender, Madrid, Fundación Unicaja/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017).

perdió su afición por explorar los lugares más recónditos, aunque fuera en los medios de transporte más incómodos.

Pero Falla no estaba en condiciones de viajar mucho debido a su delicada salud: problemas de vista en 1928 e incluso una «crisis nerviosa» en 1930. En esas ocasiones, era María del Carmen, la hermana y casi permanente acompañante del compositor, quien escribía en su nombre. Para la representación del *Retablo* en Londres, en 1928, JB volvió a encargarse de los preparativos y de todos los ensayos. Los dos amigos se vieron con frecuencia en distintos lugares de España y también en París. A principios del mes de junio de 1926, JB, Dent y Falla se reunieron en Zúrich para asistir a una representación del *Retablo*. Un año más tarde, Falla viajó a Londres para interpretar su nueva obra, un concierto para clave y pequeña orquesta, en el Aeolian Hall, el 22 de junio de 1927. Para poder estar presente, JB acortó su viaje a Portugal, un viaje sobre el que escribió divertido a Falla, especialmente con relación a los letreros de las calles que podían llevar a interpretaciones embarazosas al confundir el español con el portugués. También se emocionó cuando su tren hizo una parada de unos cinco minutos en Valdollano y un niño recorrió el pasillo interpretando «cante andaluz»<sup>98</sup>, «nada flamenco», le aseguró a Falla, y exclamó: «¡Qué tipo de músico más romántico! ¡Casi ciego, casi paralítico, casi idiota; y cantando divinamente!».

Para entonces sus respectivas familias ya se conocían y habían entablado una estrecha amistad. A JB le conmovió el gesto de Falla cuando en diciembre de 1928 envió un regalo de boda a su hermana Anna, que al parecer había acompañado a JB en uno de sus viajes a España el año anterior. La

<sup>98</sup> En español en el original.

propia hermana de Falla, María del Carmen, también iba con ellos a menudo.



Al leer estas cartas uno no puede evitar asombrarse por la amplitud de los intereses y lo intenso de las actividades de JB. Aparte del tiempo y la energía que dedicaba a promover la obra de Falla y a organizar conciertos, continuó con su búsqueda de música antigua por los lugares más insospechados de España, escribió innumerables artículos para distintas revistas musicales (lo que constituía su principal sustento) y nada menos que siete libros en el periodo de 1921 a 1929. Entre sus artículos se encontraban «Falla and the Harpsichord», que apareció en el *Music Bulletin* en julio de 1928, y otro sobre *La vida breve*, publicado en *The Musical Record* en septiembre de 1929. Falla lo felicitó por su libro *The Music of Spanish History to 1600* (1926), y le dio efusivas gracias por *Manuel de Falla and Spanish Music* (1929).

Durante más de una década, JB escribió trimestralmente una crónica musical para *The Criterion*, más adelante *The New Criterion*, la revista literaria más importante de la época. Le pagaban dos guineas por cada mil palabras. La revista había sido fundada en 1922 por T. S. Eliot, que fue su editor hasta que dejó de publicarse en 1939. JB mantuvo una frecuente correspondencia con Eliot<sup>99</sup> y solían almorzar o cenar juntos, habitualmente en el Oxford and Cambridge Club, del que ambos eran miembros. En mayo de 1932, JB recabó el apoyo de Eliot para rechazar la propuesta de que se permitiera fumar en la South Library. Muchas de sus cartas trataban sobre pequeñas

<sup>99</sup> El intercambio epistolar entre Eliot y Trend se recoge en varios volúmenes de *The Letters of T. S. Eliot*, editados por Valerie Eliot junto con John Haffenden o Hugh Haughton, y publicados recientemente en Londres por Faber & Faber.

cuestiones editoriales, aunque también incluían detalles de carácter más personal. Eliot solía consultar y remitir a JB todo lo relacionado con España. En alguna ocasión lo utilizó de intermediario para contactar con intelectuales españoles, como cuando intentó convencer a José Ortega y Gasset de que escribiera una reseña, desde la posición española, sobre un controvertido artículo acerca del catolicismo que había aparecido en la revista.

A Eliot le interesaba igualmente la opinión de JB sobre el trabajo de otros autores; por ejemplo, en una ocasión le preguntó por una reseña que había escrito Ezra Pound sobre una serie de conciertos celebrados en París; insistía en que cualquier manuscrito sobre cuestiones musicales debía ser aprobado por JB antes de su publicación. A veces, éste podía ser muy directo. Sobre otro aspirante a colaborador escribió: «A juzgar por este artículo [sobre crítica musical], Myers no es muy brillante. [...] No creo que sus ideas o su tratamiento estén a la altura de la revista». Sin embargo, mostró mucho más entusiasmo cuando Eliot le pidió su opinión sobre unas traducciones de algunos poemas de Luis de Góngora que había hecho un joven llamado Edward M. Wilson<sup>100</sup>. Consecuentemente, Eliot recomendó su publicación, primero a Leonard Woolf en Hogarth Press y luego a Cambridge University Press, subrayando que «la más alta autoridad en literatura española» las había recomendado. No está claro si ésta fue la primera vez que JB oyó hablar de Wilson,<sup>101</sup> pero más adelante

<sup>100</sup> El hispanista Edward Meryon Wilson (1906-1977), de Trinity College, Cambridge, vivió durante unos meses en la Residencia de Estudiantes en 1929 becado por el Comité Hispano-Inglés. Durante su estancia preparó la traducción de las *Soledades* de Góngora.

<sup>101</sup> Trend estuvo muy involucrado en la puesta en marcha del Comité Hispano-Inglés en 1923, así como en sus funciones, por lo que conocería a Wilson antes del viaje de éste a Madrid.

colaborarían estrechamente y Wilson acabaría sucediéndolo en la cátedra de Español de Cambridge.

En el transcurso de estos intercambios epistolares, Eliot se refirió en una o dos ocasiones al profesor Entwistle de Oxford como «rival» de JB y parece que hubo algo más que falta de sinceridad en la respuesta de Eliot al profesor sir Herbert Grierson, que había propuesto que Entwistle escribiera una reseña sobre una obra de Dent. Eliot escribió a Grierson que, «por una curiosa y desafortunada coincidencia», ya tenía una reseña sobre ese mismo libro escrita por JB: «es quien hace nuestras crónicas musicales y, como quizá usted sepa, reseña la mayoría de los libros españoles de los que se hace eco *The Times Literary Supplement*».

Eliot hizo varios intentos para conseguir que JB aceptara nuevas responsabilidades en la revista (por ejemplo, la redacción de notas críticas sobre revistas literarias españolas), y, en una carta del 28 de febrero de 1928, se refirió a él como la persona «que más sabe de España que yo haya conocido». Sin embargo, JB se resistía: «Después de haber renunciado a muchas cosas para poder viajar, no quiero establecerme justo ahora; y la crítica musical, si se hace de forma regular, es de lo más desmoralizante». La única queja de Eliot sobre JB era que siempre estaba en el extranjero. En una de sus cartas se lamentaba: «desgraciadamente, no nos hemos visto durante algún tiempo y [...] de un mes para otro nunca sé dónde está». En uno de sus intentos para convencer a otra persona de que se hiciera cargo de las notas críticas sobre las revistas españolas, le explicaba que JB no estaba en condiciones de aceptar esa responsabilidad porque era «muy nómada». En mayo de 1927, JB anunció que se marchaba a Portugal y Eliot le advirtió medio en broma: «cuidado con los bandidos, los revolucionarios y los contrarrevolucionarios. ¿Quiere que se sepa su opinión

sobre el auténtico Portugal o no?». JB iba a hacer ese viaje con su íntimo amigo catalán, el escritor y filósofo Eugenio d'Ors. El 8 de abril escribió a Eliot:

Espero que mi punto de vista sea completamente distinto del de un inglés medio [¡como si alguna vez JB hubiera respondido a ese calificativo!]. Un catalán tiene la ventaja de que no comparte el tradicional desprecio español por todo lo portugués, y este catalán en particular (Eugenio d'Ors) conoce a varios escritores, las pocas personas inteligentes que se han quedado en el país. La última revolución, según he oído (y no sólo por D'Ors), no ha sido la «bolchevique», como ha publicado la prensa inglesa, sino la llevada a cabo por el personal de los museos y la Biblioteca Nacional, que ahora se ve obligado a mendigar por Madrid, si es que no los han detenido y fusilado.

Cuando en 1926 se publicó el libro de JB *Alfonso the Sage and Other Spanish Essays*, Eliot pidió al propio autor que le sugiriera a alguien para reseñarlo; el 25 de junio de ese año explicó la razón: «porque todas las personas que conozco piensan que usted es el que más sabe en Inglaterra de este tema, y les da un miedo atroz hacerlo». En la misma carta, Eliot le decía: «Creo que ya es hora de que le exprese mi agradecimiento y le haga partícipe de los numerosos elogios que *The New Criterion* ha recibido por sus crónicas musicales<sup>102</sup>. Son tan buenas, y tan sistemáticamente buenas, que es de esperar que no las deje morir y que al menos lleguen a ser material para un libro cuya publicación, si usted lo hiciera, yo estaría encantado de recomendar a mi propia editorial». Eliot repitió esta propuesta en varias ocasiones a lo largo de los años, pero que yo sepa ese libro nunca llegó a publicarse.

<sup>102</sup> Véase al respecto Margarita Garbisu Buesa, «La recepción de la música española en *The Criterion* a través de los escritos de John B. Trend», *Anuario Musical*, núm. 63, diciembre de 2008, págs. 153-180.

Tres años más tarde, en junio de 1929, Eliot le pidió a JB que escribiera un libro sobre música contemporánea: «un libro que [...] pueda interesar tanto a personas con formación como a personas inteligentes que no la tengan». JB le consultó a Dent y se lo planteó en los siguientes términos: «Me he hecho la misma pregunta que tú me habrías hecho: ¿es esto lo único que quieres hacer? Y la respuesta es: *no*». Dent le contestó con una larga carta en la que de alguna manera lo animaba a hacerlo: «La carta de Eliot me ha despertado un gran interés. Si decides escribir el libro, espero poder ayudarte en alguna medida». A continuación le sugería un posible esquema para la publicación, los compositores que debían incluirse, etc., y admitía que sería «una tarea hercúlea», pero concluía: «me gustaría que el libro hiciera sentir a la gente corriente que le está abriendo la puerta a un mundo nuevo y fascinante, que realmente le *abre* una puerta hacia el otro lado», y así quitarle la razón a «los viejos “enfants terribles” que intentan revelar nuestra desnudez afirmando que fingimos que nos gusta [la música contemporánea] por puro esnobismo intelectual, cuando en realidad la odiamos y estamos deseando volver a Gilbert y Sullivan». A pesar del entusiasmo de su amigo, JB decidió no aceptar la oferta de Eliot. Entonces éste pidió al propio Dent que lo escribiera él mismo o que le recomendara a alguien que pudiera hacerlo, pero también Dent declinó la oferta. Eliot agradeció a Dent su carta del 7 de agosto:

... me he alegrado de recibir[la] y me ha defraudado por igual. Tenemos mucho interés en este libro, y estamos igualmente convencidos de que no hay nadie que pueda hacerlo salvo usted y Trend. Y dado que Trend me remite a usted y usted me remite a Trend, no veo solución posible. De todas formas, Trend es un caso perdido, ya que está siempre tan ocupado con una cosa u otra, con tareas de edición que hace por amor al arte

y con otros trabajos que no le aportan ningún tipo de reconocimiento y que en mi opinión no merece la pena hacer, que he perdido la esperanza de que vaya a aceptar ninguna otra cosa.

A instancias de Eliot, los colaboradores de *The Criterion* solían reunirse para cenar, normalmente en un restaurante italiano del Soho, el *Commercio*, en Frith Street. Al parecer, eran veladas muy agradables llenas de ingenio y buen humor. En una ocasión cantaron un rondel compuesto por el escritor y secretario de la Cámara de los Comunes, Orlo Williams, con una letra en la que se hacía mofa de Eliot, a quien por cierto le hizo mucha gracia. Y éste, en la invitación a uno de ellos a otra de estas veladas, le informó de que «los personajes por orden de aparición» serían:

F. V. Morley Un honesto agricultor.

T. S. Eliot Un estudiante.

F. S. Flint Un niño gritón.

O. Williams Un galán italiano, recién llegado de sus viajes.

J. B. Trend Un maravilloso literato.

B. Dobree Un pobre y mal pagado capitán de milicia.

La producción de JB no sólo era excepcionalmente prolífica, sino también muy variada, y abarcaba espacios que iban más allá de las fronteras de España para llegar incluso hasta Hungría. El 19 de noviembre de 1926 le dijo a Dent no sin cierta picardía: «Un día de estos voy a causar un revuelo en la Musical Association hablando de los libros de danzas húngaras. Nunca voy a ser capaz de pronunciar el nombre del laudista —al menos no en público—: ¡Bacfarm!<sup>103</sup>».

<sup>103</sup> Bálint Bakfark (¿1526/1530?-1576), compositor húngaro reconocido como un virtuoso laudista del Renacimiento, aparece citado de maneras diversas en la literatura (Bacfarm, Bakfarm, Bakfarkh, Bakffark, Backuart), de lo cual parece aprovecharse Trend para dar su propia versión con fines humorísticos, haciendo otro de los juegos de



JB trató con Falla el contenido de algunas partes de su libro sobre la música del compositor, y en particular, solicitó su aprobación antes de incluir en el último capítulo una referencia a la nueva pieza en la que estaba trabajando en ese momento, *Atlántida*, una obra coral que cuenta la leyenda de la ciudad sumergida en el océano Atlántico al oeste de España. *Manuel de Falla and Spanish Music* es un buen ejemplo de los profundos conocimientos musicales de JB en general y de la música de Falla en particular. El libro expone las numerosas innovaciones que el compositor introduce en sus partituras, entre ellas, la recuperación del clave, y evoca elocuentemente la envolvente impresión que su concierto para clave provoca en el oyente cuando se interpreta durante la festividad del Corpus Christi, el mismo día en el que el compositor lo terminó «por pura casualidad».

Para quienes hayan podido experimentar o hayan imaginado alguna vez cómo es esta celebración en una catedral española, este lento movimiento dará sin duda un nuevo significado a sus recuerdos: el confuso y magnífico tintineo de las voces y los instrumentos, las campanas y los órganos; la apagada grandeza de los tapices y los brocados de seda que cuelgan de las paredes, el resplandor de innumerables velas y la gran custodia de plata que preside todos los objetos de la celebración.

En ese momento, JB estaba trabajando en la traducción al inglés de las *Siete canciones* de Falla y el *Soneto a Córdoba* de Góngora, al que el compositor había puesto música, y también había empezado a traducir otros grandes clásicos españoles como *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. JB le contó a Falla que en

palabras a los que era tan aficionado: «Bacfar» significaría literalmente «ventosidad trasera», de ahí su (¿fingida?) reticencia a pronunciar el nombre del músico en público.

enero de 1925 había asistido a la representación de esta obra con su traducción, ya que pensaba que era importante ser capaz de captar el sonido del «lenguaje del teatro» y eso sólo era posible si se escuchaba el texto sobre el escenario. Una vez más nos damos cuenta de su interés por transmitir el verdadero sentido de las obras que traducía, en lugar de limitarse a ofrecer una versión literal del texto. Igualmente, el 11 de mayo de 1927, mientras se hallaba inmerso en la traducción del *Soneto a Córdoba*, le explicó a Falla cómo había hecho para conseguir trasladar el ritmo de la música al texto inglés, incidiendo en que palabras como *crowned* y *renowned* debían pronunciarse «*crownèd*» y «*renownèd*», como en la época de Shakespeare.

Además de todo esto, JB colaboraba con Dent en la Sociedad Internacional de Música Contemporánea. Se trataba de un ambicioso proyecto que se había creado en Salzburgo en 1922, con Dent como presidente fundador, cargo que ostentó hasta 1938. La Sociedad estaba organizada alrededor de los comités nacionales que existían en varios países europeos, y JB fue el encargado de ejercer de puente entre Gran Bretaña y el emergente comité español. Esto supuso otro punto de conexión entre JB y Falla, quien echó mano de sus contactos para conseguir poner en marcha el comité español. Todo ello implicaba mucho trabajo de administración y también algunas fricciones con las personalidades más susceptibles. En octubre de 1926, JB se vio obligado a dirigirse por carta a cada uno de los socios de Madrid y Barcelona para aclararles el contenido de una circular que la Sociedad había distribuido en relación con el festival de 1927, tan seca y breve que parecía un texto con «órdenes militares». A este respecto, JB se quejaba a Falla: «la secretaria —“ze charming Miss *God-dam*” (como decía el delegado polaco en Zúrich)— me ha hecho escribir una carta a usted y a todos».



Cuando JB estaba en Madrid, la Residencia de Estudiantes era su «hogar lejos del hogar». Esta prestigiosa institución, creada en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios —que proyectó el héroe de JB, don Francisco Giner de los Ríos—, vivió su época dorada durante la década de los veinte. Don Francisco, que había fallecido en 1915, no pudo ver cumplido su sueño de una nueva forma de enseñanza y del renacimiento del arte y la cultura en España. Las grandes figuras de la generación del 98<sup>104</sup> —poetas, artistas, novelistas, músicos, filósofos e incluso científicos, todos ellos fervientes seguidores de las ideas de don Francisco— pasaron por la Residencia, y pronto les siguieron otros intelectuales más jóvenes a quienes más adelante se les conocería como la generación del 27.

No es de extrañar que JB encontrara pronto un hueco en este ambiente, especialmente si se tiene en cuenta que la Residencia intentaba seguir el modelo de organización de los *colleges* de Oxford y Cambridge<sup>105</sup>. Lo más relevante es que la Residencia proporcionaba alojamiento a los estudiantes en un lugar en el que podían convivir y trabajar juntos como espíritus afines, pero también se alojaban allí durante largos periodos escritores y artistas ya bien conocidos: poetas como Juan Ramón Jiménez, que diseñó los jardines, y más adelante Federico García Lorca; escritores

<sup>104</sup> Respecto a la denominación «generación del 98» a lo largo del libro, véase la nota ¿¿61??.

<sup>105</sup> En su ya mencionado libro *A Picture of Modern Spain. Men and Music*, Trend dedica un capítulo a la Residencia titulado «Oxford and Cambridge in Madrid». Una versión española de dicho ensayo se publicó en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II época, núm. 78-80, Madrid, diciembre de 2010, págs. 339-346.

y filósofos como Miguel de Unamuno (rector de la Universidad de Salamanca) y José Ortega y Gasset, que a menudo se enzarzaban en animadas —y a veces agrias— polémicas; y artistas de vanguardia como Salvador Dalí o Luis Buñuel.<sup>106</sup> Los estudiantes tenían la oportunidad de estar en contacto directo con estos gigantes de la cultura que les abrían los ojos a enfoques más amplios que los que ofrecía el plan de estudios tradicional, donde había poco o ningún intercambio entre distintas disciplinas. La Residencia organizaba seminarios, contaba con laboratorios científicos y acogía numerosos eventos, como conciertos, recitales de canto, representaciones teatrales y conferencias.

Todo lo que se hacía allí tenía un marcado acento inglés, incluida la costumbre de comer con regularidad y adoptar una dieta saludable. Se implantó el «desayuno inglés» y se seguía rigurosamente la tradición británica de tomar el té. Incluso algunas prácticas bastante ajenas al temperamento español, como eran la puntualidad y tomar el sol (en un país en el que, a diferencia de sus necesitados vecinos ingleses, la población autóctona no buscaba el sol, sino que más bien huía de él), acabaron convirtiéndose en la norma. Muchos de los principales impulsores de la creación de la Residencia eran

<sup>106</sup> José Ortega y Gasset era un asiduo visitante de la Residencia de Estudiantes, pero no se alojaba en ella. Tras el estallido de la guerra civil, en julio de 1936, se refugió durante un mes junto a su familia en la Residencia antes de partir hacia el exilio. Ortega, Unamuno —que solía hospedarse en la Residencia durante sus estancias en Madrid— y Juan Ramón Jiménez —que vivió en la Residencia entre 1913 y 1916 como estrecho colaborador de Alberto Jiménez Fraud— formaron parte, entre otros, del grupo de los llamados «dones» de la Residencia, habituales de la casa o residentes en ella —como Ricardo de Orueta o José Moreno Villa— que ejercían una labor de orientación y tutela sobre los estudiantes. Como es bien sabido, Luis Buñuel, Federico García Lorca y Salvador Dalí convivieron en la Residencia como residentes en su juventud y, especialmente los dos primeros, siguieron colaborando con las actividades de la Residencia tras su paso por ella como estudiantes.

anglófilos, entre ellos la familia Riaño, que generosamente había financiado el proyecto<sup>107</sup>.

JB se quedó embelesado nada más entrar en la Residencia: «La sensación, o más bien el aire de Oxford o Cambridge se apoderó de mí tan pronto como atravesé la portería del *college* de Madrid; esa sensación se reforzó cuando entré en la habitación del director y vi, junto a la puerta, una de las pequeñas reproducciones de la Sociedad Medici del retrato de Milton a los diez años pintado por Janssen». Una copia similar de esta imagen colgaba en el vestíbulo del Christ's College de Cambridge donde JB había estudiado. También se estableció enseguida una buena relación entre él y el director de la Residencia, Alberto Jiménez Fraud, un joven visionario y apasionado heredero de las ideas de don Francisco. Además, Jiménez estaba casado con la hija de uno de los más estrechos colaboradores de don Francisco, Manuel B. Cossío. Formado en España, en 1907 y 1908 Jiménez Fraud había estado en varias ocasiones en Inglaterra para estudiar su sistema educativo y era, como señaló JB con mucho tacto, «un ferviente pero selecto admirador de todo lo bueno del estilo de vida y del pensamiento inglés». Ése fue el comienzo de una amistad que duraría toda la vida. JB solía referirse a la Residencia como «mi *college* en Madrid» y a don Alberto como «el director de mi *college* en Madrid». Pronto él mismo se convertiría en el más ferviente defensor de la Residencia y en la persona que más hizo por estrechar sus vínculos con Gran Bretaña.

<sup>107</sup> El historiador del arte Juan Facundo Riaño (1829-1901), amigo de Giner de los Ríos desde su juventud, estuvo fuertemente ligado a la Institución Libre de Enseñanza desde su creación, pero no se tiene constancia de que su familia financiara el proyecto de la Residencia. Su mujer, la escritora y traductora Emilia Gayangos, era hija del historiador y arabista Pascual Gayangos y de la inglesa Francis Revell.

La Residencia estaba compuesta por un conjunto de edificios de nueva construcción situados a las afueras de Madrid, donde la ciudad se fundía con el campo. Como escribió JB en *A Picture of Modern Spain*, estaba «construida sobre una elevación del terreno, con vistas a la sierra de Guadarrama. Podría pensarse que todos los vientos del cielo —y del infierno— la azotarían dependiendo de la estación del año; pero el hecho es que mientras es invierno oscuro en el centro de Madrid, en la Residencia de Estudiantes hace un otoño suave y soleado. Incluso durante el caluroso verano, allí hace fresco. Sea verano o invierno, es el lugar más saludable de Madrid, y esa colina llena de energía es muy estimulante para la mente». Los edificios estaban dotados con las más modernas instalaciones y disponían de todas las comodidades. A JB estos lujos le encantaban, especialmente que le llevaran el desayuno a la habitación o disponer de su propio cuarto de baño, que incluía una espléndida ducha. En una carta a Dent de julio de 1925, JB ironizaba diciéndole que la Residencia debería llamarse «el monasterio de la Santísima Ducha»<sup>108</sup>. En la actualidad la Residencia sigue estando en el mismo lugar y desarrolla una intensa actividad, pero ha sido parcialmente absorbida por las nuevas edificaciones de Madrid.

Gracias a su encanto de persona tímida y discreta, JB no tardó en integrarse en este nuevo círculo de amigos que empezó a tratarlo como a uno de los suyos. Esa misma cualidad era la que le ayudaba en sus viajes en búsqueda de manuscritos originales por bibliotecas lejanas, como recordaba su colega y amiga Helen Grant en su obituario para *Cambridge Review* en mayo de 1958, poco después de la muerte de JB:

<sup>108</sup> En español en el original.

Su encanto natural le abrió muchas puertas en bibliotecas a las que a veces ni siquiera los investigadores españoles habían logrado entrar. Disfrutaba con ello casi como un adolescente, como un niño travieso después de trepar por el muro del vecino y conseguir llevarse algunas manzanas escogidas; y solía contar entre risas cómo las monjas de un remoto convento siempre le llamaban «el don Juan inglés», y aun así le permitían copiar sus preciados manuscritos.

En junio de 1925, el propio JB le contó a Dent una de estas anécdotas. Todo ocurrió en Ávila, «el lugar más adusto» en el que había estado nunca; quizá por eso fuese «la cuna de tantos místicos». Allí le dieron permiso para trabajar en el convento de monjas: «Todas insistían en llamarme “don Juan”. Me hacía gracia que cada vez que llamaba al torno y pronunciaba el santo y seña (¡Inmaculada Concepción!), oía una voz (una voz extremadamente suave, para ser España) que decía: “¿Es don Juan?”».

En la Residencia también lo conocían como «el don Juan inglés». JB se convirtió en *su* inglés, el que más hizo por estrechar los vínculos con Gran Bretaña. Dada su pasión por el *Don Giovanni* de Mozart, podría decirse que el apodo era bastante acertado en este sentido, aunque no en el otro, ya que JB era la persona menos donjuanesca que cabe imaginar. Sin embargo, el tratamiento de «don» era muy apropiado, pues era costumbre en la Residencia que los estudiantes se dirigieran a sus superiores académicos con este tratamiento de cortesía. «Nuestros colaboradores —decía don Alberto Jiménez Fraud— no eran, pues, los doctores o profesores: eran “los dones”»<sup>109</sup>. De esta manera se conseguía establecer el deseado equilibrio entre un cierto grado de familiaridad y

<sup>109</sup> Alberto Jiménez Fraud, *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, México, El Colegio de México, 1948, pág. 276.

el respeto. JB entró a formar parte del selecto grupo de «los dones». A día de hoy, su indudable contribución al devenir de la Residencia sigue siendo objeto de reconocimiento: en mayo de 2012, me sorprendió comprobar que su recuerdo estaba más presente allí que en su propio país de origen.

Una de las cosas que más le gustaba a JB de la Residencia era la biblioteca de libre acceso, en contraste con su experiencia en otras españolas, incluida la Biblioteca Nacional de Madrid. La universitaria de Sevilla no era mucho mejor. En una ocasión tuvo la temeridad de preguntarle al sacerdote encargado de esta última si podía consultar el catálogo, y más tarde dejó constancia del diálogo de sordos que se produjo: «“¡Consultar el catálogo!”, dijo [el sacerdote] con voz horrorizada, “¡consultar el *catálogo!*”. Le sorprendió y le molestó tanto más que si le hubiera pedido que me mostrara el Misterio de los Siete Pecados Capitales». En la Residencia se podían consultar «el catálogo» y los libros, y sentarse cómodamente a leerlos, o incluso sacarlos en préstamo. JB también sentía un gran respeto por las publicaciones de la Residencia, que describió como una editorial universitaria a la altura de las de Oxford y Cambridge. Entre sus publicaciones se encontraban los ensayos completos de don Miguel de Unamuno, que, según JB, era «el filósofo a quien muchos consideran el más grande de los españoles vivos»; las *Meditaciones* de don José Ortega y Gasset, «cuyo pensamiento —siempre según JB— quizá sea el más moderno, tolerante y representativo de la mejor España»; y un sinnúmero de manuales técnicos sobre todos los temas imaginables.

En sus cartas privadas a Dent, JB no era tan benévolo con Unamuno. Durante una visita a Mallorca en septiembre de 1920, le impresionó el «estilo salvaje, sugerente y apasionado»

de una artista, la señora de Sureda<sup>110</sup>: «Me ha encantado su retrato de Unamuno (de quien empiezo a pensar que es un verdadero pelma), que lo muestra como un hombre sumiso con el bigote teñido de verde». En 1927, en otra de sus cartas a Dent, JB reprodujo otra anécdota poco halagadora sobre Unamuno que le había contado el famoso guitarrista clásico Andrés Segovia: «Lo llevaron a rastras a un concierto, y cuando leyó el programa: “Chopin: Estudio; Chopin: Estudio; Scriabin: Estudio; (Fulano): Estudio [...]”, exclamó: “Pero ¿por qué quiere este hombre *estudiar en público*”<sup>111</sup>? ¡Que lo haga en su casa! Yo me marchó”».

En 1915, la Residencia puso en marcha un proyecto pionero con la creación de una Residencia de Señoritas, fruto de la gran importancia que don Francisco Giner otorgaba a la educación superior de la mujer. Esto era algo especialmente atrevido en España, ya que aun en Oxford y Cambridge las mujeres apenas ocupaban un pequeño espacio e incluso era un frecuente tema de debate. El siguiente comentario de JB es bastante elocuente con respecto a su propia actitud: «“Pero, ¿y cómo son ellas?”, me preguntó el otro día alguien que todavía se imagina a las mujeres españolas como la *Carmen*, con abanico y mantilla, de la misma manera que algunos hombres y mujeres españoles creen que todas las mujeres inglesas van de uniforme y hacen todo tipo de cosas [...], inimaginables en España. Sólo pude responderle que estar allí es muy parecido a estar en Newnham College; si acaso

<sup>110</sup> Se trata de la pintora impresionista mallorquina Pilar Montaner, casada con Juan Sureda. Probablemente Trend visitó a Unamuno en el palacio del Rey Sancho de Valldemosa, perteneciente entonces a Montaner y Sureda, y en el que pasaron largas temporadas distinguidos intelectuales y pintores del momento, como Miguel de Unamuno, Eugenio d'Ors, John Singer Sargent o Joaquín Sorolla, entre muchos otros.

<sup>111</sup> En español en el original.

más animado, con más color: la decoración de las paredes es más moderna y luminosa».

También describió con humor una merienda con las «señoritas»<sup>112</sup> —la hora del té era el momento habitual de las tertulias en la Residencia—, en la que una de las «residentes» más jóvenes lo asaltó a preguntas sobre Shakespeare que él no supo responder. Esta «erudita dama» estaba tan al tanto de las últimas investigaciones sobre el Bardo, que: «después de escuchar sus fundamentadas opiniones sobre la obra de Shakespeare, sólo me quedaba hacer la frívola sugerencia de que, personalmente, creía que las obras de Shakespeare las había escrito Cervantes, aduciendo como prueba que la última obra sobre Cardenio se parecía en muchos aspectos a la primera parte del *Quijote*».

Lo que más le gustaba a JB de la Residencia era la filosofía liberal que destilaba todo lo que allí se hacía, y en especial la forma de enseñar:

Se aspira a conseguir el ideal de toda buena enseñanza, esto es, la búsqueda desinteresada de la cultura. La formación tiene por objeto desarrollar las capacidades naturales del estudiante. No es una cuestión puramente utilitaria, sino que se trata de enseñarle a encontrar la mejor manera de desarrollar sus propias ideas, y a valorar las evidencias que le conducen al conocimiento de la verdad.

La función de un profesor, y en particular de un profesor en España, supone un esfuerzo continuado para liberar el espíritu, de manera que no caiga en la indiferencia o en la insensibilidad hacia la naturaleza humana; y este objetivo no se alcanzará nunca dentro de un sistema de enseñanza rígido impartido desde la apatía intelectual o simplemente desde la desidia. El objetivo de la Residencia es, pues, despertar la

<sup>112</sup> En español en el original.

curiosidad —facultad de la que muchos españoles carecen—, suscitar el deseo de aprender y la capacidad de formarse una opinión propia en lugar de aceptar lo que dicen los demás. Sólo la verdadera pasión por la verdad y la justicia puede conducir al desarrollo de estos hábitos de tolerancia y solidaridad social que son la única esperanza para el futuro de España y del resto de los países.

He reproducido en su totalidad esta larga cita del libro de JB *A Picture of Modern Spain* (1921) porque contiene lo esencial de su manera de concebir la educación y la enseñanza, así como lo que él entiende que deben ser los objetivos de la cultura y el quehacer intelectual. Él ya pensaba así desde mucho antes de llegar a la Residencia, pero su experiencia allí le permitió reafirmar y afianzar sus ideas. Unos años más tarde, él mismo pudo ponerlas en práctica como catedrático de Español en Cambridge, y nosotros, sus alumnos, tuvimos la oportunidad de disfrutarlo.

La Residencia aspiraba a conseguir una proyección internacional. No sólo se animaba a los estudiantes a viajar, a estudiar en el extranjero y a aprender otros idiomas para ampliar su horizonte intelectual más allá de las fronteras de España, sino que también se invitaba a estudiantes extranjeros a asistir a los cursos de verano organizados por la Residencia<sup>13</sup>. A estos estudiantes se les conocía con el simpático nombre de «residentes golondrinas» porque iban y venían con las estaciones. En julio de 1925, JB coincidió con uno de estos grupos procedentes de Cambridge, «dirigido por Bullock<sup>14</sup>,

<sup>13</sup> Los Cursos de Vacaciones para Extranjeros fueron creados en 1912 y tenían lugar en la Residencia. Estaban organizados por el Centro de Estudios Históricos, fundado en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y dirigido por Ramón Menéndez Pidal.

<sup>14</sup> Theodore William Irwin Bullock, primer beneficiario de la beca Howard (en honor al embajador sir Esme Howard) del Comité Hispano-Inglés, estudió la novela

un profesor de segunda de Queen's College» que trataba a sus estudiantes «como una maestra de escuela», escribió con sorna a Dent. Bullock volvería a aparecer más adelante en la vida de JB a su regreso a Cambridge y se convertiría en un constante quebradero de cabeza para él.

Por la Residencia pasó un asombroso número de especialistas de renombre para impartir conferencias, en particular tras el rotundo éxito de la charla de Howard Carter sobre la excavación de la tumba de Tutankamón. El Comité Hispano-Inglés se encargaba de organizar las conferencias, por lo que la mayoría de los invitados procedían de Inglaterra, y JB se convirtió en el responsable de buscarlos y llevarlos hasta Madrid.<sup>15</sup> En enero de 1926 acompañó al general Charles Bruce, jefe de la expedición que llevó a cabo el primer intento de escalar el Everest. Otros nombres destacados procedentes de Gran Bretaña fueron Edward Grey (vizconde Grey de Falladon, antiguo secretario de Asuntos Exteriores del Reino Unido y escritor), John Maynard Keynes, G. K. Chesterton y H. G. Wells. Desde otros lugares de Europa, visitaron la Residencia el premio nobel Albert Einstein, Marie Curie, Le Corbusier, Paul Valéry, Paul Claudel e Igor Stravinsky.

En junio de 1930, JB escribió que «Maynard [Keynes] y Lopy [Lydia Lopokova] fueron, cada uno en su estilo, todo

clásica española y trabajó en la *Gramática* de Nebrija durante su estancia en la Residencia de Estudiantes en 1925 y 1926. Fue quien se encargó, en junio de 1925, de invitar a un grupo de estudiantes de Cambridge a participar en el Curso de Vacaciones para Extranjeros. Como se verá en los siguientes capítulos, llegó a ser profesor del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Cambridge.

<sup>15</sup> Además del Comité Hispano-Inglés, la Residencia de Estudiantes contó con la ayuda de la Sociedad de Cursos y Conferencias, creada en 1924 para organizar las visitas de conferenciantes internacionales con el fin de completar la acción del Comité Hispano-Inglés respecto a la cultura británica.

un éxito»<sup>116</sup>. No podía afirmarse lo mismo de todas las demás eminencias. El director Alberto Jiménez llegó a decir que Hilaire Belloc vestía como un párroco rural, un «*curé de Campagne*» según sus propias palabras, y responsabilizó a Oxford y a Cambridge de ello. El poeta Paul Claudel también supuso una decepción. JB se lo describió a Dent como un «bicho raro» que al llegar pidió a don Alberto y a su esposa, doña Natalia, un crucifijo, que ninguno de los dos tenía: «Allí no había ningún símbolo religioso salvo un enorme Salvator Mundi colgado en la portería, acaso porque era una mala imitación del Greco o porque tapaba alguna grieta de la pared. [...] Al final le dieron un retrato de Carlyle y un óleo moderno de colores intensos de alguien con un mantón español. [...] Su conferencia (en mi opinión) fue todo un fiasco. Más de la mitad del público no entendió una sola palabra; la leyó a toda prisa, alto pero con una voz más bien espesa». Después de la conferencia, JB y otros lo llevaron a un restaurante para que se «ablandara con una sopa, palidiera con una paella, y se dejara seducir con un cochinillo que trajeron en una vieja fuente de barro, ya ennegrecida después de haber asado en ella a varias generaciones de cochinillos. «Procuré que su vaso estuviera siempre lleno de Valdepeñas —confesó JB—, poco a poco se volvió bastante humano y habló magistralmente sobre métrica».

G. K. Chesterton no fue mucho mejor. Alberto Jiménez se aburría sobremanera con él y con su mujer, y JB fue demoleedor con respecto a su conferencia: «Chesterton dijo muchas

<sup>116</sup> El 10 de junio de 1930 el economista John Maynard Keynes (1883-1946), invitado por el Comité Hispano-Inglés, dictó la conferencia «Economic Possibilities for our Grandchildren» («Posible situación económica de nuestros nietos») en la Residencia de Estudiantes. Keynes viajó a Madrid acompañado por su esposa, la bailarina rusa Lydia Lopokova (1891-1981).

tonterías. Su conferencia, “The Romance of History” (¡!), resultaba intraducible ya que, por supuesto, en español la palabra “romance” no tiene un significado tan vago como lo que Chesterton entiende por “romance”. [...] Nos pasamos toda la tarde del domingo intentando pasar el resumen de su conferencia al español, ¡romance castellano! Lo confuso de su planteamiento resulta extraordinariamente evidente en cuanto uno intenta expresarlo en un lenguaje más concreto».

En 1927, JB acompañó personalmente al jefe del Departamento de Etnografía del British Museum, Thomas Athol Joyce, quien ofreció una charla sobre la civilización americana prehispánica basada en las excavaciones que se estaban llevando a cabo en ese momento en Honduras. En otra ocasión, el propio JB dio una conferencia sobre los madrigales ingleses y españoles, un tema que le apasionaba. Había muchos más madrigales españoles de los que él había esperado encontrarse, por lo que acarició la idea de que algunas de las melodías podrían haber llegado a la Península con las tropas de Wellington. En 1932 trajo a la Residencia a los New English Singers, una formación compuesta por seis cantantes especialistas en la interpretación de música renacentista (no confundir con los cantantes ingleses que el odioso Leigh Henry había llevado diez años atrás, sobre quienes JB había escrito despectivamente)<sup>117</sup>. El éxito de los New English Singers fue tal que en 1934 regresaron para ofrecer otro recital.<sup>118</sup>

<sup>117</sup> La autora se refiere a los cantantes ingleses Ursula Greville y Kurt Schindler, que ofrecieron un concierto en el Concurso de Cante Jondo celebrado en Granada en 1922 (véanse las páginas 210-213).

<sup>118</sup> Gracias al esfuerzo de Trend, el grupo musical The New English Singers dio un par de conciertos en la Residencia de Estudiantes, el primero en 1932 y el segundo en 1934. El éxito en ambos casos fue tal que Jesús Bal y Gay se animó a formar un grupo similar en el entorno de la Residencia: los Cantores Clásicos Españoles.

Sin que tuviera relación alguna con la Residencia, en alguna ocasión JB también se ocupó de atender a otros británicos de visita en España. En junio de 1923, Roger Fry, Duncan Grant y la señora de Clive Bell, todos ellos miembros del conocido grupo de Bloomsbury, y con un aspecto más «propio del *Quartier Latin*» parisino, se presentaron en Toledo y él les mostró los lugares de interés. «Los paseos que les organicé a la luz de la luna fueron todo un éxito», escribió sin modestia alguna. La señora de Clive Bell había perdido su equipaje y tuvo que lidiar con unos intérpretes bastante torpes, según contó JB: «Tuve que explicarle (y esto le resultó difícil de entender a alguien tan independiente como ella) que la única manera de recuperar un equipaje procedente de Madrid era volver allí a buscarlo. Me ofrecí a ir a buscárselo, pero ella no quiso ni oír hablar de ello, así que al final la convencí de que si quería tratar con los funcionarios ella misma lo mejor era adoptar el papel de *damisela angustiada*».

Federico García Lorca pasó algunos años muy felices en la Residencia. Él y otros miembros de la generación del 27 estaban comprometidos con la recuperación de la obra de Luis de Góngora, olvidado durante mucho tiempo al considerarse que su poesía era demasiado oscura e inaccesible. En 1927 se cumplían los trescientos años de la muerte del poeta y se organizaron diversos actos para celebrar el aniversario. Manuel de Falla puso música a su soneto «A Córdoba», y en diciembre Lorca volvió a pronunciar en la Residencia la tan aplaudida conferencia que había dado por primera vez en febrero de 1926 en Granada, titulada «La imagen poética de don Luis de Góngora». JB estuvo presente en esta segunda ocasión, y en una carta a Falla del 18 de enero de 1928 le contaba entusiasmado que la conferencia había sido «admirable en todos los sentidos de la palabra».

A pesar de todos estos logros, la vida de los destacados intelectuales que encontraron su hogar espiritual en la Residencia no fue un camino de rosas. La institución tenía grandes opositores entre los elementos más conservadores de la sociedad, a quienes su enfoque liberal y laico les suscitaba cierta inquietud. Entre éstos destacaba la Iglesia católica, que ejercía un enorme poder en España. En particular, la creación de la Residencia de Señoritas despertó especial rechazo entre el clero y otros sectores reaccionarios que, como escribió JB, «estaban deseando que se aprobara el voto para las mujeres como una gran medida de reforma democrática en un país inculto y confiado, sabiendo que en España noventa y nueve mujeres de cada cien irían directamente a un sacerdote para preguntarle a quién debían votar». Y añadía que el objetivo de la Residencia era justo el contrario: «enseñar a sus miembros a pensar por sí mismos, a entender las dos caras de un mismo problema, y a elegir la alternativa que más se ajustase al sentido común y a sus preferencias».

En un ámbito más general, el país estaba inmerso en una profunda agitación política. En 1923, las disensiones internas y la desilusión por la ineficacia del Gobierno del rey Alfonso XIII provocaron el golpe militar encabezado por el general Miguel Primo de Rivera. El nuevo Gobierno de derechas pronto se convirtió en una dictadura represora que se mantuvo en el poder hasta 1930. Durante esos años, las libertades civiles se recortaron severamente, se impuso la censura y se prohibió la libertad de expresión. Miguel de Unamuno fue una de las primeras víctimas: sus críticas al nuevo régimen lo llevaron al exilio en las islas Canarias en 1924; desde allí se marchó a París y no regresó hasta la caída de la dictadura seis años después. JB no le tenía mucha simpatía. Criticó a Leonard Woolf por haber escrito «una nota sobre el destierro de Unamuno a

las islas Canarias —que Unamuno claramente se había buscado— y no decir en cambio «una sola palabra sobre otra cosa que los generales han hecho y que es mucho más grave, como es cerrar el Ateneo, lo que significa que cualquier mente pensante en España ahora estará contra ellos».

En 1927, JB se encontró por casualidad con el exiliado Unamuno durante una estancia en París. El 16 de junio escribió a Dent: «Lo primero que he visto en una librería han sido las “sediciosas” obras de Unamuno, que acaban de publicarse en París. Y poco después me he topado con él en persona. [...] Seis meses en las islas Canarias y otros seis en París —que, para Unamuno, se parece más a una isla desierta que Fuerteventura— le han hecho mejor poeta». Otros habituales de la Residencia fueron encarcelados, y Lorca se vio obligado a retrasar la presentación de *Mariana Pineda* por sus evidentes connotaciones políticas. El Comité de la Residencia fue destituido y reemplazado por un órgano más conservador, muchos de cuyos miembros pensaban que los principios que habían inspirado su creación eran anatema.

También JB se convirtió en sospechoso. El 9 de mayo de 1924 le había contado a Dent que José Castillejo<sup>119</sup>, uno de los más destacados eruditos de la Residencia, había sufrido el ataque de los jesuitas, «amparados por los generales»: «uno de los motivos de ese ataque fue el apoyo que había estado prestando a un “notorio ateo”, refiriéndose a mí por mi nombre. Afortunadamente, Castillejo conocía bien las tácticas de los jesuitas y sabía cómo manejarlos». Por su parte, JB también estaba teniendo sus propios problemas con los jesuitas,

<sup>119</sup> José Castillejo (1877-1945), principal artífice, junto a Santiago Ramón y Cajal, del desarrollo del proyecto de la Junta para Ampliación de Estudios, de la que fue secretario. Desde ese cargo atendió a todos los detalles de la creación y desarrollo de sus diferentes centros, entre ellos la Residencia de Estudiantes.

lo que le hizo mostrarse reacio a presentar su candidatura a una cátedra de Español en Oxford cuando ésta se convocó en 1927. Los jesuitas habían comenzado a crear sus propias residencias en distintas regiones del país como alternativa a la secular Residencia de Estudiantes. El 23 de marzo de 1926, mientras estaba alojado en el carmen de la Cañada en Granada, JB escribió muy irritado a Dent: «El pesado del profesor Allison Peers (de Liverpool) va a venir (también a esta casa) para organizar un curso de estudios españoles durante la Semana Santa, y no me va a dejar en paz». De ahí pasaba a especular sobre la posibilidad de que Peers se hubiera aliado con los jesuitas, que ya habían abierto una de sus residencias en Granada.<sup>120</sup> Peers había conseguido la cátedra de Español en la Universidad de Liverpool en 1922, y entre los dos se estableció una rivalidad que duraría toda la vida, especialmente después de que una década más tarde JB ganara la cátedra de Cambridge.

En la España de Primo de Rivera se daban todo tipo de intrigas, pero en 1924 JB hizo un análisis muy prudente de la oposición al régimen: «No creo que vaya a ocurrir nada grave, salvo en Cataluña, y en agosto. Parece que los catalanes han visto venir a los generales y se están organizando para enfrentarse a ellos, mientras que todos los demás muestran una resistencia pasiva, excepto la Iglesia».

Fue poco menos que un milagro que la Residencia de Estudiantes consiguiera sobrevivir y prosperar durante este

<sup>120</sup> No se ha podido establecer con certeza a qué residencia granadina pueda estar refiriéndose Trend. Lo cierto es que durante esos años la reforma educativa acometida por el Gobierno de Primo de Rivera y su ministro de Instrucción Pública, Eduardo Callejo, proclive en general a defender los intereses de los sectores eclesiásticos, impulsó la creación de colegios mayores en diferentes universidades españolas cuyo modelo supuso una clara alternativa respecto al que representaba la Residencia de Estudiantes.

difícil periodo y pudiera seguir organizando actos muy novedosos mientras el prestigioso Ateneo de Madrid permanecía cerrado. En gran medida, esto fue posible gracias a la labor diplomática de su director, Alberto Jiménez Fraud, y a su buena relación con personas en las altas esferas. En 1931, con la llegada de la Segunda República, la suerte de la Residencia volvió a cambiar para mejor de un día para otro y siguió progresando sin obstáculos durante algunos años más. Entonces se produjo el tremendo desastre del inicio de la guerra civil, que acabó por derrocar a la República en 1939 y llevar al poder al general Francisco Franco, quien impuso un régimen mucho más represivo que el de Primo de Rivera. Los brillantes pensadores, científicos, creadores o historiadores de la Residencia se dispersaron al marcharse al exilio, fueron encarcelados o, aún peor, fusilados y asesinados. El sueño se eclipsó. JB nunca regresó a España. En 1944, en su libro *The Civilization of Spain* describió, no sin cierta nostalgia, la visión de Giner de los Ríos como «el mayor estímulo para la reconstrucción del pensamiento español».



El periodo comprendido entre el final de la Primera Guerra Mundial y el desplome definitivo de la Segunda República en 1939 fue realmente una nueva edad dorada del arte y la cultura, de la literatura y la música en España, cuyo impacto rivalizó con la del Siglo de Oro de cuatrocientos años atrás, cuando el Renacimiento marcó el final de la Edad Media. La Residencia de Estudiantes fue el alma y el centro de esta nueva edad dorada y JB, entonces en la cima de sus facultades, formó parte de todo ello. Durante esos años descubrió un nuevo mundo para sí, se empapó de él, y lo hizo accesible a muchos otros que lo desconocían por completo. Publicó más de media

docena de libros y cientos de artículos sobre la música, la literatura, la historia y la cultura españolas, y llegó a convertirse en una reconocida autoridad en todo lo que tuviera que ver con España. El escenario ya estaba preparado para la siguiente etapa de su vida. Cambridge lo estaba llamando y él acudió a la llamada.



John B. Trend con Manuel  
Jiménez Cossío en Oxford,  
1940. Institución Libre de  
Enseñanza, Madrid.

# IV

## UN CATEDRÁTICO DE ESPAÑOL POCO COMÚN

## RETORNO A LOS JARDINES DE LA ACADEMIA: CAMBRIDGE

Una vez que Dent accedió a la primera cátedra de Música en Cambridge, los dos amigos empezaron a buscar un puesto universitario para JB. En su caso, esto era aún más difícil dada su falta de titulaciones académicas habituales. Además, en el campo de las lenguas modernas el hincapié se había hecho siempre en el francés y el alemán. El español era la cenicienta, impartido como una materia complementaria por profesores e investigadores, pero sin cátedras específicas asociadas a ella.

En la década de los veinte, la situación empezó a cambiar. En lo que respecta a las dos principales universidades británicas, Oxford se adelantó con la creación en 1927 de la cátedra de Español Alfonso XIII. Dent tenía mucho interés en que JB la solicitara, pero éste no compartía su afán y alegó como un posible obstáculo los problemas con los jesuitas, que en aquella época —en plena dictadura de Primo de Rivera— atacaban la postura laica de la Residencia de Estudiantes y los planes para liberalizar la educación en España. Según JB, «los jesuitas no pierden ocasión de poner trabas a la Residencia y a la Junta [para Ampliación de Estudios]. Jiménez [Fraud] no puede ausentarse por miedo a que el Directorio saque de la noche a la mañana algún decreto que paralice su actividad. Están en una posición débil, ya que reciben una subvención del Estado, que es también el dueño de los terrenos. El objetivo es estrujarlos poco a poco hasta que abandonen. Resulta sorprendente que España se esté volviendo un país cada vez menos liberal».

El 6 de abril de 1927, JB escribió a Dent desde Angulema:

Todavía no sé qué hacer con respecto a la cátedra de Español. Suponiendo que me la dieran (para evitar que sea una «cátedra de propaganda» en manos del Directorio español), haría falta mucha mano izquierda para lidiar con el profesorado, y mucha diplomacia para enfrentarse a Merry del Val<sup>121</sup> y a los jesuitas. De hecho, poco a poco estoy llegando a la conclusión de que sería más útil *fuera* de la cátedra que dentro de ella. «No todos los hombres son adecuados defensores de la verdad ni están preparados para recoger el guante por la causa de dicha verdad»<sup>122</sup>. Olvidé cómo sigue: algo sobre quedar como trofeo de los enemigos de la verdad; y, por supuesto, los jesuitas me engañarían en todo momento y ¡yo no sería más útil que el presidente Wilson en París! ¿Qué harías *tú*? Creo que me gustaría conseguirla más adelante, pero no en este momento; pero eso, por supuesto, es una esperanza vana: dejar pasar una oportunidad con la esperanza de que se repita. Trataré de averiguar lo que Jiminy [Jiménez] y los demás piensan de verdad.

El 12 de abril de 1927, Dent le contestó: «Puedo hablar con Maurice [Ingram] sobre la cátedra de Español, si quieres. Supongo que él no sabe mucho sobre los jesuitas y me imagino que desde el punto de vista español “Jimini” [Jiménez] es quien mejor puede aconsejarte. ¿Qué pueden hacer los jesuitas, si consigues la cátedra? No creo que tengan tanto poder en Oxford, y siempre puedes contar con el respaldo firme de las personas realmente adecuadas allí». JB ya había tomado una decisión antes de recibir esta carta. Recién llegado a la Residencia, el 13 de abril escribié:

<sup>121</sup> Alfonso Merry del Val (1864-1943), embajador español en Londres de origen británico y hermano del cardenal Rafael Merry del Val, que ocupó una sucesión de puestos importantes en el Vaticano. (Nota de la autora).

<sup>122</sup> Cita de *Religio Medici*, obra ensayística de contenido espiritual y tintes autobiográficos del escritor y médico inglés Thomas Browne (1605-1682). Véase Thomas Browne, *La religión de un médico* y *El enterramiento en urnas*, edición y traducción de Javier Marías, Madrid, Reino de Redonda, 2012.

Me detuve en Segovia, donde hacía tanto frío como en el polo norte, pero estaba luminosa y acogedora. Por cierto, mientras paseaba por el campo, decidí no presentarme a la cátedra de Español. Supondría una intriga perpetua con los jesuitas y el embajador que no me siento capaz de asumir y me aterra la idea de dar treinta y seis clases al año. Sigo prefiriendo mi libertad, aunque no sé cómo será dentro de diez años. Mis conclusiones se confirmaron al llegar aquí por dos cosas. Una es que todo el mundo piensa que se la darán a Pastor<sup>123</sup>. No les gusta. Le debía mucho a la Residencia y se fue (creo) a Oxford con una beca de estudios, y, aunque lo hubiera hecho por dinero, se ha aprovechado tanto del puesto como del dinero. Desde entonces (siendo medio judío) se ha quitado a la Residencia de encima y ha llegado a decir cosas atroces en público (yo estaba allí) sobre don Francisco [Giner]. Lo miran como una especie de Judas; pero piensan que, como cuenta con la confianza del embajador y el apoyo del Directorio, es seguro que será elegido. Será interesante ver si una Junta Electoral de Oxford acepta los dictados de un dictador español.

Otra razón es que el viejo Arteaga<sup>124</sup>, que ha sido catedrático *de facto* durante los últimos cuarenta años, se va a presentar. Podría ser elegido y luego jubilado inmediatamente, como debería ser; pero yo no cometería la desfachatez de presentar mi propia candidatura si él lo hace. [...] Los electores no están obligados a seleccionar a un candidato que se haya postulado;

<sup>123</sup> Se trata del gallego Antonio Pastor de la Meden (1894-1971), que cambió su apellido en los años cuarenta (antes Rodríguez Pastor). Estudió durante cuatro años en la Universidad de Oxford gracias a una beca de la Junta para Ampliación de Estudios. Entre 1921 y 1945 ocupó la cátedra Cervantes en el King's College de la Universidad de Londres, que dejó para desempeñar el cargo de agregado cultural en la embajada española en Londres.

<sup>124</sup> Se refiere al poeta, articulista y filólogo Fernando de Arteaga y Pereira (1851-1934), que había estado colaborando con el profesor Henry Butler Clarke en las tareas docentes de la Institución Tayloriana de la Universidad de Oxford desde la última década del siglo XIX y que finalmente le sucedería como profesor titular de Español en dicha universidad.

pero incluso si me escogieran en esas condiciones sería un nombramiento puramente político, o más bien antipolítico. Así que la cosa se convertirá (como dijo Dickinson) en «otra de esas cátedras de propaganda».

Es interesante observar hasta qué punto las consideraciones políticas ya pesaban en los nombramientos académicos en Inglaterra; más tarde, con la guerra civil, esa situación se agravaría. El argumento de los jesuitas parece un poco exagerado y, en cualquier caso, al final fue Salvador de Madariaga, el distinguido historiador y diplomático español, quien resultó elegido para el puesto. Madariaga gozaba de mayor reconocimiento que JB en ese momento y desde hacía tiempo tenía conexiones con Oxford, por lo que en principio era el candidato más idóneo. Tampoco parece muy probable que JB quisiera enfrentarse a Madariaga, un amigo cercano por el que sentía una gran admiración.

La cátedra de Oxford pronto volvería a salir a concurso. En 1931 Madariaga fue llamado de nuevo para servir a su país: la Segunda República acababa de asumir el poder y le nombró embajador en Washington. Un año más tarde fue trasladado a París y después pasó a ser ministro de Instrucción Pública del Gobierno republicano.

La vacante recién creada dio lugar a otro intercambio de correspondencia sobre las posibilidades de JB. El 7 de mayo Dent le dijo que no podía mover los hilos en Oxford, pero que haría lo que pudiera. Y el 5 de junio le informó de nuevo: «Sheppard ha escrito a Dawkins y yo he hablado con Stewart. Cree que Fitzpatrick haría bien en apoyarte e irá a verlo. Donald Beves<sup>125</sup> también está muy dispuesto a ayudar en lo posible». El 10 de

<sup>125</sup> Donald Howard Beves (1896-1961), profesor de Lenguas Modernas, tutor y decano del King's College de Cambridge, y más tarde también su vicerrector.

julio de 1931 Dent escribió a Lawrence Haward<sup>126</sup>, un amigo muy cercano:

Todos hemos estado intrigando mucho para que JB sea nombrado catedrático de Español en Oxford. La elección no es hasta septiembre, y me temo que hay otros candidatos fuertes, pero no pierdo la esperanza. Mientras tanto, JB se ha ido a Madrid para aprender un poco más de español, en concreto, fonética; pero va a volver por lo de Oxford, ya que está firmemente convencido de que el señor Robert Lorenz, que inició el «Elgar Hetz»<sup>127</sup> contra mí, vendrá a Oxford a enfrentarse conmigo en público, o montará algún otro tipo de alboroto. Así que creo que ¡¡me están organizando una escolta de estudiantes de Cambridge!! Me sentiré como Federico el Grande...

Haward debió de responder de forma desalentadora, ya que el 3 de septiembre de 1931 Dent volvió a escribirle: «No he sabido nada de JB en un mes. Por lo que respecta a su cátedra, creo que tiene usted razón, pero, aun así, pienso que hay alguna posibilidad. Sería un gran alivio que JB la obtuviera, pues le garantizaría una situación cómoda con un sueldo razonable».

Mientras tanto, en España había caído el Gobierno de Primo de Rivera y el 6 de septiembre Dent preguntó a su amigo: «¿Afectarán los nuevos acontecimientos políticos de España a tus posibilidades? Si en Oxford tuvieran un mínimo de sentido común, deberían contratarte, puesto que eres la única persona que entiende la psicología de la nueva república».

<sup>126</sup> Lawrence Haward (1878-1957), destacado coleccionista de arte y escritor, estudió en King's College, Cambridge, donde conoció a Dent, del cual recopiló y publicó una extensa bibliografía con motivo de su octogésimo cumpleaños: *Edward J. Dent: A Bibliography*, Cambridge, Cambridge University Press, 1956.

<sup>127</sup> Se refiere a una carta publicada en *The Times*, firmada por diversas personas del mundo de la música, en contra de los comentarios supuestamente displicentes y más bien groseros de Dent sobre el compositor británico Edward Elgar en un artículo para una revista alemana, que la mayoría de los firmantes ni siquiera había leído. Resultó ser una tormenta en un vaso de agua. (Nota de la autora).

Pero tales consideraciones no tuvieron peso en Oxford y JB no consiguió la cátedra. El 16 de octubre, Dent se lamentaba de que Oxford se hubiera «ido a Glasgow a buscar su catedrático de Español». Y añadía: «Nunca había oído ese nombre». El afortunado candidato era un respetado, pero al parecer bastante aburrido, experto en español, William Entwistle. JB no era un gran admirador suyo, pero en una carta a Dent aceptó la derrota con su aplomo característico: «¡No es el fin de mi universo! Es curioso cómo el bando de los profesores “oficiales” siempre ha estado en mi contra. Claro que este asunto de Oxford representa el triunfo de precisamente ese enfoque de los estudios hispánicos que yo detesto».

En realidad, no era tan extraño que JB no contara con el apoyo del «bando de los profesores oficiales», puesto que todo lo que él defendía iba en contra de sus retrógradas costumbres. JB quería propiciar una revolución —un renacimiento— en los métodos de enseñanza del español, similar a la que había iniciado en España la inspirada labor de don Francisco Giner de los Ríos. Resulta irónico que la Residencia de Estudiantes se hubiera fundado siguiendo el ejemplo de los *colleges* de Oxford y Cambridge y que ahora fuera la experiencia española de poner en práctica esas ideas innovadoras lo que JB quisiera llevar a Inglaterra y emular.

Su oportunidad llegó por fin —el típico caso de «a la tercera va la vencida»— cuando Cambridge fundó su propia cátedra de Español en 1933. El 1 de marzo de ese año, Dent le escribió dándole aliento, pero con cautela:

He hablado con Beves<sup>128</sup> sobre el puesto de Español en Cambridge. Dice que la universidad quiere convertirlo en una cátedra y están dispuestos a conseguir el dinero. Parecía estar de tu

<sup>128</sup> Sobre Donald H. Beves, véase la nota 121.

parte como profesor, pero se preguntaba si serías un buen gestor. Le aseguré que lo serías y que me constaba que eras muy buen profesor. De todos modos, ¡a Barker<sup>129</sup> lo miran con horror! No he visto a Bullock<sup>130</sup>, pero lo abordaré. Me temo que Albion<sup>131</sup> Peers podría ser un candidato de peso. Praz me envió hoy un maravilloso testimonio de Grierson<sup>132</sup>, que está en América. Grierson dice en su carta a Praz que fue él quien metió a Entwistle en Oxford. ¿Conoces a Grierson o tienes forma de ponerte en contacto con él? Claramente, es una persona influyente.

También recibí carta de Laurence Binyon, en la que decía que Rodd estaba a favor de Praz. Gardner apoya a Pellizzi, *porque* (según Praz) teme que la campaña contra los extranjeros pueda hacer que la posición de Pellizzi en Londres resulte poco segura. Pettoello, de Cambridge, también es candidato, pero no creo que Cambridge esté muy impresionado con él. A Piccoli lo reconocieron como el gran hombre que es, ¡y espero que mis propias acciones coticen al alza entre los que saben que yo lo apoyé!

Como es natural, había multitud de aspirantes a un puesto tan codiciado, y cada uno contaba con sus propios apoyos. Las posibilidades de JB, que carecía de titulación alguna en español, eran bastante remotas, especialmente frente a alguien

<sup>129</sup> El hispanista John William Barker (1889-1962), primer traductor al inglés del *Libro de buen amor* del arcipreste de Hita, editor de varias obras del Siglo de Oro y profesor en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Cambridge, donde dio clases de español, aunque luego se especializó en la enseñanza del portugués. En la década de los cuarenta trabajó en el Instituto Británico de Madrid y en el de Lisboa.

<sup>130</sup> Sobre T. W. I. Bullock, véase la nota 112. Según apunta Margaret Joan Anstee en la edición inglesa, cuando Trend conoció a Bullock en España, en julio de 1925, «le desagradó al instante».

<sup>131</sup> Uno de los diversos apelativos jocosos que tanto Dent como, especialmente, Trend dedican a Allison Peers en su correspondencia, probablemente por la ya mencionada rivalidad que los dos hispanistas mantuvieron durante décadas.

<sup>132</sup> El eminente investigador y profesor de Literatura inglesa sir Herbert Grierson, ya mencionado antes. (Nota de la autora).

como Allison Peers, de ahí que su nombramiento causara sorpresa y controversia. Sin embargo, de todos los candidatos, JB era el que mejor conocía España —España desde dentro, por así decirlo, y no sólo la que se ve desde fuera o a través de su literatura—: había pasado allí largas temporadas explorando sus rincones más remotos y había escrito libros muy reconocidos sobre su literatura, su música y su historia. Con todo ello había adquirido un conocimiento incomparable de todo lo que hacía latir al país.

Contra todo pronóstico, y gracias en particular a la insistente presión de Dent sobre quienes podían influir en el resultado, JB se impuso. Fue una decisión valiente por parte de la universidad elegirlo por encima del resto de los candidatos, y cabe imaginar la reacción de éstos al conocer la noticia. De hecho, Allison Peers, que a JB no le caía bien desde su primer encuentro en España, se convirtió en un rival de por vida.

JB debía de estar exultante, aunque en una carta a Falla del 22 de septiembre de 1933 adoptó un tono de indiferencia: «¡Figúrese! ¡Cosa tan inesperada!». Pero de ahí pasaba a decir que preveía numerosas dificultades y dibujaba un panorama desolador de la situación del Departamento de Español que pronto iba a dirigir: desde las goteras del techo hasta el deficiente material didáctico, sin buenos mapas ni fotografías recientes. En cuanto al personal, Bullock (a quien Falla había conocido en Cambridge) no estaba mal, «pero algo descorazonado». Otra persona, sin identificar, era, según JB, un antiguo maestro de escuela que había estado en Cambridge durante la guerra como profesor de Gimnasia y había aprendido español en sus ratos de ocio. Tenía fama de ser «un maestro admirable de gramática. Pero su gusto literario es indescriptible». El antecesor de JB, que había sido profesor sin categoría de catedrático, era historiador, buen conocedor de Hispanoamérica,

aunque en los últimos años, siempre según JB: «la dragona de su mujer le ha prohibido los viajes transatlánticos». Lo había dejado todo en manos del profesor de Gimnasia, hasta el punto de que éste había llegado a creer que él sería el nuevo catedrático. Probablemente era un buen profesor de Gimnasia, pensaba JB, pero los libros de texto que había escogido estaban totalmente desfasados y no sería posible cambiarlos hasta 1937.

Las ideas de JB, continuaba la carta, eran completamente diferentes y procedían del propio Falla, de Federico García Lorca y de sus muchos amigos españoles. Esperaba invitar al poeta José Bergamín a Cambridge para que diera unas conferencias, pero le habían informado de que no había dinero ni siquiera para visitas de eminentes literatos y catedráticos españoles. «¡Ya ve usted —concluía la carta— que hay un sinfín de molestias para un catedrático nuevo y poco experimentado! [...] El español es como la Cenicienta de los idiomas modernos en Cambridge». JB decía estar «ocupado y preocupado», y tuvo que abandonar su idea de pasar unas semanas con Falla en España.

Las mismas inquietudes impregnaban sus cartas a Dent. El 26 de agosto de 1933 volvió a expresar su indignación por el hecho de que los libros de texto fueran tan viejos y estuvieran tan desfasados. Y añadía: «Empiezan a preocuparme mis clases. No consigo averiguar en ningún sitio cuántas se supone que debo dar. Barker (al igual que Rootham) da demasiadas: ocho a la semana, 192 al año, que son incluso más que las de Prior (el profesor de Francés) (144). Por supuesto, no todas son clases, pero son horas de enseñanza en cualquier caso. Creo que voy a empezar con dos. No creo que pueda dar más para empezar, no si las clases de español han de tener el nivel que a mí me gustaría». (En la carta a Falla ya citada

decía haber heredado un curso sobre «gritos del combate»<sup>133</sup> y añadía con pesar que tendría que dar esas clases, pero lo haría «de una manera algo diferente» a la que se esperaba). La carta a Dent continuaba:

Mi intención es impartir un curso sobre «La España medieval» [...] y otro sobre «La España del siglo XIX». Ambos relacionados con los libros prescritos. Pero, ¡Dios mío!, la mayoría de los libros *prescritos* después de 1800 deberían estar *proscritos*. Aunque la normativa no especifica cuándo termina el periodo que comienza en 1700, ¡ninguno de los libros seleccionados es posterior a 1884! Dicen que se han elegido por razones históricas: ¡desde luego no por razones literarias! Para el examen oral del principio del próximo trimestre han incluido un libro de Azorín, pero con los demás Cambridge va a quedar en ridículo y no puedo modificar nada (creo) hasta 1937.

Barker se va a hacer cargo de la historia de Hispanoamérica (que es una asignatura especial): Bullock (y otros) piensan que hay demasiada Hispanoamérica [en el programa]. Me inclinaría a estar de acuerdo si no fuera por la idea de que, suponiendo que algo salga mal en España —que se vuelva jesuita o bolchevique—, ¡sería importante estar en contacto con algunos países de habla hispana todavía civilizados! Sin embargo, no he compartido esta opinión con nadie. Bullock (como católico, y, aparentemente, como político jesuita) piensa que la República no durará más de dos años, pero lleva diciendo eso desde que se proclamó. El Departamento de Español de Cambridge es una casa de causas perdidas. Fueron los últimos en invitar a [Ramón] Pérez de Ayala y, al parecer, hubo ligeros roces. Han decidido que Américo Castro no vale, ¡cuando es, *con mucho*, el mejor, como profesor y como investigador! Tampoco les sirve [Antonio] Pastor; no les sirve nadie más que ellos mismos, de hecho. ¡Tengo que conseguir que vuelva Edward Wilson! Prior

<sup>133</sup> En español en el original.

dice que puede hacerse, pero Bullock tiene otro candidato y, si nombro a Wilson, ofenderé a Bullock, que por lo demás es muy amable. Aun así, haré todo lo posible por Wilson: debemos tener a *alguien* que sea conocido más allá de Cambridge y a Edward Wilson lo conocen en todas partes por su trabajo sobre Góngora.

Mientras tanto, Barker parece tenerlo todo en sus manos —nombrar al profesor de Español, etc.—, y será un proceso lento y doloroso hacerse con el control, me parece. Ha traído a algún catalán: siempre trae a catalanes como profesores de Español, ¡que es como traer a suizos para enseñar alemán! Los profesores, por supuesto, deberían venir de (o a través de) la Residencia. Afortunadamente, el de este año, Valbuena, es una autoridad en el teatro.

Otro problema de personal, confiaba a Dent, era la necesidad de tener en cuenta las cuestiones políticas. La turbulenta situación política en España y la llegada, dos años antes, de la Segunda República —con sus inclinaciones socialistas— habían despertado fuertes sentimientos a favor y en contra, no sólo en España, sino también entre los miembros del departamento. Estas tensiones subyacentes se agudizarían con el estallido de la guerra civil tres años después. Las lealtades del propio JB estaban claras como el agua, pero era evidente que tendría que seguir su rumbo con mucho cuidado si quería mantenerse a flote. Para lidiar con la situación de profundas divisiones, tanto en cuestiones intelectuales como en inclinaciones políticas, tendría que ejercitar sus consumadas habilidades diplomáticas.

A JB nunca le había gustado Bullock desde aquel primer encuentro en España en 1925, cuando lo había descrito como un «segundón» que actuaba «como una maestra de escuela» ante el grupo de estudiantes al que guiaba. Ahora le reconocía a Falla que seguramente Bullock haría un buen trabajo enseñando a Cervantes. También había una mujer en

el departamento: Inez Macdonald, directora de estudios de Newnham College, sobre la que tanto él como Dent parecían tener dudas. El 1 de septiembre de 1934, Dent escribió: «Estoy bastante de acuerdo contigo sobre el absurdo misticismo de la señorita Macdonald. Supongo que es una facultad escocesa para ver fantasmas». La señorita Macdonald seguía allí cuando yo empecé a estudiar en 1944, y, diez años más tarde, cuando cayó gravemente enferma, la sustituí durante cuatro trimestres. Era una mujer grande y de busto prominente, de aspecto muy español, con grandes ojos oscuros y el pelo retirado de la cara en un severo moño. En otros aspectos, era la quintaesencia de estas islas y no vi indicios de que sintiera predilección por los fantasmas escoceses, pero sí tenía inclinación por los poetas místicos españoles y era especialista en la literatura española del Siglo de Oro. Era una buena profesora y una persona muy agradable, con una formidable voz de contralto que explotaba, a veces con un efecto ensordecedor, en las sesiones dedicadas a las canciones populares españolas.

Una idea de lo exigente que era JB con el nuevo personal que contrataba y del estilo de enseñanza que buscaba, así como de sus propias clases, nos la da su correspondencia con Jesús Bal y Gay, un talentoso musicólogo y compositor a quien había conocido en la Residencia.<sup>134</sup> Sus cartas también muestran el cuidado que ponía en garantizar la comodi-

<sup>134</sup> El compositor y musicólogo Jesús Bal y Gay (1905-1993) vivió en la Residencia de Estudiantes entre 1925 y 1933. Allí conoció a Trend, y, gracias a su invitación, en 1935 se trasladó como lector de español a Cambridge, donde permaneció tres años. Las cartas citadas en este volumen dirigidas por Trend a Bal y Gay y su mujer, la compositora y pianista Rosa García Ascot, se conservan en la Residencia de Estudiantes y están escritas unas veces en español y otras en inglés; las escritas en español se reproducen aquí respetando las peculiaridades léxicas y sintácticas de los originales.

dad y el bienestar de su profesorado. El 16 de abril de 1935 JB envió un radiotelegrama a Bal invitándolo a Cambridge como «lector [de] español»<sup>135</sup>. JB le explicaba que el puesto implicaba veinte semanas de clases por curso académico, por las que recibiría trescientas treinta libras. Estaba convencido de que Bal haría grandes cosas en Cambridge. Lo principal era que impartiera clases prácticas de pronunciación, lecturas, conversación, etc., así como conferencias sobre cualquier tema de su elección: «Lo más importante es que los estudiantes escuchen el idioma español con claridad y belleza». JB se ocupó hasta del último detalle, se ofreció a ayudar a Bal a encontrar alojamiento (se podía encontrar hospedaje por 3,10 libras esterlinas a la semana, le decía) y le aconsejó viajar por mar, en lugar de atravesar Francia, a menos que su esposa, Rosa García Ascot (Rosita) —también una intérprete de gran talento—, tuviera tendencia a marearse. Durante los meses de abril y mayo de 1935, JB fue personalmente a inspeccionar varias casas de huéspedes y al final les recomendó a la propietaria del lugar donde él había pernoctado durante su primer año como profesor, y que desde entonces regentaba una casa nueva y mejor.

El 23 de julio, JB envió a Bal más detalles sobre el horario de las clases y las prácticas de idioma que tendría que impartir, subrayando que el objetivo principal era interesar a los alumnos. Como ejemplo de posibles temas para sus clases, mencionaba que durante el año anterior él mismo había dado introducciones elementales al «*Cid*, Alfonso el Sabio y don Juan Manuel, el arcipreste de Hita y Jorge Manrique, la *Celestina*, el *Lazarillo* y la picaresca, Garcilaso, el Renacimiento, *Don Quijote* y el teatro».

<sup>135</sup> En español en el original.

En sus conferencias sobre la Edad Media para estudiantes más avanzados, JB había dedicado, según le decía a Bal, unas cuatro clases a la España visigoda y musulmana, una a la Castilla primitiva, dos al *Cid* y una a los cantares de gesta perdidos. Después de las Navidades tenía previsto dar dos clases sobre Berceo, una sobre la lírica primitiva, la alegoría, etc., dos sobre Alfonso X el Sabio, dos sobre el arcipreste de Hita (Juan Ruiz) y una sobre literatura medieval y renacentista.

El verano anterior había impartido cuatro clases sobre el romancero y cuatro sobre el marqués de Santillana. En otra carta le daba ideas para conferencias más generales, entre ellas una sobre estadistas españoles, por ejemplo, «De Fernán González a Azaña» (entonces presidente de la República), y otra sobre «Un español representativo»; citaba como modelo los *Victorians eminentes* de Lytton Strachey<sup>136</sup>. Como método ideal de enseñanza, JB aludía a los cursos de verano de la Residencia, en los que se hacía leer al alumno algún fragmento y el «maestro» o la «maestra» —hablando siempre en español— corregía la pronunciación y la entonación.

En la referida carta del 23 de julio, JB insistía: «Queremos que asista a sus clases el mayor número posible de estudiantes. Debería empezar por lo más general. [...] Quiero evitar, en particular, el tipo de clase en el que se enseñan “los catorce puntos importantes de Lope [de Vega], etc.”, que se aprenden de memoria para aprobar los exámenes». Por encima de todo, JB quería que el lector de español captara el interés de los alumnos.

<sup>136</sup> *Eminent Victorians* (1918) recoge las biografías del cardenal Manning, Florence Nightingale, Thomas Arnold y el general Gordon. Su publicación fue un acontecimiento literario que consolidó la fama de Strachey. Véase Lytton Strachey, *Victorians eminentes*, edición, traducción, prólogo y notas de Dámaso López García, Madrid, Valdemar, 1998 (edición revisada y corregida).

Como un aliciente más para ir a Cambridge, JB confiaba en que Jesús y Rosita aceptaran ser sus invitados en la «fonda»<sup>137</sup>, un tanto «pickwickiana», que había cerca del Christ's College hasta que encontraran el alojamiento adecuado. También prometía cierta cantidad de música, incluido el *Oratorio de Navidad* de Bach y la *Misa* de Vaughan Williams sin acompañamiento. Además, esperaba «persuadir a una anfitriona de Cambridge» para que ofreciera «una pequeña recepción» en la que «la gente más musical de Cambridge» pudiera «escuchar a Rosita tocar»<sup>138</sup>, ¡si ella quiere!.

Una década más tarde, en 1945, JB mostró la misma implicación, tanto personal como profesional, cuando invitó a Helen Grant como profesora y tutora. Lamentaba que los honorarios no fueran «extraordinarios» (era «lo máximo que la normativa vigente me permitía pedir») y le prometía organizar su horario de tal manera que pudiera seguir viviendo en Londres, donde tenía una casa con su marido. Pero, sobre todo, al describir lo que esperaba de ella, subrayaba: «la España que busco es, por supuesto, *su* España, no la de algunos otros que no nombraré». No hay duda de que Helen Grant hizo lo que JB le pedía y se convirtieron en almas gemelas en un Departamento de Español que se vio enormemente reforzado con su llegada.



Dada la magnitud de la tarea que le esperaba, JB tuvo que liberarse de los compromisos que tenía en ese momento. Uno

<sup>137</sup> En español en el original.

<sup>138</sup> Según M. Isabel Gejo-Santos, Rosa García Ascot «tocaba todos los días el piano en el apartamento del colegio que ocupaba el profesor Trend. Allí también preparaba los conciertos que dio en Cambridge, Manchester, Liverpool y Londres» (en Adelaida Sagarra Gamazo (coord.), *Liberales, cultivadas y activas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2017, pág. 597).

de los más importantes era con la revista *The Criterion*. En julio de 1933 escribió a su fundador y director, T. S. Eliot, lamentando que sus nuevas obligaciones le iban a impedir seguir colaborando con su crónica musical trimestral. El 28 de julio de 1933, Eliot escribió a Philip Radcliffe, a quien JB había recomendado como su sucesor, para ofrecerle el puesto. En su carta, Eliot se deshacía en elogios a «las crónicas del señor Trend»: «han cumplido con los objetivos de *The Criterion* a la perfección».



JB no daba la imagen de catedrático ni por su aspecto físico ni por su rechazo del enfoque tradicional de Cambridge respecto a la enseñanza del español. En un perfil para *Christ's College Magazine* de 1954, D. N. Vermont lo describía así:

Quienes frecuenten First Court [Christ's College, Cambridge] habrán visto una figura de mediana estatura, tal vez con una boina azul o un sombrero *trilby* marrón media talla por debajo de la suya, andando apresuradamente desde la puerta principal hasta sus habitaciones de la escalera «G». Es poco probable que él te vea, porque suele ir mirando hacia arriba o hacia abajo. Aunque lo conozcas bien, es posible que no se dé cuenta de tu presencia, pero, si lo hace, por el rabillo del ojo, volverá sobre sus pasos y se disculpará por haber dado la impresión de que quería evitarte. A continuación, siempre que no suene la campana de la segunda sala, el profesor te deleitará con una disertación sobre lo que más le preocupe en ese momento y te halagará pidiéndote tu opinión o tu apoyo en las mil y una causas con las que esté comprometido en ese momento con un entusiasmo quijotesco. Es uno de los conversadores más interesantes de Cambridge y, sin embargo, echa por tierra la afirmación de que hacen falta dos para mantener una conversación. Es posible que te transporte hasta Granada, que te invite a una

representación de *El Misterio de Elche*, o a una ópera de Mozart en Salzburgo antes de la Gran Guerra. Puede que te pida que explores el pensamiento de Unamuno o que compares los cisnes de Rubén Darío con los de Wagner. Y entonces caerás en la cuenta de por qué estás teniendo un papel tan pasivo en la conversación, y será porque lo que el profesor Trend tiene que decir es mucho más interesante que cualquier aportación que tú puedas hacer.<sup>139</sup>

Tras la muerte de JB en 1958, esta imagen fue ampliada en la misma revista por un colega identificado sólo por sus iniciales, L. R. L., en un artículo titulado «A Sketch from Memory:

Hace unos años apareció un «Retrato» de J. B. Trend en la revista del [Christ's] College. Como era de esperar, en lugar de incluir un retrato del propio «J. B.»,<sup>140</sup> el texto estaba ilustrado con una imagen de su apartamento, el G.3. Trend murió el 20 de abril de 1958, y el G.3 está ahora ocupado por otro miembro de la junta directiva. Atrás quedaron los innumerables libros, la colección de discos de gramófono y los pájaros de papel de Unamuno. Los habitantes de First Court ya no ven al catedrático emérito de Español dirigiéndose hacia la puerta principal, tal vez de camino al almuerzo en el restaurante del Arts Theatre.

Su manera de andar, como si marchara al frente de una compañía, su pose erguida, su bigote recortado y la cadena para atar la silla de lona que guardaba en el pabellón de baño eran meros signos externos que se le habían quedado después de la Primera Guerra Mundial. Su mente no podía ser menos militar. Siempre se reía al recordar cómo se le había perdido un tren militar en Francia, o, más tarde, cuando trabajaba para

<sup>139</sup> D. N. Vermont, «Profile. Professor J. B. Trend», cit.

<sup>140</sup> Trend se había negado ferozmente a que lo fotografiasen, en parte por su timidez innata y también porque en ocasiones anteriores había comprobado que no era fotogénico. (Nota de la autora).

la Oficina de Guerra, cómo había detectado las maquinaciones del cardenal Piff. Sin embargo, tenía esa cierta robustez que suele caracterizar a los que lucharon y sobrevivieron a la Primera Guerra Mundial. Incluso había hecho algunos enemigos y no les tenía miedo: podía ser implacable. Y lo que menos perdonaba eran los malos modos y el trabajo académico mal hecho. En una de las escasas ocasiones en que lo oí hablar en una reunión del College, se quejó de la descortesía que le había mostrado un trabajador eventual de la biblioteca: «Nadie ha sido nunca tan grosero conmigo, ni siquiera un cura español». Era muy estricto para las cuestiones de etiqueta y le producía un gran regocijo la certeza de que no tenía nada que aprender de los bienpensantes admiradores del general Franco sobre cómo comportarse en la iglesia o en la capilla.<sup>41</sup>

Se ha especulado a menudo que el retrato poco benigno de «un catedrático de Cambridge» que hizo Louis MacNeice en su *Diario de otoño* se refería en realidad a JB, a quien había conocido en su visita a España en 1936. El poeta escribió:

Un catedrático de Cambridge que dándose aires decía:  
«pronto habrá problemas en este país».  
Y, gallardo y regordete, pidió una copa de anís,  
orgullosa de mostrar su dominio del idioma.

Pero es imposible que se tratara de JB, quien, desde luego, no era «regordete» ni, mucho menos, fanfarrón.

Otras descripciones de JB, hechas por personas que lo conocieron personalmente, son más interesantes. Ian Gibson, en su biografía de Lorca, lo retrata así: «no muy alto, un poco calvo, tímido, Trend hablaba con un ligero tartamudeo, y aún no

<sup>41</sup> L. R. L., «A Sketch from Memory», *Christ's College Magazine*, vol. 58, núm. 184, 1959.

dominaba bien el castellano»<sup>42</sup>. Philip Radcliffe, el sucesor de JB en *The Criterion*, en una nota biográfica con motivo del centenario del nacimiento de Edward Dent en 1976 se refirió a él como «el amigo» que asociaba «más vívidamente» con Dent, y lo describió así: «JB, como lo llamábamos todos, era menudo, más bien calvo y extremadamente entusiasta. Hablaba con gran fogosidad, dejando muchas frases inacabadas, colgadas, por así decirlo, del aire, y en su época de catedrático parecía vivir en un constante torbellino de emocionantes intrigas».

Es cierto que a JB siempre parecía acompañarle el drama, ya se encontrara en España o en Cambridge. Tal vez fuera porque él veía el drama incluso en los sucesos más triviales de la vida cotidiana, y en los libros y las vidas de personas muertas hace siglos. El comentario sobre sus frases truncadas es también una aguda observación. En mi época en Cambridge, compusimos unos ripios ligeramente irreverentes en español sobre su manía de no terminar nunca las frases antes de abandonar el aula:

Al terminar la frase,  
ya está fuera de la clase.<sup>43</sup>

En mi autobiografía, yo misma lo describí de la siguiente manera:

El profesor J. B. Trend era un excéntrico extraordinario que inspiraba gran entusiasmo entre sus alumnos. No muy alto, de mejillas sonrosadas y con una calva igualmente rosada rodeada por una rebelde cabellera gris, tenía el aspecto de un alegre monje medieval que se hubiera extraviado y aparecido en el siglo XX. Tenía los ojos más expresivos y chispeantes que he visto nunca, siempre mirando de un lado a otro, atento a

<sup>42</sup> Ian Gibson, *Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 2011, pág. 278.

<sup>43</sup> En español en el original.

cualquier bocado intelectual sobre el que abalanzarse como un petirrojo sobre un gusano. Su mente iba siempre varios pasos por delante de su conversación, y tartamudeaba y balbuceaba mientras su lengua luchaba en vano por seguir el ritmo de sus pensamientos. Esto a menudo hacía imposible entenderle, pues las palabras salían de su boca de forma atropellada.<sup>144</sup>

Dent aseguró a Beves que JB era un buen profesor, opinión con la que no puedo estar del todo de acuerdo, al menos no en un sentido formal o tradicional. Era más bien como un caballo desbocado galopando campo a través, desviándose de vez en cuando para explorar caminos poco frecuentados mientras los estudiantes hacíamos lo imposible por seguirle. Acabábamos casi tan exhaustos como él, pero su entusiasmo y la amplitud de su visión nos impulsaba a explorar algunos de esos caminos por nosotros mismos.

Probablemente, su principal talento como profesor era su cercanía a los alumnos. En defensa de otros profesores que resultaban más distantes, hay que reconocer que el pequeño tamaño del Departamento de Español en aquellos primeros tiempos se lo ponía más fácil, pero esta actitud también era algo innato a su naturaleza. Ya he mencionado cómo incluso los estudiantes de primer año podían ir a sus habitaciones forradas de libros en Christ's College a plantearle cualquier pregunta sobre algo que estuvieran leyendo, y, con ello, tener la suerte de presenciar el espectáculo de un JB inesperadamente atlético (¿tal vez por sus años practicando remo cuando era estudiante?) poniéndose en pie para recuperar algún libro relevante, por lo general del estante más alto de todos, una operación que a menudo implicaba guardar un precario

<sup>144</sup> Margaret Joan Anstee, *Never Learn to Type: A Woman at the United Nations*, Chichester, John Wiley & Sons, 2003, pág. 54.

equilibrio sobre el respaldo del sofá. Acto seguido podía embarcarse en un fascinante monólogo sobre la importancia y el contexto de la obra en cuestión, el cual avivaba aún más el interés del estudiante y era mejor que cualquier clase.

Como señaló Helen Grant en su obituario, JB era un hombre extremadamente culto que, sin embargo, llevaba su erudición con ligereza. Nunca adoptó la forma preferida por muchos académicos que se dedicaban a escribir monografías o tesis sobre temas abstrusos, como algún género menor de la literatura española del siglo XVII; en lugar de eso, él expresaba su erudición de manera más sutil a través de una increíble variedad de conocimientos y experiencias. Tenía la singular habilidad de conseguir que infinidad de aspectos relacionados con España cobraran vida y mostraran cómo se interrelacionaban entre sí: literatura, música, arte, historia y política.

¿Y dónde ibas a encontrar otro profesor que te enviara postales instándote a ver la última película en el Arts Cinema o a visitar una exposición de arte recién inaugurada, al margen de que el tema estuviera relacionado o no con el español? «Tiene que ir. ¡Está viva!», escribía, utilizando su elogio preferido. Durante mis tres años en Cambridge, JB tuvo otros gestos personales que ilustran el «don de gentes» al que me referí antes. En una ocasión, mis padres vinieron a visitarme y él los recibió en su apartamento e insistió en invitarnos a comer a los tres en el restaurante Arts. Tanto mi madre como mi padre eran personas inteligentes y cultas, pero ella tuvo que dejar la escuela a los doce años y mi padre a los catorce. Sus vidas no podían ser más diferentes de la de JB, pero él enseguida les hizo sentirse cómodos, y yo lo recuerdo como una ocasión agradable en la que la conversación fluyó. Mi padre y él tenían la guerra en común, aunque en distintos frentes —mi padre había sobrevivido por poco al desembarco

de Galípoli— y con diferentes rangos: mi padre fue soldado raso, JB oficial. En sus primeros diarios a veces se detecta un tono ligeramente altivo y condescendiente cuando describe su trato con los «rangos inferiores», pero nada de eso se manifestó en nuestro encuentro, a pesar de que era una época en la que la división de clases todavía se respetaba estrictamente.

Dos días antes de que se publicaran los resultados de los exámenes finales de 1947, JB vino a verme a Newnham. En una espléndida tarde de junio nos sentamos en uno de los bancos de los jardines y, rebotante de emoción, me dijo que yo había obtenido un sobresaliente de media y que me había quedado a nada de una matrícula de honor por culpa de un trabajo de francés. Previamente me había dicho: «No debería hacer esto...» y, desde luego, era algo del todo irregular que me diera esa información antes de que se hiciera pública. Pero es que él nunca seguía las reglas.

JB tuvo un efecto determinante en mi vida, así como en la de muchos otros compañeros. Si él era un catedrático de Español poco común, yo era una estudiante de la materia igualmente poco habitual. Para alguien procedente de una familia rural de clase trabajadora, en una época en la que las plazas para mujeres en Cambridge eran muy limitadas, acceder a cualquier universidad parecía un sueño imposible, y cuando eso pasó no hubo nadie que me aconsejara qué debía estudiar. Con cierto retraso, caí en la cuenta de que era mejor elegir una carrera que me preparara para una profesión que no fuera la de maestra de escuela, que no me atraía. Los idiomas modernos parecían ser mi mejor opción, pero eran tiempos de guerra y en mi instituto sólo se enseñaba francés. Oxford, mi primera opción, sólo me aceptaba para un doble grado en francés y latín. El Newnham College de Cambridge me comunicó que, si conseguía un nivel suficiente de español

o italiano para aprobar el examen de ingreso, podría estudiar francés y español, y graduarme en Lenguas Modernas y Medievales. Esa carta llegó en agosto de 1943. El examen de ingreso era en noviembre, apenas tres meses después.

Por una de esas casualidades del destino que marcan el resto de tu vida, en la escuela politécnica de mi ciudad no se impartía ningún curso de italiano, así que contraté los servicios particulares de su profesor de español, un ingeniero de Gibraltar que trabajaba en una fábrica y que, como descubrí enseguida, no había oído hablar del subjuntivo y tenía un acento muy peculiar. Las clases se desarrollaron en circunstancias estresantes en una época de ataques aéreos especialmente intensos, con su mujer, grande y muy nerviosa (él era muy pequeño), refugiada debajo de la mesa y salpicando nuestras lecciones con un sentido «ay, ay ay...». Al terminar, yo me volvía a mi pueblo en bicicleta bajo un cielo surcado por los haces de los reflectores y los destellos de los obuses lanzados desde las baterías antiaéreas que había por todos lados.

Sorprendentemente, aprobé el examen de ingreso a Newnham en noviembre, incluido el ensayo en español. En aquel momento parecía evidente que mis estudios se centrarían en el francés, mientras que el español sería sólo una materia secundaria. Sin embargo, cuando llegué a Cambridge para el primer trimestre del curso 1943-1944, mis prioridades cambiaron. Pronto descubrí que el Departamento de Francés era grande e impersonal. En cambio, el de Español era minúsculo y —como muchos otros estudiantes— me vi rápidamente arrastrada por la extraordinaria personalidad y el entusiasmo de su director. Fue otro de esos sucesos fortuitos que cambian el curso de una vida. Conociendo los antecedentes de mis estudios, «Prof», como lo llamábamos entonces (el más familiar «JB» vino más tarde), a menudo empezaba dirigiéndose

a mí con la frase: «Usted, como conocedora de los clásicos, sabrá que...». Aunque resultaba halagador que me hablaran de esta manera con apenas dieciocho años, mi formación clásica no podía compararse con la que había recibido JB en Charterhouse. Pero era típico de él tratar incluso a una estudiante de primer curso como a una igual.

Muchos años después, esta anécdota tuvo una extraña continuación. Tras la muerte de JB, su enorme colección de libros se distribuyó entre sus alumnos y colegas. Al encontrarme lejos, en Sudamérica, no tuve opción de elegir y me decepcionó recibir un volumen bastante aburrido que no reflejaba en absoluto los intereses que habían cimentado nuestra relación. Más tarde, en la década de los setenta, los recuerdos se agolparon en un almuerzo en Nueva York ofrecido por un colega de Sierra Leona, Davidson Nicol, que acababa de ocupar un alto cargo en las Naciones Unidas. Nicol era naturalista, y en el curso de la conversación salió a relucir que había sido miembro de la junta directiva del Christ's College y había ocupado el apartamento del piso superior al de JB, a quien había llegado a conocer bastante bien. De hecho, había heredado las habitaciones de Darwin al morir JB. Cuando le dije que había sido alumna suya, comentó: «Tiene que ver mi posesión más preciada», y sacó el libro que había recibido él a la muerte de JB. Se trataba de la primera edición del *Oxford Book of Spanish Verse* compilada por el antecesor de JB, James Fitzmaurice-Kelly. JB había preparado la segunda edición y éste era el ejemplar con el que había trabajado, con todas sus anotaciones y correcciones. Me moría de envidia.

Entonces mi anfitrión añadió: «Una de las cosas más intrigantes es una nota escrita en un papel aparte con otra letra; no tiene firma, pero obviamente la escribió algún especialista en clásicas». Me mostró la nota, la única intercalada en el

libro, en la que se hacía una comparación bastante pretenciosa entre una estrofa de Juvenal y algunos versos de un poeta medieval español. Me llevó un momento reconocer mi propia letra de joven, y comprendí, para mi sorpresa, que la nota era mía y no de algún erudito catedrático. Me conmovió profundamente descubrir que JB había dado tanta importancia a mi opinión. Yo había olvidado por completo el incidente original y los versos en latín que tan pedantemente había escrito tres décadas antes. Verlos en el papel fue como ver al fantasma de JB saltar de la página. Probablemente fue el tipo de asociación que había aprendido del propio JB. Por supuesto, esta conexión tan personal me hizo desear aún más el libro. Esperaba ilusionada que mi anfitrión (que no tenía ninguna relación con España ni con el español) me lo ofreciera, pero sólo recibí una fotocopia. No era lo mismo. Davidson Nicol murió hace algunos años y es probable que ese valioso volumen se haya perdido para siempre. Me cuesta imaginar que haya alguien en Sierra Leona a quien interesen estas cosas.



Cuando llegué a Cambridge en 1944, once años después de que él hubiera tomado posesión de su cátedra, JB había logrado incorporar savia nueva al departamento, incluidas notables personalidades españolas. Esto se debió en parte a la salida de España de muchos intelectuales a causa de la guerra civil. (En el próximo capítulo se abordarán los esfuerzos de JB para rescatar a personas destacadas con las que había trabajado estrechamente en la Residencia de Estudiantes).

Aunque hacía años que la guerra civil había terminado en España, sus efectos todavía perduraban en las aulas y salas comunes de Cambridge, donde no todo el profesorado compartía las simpatías republicanas de JB. La facción contraria

estaba liderada por el doctor Bullock, cuya personalidad todos considerábamos mucho menos atractiva. Los sentimientos eran tan intensos que algunos de los miembros más antiguos del departamento no se hablaban y la situación llegó a conocerse como «el gran cisma». Debió de ser una pesadilla para JB, que intentaba mantener el equilibrio sobre esa delgada cuerda floja diplomática, pero para nosotros añadía un poco de aliciente a la vida académica y otorgaba una cierta relevancia y actualidad a nuestros estudios. La tensión llegó a su punto álgido en 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando, durante un breve periodo, parecía que el régimen de Franco iba a caer junto con los países del Eje.

Esteban Salazar Chapela, un acérrimo republicano, nos daba clase con un impecable acento castellano, pero, en cambio, al doctor Josep Batista i Roca, antiguo ministro catalán, no lo entendíamos ni en español ni en inglés. En su tortuoso inglés, insistía en dictarnos pasajes de prosa inglesa que debíamos traducir al español. Un día, en una frase que no éramos capaces de entender, incluyó la palabra *sward*, que algunos traducimos como «césped» y otros como «hierba», por lo que fuimos, lógicamente, fustigados, ya que lo que el profesor había querido decir era *sword*, es decir, «espada».

Luis Cernuda era un poeta lírico cuya poesía transmitía magia, pero como profesor era pésimo. Tímido e introvertido soñador, superaba su fobia a dar clases mirando fijamente a los ojos a una de las alumnas, clavando en ella durante toda la hora la firme mirada de sus grandes y centelleantes ojos marrones. Era una experiencia desconcertante. También había dos profesoras. Ya he mencionado a Inez Macdonald. En 1945, JB contrató a Helen Grant, a la que conoció siendo ella estudiante en Oxford y con la que compartía muchos de sus puntos de vista. Helen había tenido algunas experiencias

dramáticas durante la guerra civil. Siempre con un cigarrillo en la comisura de los labios, nos inculcó un tremendo entusiasmo por la generación del 98 y por la literatura, la poesía y la cultura española moderna en general. Tuvimos la suerte de que nos dieran clase personas cuya vida no había transcurrido entre las cuatro paredes de la universidad, sino hombres y mujeres que habían vivido experiencias en el mundo exterior que a menudo habían puesto en peligro sus vidas.



Un canal muy importante para la difusión de las ideas y los enfoques innovadores de JB fue la Sociedad Española de la Universidad de Cambridge. Se había creado en 1917 y celebraba sesiones regulares con conferencias, música y alguna que otra representación teatral de obras en español. Cuando JB asumió la presidencia de la Sociedad en el primer trimestre del curso 1933-1934, dio un nuevo ímpetu a sus actividades. Tras el estallido de la guerra civil en 1936, la Sociedad no fue ajena al cisma que estaba dividiendo el Departamento de Español en dos. Prestaba asistencia a las víctimas de la guerra a través de la Unidad Británica de Auxilio Médico en España, una labor humanitaria bastante inocua en sí misma, pero que desencadenó una controversia política a tenor de una reunión de la Sociedad sobre la Unidad Británica que se celebró en el Ayuntamiento el 11 de octubre y de otra reunión con la Sociedad Majlis<sup>145</sup> el 18 de octubre. A raíz de esas reuniones, se produjo un acalorado intercambio epistolar en *Cambridge*

<sup>145</sup> La Sociedad Majlis («asamblea» en árabe y en persa) era una asociación estudiantil que fomentaba el debate sobre cuestiones sociales y políticas en los países del sur de Asia. Estuvo presente en varias universidades de toda Inglaterra. La de Cambridge, en particular, se fundó originalmente en 1891 y sirvió de importante foro para el discurso anticolonial.

*Review*, iniciado el 19 de octubre por la larguísima carta de un tal A. F. Wills, que, aunque pretendía ser imparcial, se inclinaba claramente del lado franquista. Su carta ocasionó un aluvión de réplicas por parte de R. Pascal y Michael Straight del Trinity College y E. B. Haslam del St Catharine's College, que a su vez provocaron otra carta de refutación de Wills.

Esta controversia pública, a la que había que añadir las disensiones internas entre los miembros que mantenían posturas enfrentadas sobre el conflicto español, hizo que JB, en calidad de presidente de la Sociedad, se apresurara a convocar una reunión de la comisión de gobierno que se celebró en sus dependencias el lunes 19 de octubre. El acta recogió lo siguiente:

El secretario explicó a los presentes que la resolución relativa al apoyo a la Unidad Británica de Auxilio Médico en España estaba involucrando a la Sociedad en una relación con otros organismos políticos de la universidad que estaba provocando la alarma entre muchos miembros de la Sociedad que se oponían firmemente a la apariencia de partidismo político que se estaba dando a la misma. La reacción más virulenta la había producido el hecho de que el nombre de la Sociedad se hubiera relacionado de forma involuntaria e injustificada con una reunión celebrada en el Ayuntamiento el 11 de octubre en apoyo de la Unidad Británica de Auxilio Médico, y también con una reunión de la Sociedad Majlis el 18 de octubre. La desinformación y los informes exagerados estaban haciendo crecer el malestar y existían amenazas de una ruptura total de la Sociedad. Para evitar esto, el secretario tenía dos propuestas que hacer a la reunión:

1. Que la subvención de Auxilio Médico se interrumpa y que el dinero ya recaudado no sea enviado en nombre de la Sociedad.
2. Que en el futuro, por el bien de la Sociedad, ésta no se vincule a ninguna acción o acciones a las que pueda atribuirse una trascendencia política en la actualidad.

A esto siguió un agrio debate, durante el cual se modificó la primera resolución para que el dinero ya recaudado se enviara de forma anónima. Se aprobó, pero no por unanimidad. Entonces alguien sugirió que la Sociedad debería «publicar una carta desvinculándose completamente de las opiniones políticas expresadas en la reunión del Ayuntamiento del 11 de octubre y en la reunión que celebró la Sociedad Majlis el 18 de octubre». En ese momento, JB tuvo que abandonar la reunión para ir a recoger a unos invitados españoles en la estación. Es posible que se tratara de una retirada táctica, ya que al salir dijo al tesorero que «no podía prestarse a la publicación de la última resolución». Al enterarse de ello, en ausencia de JB la comisión decidió anularla y propuso un texto de compromiso, que fue aprobado posteriormente por JB y apareció en *Cambridge Review* el 23 de octubre: «El secretario de la Sociedad Española de la Universidad de Cambridge quiere hacer saber que la Sociedad se desmarca de cualquier postura política relativa a la situación actual en España».

La disensión causada en el seno de la Sociedad por la guerra se refleja en la memoria de sus actividades durante el primer trimestre del curso 1936-1937:

La actividad de un trimestre activo y agradable se vio desgraciadamente empañada por las disputas en el seno de la Sociedad por motivos políticos. A lo largo del trimestre las susceptibilidades políticas estuvieron a flor de piel como consecuencia de las tensiones causadas por la guerra civil española y el amenazante estado de la política europea. La realización de actividades no políticas despejó el ambiente, y el espíritu de cooperación se recuperó gracias a la representación de la obra *El gran teatro del mundo*.

Las reuniones estuvieron bastante concurridas, aunque el descenso del número de asistentes fue inevitable como consecuencia

de los incidentes en España, que han hecho disminuir en treinta el número de estudiantes de español.



Aunque casi una década después, durante mi época de estudiante en Cambridge, las opiniones políticas divergentes seguían enquistadas en el Departamento de Español, no volvieron a estallar de la misma manera en la Sociedad. Las reuniones tenían lugar en el ambiente informal del apartamento de JB, un espacio pequeño e íntimo donde nos acomodábamos relajadamente en sillas, sofás y en los alféizares de las ventanas, mientras nuestro profesor solía quedarse sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Su amplio abanico de contactos le permitía invitar siempre a los conferenciantes más interesantes y distinguidos, la mayoría de las veces procedentes de América Latina. JB fue uno de los primeros hispanistas en reconocer la importancia de América Latina y en ampliar los estudios de español a esa región, aunque su eterno rival, Allison Peers, le pisaba los talones a este respecto.

En el primer trimestre del curso 1945-1946, mi segundo año, me convertí en secretaria de la Sociedad. Cuando llegaban los conferenciantes, JB los invitaba a cenar —en el restaurante del Arts Theatre, por supuesto— y, como era soltero, esperaba de mí que hiciera las veces de anfitriona. Yo apenas había estado en un restaurante en alguna ocasión y me alegré mucho de que mi madre hubiera trabajado como camarera principal en casas importantes y me hubiera enseñado qué cuchillo, tenedor y cuchara debía utilizarse en cada momento. Gracias a esta experiencia, inicialmente desconcertante, mis habilidades sociales mejoraron, así como mis conocimientos sobre América Latina.

Uno de mis cometidos era presentar al orador al principio de cada reunión. En mi escuela no se enseñaba a hablar en

público, pero yo estaba decidida a hacerlo mejor que mi predecesor masculino, que se limitaba a leer con dificultad un trozo de papel tembloroso. Para mi primera sesión me aprendí de memoria mi intervención con mucho esfuerzo. Empecé bastante bien, pero de repente me quedé en blanco. El orador era un conocido historiador colombiano, Germán Arciniegas. «Dígalo en inglés», me sugirió amablemente, apiadándose de esta nerviosa joven de diecinueve años. Pero yo no podía decirlo en ningún idioma, y me quedé allí, con la boca abierta y los ojos vidriosos. Pensé que nunca me recuperaría de la vergüenza, a pesar de los esfuerzos de JB por restaurar mi destrozada autoestima. En Nueva York, doce años más tarde, de camino a un puesto que me había sido asignado en Colombia, volví a encontrarme con el señor Arciniegas, que se acordó inmediatamente de mí, algo que no habría ocurrido si mi actuación aquel día hubiera sido perfecta.

Mi confianza en mí misma mejoró a medida que vinieron a dar conferencias más intelectuales españoles (invariablemente exiliados) y embajadores latinoamericanos. Otro de los primeros visitantes fue un diplomático boliviano, Carlos Salamanca, que había asistido a una reunión de ministros de Asuntos Exteriores en Londres en octubre de 1945. Era guapo y encantador, y enseguida causó sensación entre las estudiantes. JB también quedó prendado de él, «el Anthony Eden<sup>46</sup> de América Latina, obviamente», según escribió a Dent el 23 de octubre de 1946, cuando declaró:

Congeniamos de inmediato; y oí que le decía al nuevo vicerrector (Thirkill, director de Clare College, el «tutor de tutores»

<sup>46</sup> Robert Anthony Eden (1897-1977), primer conde de Avon, político conservador británico y ministro de Asuntos Exteriores en tres ocasiones entre 1935 y 1955, año en que sucedió a Winston Churchill como primer ministro tras su dimisión por motivos de salud.

que conocía a Denis) que, sin salir de Cambridge, yo parecía conocer Sudamérica mejor que el profesor [Entwistle] de Oxford, que la atravesaba en avión de arriba abajo. Un aburrido experto en metales dijo que la explotación del estaño —y, por tanto, el futuro de Bolivia— era precaria y estaba bastante obsoleta en ese momento; la única esperanza era el wolframio y cosas así. Después de una larga perorata de este estilo, Carlos Salamanca lo interrumpió amablemente y dijo: «De hecho, ¡yo soy dueño de una mina de wolframio!».

Poco podía imaginar yo entonces que pasaría muchos años felices en Bolivia y que mi camino y el de Carlos Salamanca volverían a cruzarse a menudo en años posteriores, tanto en Bolivia como en las Naciones Unidas. El pobre Carlos no conservó su mina de wolframio por mucho tiempo, ya que fue nacionalizada durante la revolución de 1952.

Hubo muchos otros visitantes memorables, criaturas exóticas en aquellos días en los que habíamos estado aislados del resto del mundo durante tanto tiempo. Entre ellos, un grupo de profesores paraguayos, a los que me pidieron que paseara por Cambridge, y dos mujeres extraordinarias a las que invité a tomar el té en mi pequeño cuarto sin calefacción de Newnham: Gabriela Mistral, la tímida poeta chilena ganadora del Premio Nobel; y Victoria Ocampo, una formidable dama que dominaba la escena cultural de Buenos Aires, donde había resucitado las obras y la reputación de Federico García Lorca. Los embajadores latinoamericanos también eran visitantes asiduos. En consecuencia, yo recibía frecuentes invitaciones para almorzar en el Claridge<sup>147</sup> y asistir a las recepciones celebradas el día de la fiesta nacional de los distintos países, algo que en mi inocencia consideraba el colmo de la sofisticación.

<sup>147</sup> Lujoso hotel situado en el barrio de Mayfair, en el corazón de Londres, que desde su fundación en 1812 ha mantenido una dilatada relación con la realeza británica.

Estos programas formaban parte de la estrategia de JB para reforzar los vínculos entre el departamento y América Latina.

Desde los años veinte, la BBC había recurrido a menudo a JB para dar charlas sobre música, y en el primer trimestre del curso 1946-1947 decidieron hacer una emisión en directo sobre la enseñanza del español en Cambridge, que incluiría la grabación de parte de una reunión de la Sociedad en el apartamento de JB. Esto era algo casi inaudito en una época en la que la televisión no se conocía aún y la radio era todavía una novedad para la mayoría de la gente. En mis notas de la reunión como secretaria escribí: «El lunes 4 de febrero será una noche memorable en los anales de la Sociedad». De hecho, al releer mi gráfico relato en aquellas descoloridas páginas manuscritas de hace sesenta y seis años, que aún se conservan en los archivos de la Sociedad, la escena se me vuelve a aparecer: la sala abarrotada, llena de estudiantes expectantes; técnicos de la BBC arrastrándose por el suelo y subiéndose a las vigas forcejeando con una maraña de cables; y JB en el centro de todo, arrebolado por la emoción incontenible, recordando a Falla, y después, como de costumbre, sentado con las piernas cruzadas en el suelo, un cojín apretado contra el pecho y los ojos vueltos hacia el techo mientras las notas de *El sombrero de tres picos* resonaban en los antiguos torreones y escaleras del Christ's College. Sin embargo, se me había olvidado que en mitad de la transmisión un reloj dio las campanadas y que hacia el final sonó el teléfono.

En 1947, la BBC iba a emitir un homenaje a Falla por su setenta cumpleaños con la participación de JB. Como era habitual en él, había escrito lo que quería decir en pequeñas tarjetas con su letra redonda, casi infantil. Más tarde me contó que se había recitado a sí mismo su discurso en el tren que lo llevaba a Londres, ante la considerable alarma de sus compañeros de viaje.

Cuando llegó a los estudios de la BBC, le comunicaron que Falla, que vivía exiliado en Argentina, había fallecido repentinamente. El pobre JB, abrumado por la emoción de la muerte de su querido amigo, al que llevaba mucho tiempo sin ver, tuvo que improvisar un homenaje muy diferente.

La costumbre de la Sociedad de representar una obra de teatro española todos los años tuvo que ser suspendida durante la guerra, pero en la primavera de 1947 la retomamos con un montaje de *Mariana Pineda*, de Federico García Lorca. La dirigió madame Camille Prior, la impetuosa francesa viuda del antiguo catedrático de Francés, más conocida como «Pop» Prior. Apenas entendía una palabra de español, pero se volcó en la obra con una pasión desproporcionada para su diminuto tamaño y fue una directora brillante e imaginativa. A mí me tocó el papel de Mariana y tenía que representar una tórrida escena amorosa, arrojándome en brazos de mi amante (un apuesto pero inexpresivo joven de Trinity Hall), antes de ser conducida a mi ejecución mientras seguía declamando palabras deliciosamente líricas. A Camille le horrorizó nuestra representación de esta conmovedora escena. «Así no, par de dos», exclamó furiosa mientras JB la miraba dándole la razón. «Así», dijo, abalanzándose con pasión y evidente regocijo sobre el joven, que, rojo de vergüenza, estuvo a punto de desplomarse por el impacto. Actuamos ante un público que llenó el ADC Theatre y nos ganamos los elogios de *Cambridge Review* por el nivel de nuestra actuación y nuestra interpretación de la maravillosa poesía de Lorca.

La guerra y la inmediata posguerra imposibilitaron que pudiéramos continuar nuestros estudios lingüísticos en el extranjero, por lo que JB dispuso que asistiéramos a cursos de español durante las vacaciones en el Instituto Español de Londres. El Instituto estaba dirigido por distinguidos exiliados españoles,

algunos de ellos antiguos ministros, y financiado con fondos del Gobierno republicano enviados al extranjero. A su debido tiempo, el Gobierno de Franco contraatacó creando una institución rival en Londres, llamada confusamente Instituto de España. JB, por supuesto, sólo reconocía el Instituto Español, y nosotros también nos mantuvimos fieles a él.

Durante algún tiempo después del final de la Segunda Guerra Mundial, nuestros mentores republicanos de Cambridge y del Instituto Español se animaron con la esperanza de que Franco cayera, siguiendo la estela de sus aliados alemanes e italianos. De ahí que fuera muy doloroso presenciar su creciente desesperación ante la posibilidad de verse condenados al exilio durante el resto de sus vidas. JB compartía su esperanza, pero tampoco para él fue posible el regreso: juró no volver a España hasta que Franco desapareciera de la escena y, por desgracia, murió sin ver cumplido su sueño. Algunos de nosotros, entre los que me incluyo, hicimos el mismo voto, pero al final tuvimos que ceder, puesto que Franco se mantendría en el poder durante muchos años más.

## UN IDILIO FALLIDO: LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

La guerra civil, que comenzó en el verano de 1936 y terminó con la victoria de Franco en abril de 1939, marcó otro punto de inflexión en la vida de JB. La contienda puso fin a aquellos años dorados de viajes a lo largo y ancho de España, intercalados con el estímulo intelectual de su estrecha vinculación a la Residencia de Estudiantes. Sus amigos españoles —todos esos grandes nombres de los años veinte y principios de los treinta— tuvieron que dispersarse en el exilio o fueron asesinados, como en el trágico caso de Lorca en 1936.

Cuando Franco se hizo con el poder, la represión de las libertades, incluida la libertad de expresión, se impuso con más dureza que en cualquier otro momento de la anterior dictadura de Primo de Rivera, y la Residencia se vio sometida a nuevos ataques. Los intelectuales eran el objetivo, el enemigo. La Iglesia se convirtió en el poder detrás del trono.

España, que durante mucho tiempo había sido un país fracturado, ahora estaba dividida en dos bandos en los que se enfrentaban unas familias contra otras, e incluso unos hermanos contra otros. A JB se le debió de romper el corazón al ver destruido su sueño de una nueva España casi de la noche a la mañana. Para él, cuyo odio a la guerra venía de los horrores vistos en Francia durante la Primera Guerra Mundial, la tragedia debió de ser doblemente difícil de soportar. También pudo ver que no se trataba de un fenómeno aislado, sino de una guerra de anticipación, el ensayo de una conflagración aún peor que se estaba fraguando. Las potencias fascistas emergentes, Alemania e Italia, hacían músculo prestando su apoyo a las tropas de Franco con material de

guerra y de todas las formas posibles. Italia ya había demostrado de lo que era capaz con su victoria en Abisinia sobre el emperador Haile Selassie, mientras que la Sociedad de Naciones permanecía impasible. El camino estaba despejado para la consecución de los objetivos expansionistas de ambos países.

Los republicanos recibieron alguna ayuda de Rusia, pero no en la misma medida. JB estaba indignado por la infame política de no intervención de las otras grandes potencias, especialmente Gran Bretaña y Francia. Sin embargo, la causa del Gobierno fue abrazada por los miles de voluntarios, hombres y algunas mujeres, que vinieron de otros países, entre ellos Gran Bretaña y Estados Unidos, para unirse a las Brigadas Internacionales y luchar en el bando republicano.

JB tenía muchos amigos en sus filas. Incluso si hubiera tenido intención de luchar, lo cual es muy dudoso dadas sus intensas convicciones antibelicistas, ya era demasiado viejo (tenía casi cincuenta años). En cambio, hizo todo lo que pudo para aglutinar el apoyo a la causa republicana y, en particular, para rescatar y cuidar a sus amigos en peligro y proporcionar asistencia a miles de refugiados. A pesar de todo, se sentía frustrado. El 29 de abril de 1937 escribió a Helen Grant, a quien conocía y apreciaba desde que la había tratado como estudiante universitaria: «Es estupendo que vaya usted a España sin pensárselo. Yo me limito a atender a las personas, a organizar conciertos para recaudar fondos y a rellenarles la declaración de la renta».



JB sólo visitó dos veces más España. En abril de 1936 fue a Barcelona para asistir a dos importantes eventos internacionales: el tercer encuentro de la Société Internationale de Musique

(SIM) y el festival anual de la International Society for Contemporary Music (ISCM). Dent era en ese momento presidente de ambas organizaciones. La ISCM era en gran medida una creación suya, ya que la había fundado en 1922 y ocupaba el cargo de presidente desde entonces. La elección de Barcelona como sede de estos dos eventos fue un gran golpe de efecto tanto para Cataluña como para España, pues ponía de manifiesto el apasionante desarrollo cultural que se estaba produciendo en la ciudad y la vitalidad de la música española contemporánea. Dent desempeñó un papel fundamental en esta decisión, en la que JB debió de ejercer cierta influencia. Fue Dent quien lo había convencido en un primer momento para ir a España, pero fueron los descubrimientos musicales de JB allí los que despertaron el entusiasmo de Dent.

Como ya se ha dicho, JB había apoyado activamente los esfuerzos de su amigo por desarrollar la ISCM, especialmente la sección española. Durante los meses previos a la reunión, la Sociedad se había visto envuelta en luchas internas, algo que no es infrecuente en cualquier organización grande y especialmente en un organismo internacional, donde las diferencias culturales y los intereses nacionales exacerban las fricciones normales entre egos y personalidades. Las cosas se complicaron por la mala salud de Dent. El 18 de noviembre de 1935, el musicólogo catalán Higinio Inglés, amigo de Dent y de JB, escribió una carta a este último en la que expresaba su preocupación: Dent no contestaba sus cartas ni las de otras personas interesadas; nadie tenía información sobre la organización del congreso y la fecha estaba cada vez más cerca. ¿No debería el propio JB hacerse cargo de la organización de la reunión?

Había otro elemento que agravaba la situación: las aspiraciones políticas de Alemania, con Italia a la zaga, de dominar

cada faceta de la vida europea, incluidas la cultura y la música. Después de haber logrado un control estricto de la música y las artes en su país, la política nazi pretendía ahora hacerlo mismo a nivel internacional. El antisemitismo estaba muy extendido en Alemania y se tomaron medidas para prohibir la asistencia de algunos delegados alemanes. Hubo asimismo intentos de sustituir a Dent como presidente por alguien más afín a la forma de pensar alemana, e incluso se convenció a Inglés para que apoyara a un candidato alemán para el puesto. Dent era un negociador experimentado —no en vano lo apodaban «la Vieja Serpiente»— y manejó esta última crisis con su habitual destreza. También había problemas económicos, que Dent resolvió finalmente haciendo una contribución personal de ciento cincuenta libras. Pero la continua tensión hizo mella en su cada vez más frágil salud y una úlcera de estómago que llevaba arrastrando varios años le provocó un colapso repentino que le impidió acudir a Barcelona. JB tuvo que sustituirlo y presidir las sesiones junto con Inglés.

Debió de ser una experiencia estresante para JB. Profundamente preocupado por la salud de Dent, tuvo que gestionar una ingobernable reunión, con todo tipo de siniestras maniobras políticas, y hacerlo mano a mano con alguien al que había considerado un amigo, pero que acababa de ponerse en contra de Dent, la persona más querida para él. La política internacional estaba entrando con fuerza en el mundo de la música, y las perspectivas futuras debían de horrorizarle. Además, España se iba sumiendo en el caos, con profundas divisiones internas en el Gobierno republicano y una situación social cada vez más difícil. Resulta irónico que, estando en el país, JB asistiera a las celebraciones del quinto aniversario de la República. Dos meses más tarde comenzaría la guerra civil.

La última visita de JB a España tuvo lugar en el verano de 1937 y para entonces gran parte del territorio estaba ya en manos de Franco. Madrid sufría constantes ataques y estaba en grave riesgo de ser tomada por las tropas nacionales, por lo que la capital y el Gobierno se habían trasladado a Valencia en noviembre de 1936, y fue allí a donde JB dirigió sus pasos antes de ir a Madrid. No ha sido fácil averiguar el motivo de este viaje. En un principio, la justificación más probable parecía ser el segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que se celebró en Valencia en julio de 1937. Este congreso, que tuvo gran repercusión en la prensa internacional y fue sin duda el acontecimiento intelectual y literario más importante del año, se había concebido como una muestra de solidaridad con la Segunda República y como un acto de desafío contra los movimientos fascistas que se extendían por parte de Europa, con España en primera línea. Sería lógico pensar que JB quisiera participar en este congreso, pero su nombre no figura en la lista oficial de delegados del Reino Unido, aunque, estando en Valencia en ese momento, debió de aprovechar la oportunidad para mezclarse con los delegados y asistir a algunas sesiones. La carta de JB a Dent del 21 de agosto de 1937, escrita en un avión entre Toulouse y París cuando abandonaba España por última vez, parecía confirmar que su objetivo era asistir al congreso: «Vine directamente a Valencia, y así tuve tiempo de conocer gente, mientras los demás se quedaban en Barcelona, en compañía de Bosch Gimpera. Los trataron a cuerpo de rey y les enseñaron todo, pero, curiosamente, el mejor periódico de Barcelona publicó un virulento ataque contra ellos, que, por supuesto, no vieron».

Al margen de estas consideraciones, sería interesante saber cómo llegó hasta allí. El viaje por tierra a España era posible

a través de Francia y por la costa mediterránea, ya que toda esa región estaba todavía en manos republicanas. Habría sido un viaje duro e incierto, pero JB estaba acostumbrado a ello. Más problemática era la cuestión de la documentación. El Reino Unido había restringido drásticamente los viajes de sus ciudadanos a España. Los pasaportes británicos llevaban el sello de «No válido para España» y sólo estaban oficialmente autorizados a viajar los hombres de negocios, los periodistas y las personas implicadas en labores «humanitarias». Cuando los miembros de la delegación del Reino Unido en el Congreso se reunieron en Londres para partir juntos, descubrieron que el Ministerio del Interior había vetado su viaje. Puesto que había muchas personalidades importantes implicadas, el 7 de julio de 1937 Anthony Eden, entonces ministro de Asuntos Exteriores, tuvo que enfrentarse a un aluvión de preguntas en la Cámara de los Comunes sobre por qué se había denegado el visado a varias personas bien conocidas, entre ellas John Strachey y W. H. Auden. Eden mintió, insistiendo en que la razón era la necesidad de garantizar la seguridad de los ciudadanos británicos, cuando estaba claro que la principal causa subyacente era la política de no intervención. Se negó a ceder en esta cuestión y muchos de los potenciales delegados simplemente tuvieron que marcharse a casa. Algunos valientes viajaron con papeles falsos, como Stephen Spender, que hizo el viaje con un pasaporte falso que le consiguió André Malraux. Parece más probable que JB, que viajaba por su cuenta, obtuviera el permiso por motivos humanitarios, ya que una de sus principales preocupaciones era el destino de los miles de niños que habían quedado huérfanos por la guerra.

A la vista de otras informaciones que se han podido recopilar, en la actualidad parece fuera de toda duda que el objetivo

principal de la visita de JB era otro muy distinto y estaba relacionado con las medidas urgentes que se estaban tomando para salvaguardar las principales obras de arte del Prado y de otros museos del intenso bombardeo al que estaba siendo sometida Madrid, aunque él sólo se refirió tangencialmente a estos ataques. El Prado se había librado por los pelos: varias bombas habían caído en las inmediaciones y algunas, de hecho, habían acabado en los tejados del museo, aunque afortunadamente no habían explotado. Con enormes dificultades dada la situación de guerra, los tesoros artísticos españoles habían sido trasladados desde un Madrid asediado hasta Valencia. El Gobierno republicano, deseoso de responder a la propaganda franquista, invitó a varios Gobiernos extranjeros a enviar expertos en arte para que fueran testigos de sus esfuerzos para proteger el patrimonio cultural de la nación y demostrar que no eran ellos, sino los fascistas, quienes lo estaban destruyendo con sus despiadados bombardeos. Como respuesta, el Reino Unido envió a dos expertos, sir Frederick Kenyon, conservador jefe del British Museum, y James Mann, custodio de la Wallace Collection. Ninguno de ellos conocía España ni hablaba el idioma. ¿Qué podía ser más lógico que pedir a la persona que mejor conocía el país, y que hablaba español con fluidez, que los acompañara y les ayudara en sus contactos? JB habría sido una elección obvia, sobre todo porque en el pasado ya había hecho esas labores con diversas personalidades británicas invitadas a la Residencia.

En la ya mencionada carta a Dent del 21 de agosto, JB describió sus esfuerzos conjuntos:

Sir Frederick era como tú dijiste. Hice mi papel con cautela y él fue muy amable. Se quedó muy impresionado con el hecho de que todo el mundo parecía conocerme, no sólo los españoles y la gente del museo y los funcionarios del Gobierno, sino incluso

¡los asistentes sociales y los cuáqueros<sup>48</sup>! [...] Los cuadros del Prado —los mejores— los han embalado de forma muy concienzuda y segura bajo la dirección de Pepe Giner<sup>49</sup> [...]. A sir Frederick y a Mann (Wallace Collection), a algunos funcionarios del Gobierno y a mí nos mostraron cómo lo habían almacenado todo; sacaron y desembalaron todos los cuadros que pidió Mann, aunque parecía que sólo se acordaba de los más grandes, que eran a los que costaba más tiempo y trabajo llegar. Hubo que desatornillarlos todos y retirar la cinta de acero de las cajas. Pero en cada caja aparecía siempre el cuadro correcto. Mann incluso pidió ver un Goya que, de hecho, no pertenece a la colección del Prado, ¡sino a la National Gallery!

A JB no le causó muy buena impresión el conservador de la Wallace Collection: «Todos calaron a Mann: se notaba que trabajaba como agente sobre el terreno para el duque de Alba. Incluso fue lo suficientemente imprudente —dada la situación de guerra y el espionaje y contraespionaje que hay por todos lados— como para entregarle al director, en una oscura escalera del Museo del Prado, media hoja de papel con nombres de personas». Le preguntaron a JB si la había visto y si se trataba de una lista de nombres, porque de ser así, se le advirtió, era un asunto muy serio y «peligrosamente parecido al espionaje». JB creía que se trataba simplemente de una lista de objetos que había en el palacio de los Alba cuando se

<sup>48</sup> Los cuáqueros británicos —con una larga historia de intervención como voluntarios dedicados a ayudar a poblaciones civiles en zonas de conflicto— colaboraron en España durante la guerra civil con otras entidades benéficas, como el National Joint Committee for Spanish Relief (NJCSR). En 1937 las organizaciones cuáqueras constituyeron la Comisión Internacional para la Ayuda a los Niños Refugiados de España.

<sup>49</sup> José María Giner y Pantoja (1889-1979), sobrino de Francisco Giner de los Ríos, trabajó como archivero y profesor en la Institución Libre de Enseñanza y participó en el traslado de los fondos del Museo del Prado, que acompañó a Barcelona en febrero de 1938 y llevó al castillo de Peralada en mayo de ese mismo año. Los cuadros llegaron a Ginebra a mediados de febrero de 1939.

incendió a causa de las bombas alemanas o italianas, pero, les dijo que de todas formas «le pediría a Mann que lo confirmara». Y se lo pidió: «Así lo hice, pero ¡tuve que evitar que dijera nada! Era cierto que Mann había pasado una lista de nombres, pero juré solemnemente que no lo había hecho y, como el muy idiota había recuperado su lista, todo estaba arreglado. En el bando de Franco se fusila a gente por menos, y se les hace confesar primero metiéndoles un cigarrillo encendido por la nariz [...] (Esto dicho por los cuáqueros). El viejo director del Prado [probablemente Ramón Pérez de Ayala] es un hombre respetado, pero los más jóvenes y rojos no se fían del todo de él, y que Mann hiciera algo así fue una indiscreción supina».

JB no llegó a aclarar qué pretendía Mann, pero es evidente que lo sacó de un apuro embarazoso y potencialmente peligroso. Sin embargo, Mann quizá no era tan tonto como JB lo pintaba. Tras abandonar España, iba a continuar viaje hasta Toulouse, Marsella y, posteriormente, Italia, por lo que Pepe Giner y un funcionario del Gobierno trataron de burlarse de él dándole un saco de encendida propaganda antiitaliana para que se la llevara, «¡incluidos carteles cómicos de Mussolini!». Sin embargo, Mann se lo endosó todo a sir Frederick para que se lo llevara a casa en tren. Fue una broma peligrosa, pero afortunadamente nadie resultó perjudicado.

En esa carta, JB le contaba muy poco a Dent sobre lo que estaba pasando en Madrid. En el avión de vuelta escribió: «Me siento muy tentado de ir a Holanda —si hay conexión— por el contraste. No siempre es fácil conseguir hacer cosas en España en tiempos de guerra», seguramente todo un eufemismo. Insistió más en el terrible calor de Madrid: «tumbado y sudando, desnudo en una habitación sin aire, con la sábana por la cintura. Y si no es el calor, el ruido perpetuo de los

tranvías y de los vehículos de todo tipo, tocando el claxon por las calles vacías, excepto cuando un guardia los detiene en mitad de la calle cerca de un hospital. Sin embargo, a la luz de la luna Madrid es silenciosa y oscura, y sorprendentemente bella».

JB comparaba la Valencia actual con la que había conocido por primera vez cuando iba camino de Elche. Ahora había que llamar a todo el mundo «compañero» en lugar de «señor», pero «el cansancio provocado por la guerra» era para él «mucho más molesto que los cambios de vocabulario producidos por una revolución social».

Era una forma curiosamente banal de poner fin a una época, pero la gente seguía siendo optimista sobre las posibilidades de que los republicanos ganaran la guerra, y en ese momento JB no podía intuir que nunca regresaría a España.



Una de las primeras víctimas de la guerra fue uno de los amigos más cercanos de JB, el poeta Federico García Lorca, a quien había conocido, junto con Falla y otros colegas, en aquella mágica velada de 1919 en la Alhambra, cuando Lorca había cantado a las glorias de Granada. Fue en esa ciudad donde el poeta fue detenido en agosto de 1936, llevado para su ejecución a un pueblo cercano y arrojado después a una fosa común. En la confusión del momento y en medio del clima de terror que envolvía a Granada, las circunstancias exactas de su muerte no estuvieron claras en un principio. Aunque hay algunos detalles que probablemente nunca se conocerán, desde entonces han salido a la luz abundantes pruebas que demuestran que murió a manos de falangistas partidarios de Franco, aunque sigue sin estar claro en qué nivel de la cadena de mando se tomó la decisión final y fatal.

Al margen de quién diera la orden de asesinarlo, fue una acción mal calculada. Cuando se conoció la noticia en el resto del mundo hubo una protesta internacional, en la que se involucraron personas como el escritor H. G. Wells. JB debía de estar destrozado. Él había sido el primero en dar a conocer la obra del joven poeta al público británico. Cuando Lorca publicó su *Libro de poemas* en 1921, JB escribió una elogiosa reseña en *The Nation and Athenaeum*. Más tarde criticaría su propia reseña como «una indiscreción de juventud, un disparo en la oscuridad, tal vez, o en un oscuro jardín de Granada», pero aun así la reprodujo parcialmente en su libro de 1956, *Lorca and the Spanish Poetic Tradition*:

Un viajero errabundo debería ser el último en afirmar que ha descubierto un nuevo poeta. Debo confesar, de hecho, que abrí el libro del señor García Lorca con cierto recelo. Había conocido su poesía [...] en circunstancias tan excepcionales [...] que parecían no poder repetirse. Tenía miedo de encontrarme de nuevo con ella en la fría página impresa. En ese rincón de Europa al que pertenece el poeta, la poesía, como la música, es algo que se interpreta. Se lee en voz alta en los jardines en las noches de verano [...] en un entorno que es como la *Arabia* de Walter de la Mare hecha realidad. [...] Es difícil para un extranjero juzgarlo, pero estos versos parecen deber menos a otros libros que muchos primeros poemarios. [...] Hay una curiosa distinción en su escritura, que, sin embargo, va acompañada, por regla general, de una atractiva simplicidad.

Ahora le tocaba hacer el encomio de la vida del poeta, truncada prematuramente (Lorca tenía sólo treinta y ocho años). El 17 de octubre de 1936, *The Times Literary Supplement* publicó una carta de JB en la que denunciaba la muerte de Lorca y la forma en que se produjo, y lamentaba la pérdida de un gran poeta que «fue una inspiración para todos los que lo conocieron, un

“espíritu vivificante” como no ha habido otro, mientras que su poesía y sus obras de teatro eran admiradas sin reservas en cualquier parte de Europa o América donde se lea o se hable español». Al relatar la historia del asesinato de Lorca, daba algunos datos erróneos, pero el caos del momento era tal que los detalles exactos no se desvelaron hasta muchas décadas después, e incluso ahora siguen cuestionándose algunos aspectos.

Lo que nadie dudaba era que se había cometido un crimen imperdonable. La carta de JB concluía así: «El asesinato tuvo lugar entre el 10 y el 15 de agosto. Fue inútil interceder ante las “autoridades” rebeldes, y el pueblo de Granada tuvo el privilegio de ver los libros de un poeta quemados públicamente en la Plaza del Carmen, como un moderno *auto de fe*. Las circunstancias de la detención, la falsa acusación y el detalle bárbaro de la quema de los libros de poesía muestran cuál será probablemente la actitud hacia la literatura y el arte por parte de la reacción militar-clerical. Lo menos que puede hacer un amigo inglés es dar a conocer estas cosas». Hay una cruel ironía en este último pasaje. JB siempre había descrito la revolución cultural propiciada por su ídolo, Giner de los Ríos, y por la Residencia como una victoria sobre la oligarquía militar-clerical que había mantenido estancada a España durante siglos. Ahora el viejo orden había vuelto con fuerza y el sueño había quedado truncado.

Me resulta fácil empatizar con los sentimientos de JB dada mi propia experiencia de primera mano en golpes de Estado y guerras civiles durante el transcurso de mi trabajo por todo el mundo:<sup>150</sup> amigos asesinados arbitrariamente, otros desa-

<sup>150</sup> La autora, Margaret Joan Anstee (1926-2016), fue la primera mujer en ocupar el cargo de secretaria general adjunta de las Naciones Unidas, así como la primera en liderar una misión militar de paz. Durante sus más de cuatro décadas de trabajo diplomático participó en numerosos programas de Naciones Unidas en Asia, África y

parecidos, la angustiada espera de noticias, las atrocidades y matanzas sin sentido. Las analogías con los acontecimientos posteriores al golpe de Estado de Pinochet en Chile, el 11 de septiembre de 1973, resultan extrañamente pertinentes en este contexto: un Gobierno socialista elegido por los ciudadanos y posteriormente derrocado por un levantamiento militar de derechas; un régimen de terror, siniestras casas tras cuyas puertas se perpetraron abominables torturas, antiguas y modernas, y un estadio de fútbol transformado en un gueto para los condenados, una antesala de la muerte; cadáveres mutilados y putrefactos flotando por el río Mapocho hasta Santiago. También en Chile, un poeta de renombre internacional murió repentinamente en circunstancias dudosas sólo doce días después del golpe. Se dijo que había sido un «fallo cardíaco», y es posible que Pablo Neruda muriera con el corazón roto, ya que estaba desolado por lo que había sucedido: la muerte de su amigo Salvador Allende, y del sueño que habían compartido de trabajar por un mundo mejor, un sueño que también Lorca había acariciado. Al igual que hizo Franco con Lorca, el Gobierno de Pinochet lanzó una campaña para denostar la obra, la figura y la reputación de Neruda. Y todavía colea la controversia sobre los detalles exactos de la muerte del poeta chileno.

Manuel de Falla, refugiado en su carmen de Granada, intentó intervenir en favor de Lorca al enterarse de su detención, pero ya era demasiado tarde. En el extranjero también había preocupación por la seguridad del propio Falla. El 22 de septiembre de 1936, Dent, en medio de una gira de

América Latina, y asumió importantes responsabilidades en operaciones de socorro en catástrofes humanitarias como la hambruna de Bangladesh en 1973, el terremoto de México en 1985, la catástrofe nuclear de Chernóbil y el incendio de los pozos petrolíferos de Kuwait en 1991 y 1992.

conferencias por Estados Unidos había recibido buenas noticias sobre dos amigos españoles —«Así que hay dos buenos españoles a salvo»—, pero escribió preocupado a JB desde Nueva York: «aquí nadie tiene noticias de Falla y los demás».

Falla sobrevivió, aunque su mundo también se había venido abajo. Como católico devoto, además de intelectual y compositor de vanguardia, su lealtad debió de estar dividida entre los dos bandos: por un lado, despreciaba los excesos anticlericales de algunos republicanos —la quema de iglesias y monasterios, el asesinato de sacerdotes y monjas—, pero, por otro, despreciaba igualmente el terror impuesto por el régimen de Franco. Finalmente, decidió abandonar el país en 1939 y marcharse a Argentina, donde siguió inmerso en la composición de *Atlántida*, que debía ser su última gran obra, pero que quedó inconclusa a su muerte siete años más tarde. Lamentablemente, la correspondencia entre Falla y JB nunca se reanudó. La última comunicación que se conserva entre ellos es un intrascendente intercambio de postales en diciembre de 1935 sobre los planes de JB de pasar las Navidades de ese año en Granada con la familia Falla. Casi con certeza puede decirse que el intercambio de correspondencia entre ellos debía de ser difícil, por no decir imposible, en medio del caos de la guerra, pero una vez que Falla se estableció en Argentina no había ninguna razón evidente para que no reanudaran el contacto. Sólo cabe especular sobre lo que ocurrió. Es posible que las cartas que se escribieran durante la guerra se perdieran o fueran destruidas porque podían ser políticamente comprometedoras. Tal vez JB llegó a la conclusión (errónea) de que Falla, como ferviente católico que era, apoyaba «la Cruzada»<sup>151</sup> (la espuria misión católica que Franco

<sup>151</sup> En español en el original.

ideó para intentar justificar las atrocidades que estaba perpetrando) y prefirió no ponerse en contacto con él.

Al parecer, Falla, traumatizado por la guerra, dejó prácticamente de escribir cartas —es significativo que su voluminosa correspondencia con el poeta José Bergamín también se interrumpiera de manera abrupta en diciembre de 1935—. Más tarde, Jesús Bal y Gay y su esposa, Rosa García Ascot, desde su exilio en México, consiguieron retomar el contacto con Falla, pero no lograron convencerlo de que aceptara una invitación del compositor mexicano Carlos Chávez para reunirse con ellos allí. En Argentina, Falla prefirió vivir recluso, dedicado a trabajar en la *Atlántida*. Según Bergamín, nunca se recuperó del espanto de la guerra española y no quiso regresar a su país. Cuando le preguntaban por qué no volvía, contestaba: «Volveré cuando los españoles se pongan de acuerdo». Sus restos mortales fueron devueltos tras su muerte en la provincia argentina de Córdoba en 1946.



Alberto y Natalia Jiménez Fraud, amigos íntimos de JB, fueron de los primeros que consiguieron salir de España. Alberto, cerebro del éxito de la Residencia de Estudiantes, que había conducido hábilmente la institución a través de numerosos escollos políticos, tenía pocas probabilidades de sobrevivir a la tormenta que se avecinaba. JB, entusiasmado al recibir una carta de Natalia sobre la posibilidad de escapar, le contestó el 22 de septiembre de 1936, invitando a ambos a ir a Cambridge y diciéndole que ya había hecho una transferencia bancaria de cincuenta libras a Alberto. Cuando llegaron, JB les buscó alojamiento y lo pagó él mismo en uno de sus típicos actos de generosidad. En junio de 1937, cuando Dent y él se estaban planteando si podían permitirse el lujo de renovar el contrato

del alquiler de su piso en New Quebec Street, JB le recordó a su amigo que debía tener en cuenta que él ya estaba pagando un piso en Cambridge para los Jiménez: «lo cual puede ser sólo la punta de un gran iceberg».

JB también consiguió un puesto de lector de español para Alberto, lo que debió de suponer bastantes malabarismos financieros por su parte. Normalmente, en Cambridge sólo había un puesto de lector, ocupado entonces por Jesús Bal y Gay y que en ese momento estaba siendo compartido, además, por José Antonio Muñoz Rojas, a quien Bullock había rescatado y traído de Málaga en septiembre de 1936, de modo que ahora habría un total de tres lectores. El puesto de Cambridge sirvió de apoyo económico a la familia Jiménez hasta que, en 1938, Alberto obtuvo una plaza de profesor en Oxford. Desde allí, iba con frecuencia a Cambridge a instancias de JB para supervisar los exámenes de español. De hecho, fue uno de mis examinadores en 1947. La familia Jiménez permaneció cerca de JB hasta su muerte; él disfrutaba con su compañía, y especialmente de las actividades de su hija, la bella Natalita.

Al parecer, en agosto de 1937 Alberto estaba pensando en volver a España para regularizar su situación de alguna manera. El 23 de agosto, a su regreso de Valencia, JB instó a Dent a que lo apoyara para convencer a Alberto de que no fuera: «*bajo ningún concepto* debe ir a Valencia. *No es seguro para él* en absoluto. Debería escribir una carta para salvaguardar su puesto de funcionario [...], pero que ni se le ocurra volver en este preciso momento».

JB forzó al límite la normativa universitaria con el fin de encontrar puestos de profesor en Cambridge para otros intelectuales que huían de Franco, como se ha mencionado en capítulos anteriores. Movié cielo, mar y tierra para convencer a amigos y colegas de que ofrecieran ayuda a otros desventurados

exiliados, ya fuera en forma de un trabajo o de cualquier otro modo. No fue el único: toda la comunidad intelectual estaba indignada con el trato que recibían sus colegas en España. Dent también se involucró, al igual que T. S. Eliot, pero sin duda JB era visto como la piedra angular de los esfuerzos para ayudar a sus amigos españoles. Muchos otros intelectuales —escritores, pintores, músicos e historiadores— encontraron refugio en México, donde el Gobierno les abrió generosamente las puertas. JB visitó allí varias veces a viejos amigos, pero ése será el tema del próximo capítulo.

En un caso, JB fracasó de forma significativa y trágica. Al igual que muchos otros, Antonio Machado —cuyos poemas cantaban el árido esplendor de los campos de Castilla y de Soria, la austera ciudad donde vivió— corría un grave peligro. Amigo íntimo de JB, que admiraba enormemente su poesía, también frecuentaba la Residencia. JB le escribió una carta ofreciéndole un puesto de lector, pero llegó demasiado tarde: el hermano del poeta le respondió el 24 de febrero de 1939 comunicándole que Machado había muerto apenas dos días antes en Collioure, la localidad francesa en la que se habían refugiado.

También tuvo un fracaso, afortunadamente menos trágico, con el poeta Jorge Guillén, otro amigo íntimo suyo, al que había conocido en la Residencia y con quien mantuvo una correspondencia regular.<sup>152</sup> En tiempos más felices, JB le había organizado, a petición del propio Guillén, un encuentro con T. S. Eliot en un almuerzo que tuvo lugar en Londres en junio de 1931. Guillén era escrupulosamente apolítico, pero recibía de todas formas amenazas de las autoridades franquistas con acusaciones falsas. El poeta tenía una esposa francesa

<sup>152</sup> La correspondencia, inédita, entre Trend y Guillén se conserva repartida entre el Archivo Jorge Guillén de la Biblioteca Nacional de España en Madrid y los papeles de Trend en la Cambridge University Library.

que, además, era judía y a la que envió a Francia con sus dos hijos mientras él permaneció en España durante un tiempo. Su sueño era conseguir un puesto en Cambridge, de modo que el 1 de marzo de 1937 escribió a JB pidiéndole ayuda. Por mucho que éste deseara ayudarle, como en los demás casos que le llegaban, en esta ocasión tenía las manos atadas: todos sus puestos de lector estaban ocupados y no podía inventarse más. El 19 de marzo JB le respondió: «En cuanto al lectorado de Cambridge, lamentablemente ya hemos nombrado a J. A. Muñoz Rojas (de *Cruz y Raya*) para 1937-1938. Esta elección se hizo en junio pasado; y Muñoz Rojas está ahora en Cambridge (como miembro de un *college*, Peterhouse, y como “estudiante-investigador”); la nominación debe mantenerse». No obstante, JB le sugirió que añadiera su nombre a la lista de candidatos, aunque no podía albergar muchas esperanzas.

JB siguió intentando encontrar una solución, y en noviembre de 1937 invitó a Guillén a dar una serie de conferencias: «Muñoz Rojas (que acaba de almorzar conmigo) me ha dicho que ya puede usted venir a Cambridge a dar la conferencia de la que hablamos hace dos años». Pero, por diversas razones, Guillén no pudo aceptar, y tras algunos otros intercambios epistolares quedó claro que no habría refugio en Cambridge para él. En el verano de 1938 se marchó con su familia a Estados Unidos, donde trabajó hasta su jubilación. Su exilio duraría cuarenta años.



Como ya hemos visto, JB tuvo más éxito en el caso del musicólogo, crítico y compositor Jesús Bal y Gay y su esposa, Rosa García Ascot, también compositora y pianista. JB se había hecho amigo de ambos en la Residencia, a la que Bal estaba vinculado desde hacía mucho tiempo. En 1935 —antes de que estallara la

guerra— Bal había aceptado una invitación de JB para ir a Cambridge como lector en el Departamento de Español. Al finalizar su contrato en 1938, Bal se encontró en una situación difícil, ya que no podía regresar a España a causa de la guerra. Afortunadamente, el Gobierno mexicano acudió al rescate y lo invitó a incorporarse a La Casa de España en México.

Rosa, conocida por sus amigos como «Rosita», aparece por primera vez mencionada en las cartas de JB el 21 de enero de 1933, cuando éste le contó a Dent: «como resultado del éxito de los English Singers, una alumna de Falla quiere venir a Londres a trabajar —siglo XVIII [...], Rosa García Ascot». JB añadía que después ella esperaba estudiar con Ravel y que pronto se casaría con Jesús Bal y Gay, que estaba trabajando en unos madrigales. Y, como comentario adicional, agregaba: «¡No es una tunanta!» (presumiblemente un elogio velado en el léxico privado de Dent y JB).

En un pequeño papel de los anuarios de la Residencia encontré un breve currículum de Rosita, al parecer escrito de su puño y letra. En él decía que la primera persona que la inició en el piano siendo ella muy joven fue el compositor Enrique Granados, su profesor entre 1914 y 1916. Otro destacado compositor español que la ayudó a formarse en 1916 fue Felipe Pedrell. Dado su excepcional talento, se le propuso a Falla que la tomara como alumna. Al principio Falla se mostró reacio, pero cuando finalmente aceptó recibirla quedó impresionado por su manera de tocar. Sólo tenía catorce años cuando el maestro aceptó hacerse cargo de ella y suele decirse que fue su última alumna, ya que siguió preparándola hasta 1931, aunque lo más probable es que fuera la única. Tal era su aprecio por ella que en 1921 (con sólo diecinueve años) Rosa interpretó con el propio maestro un arreglo para cuatro manos de *Noches en los jardines de España*, en un concierto

celebrado en París. Siempre que daba un recital, Rosita prefería tocar la música de Falla, de la que se convirtió en una brillante intérprete.

La correspondencia de JB con Jesús Bal empezó en 1933, con una carta del 2 de octubre en la que los felicitaba por su boda: «un acontecimiento muy feliz [...], los dos son perfectos compañeros». También compartió la noticia de su nombramiento para la cátedra de Cambridge: «para mi propia sorpresa», añadía, quitándose mérito como siempre. Acto seguido, lamentaba las dificultades de Bal para encontrar un editor y coincidía con él en que lo más importante era publicar, por lo que le aconsejaba que adoptara el lema del «gran Faraday»: «¡Trabajar, terminar, publicar!».

La joven pareja fue muy feliz durante los tres años que pasó en Cambridge, y conservó recuerdos nostálgicos de su estancia en los tiempos más oscuros que siguieron. En sus memorias *La dulzura de vivir*, Bal escribió: «Esa dulzura de vivir la experimentamos también en el mismo Cambridge». Y recordaba haber escuchado el tradicional concierto de madrigales de King's College sentado en el césped en los primeros días de junio. «Pero todo esto —concluía— pertenece a la Europa anterior a la guerra del 39, segundo acto de la civil española desatada el 36. Mas ahora, después de tanto dolor y tanta maldad, ¿será posible sentir en esas tierras la dulzura de vivir? Mi testimonio es afirmativo»<sup>53</sup>.

Cuando en 1938 finalizó el contrato de Bal en Cambridge y se marchó a México, Rosita se fue a París a estudiar con Nadia Boulanger. En un gesto absurdamente quijotesco pero típico en él, JB prometió a Bal que acompañaría a Rosita

<sup>53</sup> Bal publicó sus breves memorias durante su exilio en México, poco antes de volver a España en 1965. Véase Jesús Bal y Gay, *La dulzura de vivir*, Ciudad de México, Alejandro Finisterre Editor, 1964 (citas en págs. 17 y 18, respectivamente).

para que se reencontrara con él a su debido momento. No está claro por qué una mujer madura, emancipada y muy viajada necesitaba que la acompañaran. El 23 de noviembre de 1938, JB escribió a Bal: «Rosita me dice que finalmente puede trabajar con Nadia, al menos hasta fin de año, así que se queda en París. [...] Le he prometido llevarla a México en marzo. Pero yo voy a ir *ahora*, ya que tengo mucho más tiempo en estas vacaciones y espero llegar a Nueva York el 8 de diciembre. Hotel New Weston, East 50th St. Probablemente llegaré en tren el martes 13, pero ¡podría ir en avión!».

La organización del viaje posterior con Rosita resultó una odisea increíble. El 3 de enero de 1939, cuando regresaba a Inglaterra a bordo del *SS Manhattan* tras su visita navideña a México, JB escribió a Rosita una carta jocosa en español en la que utilizaba una conjugación satírica del verbo «caber» para hacer un juego de palabras con los nombres de los dos generales principales que dirigían los bandos enfrentados en la guerra civil española (Queipo de Llano por el bando nacional y Miaja por el republicano):

Querida Rosita,  
Acaba de publicarse:  
*Manual de gramática española* (gramática parda)  
para estudiantes y estudiantas,  
por Rosita A. de B. y J. B....

§1001. Verbos algo irregularitos.

Singular	1. Queipo	
	2. ¿cabes?	
	3. no cabe.	
Plural	1. }	Faltan (véase Miaja)
	2. }	
	3. }	

En efecto, la *Compañía de Jesús* (es decir, usted y yo) saldremos en la segunda mitad de marzo en el *Queen Mary* (¡si hace la travesía del Atlántico en estos tiempos y no está de crucero!) [...] para continuar el viaje hasta México, o por mar (con escala en La Habana [...]) o por tren hasta Nueva Orleans, y luego por mar en un barco de la «United Fruit» («United Fruit» me sueña [a] algo como dos mandarinas en la misma ramita).

JB comparaba las ventajas y desventajas del viaje en autobús y en tren y recordaba que en una ocasión anterior había hecho una parada en San Antonio (Texas) y había seguido al día siguiente en avión. «Pero —continuaba— el general de nuestra orden [Jesús Bal y Gay] no está conforme; y encuentro que siempre tiene razón. Jesús piensa venir a Veracruz; y conviene mucho tener a alguien en el muelle. Luego seguimos el próximo día por tren (doce horas); dicen que es el viaje más bonito de México: subiendo desde la “tierra caliente”, por la “templada”, hasta la “tierra fría”, donde el escenario consiste indefectiblemente en (1) un cactus, (2) un volcán, (3) un *indito* con su sombrero desmesurado, diciendo (o bien cantando): “Patrón...”. Siempre, JB».

Las cosas no resultaron tan sencillas. De regreso a Cambridge, JB se encontró con una carta de «Inesita» (que más tarde resultó ser nada menos que Inez Macdonald, una de las profesoras del Departamento de Español que JB había heredado del pasado), que reenvió a Bal con una carta de presentación el 21 de enero de 1939. La carta de Inesita no se ha conservado, pero por el contexto de la de JB a Bal está claro que ella cuestionaba la conveniencia de hacer el viaje y planteaba la necesidad de considerar llevar también a la familia de Rosita. JB hizo caso omiso de sus inquietudes: «Entre nosotros, creo que Inesita está innecesariamente nerviosa; y no sé (¡y me perdone entrometiéndome en cosas de su familia!) ¡qué

va usted a pensar de la idea de traer a México tanta familia!». El hermano de Rosita, Blandino, había huido de España, pero se encontraba retenido en uno de los pésimos campos franceses para refugiados españoles que se habían instalado en el sur del país; es posible que sus padres estuvieran todavía en España. Además, se avecinaba otra guerra mundial. JB sugirió que intentaran ir en el siguiente barco de la Holland America Line que navegara hacia Veracruz sin tocar ningún puerto español, una consideración importante teniendo en cuenta que Rosita era una figura conocida con notorias simpatías republicanas, al igual que JB. Existía el peligro de que ambos fueran apresados si pisaban suelo español. JB añadía: «La situación en Cataluña es muy grave, pero no desesperada».

Al día siguiente, 22 de enero, escribió a Rosita en París, de nuevo en español. En primer lugar, se quejaba de algunas disputas internas en su departamento, al parecer relacionadas con la ampliación de su permiso para el viaje, y luego le contaba que había recibido carta de «sor Inés» pidiéndole, en nombre de la propia Rosita, información sobre los barcos. El único buque de la Holland America que tenía «servicio directo entre Amberes y Veracruz (sin hacer escala en ningún puerto faccioso)», explicaba JB, era un mercante con pocos camarotes, sin médico ni personal de cabina. Y puntualizaba:

Inesita me dice que ustedes piensan salir *ahorita* para México; y creo que este barco, aunque no muy magnífico, sería tolerable [...]. Hay que tomar alguna *recetita* para el mareo: yo tomo Mothersill media hora antes de levantarme y paso todo el día en la cubierta, al aire libre. Esto lo hago siempre, después de cierta ocasión triste, cuando tenía que acompañar a una personcita que quería mucho de Londres a Tánger. Enseguida nos mareábamos; y no nos hemos visto hasta que, pasando las costas del sur de Portugal, salimos a la cubierta hechos dos *momias*, ¡para

beber *champagne*! Desde entonces tomo Mothersill y salgo a la cubierta..., ¡aunque sin amiga!

JB enumeraba otros barcos y sus precios, y sugería que Rosita fuera a la CGT (Compagnie Générale Transatlantique) para informarse: «Pero Rosita, por Dios, no olvide que Jesús ha insistido —creo con mucha razón— [en] ¡que *de ninguna manera* venga en un barco que va a puertos españoles de la *zona italiana*!».

Y continuaba: «Dicen que se está preparando una nueva *hitlerizada* para el mes de marzo. Por eso, y si usted tiene que cuidar a su familia y acompañarlos a México, acaso sería mejor embarcarse en febrero. ¡Lástima que yo no puedo salir de aquí antes del 17 de marzo!». JB no sabía qué consejo darle: «Hay personas que dicen que el próximo “gesto” hitleriano va a dirigirse contra Holanda; y en ese caso un barco estadounidense sería más seguro. Nuestros dictadores caseros (*J'aime-berlinistas* y fascistas de salón) me dan vergüenza y espanto de lo que puede resultar de esta política de “apaciguamiento” y el consiguiente abandono de Francia. Los *únicos decentes* son Negrín y ese maravilloso ejército republicano, que está defendiendo Europa —y Cambridge—, a la vez que España; y que vencerá al fin a pesar de esos *¡bloody Italians!*». Este arrebató, poco habitual en JB —que evitaba ponerlos por escrito, dada la necesidad de discreción política—, demuestra tanto la intensidad de sus sentimientos como su clarividencia sobre las nefastas consecuencias de la guerra civil española para toda Europa. La carta terminaba con una posdata redactada en español y en inglés: «Ruego salude a sus padres con mis más cariñosos saludos... *and don't shock Inesita with my “bloodies”*. Los papeluchos van en otro [sobre]».

El 23 de enero de 1939, JB escribió a Bal: «Ya habrá recibido usted mi segundo telegrama: “Consideramos temores de

Inés injustificados. Espere carta”». En opinión de JB, era poco probable que los padres de Rosita se quedasen «sin medios de vivir en París». Y añadía: «Sólo en el caso de que esto sucediera, sería (a mi parecer) necesario contemplar el viaje familiar [a México]». En una carta posterior, del 21 de febrero, JB expresaba su alegría por el hecho de que Bal estuviera de acuerdo con que la familia permaneciera en Francia, aunque advertía: «se dice que tendremos otra crisis en marzo, pero creo que no acabará en guerra, sino en otro Múnich»<sup>154</sup>. En este punto, el habitual buen juicio político de JB le falló: «Se cederán las colonias francesas y británicas para tranquilizar a Hit[ler] y Muss[olini] ([...] también se rumorea que Franco *exigirá Argelia* para sí mismo ¡¡*como pago por su ayuda a los italianos en España!*!!)».

JB se quejaba a Bal de que le había pedido a Rosita que hiciera su reserva en el *Manhattan*, que partía de El Havre el 23 de marzo, pero hasta la fecha no había hecho nada. Y añadía: «Inesita Macdonald dice que las preocupaciones de Rosita han terminado en un golpe de gripe. Ha tenido unas angustias terribles; las condiciones de esos campos de concentración para refugiados españoles en Francia son innarrables». JB comentaba que Rosita tenía la esperanza de regresar a Cambridge, pero él aún no le había hecho saber que eso sería difícil y que sólo podría ser por un año. México era mucho más seguro que Inglaterra y ofrecía más oportunidades para ambos. «Haré todo lo que esté en mi mano para que Rosita esté el 23 de marzo en el *Manhattan*, pero no es

<sup>154</sup> Trend se refiere aquí a los acuerdos de Múnich firmados durante la noche del 30 de septiembre de 1938 por los jefes de Gobierno de Reino Unido (Arthur Neville Chamberlain), Francia (Édouard Daladier), Italia (Benito Mussolini) y Alemania (Adolf Hitler), con el objetivo de solucionar la crisis de los Sudetes. Con estos acuerdos, que supusieron la incorporación de los Sudetes (pertenecientes a Checoslovaquia) a Alemania, se pretendía evitar una nueva guerra, a pesar de poner en peligro la propia existencia de Checoslovaquia.

fácil persuadirla de que haga algo cuando ella está en París y yo en este “remoto seminario rodeado de marismas”», anotó.

El trato con Rosita debió de ser exasperante y sus demoras abominables para la mente ordenada de JB. No obstante, éste adoptó un tono conciliador cuando el 2 de marzo, apenas tres semanas antes de zarpar, escribió disculpándose por su tardanza, debida a «todos los horrores» que estaban pasando; «¡y por culpa nuestra!», confesaba, en referencia a «*The Times* y esos “*J’aime berlinistas*” en el Parlamento», que no representaban «la opinión de la mayor parte de gente inglesa». JB añadía que esperaba que el hermano de Rosita, Blandino, no estuviese en uno de «estos repugnantes campamentos» y que sus padres estuvieran a salvo.

Para colmo, Christ’s College («de tradición puritana, de los padres peregrinos», en palabras del propio JB) estaba a punto de elegir como nuevo director a «un “maldito individuo” que todavía cree en *The Times*: ése con la barba apolillada, que se haría católico jesuítico enseguida. ¡Si no fuera por unas cositas de “control de la natalidad” que los jesuitas no permiten a los católicos!». Dicho de otra manera, a JB le habría gustado que el hombre no hubiera nacido. En la misma carta le comunicaba la triste noticia de la muerte de Antonio Machado, justo cuando él mismo le había ofrecido un puesto de lector en Cambridge a partir de octubre de ese año y All Souls’ College de Oxford por su parte le había conseguido «una especie de beca» para mantenerse mientras tanto.

JB había pedido a Thomas Cook en Londres que organizara el pasaje de Rosita y le enviara los papeles, que eran «tan largos como el teclado de un piano, con una cantidad espantosa de preguntas. ¿Sabe leer, escribir? ¿Es usted anarquista? ¿Apoya usted las ideas que pretenden la destrucción de Estados Unidos? Si le preguntan quién paga, diga “mi marido”».

Yo no soy más que el banquero de Jesús y es más fácil hacerlo aquí en libras». Cuatro días más tarde, JB escribió con cierta consternación a Bal: «Me extraña mucho que Rosita no tenga *todavía* su visado estadounidense. Supongo que es culpa mía por no recordárselo ni a ella ni a Inez Macdonald».

Sorprendentemente, JB y Rosita cogieron el barco y llegaron sanos y salvos a México. Con una mirada retrospectiva más calmada, JB relató todo el incidente en *Mexico: A New Spain with Old Friends* (publicado en 1940), sin identificar a los otros protagonistas. Describió el compromiso que había contraído con Bal de acompañar a su esposa a México como «una obligación moral»:

... la mayor obligación moral que jamás se me haya impuesto: mantener mi palabra, a pesar de los miembros del Parlamento y de los funcionarios del Gobierno y de la indecente prisa de mi propio y confundido país por reconocer a un general español totalitario. «Puede que no sea un gran general —había escrito uno de los periódicos dominicales de Londres—, puede que no sea un gran estadista, pero es un gran católico y un gran caballero, y juega al golf». Empecé a calcular mis propias posibilidades de salir airoso, dadas las circunstancias, en el complicado juego de trasladar a una refugiada española de Europa a América.

La única línea marítima que navegaba directamente desde Inglaterra a México era alemana y, por tanto, estaba descartada. Un barco inglés habría sido inviable: las compañías británicas no podían aceptar a un refugiado español sin un pasaporte «válido», ya que el Reino Unido había reconocido al Gobierno de Franco, «un ejemplo más —despotricaba JB— de la curiosa discriminación que, desde el principio de la rebelión del general Franco y de la invasión italo-germana de España, se había practicado contra el legítimo Gobierno republicano». JB había pensado en barcos de otros países, pero estaba el problema de

evitar los puertos franco-españoles: «[en ellos] mi refugiada podría ser apresada y entregada a las autoridades españolas en tierra, para ser asesinada después de meses en prisión, o condenada a las penurias sin nombre de un campo de concentración». En cierta oficina de París había un empleado nazi que había intentado obstaculizar la huida de Rosita, pero su oposición había sido finalmente «superada gracias a los esfuerzos de un amigo de Nueva York, que trató el asunto con la oficina central de la naviera». Al final, señalaba JB, había decidido fiarse de Estados Unidos, y su confianza demostró estar justificada: el viaje había transcurrido sin mayores incidentes.

En Southampton nos despidieron unos amigos de Cambridge; en Nueva York nos recogieron, nos atendieron, nos ayudaron y nos despidieron con esa eficiente y atenta hospitalidad de los estadounidenses que lo prevén todo y están preparados para cualquier eventualidad. [...] Así que por fin llegamos a Veracruz, y nuestro viaje terminó en una especie de apoteosis, que habría sido del agrado de los estudiosos de la mística española: porque, a orillas de la «Vera Cruz», dejé a mi compañera de viaje en brazos de Jesús (el nombre cristiano de un amigo español). Luego, mientras él contentaba a las autoridades de «emigración» en aquella dichosa orilla pagando —a la manera tradicional de Veracruz— un poco más de lo que se esperaba, a mí me llevó a comer un compadre mexicano para que conociera una salsa llamada «a la veracruzana» y escuchara las opiniones de un mexicano sobre los escritos mexicanos de D. H. Lawrence.



Otro músico y compositor al que JB ayudó a empezar de nuevo en Cambridge fue el catalán Roberto Gerhard. Éste, que había estudiado con Granados y Pedrell, quiso ser alumno de Falla, pero el gran maestro no lo aceptó. Identificado con la causa

republicana, también tuvo que huir de España en 1939 y se estableció, junto con su esposa vienesa Leopoldine, conocida como Poldi, en Cambridge, donde entablaron una amistad verdaderamente estrecha con JB y Dent. Los Gerhard adquirieron una casa llamada Thorneycreek, que se convirtió en un centro de reuniones musicales. El propio JB se alojó durante algún tiempo en la casa, que prefería a la austeridad y la mala fontanería de Christ's College, y junto con Dent alquiló una habitación a donde llevaron algunos muebles del musicólogo, incluido un piano de cola. Tanto JB como Dent hicieron mucho por difundir la música de Gerhard, organizando conciertos, etcétera.

Durante muchos años fue un arreglo satisfactorio. El 2 de agosto de 1945, JB escribió a Helen Grant: «Vivo en un jardín del Edén en el que Adán y Eva son Roberto y Poldi Gerhard, y Dios es el director del banco que aparece a la caída de la tarde». Ciertamente, el arreglo parecía suponer una merma importante de los recursos de JB, y en una ocasión se quejó de tener que hacer frente a gastos domésticos inesperados. En 1948, la armonía de Thorneycreek se quebró al exigir Poldi un alquiler más alto. El 15 de julio de ese año, JB comentó compungido a Dent: «Me temo que tendré que separarme de Roberto y Poldi. Ella nunca te ha tratado como es debido, a pesar de que le has proporcionado el piano de cola y todos esos muebles...». JB estaba muy dolido por todo esto, pero Poldi se mantuvo firme, argumentando que la casa era demasiado cara de mantener. JB expresó sus quejas a Dent: «No me molestan los catalanes, uno sabe dónde está. ¡Pero, además de todo eso, Viena ya es demasiado! Y ahora que la ópera<sup>155</sup> está definitivamente aceptada [...] creo que mi papel en el

<sup>155</sup> Se refiere a *La duenna*, compuesta por Roberto Gerhard. (Nota de la autora).

*ménage* ha terminado definitivamente». Fue un triste desenlace después de todo lo que los dos ingleses habían hecho por el matrimonio. Dent incluso consiguió una beca de estudios en King's College para Gerhard, con una asignación de 200 libras, para que pudiera obtener el estatus de refugiado.



Los esfuerzos de JB para rescatar a españoles que huían de Franco no se limitaron a la élite intelectual: también le preocupó profundamente la situación de los niños vascos. El 26 de abril de 1937, la Legión Cóndor de la Luftwaffe alemana perpetró un horrendo bombardeo sobre la ciudad vasca de Guernica, un suceso que Picasso inmortalizó posteriormente en un famoso cuadro del mismo nombre. Aquel ataque contra una ciudad indefensa y contra la población civil, de una crueldad nunca antes vista, provocó una protesta internacional. Muchos observadores internacionales consideraron que el ataque formaba parte de la doctrina del «bombardeo de terror» de la Luftwaffe, diseñada para quebrar la voluntad del enemigo, pero que también era un experimento para evaluar la eficacia de la estrategia en preparación para la guerra mayor que se avecinaba.

Una de las consecuencias del bombardeo fue una iniciativa internacional para rescatar a niños vascos, de modo que en mayo de 1937 casi cuatro mil de ellos fueron evacuados a Inglaterra. Zarparon de Bilbao el 21 de mayo en el *Habana*, que atracó en Southampton dos días más tarde tras un viaje de pesadilla. El *Habana* sólo tenía capacidad para cuatrocientos pasajeros y la travesía por el golfo de Vizcaya resultó complicada dado el mal estado de la mar, que hizo que la mayoría de los niños se mareara. Un superviviente contó que los alemanes intentaron bombardear el barco mientras zarpaba del puerto. A su llegada a Inglaterra, grupos de voluntarios

recibieron a los niños y los distribuyeron por todo el país. Por increíble que pueda parecer ahora, el Gobierno británico, en aplicación de su política de no intervención, se negó a aportar fondos para mantener a los desnutridos refugiados y sólo después de la protesta pública por el bombardeo de Guernica accedió a regañadientes a concederles visados de tres meses.

Un grupo de niños fue enviado a Cambridge a principios de junio, y JB fue una de las figuras principales en la organización de su cuidado. Todo el Departamento de Español se movilizó en este esfuerzo, y el propio JB utilizó sus numerosos contactos en la universidad y entre las caseras de Cambridge para encontrar hogares para los refugiados y organizar conciertos y otros eventos para recaudar fondos, lo cual no siempre era fácil. El 12 de noviembre de 1937 escribió a Dent: «El concierto de Conchita tuvo muy poco público a pesar de ser un miércoles». Varias personas estaban fuera, y «por lo que me dijo la señora Eaden deduje que había habido cierta propaganda contra los niños vascos. Aun así, invité a quince de los niños y a su profesor; así que no *parecía* que hubiera tan poco público». También dedicó gran parte de su tiempo a los innumerables asuntos administrativos relacionados con los refugiados: obtención de pasaportes y visados, regularización de su situación legal, etc. Describió este papel a Dent con buen humor: «¡Si todos los españoles de Cambridge fuesen mis “sobrinos” y “sobrinas”, tendría que haber sido tan nepotista como un papa Borgia! Pero, tal y como están las cosas, empiezo a pensar que el nepotismo no es una sinecura, aunque no sea un trabajo a tiempo completo, ¡y aunque mis nepotes no sean precisamente Borgia!».

Los refugiados vascos se convirtieron en un importante foco de interés en Cambridge y JB estuvo en el centro de todo ello. Sin duda, pensó que de esta manera podía contribuir mínimamente

a aliviar el dolor del pueblo español, y de paso aliviar su propia frustración.



A todas estas pruebas y tribulaciones se sumó el dolor de descubrir que algunos buenos amigos de muchos años se habían decantado por los rebeldes. En la misma carta del 12 de noviembre, JB se lamentaba de esta situación: «Una de las tragedias de la guerra española es que personas a las que uno respetaba —como [el duque de] Alba y Merry del Val<sup>156</sup>— se han alineado con esos absurdos franquistas». Especialmente triste fue el caso del guitarrista Andrés Segovia, aunque según JB sus motivos pudieron ser más personales que políticos. Con motivo de un concierto del maestro en Cambridge, le pidieron a JB que lo recogiera en la estación, y éste se alegró de hacerlo, según le dijo a Dent: «porque se ha hecho franquista, y había que demostrarle que uno lo conocía como español de otros tiempos y lo respetaba como un gran artista, a pesar de todo, además de mostrarle mis condolencias por la pérdida de uno de sus hijos (que se electrocutó accidentalmente con un cable de alta tensión en Ginebra). La tragedia se vio agravada por el hecho de que su esposa se divorció de él, por mantener relaciones con otras dos mujeres, y el tribunal de Ginebra apenas le permitía ver a sus hijos. El divorcio (según Natalia) explica que se haya vuelto fascista, ya que ¡su mujer era republicana!».

La guerra civil española hizo pedazos la visión de JB de un mundo de cultura e ilustración basado en principios liberales y humanistas, además de destrozarse a la propia España. Sus repercusiones serían mucho más amplias y acabarían afectando a Europa y a toda la humanidad.

<sup>156</sup> Sobre Alfonso Merry del Val, véase la nota 117.

En primera fila, John B. Trend  
(sentado), con Enrique Díez-Canedo  
a su derecha (de pie) y la hija de éste a su  
izquierda; detrás, Daniel Cosío Villegas  
y Teresa Manteca, Teotihuacán, 1938.  
Residencia de Estudiantes, Madrid.



# V

NUEVOS  
HORIZONTES

## EL NUEVO MUNDO Y UNA NUEVA GUERRA

Nada más comenzar la sublevación de Franco, varios países latinoamericanos ofrecieron refugio a los intelectuales españoles en peligro. Cuba fue uno de los primeros, con la creación de un Comité de Ayuda a los Intelectuales Expatriados<sup>157</sup> para apoyar a los intelectuales exiliados y salvar la cultura española. Chile también estuvo a la vanguardia de los países que ofrecieron refugio, pero fue México el que abrió sus puertas con mayor generosidad. En gran medida, se trató de una iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas. No fue un gesto totalmente desinteresado: los españoles eran unos inmigrantes muy deseados, que procedían de una cultura similar y hablaban el mismo idioma, y México necesitaba unos pobladores tan valiosos y útiles para impulsar el desarrollo del país. Pero también fue, qué duda cabe, un gesto magnánimo.

Cárdenas pretendía originalmente dar asilo a un número casi ilimitado de personas, pero el éxodo desde España se vio interrumpido por el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. El primer grupo, que ya había llegado cuando JB visitó México por primera vez en las Navidades de 1938-1939, estaba integrado en su mayor parte por intelectuales, muchos de ellos amigos íntimos de JB. Para acogerlos, el Gobierno mexicano creó La Casa de España, que en 1940 pasó a llamarse El Colegio de México y en la actualidad sigue siendo una prestigiosa institución de enseñanza superior. En 1939 tres nuevos contingentes, que sumaban un total de 4.500 refugiados, llegaron en tres barcos: el *Sinaia*, el *Ipanema* y el

<sup>157</sup> Probablemente se trate de la Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español, luego Asociación Nacional de Ayuda a la Democracia Española y más tarde Asociación Nacional de Ayuda a las Víctimas de la Guerra Española.

*Mexique.* En estos últimos grupos no sólo había intelectuales, sino también agricultores, técnicos, empresarios y trabajadores manuales. A todos se les hizo sentir bienvenidos, sin importar su condición social.

La guerra civil y la dispersión de sus amigos españoles, muchos de ellos por América Latina, dieron un nuevo impulso al interés de JB hacia ese continente. Su primer viaje al nuevo hemisferio, durante las vacaciones de Navidad de 1937-1938, tuvo como destino Cuba, y lo hizo en compañía de Dent. JB zarpó en el *SS Washington* hacia Nueva York el 3 de diciembre, y regresó en el *SS Manhattan*, que salió de Nueva York el 4 de enero y atracó en Plymouth el día 10, justo a tiempo para el comienzo de la Cuaresma. Dent se encontraba realizando una larga gira de conferencias por Estados Unidos y en las cartas que JB le envió durante los meses de octubre y noviembre éste detallaba su meticulosa planificación habitual: guías de Cuba, mapas, hoteles en La Habana y líneas marítimas desde Nueva York a la isla caribeña. El 12 de noviembre comentó con cierta sorpresa el tamaño de Cuba: «Se tarda veintiuna horas, más o menos, en llegar en tren a Santiago, en el otro extremo de la isla, con una cordillera de por medio».

Se reunió con Dent en Nueva York y desde allí partieron hacia Cuba. Puesto que era la primera vez que viajaban juntos, no existen cartas entre ellos correspondientes a este periodo, ni un registro claro de dónde estuvieron. JB recordaría más tarde que recorrieron gran parte de la isla y visitaron muchos lugares, y en varias ocasiones recordó a Dent la maravillosa Navidad que habían compartido en Camagüey. Dent también se refirió a esa ocasión en una carta del 4 de enero de 1938 a su amigo Lawrence Haward: «Camagüey era el único lugar completamente tranquilo de Cuba, a diferencia de La Habana, que era horriblemente ruidosa». La paz

y la tranquilidad del lugar dieron pie a una sobria reflexión sobre el rumbo de sus vidas ahora que «Hitler & Mussly & Co.» dominaban Europa: «Me pregunto si alguna vez volveré a Alemania o a Italia. Es muy probable que no. JB cree que probablemente no volverá a pisar España y eso lo deprime terriblemente, aunque en este momento intenta consolarse con México y lee todos los libros que encuentra sobre el país. De alguna manera, siento que puedo decir adiós a Alemania e Italia casi sin arrepentirme, aunque a veces en Cuba tenía vívidos pensamientos sobre Venecia».



JB realizó su primera visita a México un año después, durante las vacaciones de Navidad de 1938-1939. Se enamoró del país desde el momento en que pisó suelo mexicano, como le había sucedido con España veinte años antes. Sin duda, redescubrió allí muchas de las características que tanto le habían fascinado en España, ahora un país prohibido. *Mexico: A New Spain with Old Friends*, el libro que publicó en 1940 sobre su experiencia mexicana, ha sido criticado en algunos círculos como una mera guía de viaje, un libro para turistas. Pero es mucho más que eso. Es un libro muy personal, cuya esencia es el reencuentro con amigos queridos de muchos años, combinado con el entusiasmo inquieto que siempre había inspirado sus aventuras en una nueva tierra. El lenguaje, como siempre, es engañosamente sencillo, pero a la vez consigue que el lector experimente la belleza del paisaje, con la infinita variedad de sus diferentes regiones (JB pensaba que México era el país más bello del mundo) y sus diferentes pueblos. Explora su historia y los misterios que encierran las antiguas ruinas mayas; sus numerosas lenguas, su vibrante cultura, su música y su arte. Y todo ello atravesado por un hilo de nostalgia por los tiempos pasados,

la alegría de reencontrarse con viejos amigos mezclada con la pena por su dramática situación, la paradójica sensación de un paraíso perdido y de un paraíso aún por recuperar.

En ese primer viaje, JB viajó por tierra desde Nueva York hasta San Antonio, en Texas, desde donde voló —una experiencia todavía novedosa para el viajero común de aquella época— hasta Brownsville, en la frontera con México, Tampico y Ciudad de México. Había pocos pasajeros en el avión. ¿Quién sino JB podría advertir entre ellos a una «amigable, encantadora y sensata mujer estadounidense», que «posó con bastante destreza para una fotografía en Tampico» y «pasó la mayor parte del tiempo escribiendo cartas y postales con una gran letra redonda», y, después de un examen tan minucioso, no darse cuenta de que era Mary Pickford, la idolatrada estrella del cine mudo, hasta que mostró al funcionario de inmigración mexicano sus papeles, uno al lado del otro? Pero quizá la belleza por la que la actriz era famosa se había desvanecido para entonces. Tampico le trajo recuerdos de muchos años atrás:

La primera parada en México fue Tampico. (¡Recuerdos de M. W.-J. y de una compañía petrolera en 1914! Gracias a él, Tampico fue el primer lugar de México que me pareció real, y todavía tengo clavado dentro de un armario en casa un mapa que él me envió. M. W.-J. sabía suficiente español para darse cuenta de que los peones tenían algo de razón; y puesto que él mismo era, en cierto modo, un terrateniente en casa, puede que pensara que los títulos de una compañía petrolera en México eran bastante dudosos. En una ocasión alimentó a las fuerzas revolucionarias con carne de buey: «[...] cómo los jefes rebeldes compartieron tus latas de carne [...]». Nuestras cartas a veces caían en la poesía, y nuestra poesía solía terminar en una competición de rimas al estilo de Thackeray o por encima de Thackeray. Nos vimos por última vez en Roeselare, en Bélgica,

en octubre de 1914, antes de que los alemanes la volaran en pedazos. «¿Qué va a ser?». «Clarete», dijo M. W.-J., que conocía su Jorrocks<sup>58</sup>. Y clarete fue).

JB no añade que M. W.-J. también había volado en pedazos en Bélgica durante aquel terrible octubre de 1914 en Ypres. En la afligida entrada de su diario de 1914, JB se refiere a su amigo perdido como «M». Me llevó mucho tiempo averiguar quién era ese «M», pero, una vez que lo identifiqué como Morys Wynne-Jones, surgió toda una cadena de conexiones: habían coincidido en Charterhouse y, antes, en el mismo colegio privado, y ambos fueron a Cambridge, donde continuaron con su amistad. El párrafo citado muestra que mantuvieron correspondencia mientras Wynne-Jones estaba lejos, en México. No es de extrañar que JB quedara destrozado cuando su amigo resultó muerto poco después de ese último encuentro al comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Comenzó entonces una serie de reencuentros, sin duda emotivos, con viejos amigos que se esforzaban por adaptarse al exilio. Uno de los primeros fue José Moreno Villa, el artista que, diez años antes, había realizado un evocador dibujo a línea de JB.<sup>59</sup> JB observó que el malagueño había cambiado su estilo desde que llegó a México. «El resultado —apuntó— eran unas fantasías a lo Hieronymus Bosch: una colina con ventanas, un árbol con ramas desnudas que sugería un árbol en miniatura para colgar joyas, el tipo de objeto que yo solía ver en el tocador de mi madre» (un recuerdo conmovedor que

<sup>58</sup> Se refiere al personaje cómico, protagonista de una serie de relatos picarescos y novelas del escritor inglés R. S. Surtees (1805-1864), llamado Jorrocks, un tendero londinense amante de la buena vida al que le gustan las carreras de caballos y la caza del zorro.

<sup>59</sup> Ese dibujo, que se reproduce en la página ??? de este volumen, fue el que se utilizó como motivo central en la cubierta de la edición inglesa de este libro.

demostraba que JB aún tenía presente a una madre fallecida cuando él apenas tenía once años). En cuanto a Moreno Villa, aclaró que, en todo caso, el pintor «estaba trabajando y no sufría por su exilio». JB iba a notar el mismo espíritu positivo entre todos sus amigos exiliados, pero entonces no podían imaginar lo largo que iba a ser ese exilio, ni que algunos de ellos no vivirían lo suficiente para volver a España.

Entre los miembros originales de La Casa de España, JB encontró a algunos de sus amigos más antiguos que ya habían podido escapar de España. «Uno de ellos era un académico que antes había sido profesor universitario en Cambridge», observó. Se trataba, obviamente, de Jesús Bal y Gay. JB, con su cautivadora afabilidad y su infalible «don de gentes», también estaba haciendo nuevos amigos mexicanos. Estaba Emma, una niña a la que apodó «la Alicia en el país de las maravillas mexicana»<sup>16c</sup>. El padre de la niña (al que no identifica) organizó una excursión de dos días para que JB y siete españoles visitaran algunas de las siete maravillas de México: Tlaxcala, Ocotlán, Huejotzingo, Cholula, Tonantzintla, Acatepec y Puebla. JB escribió un delicioso retrato de Emma en este viaje: a veces se adormecía un poco en la parte de atrás del coche y, sin embargo, a pesar de no tener todavía diez años, estaba alerta y segura de sí misma y pronunciaba nombres aztecas y algunas palabras en náhuatl. «Se alegraba de bajarse cuando el coche se detenía, pero no tenía mucho interés en entrar en las iglesias; todo ese asunto de tener que ponerse un pequeño pañuelo cuadrado en la cabeza, para no

<sup>16c</sup> Emma Cosío (1929-2015), hija del economista e historiador mexicano Daniel Cosío Villegas (1898-1976), uno de los fundadores de La Casa de España y del Fondo de Cultura Económica, entre otras instituciones, y presidente de El Colegio de México tras la muerte de Alfonso Reyes. Emma fue una historiadora muy comprometida con la causa zapatista, nombrada sargento primero por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

estar, teológicamente hablando, desnuda, le parecía una mera tontería». Cuando pararon a comer, fue «muy crítica con un granizado de limón», dado que el pueblo tenía «una fábrica de helados propia» JB concluye: «Su ambición en ese momento, creo, era ser ella misma la dueña de una fábrica de helados». De este modo, en pocas palabras, JB consigue que ese encantador y pequeño personaje cobre vida ante el lector, como si éste hubiera formado parte de aquel grupo itinerante.

JB hizo un relato igualmente vívido de una fiesta navideña mexicana a la que fue invitado en esa primera visita: las flores de Pascua, el ponche caliente, las representaciones de episodios religiosos en las que la mitad de los invitados hacían de peregrinos de antaño y, por último, la tradición mexicana de la piñata, una pieza hueca de cerámica o papel que se rellena con caramelos y se cuelga en alto. A los invitados se les vendan los ojos y tienen que intentar romper la piñata con un palo para que caigan los caramelos de su interior. En esta ocasión, la piñata era un muñeco de un metro de altura, vestido con ropa española. JB disfrutó mucho con este juego y contó con cierto regocijo cómo, en otra fiesta, tambaleándose y con los ojos vendados, casi le había roto la crisma a su anfitrión con el bastón.

La primera fiesta culminó con la llegada de un mensajero inesperado, que traía noticias atrasadas de España: «El pueblo español en las filas del general rebelde se había sublevado (decía); había habido enfrentamientos entre los hombres de Franco y los “voluntarios” extranjeros que habían venido a ayudarlo. Además, varios oficiales españoles rebeldes, hartos de la Falange y de sus formas, se habían pasado a las filas del Gobierno, llevando consigo los mapas y los planes de la ofensiva rebelde que se produciría el día de Navidad». Esta noticia, la mejor de todas, animó la fiesta de Navidad y corrió el champán, pero

cuando JB relató más tarde la escena en su libro, añadió un sobrio comentario: «No sabíamos entonces que la guerra no se iba a decidir en España, sino en Londres; y que la intervención italiana era menos efectiva que el farol italiano».

Mientras JB disfrutaba de ese primer viaje a México, en Lima, la capital peruana, se estaba celebrando la Octava Conferencia Internacional Americana, del 9 al 27 de diciembre, donde se manifestó la preocupación por el deterioro de la situación en Europa y sus implicaciones para el continente latinoamericano. El 11 de diciembre de 1938, JB escribió a Dent, mientras se dirigía a México en un tren estadounidense, subrayando la enorme importancia de la cumbre. El cónsul general de España en Nueva York le había dicho que esperaba que en la conferencia se planteara la posibilidad de ofrecer una mediación en España, «una mediación genuina, no la perversión de esa palabra tal como se usa en Europa: “mediación”, “no intervención”, “voluntario”, “apaciguamiento” son palabras que simplemente no tienen sentido en América, excepto como una broma».

En ese momento todavía había esperanzas de que el bando republicano ganara la guerra. Poco antes, el 12 de septiembre, JB había transmitido a Dent las impresiones de un amigo común, Geoffrey Garrett, que acababa de volver de inspeccionar los centros asistenciales en España y decía: «la situación es muy parecida a la del año pasado por estas fechas. Si la gente en Madrid tiene noches de insomnio, es más por la falta de ciertas vitaminas que por los bombardeos; la costa es la que más ha sufrido: Alicante está casi muerta. Sin embargo —continuaba JB—, cree que el ejército republicano es ahora “una fuerza de combate de primer orden”; y que la República puede aguantar lo suficiente como para alterar todos los cálculos de MM-*J'aime* Berlín & Cía.».



La primera visita de JB a México concluyó el 30 de diciembre de 1938. A bordo del *SS Manhattan*, el 5 de enero de 1939 escribió a Dent: «He vivido un momento extraordinariamente interesante. Después de España empecé a pensar que no quería ir nunca más a ningún país para “hacer contactos” y establecer “relaciones culturales”, y que sólo debería ir a Finlandia u Holanda, o a cualquier lugar de donde pudiera marcharme de inmediato sin ver a nadie». Pero en México cambió: «pensé que estaba empezando España de nuevo. [...] Era una Nueva España con Viejos Amigos», anotó, anticipando el título de su próximo libro (*Mexico: A New Spain with Old Friends*). No sólo había visto a viejos amigos, sino que también había hecho nuevas amistades mexicanas y lo habían recibido en todas partes como un español honorario, tratamiento que no se concedía a todo el mundo. A través de un familiar de Natalia Jiménez apellidado Cosío podía establecer «relaciones culturales» entre Cambridge y los inteligentes mexicanos<sup>161</sup>. «Todos han oído hablar de Maynard Keynes: algunos incluso lo han conocido en Ginebra». Sus libros eran muy populares. JB decidió que debía intentar conseguir un semestre sabático en mayo y pasar cinco o seis meses en México: «Después de todo, uno de los ámbitos de la cátedra, además de la literatura y la historia, son “las relaciones de las Islas Británicas con España y los países de habla hispana”».

No era el momento más propicio para buscar el acercamiento entre México y Gran Bretaña: el 18 de marzo de 1938 el presidente Lázaro Cárdenas había nacionalizado la industria petrolera mexicana, en la que Gran Bretaña tenía importantes intereses. El Gobierno británico rompió las relaciones

<sup>161</sup> Con toda probabilidad se trata del ya mencionado Daniel Cosío Villegas, que no era familiar de Natalia Cossío de Jiménez, sino amigo del matrimonio Jiménez Fraud.

diplomáticas, que no se reanudaron hasta 1941. JB, que siempre experimentaba un travieso placer en ser mirado con un cierto recelo por los poderes fácticos, le dijo a Dent que, durante su visita de diciembre de 1938, había sido agasajado tanto por el secretario de Hacienda mexicano como por el gobernador del Banco Central: «¡Me pregunto qué dirá el Servicio Secreto Británico cuando se entere!».

También conoció al ministro de Economía en una de esas fiestas de Navidad. «Creo que estaba un poco achispado —confesó JB—, o en todo caso tenía un aspecto bastante desaliñado. Nuestro anfitrión trabajaba para el Ministerio de Hacienda y me dijo: “Hable con él. Háblele de las relaciones culturales. [...] Después de todo, ¿existe algo más que el petróleo?”. Y el ministro (como ya he dicho, con un aspecto increíblemente desaliñado, y más bien como si fuera a hacer “ciertas sugerencias”) dijo: “El petróleo no tiene por qué ensombrecer nuestras relaciones. Pruebe un poco de este armañac”». Gran Bretaña no podía tener un mejor embajador en un momento tan difícil y JB iba a desempeñar un papel importante en la reanudación de las relaciones en 1941.



A JB se le concedió su deseo de disfrutar de un periodo sabático para su segunda y más larga visita a México en 1939. Regresó el 6 de abril de ese año para ser testigo de una situación muy diferente. En el poco tiempo transcurrido desde su partida el 30 de diciembre, como escribió en su libro sobre México, «todo el panorama del mundo hispanohablante había cambiado. A golpe de pluma en Londres y París se había reconocido formalmente al caudillo<sup>162</sup> en España». La prolonga-

<sup>162</sup> En español en el original.

da guerra había terminado finalmente unos días antes, el 1 de abril de 1939, con la victoria de las fuerzas nacionales, rápidamente seguida por el reconocimiento del régimen de Franco. El triunfo dio pie a una renovada persecución de los republicanos, ahora por todo el país. Se produjo un enorme éxodo de españoles, no sólo de republicanos con verdaderos motivos para temer por sus vidas, sino también de muchos otros vencidos por el pánico. Miles de refugiados cruzaron la frontera francesa, terminando a menudo en campos de concentración donde las condiciones eran terribles. Los que pudieron conseguir un pasaje partieron hacia México.

El SS *Sinaia* llegó a Veracruz el 13 de junio de 1939 con 1.619 pasajeros españoles. «Con mucha diferencia, lo más importante que sucedió durante mi estancia en México», escribió JB en su libro. Los llamó «los Nuevos Padres Peregrinos», y también comparó su llegada con «el movimiento de los hugonotes que llegaron a Inglaterra y América después de la revocación del edicto de Nantes y se convirtieron en algunos de los mejores ciudadanos que esos países han tenido nunca». Los españoles tuvieron una magnífica acogida en Veracruz y «la capital les mostró una simpatía generalizada, si exceptuamos a aquellos que sacan sus ideas de los reaccionarios periódicos vespertinos». Los intelectuales mexicanos amigos de JB eran todos prorreplicanos, pero él se metía a menudo con la prensa: «En Ciudad de México la mitad de los periódicos matutinos y todos los vespertinos están en contra de los países democráticos». Incluso llegó a decir: «las noticias que llegan de Europa muestran con toda claridad (para cualquiera que viva en Europa) que se originan en los “panfletos” que suministran las oficinas de propaganda del doctor Goebbels y su homólogo en Italia. Algunos de ellos mantienen un estrecho contacto con la legación alemana». Cárdenas y

su Gobierno permanecieron firmes en su política de dar refugio a los exiliados, pero sus opositores utilizaron la presencia de los inmigrantes como munición contra ellos en las próximas elecciones presidenciales de 1940, haciendo uso de la propaganda de Franco contra los españoles que huían.



En esta segunda visita a México, JB acompañó a Rosita de Bal y Gay a reunirse con su marido. Después de las idas y venidas para convencerla de que emprendiera el viaje, Rosita disfrutó enormemente de la travesía, que fue todo un éxito: «Conecta con todo tipo de *mujeres* —generalmente muy agradables—, pero repele a los hombres, excepto a los miembros de la tripulación, especialmente si son españoles. Tuvo un excelente camarero en el *Manhattan* (¡y un camarote para ella sola en la cubierta A!); la cuidaba como a una hija. En el otro barco tenía a toda la tripulación de su lado y todos eran (por supuesto) prorrpublicanos».

Una vez depositada su carga en brazos de su esposo, JB fue libre para pasar varios meses viajando por todo México, incluidos los rincones más remotos, tal y como había hecho en España una década antes. Hizo todo tipo de planes para que Dent se uniera a él y el 27 de abril le envió los habituales y meticulosos horarios, así como sugerencias alternativas para viajar por aire o por tierra, además de instrucciones sobre el papeleo y cómo tratar con las autoridades mexicanas. Querétaro, donde se encontraba de visita con los Bal, y donde estaba siendo recibido con toda la pompa por las autoridades locales, incluido el gobernador del estado, era «sin duda el lugar idóneo para iniciar el viaje y una excelente introducción a México». Dent tenía dudas sobre estos planes debido a sus crecientes problemas intestinales; incluso había tenido una

hemorragia. No obstante, JB volvió a la carga el 21 de mayo con más propuestas para hacer el viaje fácil y barato, incluida la organización de sus baños matutinos en la casa de la calle Londres, número 18, donde vivían los Bal y donde él reservaría habitaciones para ellos. Mientras tanto, JB asistía a un congreso de filólogos durante ocho horas diarias; el objetivo era definir un alfabeto «que sirviera para todas las lenguas y resultara inteligible para los maestros de escuela del país».

Al día siguiente, JB recibió una «alegre carta» de Dent, que se encontraba mucho mejor y esperaba llegar a Veracruz la primera semana de agosto. Para el 3 de julio JB había afinado aún más los planes: en agosto México iba a estar muy concurrido debido a un Congreso Internacional de Americanistas, cuyos participantes tendrían un trato preferente en todas partes. En consecuencia, JB había inscrito a Dent y a él mismo como «miembros asociados», a fin de que pudieran visitar algunos de los yacimientos arqueológicos de forma más cómoda y barata de lo que podrían hacerlo por sí mismos. JB siempre se preocupaba, como buen amo de casa, por buscar las opciones más económicas.

Dent atravesó el Atlántico en el *SS Mauretania* de la naviera Cunard White Star, y el 30 de julio de 1939 embarcó desde Nueva York hacia México. El barco iba muy lleno, con unos doscientos pasajeros a bordo, e hizo escala en La Habana, que Dent, sin embargo, no tenía ningunas ganas de volver a visitar. «Estuve allí una semana con JB en diciembre de 1937 y me pareció detestable», escribió a su amigo Haward. En una carta posterior, del 19 de agosto de 1939, Dent le relató los viajes que hicieron él y JB a Puebla y Uruapan, y sus experiencias en trenes que llegaban con dos horas de retraso, en carreteras que eran «como este papel, excepto que a menudo [...] más pedregosas», y en un hotel de aspecto primitivo

que resultó ser limpio y acogedor, pero con electricidad intermitente. Se alegró de no haber leído *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence hasta tres semanas después de su llegada: «de lo contrario, me habría negado a ir a México».

No existe un registro completo de los lugares a los que viajaron los dos amigos, pero Dent ofrece un retrato conmovedoramente cómico de JB como fotógrafo: «JB toma decenas y decenas de fotografías en todas partes. Tiene una maravillosa cámara llena de artilugios alemanes que lleva colgada al cuello y sobre el abdomen, a veces con el abrigo abotonado por encima, de modo que el largo teleobjetivo sobresale y parece que su ombligo se ha convertido en el ojo de un cíclope. Pero ir de paseo con un hombre con una cámara es como ir de paseo con un hombre con *dos* perros. Aun así, los resultados merecen la pena, ya que JB es un experimentado fotógrafo y ha tomado gran cantidad de vistas maravillosas de lugares que no aparecen en las postales».

En una carta posterior a Haward, del 1 de noviembre de 1939, Dent le cuenta que lo pasaron muy bien en México, pero admite que él era más feliz en Estados Unidos, mientras que JB lamentaba abandonar un país donde se hablaba español. «Fuimos a Nueva York siguiendo una ruta inusual elegida por mí», señala. Pasaron algún tiempo en San Antonio (Texas), a donde llegaron vía Nueva Orleans, Charleston y Williamsburg. En su primer día en Nueva York, JB se torció un tobillo, sobre lo que Dent escribe: «dificultó bastante nuestros movimientos». No obstante, debieron de estar muy ocupados: Dent cita «el congreso» (presumiblemente de la International Society for Contemporary Music), los conciertos, etc., a los que dedicó un tiempo considerable: «casi todo el día». Y añade: «Al final volvimos a casa en el *Washington*, un barco estadounidense, por lo que no experimentamos ningún incidente y estuvimos

muy cómodos». No especifica la fecha, pero la mención a la falta de incidentes debe de ser una alusión a los peligros de las travesías transatlánticas tras el inicio de la guerra. Dent se encontró con un Cambridge abarrotado de gente: el cupo normal de estudiantes universitarios había aumentado en cuatro mil, que habían sido evacuados de Londres, y a él le habían endosado dos profesoras de niños evacuados de St Martin-in-the-Fields: «Llegaron en septiembre, mientras yo estaba en Nueva York». Esta observación, junto con el hecho de que él y JB no pudieron salir de México antes de finales de agosto, como muy pronto, significa que su regreso tuvo lugar algunas semanas después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, el 3 de septiembre de 1939. Curiosamente, en la correspondencia no se menciona este trascendental acontecimiento.



En los meses anteriores a la guerra, en las cartas entre JB y Dent hubo referencias dispersas a la posibilidad de un conflicto abierto, pero en general lo descartaban. El 18 de marzo de 1938, Dent citaba el *Wall Street Journal*, según el cual era probable que Hitler fuera derrocado en breve y que triunfaran el Ejército y los partidos monárquicos, con una posible restauración de los Hohenzollern. Dent comparaba la situación con la caída del Imperio romano y expresaba su opinión de que los alemanes estaban volviendo a la barbarie medieval y abandonando todo interés en cuestiones intelectuales. Unos meses más tarde, el 8 de septiembre, escribió desde Budapest a JB: «hay consenso en que no habrá guerra». Un conocido suyo, que era «el más salvaje de los nazis», opinaba que Hitler no quería la guerra y que el problema checo se resolvería, sin guerra, en el transcurso de ese mes, devolviendo una parte del país a Hungría y otra, la mayor, a Alemania. Con el acuerdo

de Múnich del 30 de septiembre de 1938, que Chamberlain describió notoriamente como «paz con honor», se aceptó de hecho que Alemania se anexionara los Sudetes checoslovacos.

Sin embargo, los dos amigos se plantearon algunas medidas de precaución en caso de que estallara la guerra. En abril de 1938, Dent consultó a su asesora financiera estadounidense, Alice Toon, sobre qué lado del Atlántico sería más seguro para su dinero. Conoció a la señorita Toon en mi primer viaje a Nueva York en 1956 y fue JB quien me la presentó. Fue una pionera en un Wall Street entonces totalmente dominado por los hombres y se convirtió en una amiga encantadora gracias a la conexión que ambas compartíamos con JB. Tras consultarlo con ella, Dent llegó a la siguiente conclusión en abril de 1938: «No creo que nos veamos obligados a huir a toda prisa a Estados Unidos, e incluso si hay guerra, cosa que la gente no cree probable, los bancos sortearán los problemas como ya hicieron en 1914». A corto plazo, JB ya había tomado precauciones y señalaba que había llevado más dinero del necesario a México para estar preparado ante cualquier emergencia, «es decir, una guerra».

Aunque sin duda los dos amigos consideraron la posibilidad de marcharse de Europa si estallaba la guerra, al final permanecieron en Gran Bretaña. Podría pensarse que eso les permitiría pasar más tiempo juntos, dado que ninguno de los dos podía viajar al extranjero y tenían propiedades tanto en Londres como en Cambridge. Sin embargo, siguieron viviendo separados, ya que JB había encontrado un refugio en la pensión Bear Inn, cerca de Stroud, en Gloucestershire, donde podía recluirse a leer y escribir —estaba ocupado en lo que él llamaba un «demi-penguin»— y también tenía compromisos laborales en Oxford. Puede que esto fuera también una forma de escapar de las bombas que estaban cayendo sobre Londres y, en menor medida, sobre Cambridge. No obstante, tengo la intuición de que la suya

era una relación que se nutría más por medio de sus cartas, intercaladas con reuniones periódicas, que por la necesidad de estar constantemente en compañía el uno del otro, aunque el afecto mutuo mostrado en su correspondencia seguía siendo inconfundible. JB, en una de las típicas discusiones entre ellos cada vez que había que renovar el contrato de alquiler del piso de Quebec Street, reconocía que se veían menos. Argumentaba las ventajas económicas de mudarse a un piso más pequeño, de un solo dormitorio, alegando que sus respectivas visitas a Londres no se solapaban tan a menudo como en el pasado y que, por tanto, ya no era necesario un segundo dormitorio. Paralelamente, JB alababa las comodidades de Bear Inn y suplicaba a Dent que viniera a quedarse con él. Con su habitual y conmovedora preocupación por el bienestar de Dent, había resuelto toda la logística, la elección y el coste de las habitaciones, y la proximidad, o no, de los baños.

En una carta sin fecha desde su nuevo alojamiento en la primavera de 1940, JB expresó su preocupación sobre las noticias de bombardeos en Cambridge: «Estaría más tranquilo si vivieras más lejos de la estación, pero creo que tienes razón al no preocuparte por ello». Tenía la intención de ir a comprobar por sí mismo lo que había sucedido en Christ's College, y añadía: «Me extrañaría que hubieran metido a nadie en mis habitaciones [...] sin decírmelo, sobre todo porque yo soy el que paga el alquiler».

JB estaba ocupado en un trabajo delicado en Oxford. Leyendo entre líneas, da la impresión de haber recibido un encargo de tres meses de duración de Chatham House<sup>163</sup> para analizar acontecimientos y opiniones en América Latina que

<sup>163</sup> Chatham House, también conocida como Royal Institute of International Affairs, es una organización no gubernamental, sin ánimo de lucro, fundada en 1920, con sede en Londres, dedicada a analizar los principales asuntos internacionales y de

podrían ser relevantes en relación con la guerra. A fin de cuentas, JB ya había trabajado para la inteligencia británica en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. Sus actividades actuales tenían un trasfondo turbio:

El asunto de Oxford es muy «secreto», por supuesto. Me han pedido que «no lo divulgue». Pero la razón no es que Hitler pueda enterarse, sino que los *católicos* pueden enterarse. El Heraldo Católico ha estado llevando a cabo una cruzada para que todos los trabajos que tengan que ver con el español sean una prerrogativa de los católicos: se metieron con Chatham House por esa razón, y particularmente mencionaron a la señora [Helen] Grant, una gran amiga de Natalia y vieja aliada mía, y *por tanto* (como puedes imaginarte) una persona extremadamente competente y sensata, que habla un español espléndido y está muy al tanto de las susceptibilidades españolas, ¡y de cómo evitarlas!

No me he postulado para España, sino para la América española. [...] Todo el mundo parece desconfiar de las *nobles intenciones* de Allison.<sup>164</sup> Sin embargo, al parecer, soy yo el que tiene la reputación de ser ¡una persona más bien difícil de tratar! [...].

Así que, por muchas razones, creo que puede merecer la pena echar una mano a Chatham House durante tres meses. Comeré con Natalia, me alojaré en el Lincoln y trabajaré en Balliol.

A continuación, JB expresaba su preocupación por la seguridad de los exiliados republicanos en Gran Bretaña: «Si el Gobierno de Franco empieza a cometer actos hostiles —o si resulta imposible silenciar tales actos hostiles (por ejemplo, el

actualidad y promover el entendimiento entre los países a fin de evitar futuros conflictos. Está considerada como uno de los *think tanks* más influyentes del mundo.

<sup>164</sup> En esta frase Trend hace un juego de palabras, difícil de traducir, con el apellido de Allison Peers (nobles, colegas) al escribir en su lugar, de forma irónica, «peera-ge» (nobleza, camarilla).

uso de Málaga por parte de Italia para submarinos, etc., aunque el Gobierno de Su Majestad tiene mucha práctica en cerrar los ojos a las actividades italianas en España) —, me dicen que puede que internen a todos los españoles, republicanos o no».

JB seguía interesado en fomentar las relaciones culturales entre Cambridge y América Latina, y decidió que el mejor candidato para empezar era el ministro plenipotenciario uruguayo ante la Corte de St James, a quien invitó a Cambridge para dar una conferencia en octubre de 1940, y también lo llevó a Oxford para conocer a Alberto y Natalia Jiménez, así como a Gilbert Murray. «El Sr. ministro»<sup>165</sup>, como lo llamó en una carta dirigida a Dent el 1 de agosto de 1940, era un experto en Lenguas Clásicas de la Universidad de Montevideo que había escrito un libro sobre Anacreonte; en definitiva, un hombre a la medida de JB.<sup>166</sup> Además, éste había llegado a la siguiente conclusión sobre Uruguay:

... el único país que queda verdaderamente anglófilo, aunque tenga una quinta columna. Para otras repúblicas sudamericanas la pérdida de Francia ha supuesto la pérdida de interés intelectual en la guerra [...] y se inclinan por ver los toros desde la barrera. La prensa católica se comporta de forma repugnante; acepta a Pétain. [...] Parece que he causado sensación con las informaciones que he sacado de la prensa católica uruguaya y de la prensa ordinaria de Brasil, y que demuestran que la Iglesia católica apoya a los nazis. El individuo católico que lee la prensa brasileña<sup>167</sup> está muy dolido porque descubrió cosas que él pasó discretamente por alto. Pero la verdadera guinda es alguien llamado Assis Chateaubriand (!) de Brasil

<sup>165</sup> En español en el original.

<sup>166</sup> Se refería al abogado y diplomático Daniel Castellanos Arteaga (1882-1968), autor de *Luz de otros soles. Anacreonte*, con prólogo de Gregorio Marañón, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1936.

<sup>167</sup> Presumiblemente también para Chatham House. (Nota de la autora).

—bastante simpático y probablemente de color—<sup>168</sup> que escribe como si mantuviera la conciencia de América Latina. ¡Así lo dije en mi informe!

El ministro uruguayo, al que JB nunca identificó por su nombre, se convirtió en un buen amigo. Tras el regreso del ministro a Uruguay, JB informó lleno de júbilo a Dent el 3 de marzo de 1943: «El ministro anacreótico de Uruguay me envió un paquete por Navidad ¡con una lengua, mantequilla y tés! Casi lo devuelven como “Desconocido” porque iba dirigido al clerics College: pero algún familiar de mi ayudante vio el nombre y dijo que probaran en Christ’s College». Habría sido una verdadera tragedia que se perdieran semejantes manjares en aquellos frugales años de guerra.

Paralelamente a sus gestiones con América Latina, JB seguía intentando encontrar puestos docentes para los exiliados españoles, entre ellos alguien apellidado Moreno (probablemente Enrique Moreno Báez) a quien JB confiaba en enviar a Edimburgo. El 18 de diciembre de 1940 escribió a Dent: «aunque parece que están tan ansiosos por evitar la “política” —es decir, la política antifranquista— que prefieren tener a alguien no español semicualificado que a alguien como Moreno, que (en cuanto a cualificación se refiere) es el mejor del reino en este momento, y católico, por cierto. Pero un católico que no apoya a Franco es, por supuesto, ¡muy peligroso! ¡Qué absurda es la gente con respecto a Franco! ¡Y qué tontos parecerán cuando deje pasar a los alemanes! Pero nunca

<sup>168</sup> Francisco de Assis Chateaubriand Bandeira de Melo, más conocido como Assis Chateaubriand o Chatô (1892-1968), periodista, empresario, mecenas y político brasileño. También ejerció de abogado y profesor de Derecho, y fue miembro de la Academia Brasileña de Letras. Está considerado como una de las personas más influyentes de Brasil en los años cuarenta y sesenta. Al contrario de lo que supone Trend, era de raza blanca.

admitirán que se equivocaban: probablemente la mayoría de ellos aún no admiten que se equivocaron con Mussolini».



1941 fue un año aciago. La guerra estaba en su punto álgido y pintaba mal, y el *blitz*<sup>169</sup> hacía llover las bombas sobre Londres. El 2 de enero, JB, refugiado y a salvo en Bear Inn, escribió a Dent: «El problema de Londres (en mi opinión) no es el peligro (que, como tú dices, es matemáticamente insignificante), sino el alboroto y la preocupación que conlleva, por ejemplo, apagar los incendios. Si yo, por un casual, aparezco en Quebec Street, puede que me atropelle alguien del Comité Vecinal de Morrison. No me importa hacerlo en la universidad, pero...». Cuando estaba en Cambridge, JB participaba en la temida vigilancia de incendios, que en una carta del 16 de septiembre de 1941 describió como una «actividad aburrida, aunque no había mucho más de lo que quejarse [...], excepto las interminables escaleras de piedra del rectorado. Soy un perfecto inútil para subir a los tejados y cosas por el estilo. Es difícil dominar el miedo a las alturas». Estas últimas autocríticas parecen exageradas, puesto que yo lo recuerdo dando saltos sobre el respaldo del sofá de las habitaciones de Darwin o manteniéndose peligrosamente sobre una pierna mientras se estiraba para llegar a algún tomo raro en el estante más alto de su biblioteca, a instancias de estudiantes curiosos, pero ignorantes, como yo misma.

En esa época JB escribió muchas cartas a Dent, todas ellas encabezadas sucintamente con «Querido Dent» y firmadas

<sup>169</sup> *Blitz* fue el término utilizado originalmente por la prensa inglesa (derivado del alemán *Blitzkrieg*, «guerra relámpago») para referirse a los continuos bombardeos en el Reino Unido por parte de la Alemania nazi, que tuvieron lugar entre 1940 y 1941 durante la Segunda Guerra Mundial.

«Siempre, JB». No todas eran serias. En una de ellas, del 2 de enero, incluyó un extracto de un amigo de México: «Al embajador italiano lo habían despertado varias veces unas bandas de mariachis contratadas para ofrecerle una serenata con “Guadalajara”. Se quejó y la embajada fue debidamente custodiada por la policía. Pero si te acercas por la noche te sorprenderá escuchar a los propios policías silbando “Guadalajara”».

Alberto Jiménez Fraud y su familia visitaban con frecuencia a JB en Bear Inn. El 24 de marzo de 1941, JB escribió a Dent: «Las dos Natalitas quedan maravillosas en un hotel, porque mientras Natalia está cada vez más “gran dama” y más encantadora, Natalita, de rojo encendido (o escarlata chillón), empieza a parecer la típica española de comedia musical: ¡y en el bar, cuando de repente explotó una bolsa de patatas fritas, todo el mundo se sobresaltó y se quedó mirando como si se hubiera sacado un estilete de la media! Aun así, es deliciosa y tengo mucha suerte con “mi familia”». El 19 de julio daba a Dent más noticias sobre ellos: «¡Natalita lo ha conseguido! Se va a casar con alguien de la Marina, el hijo menor de un *baronet*<sup>170</sup> con casa de campo en Devonshire y enormes deudas, y un antepasado que se unió a Felipe II y se metió en una obra de teatro seudoshakespeariana. Afortunadamente ya no son católicos». Añadía que, gracias a su matrimonio, Natalita obtendría el pasaporte británico y que sus padres también estaban pensando en adquirir la nacionalidad británica. Sentía simpatía por el «pobre Alberto», que

<sup>170</sup> Natalia Jiménez Cossío (1921-2008) contrajo matrimonio en 1941 con John Stucley (1916-1988), oficial de la Marina británica y posteriormente juez. El título de *baronet* que ostentaba el padre de John es un título hereditario concedido por la Corona británica sin equivalente exacto fuera del Reino Unido y con un rango intermedio entre caballero y barón.

estaba «terriblemente preocupado por los místicos españoles elegidos para los exámenes finales de Oxford», respecto a los cuales apostillaba: «Siempre digo que deberían incluirlos en los exámenes de Teología, no en los de Lenguas Modernas. Me parece que hay cosas mucho más interesantes en la España del siglo XVI».

Las reseñas de su último libro, *Mexico: A New Spain with Old Friends*, acababan de salir en Estados Unidos: «todas mucho más sensatas que la mayoría de las de Inglaterra, pero supongo que los malditos católicos irán a por mí otra vez. Mientras tanto, un crítico del *Geographical Journal* [J. O'M.] ha notado con verdadero placer mi comentario de que Popocatepetl debe pronunciarse al ritmo de las primeras notas de “La donna è mobile”. J. O'M. puede ser el antiguo ministro (destinado en México) cuyo nombre, creo, era O'Malley».

JB tenía muchos frentes abiertos. El 18 de marzo de 1941 le dijo a Dent que K. A. Wright<sup>171</sup>, responsable de la música extranjera en la BBC, le había felicitado por sus guiones para recitales de música española, describiéndolos como «excelentes para atraer al habitante medio del oeste de Londres sin repudiar al público general», un acertado comentario sobre la gran capacidad de JB para hacer accesibles incluso obras inicialmente complejas. JB aludía con frecuencia al «demi-penguin» que estaba escribiendo. Aunque no mencionaba el título, es probable que se tratara de su breve, pero admirablemente exhaustivo y perspicaz, *The Civilization of Spain*, publicado uno o dos años más tarde dentro

<sup>171</sup> El compositor y director de orquesta británico Kenneth Anthony Wright (1899-1975) estuvo vinculado de 1922 a 1959 al Departamento de Música de la British Broadcasting Corporation (BBC), de la que llegó a ser director musical en el extranjero (1940-1943), director adjunto de música (1944-1947) y director interino en 1947 durante un tiempo.

de la serie Home University Library de Oxford University Press. El 29 de septiembre informó a Dent de un «terrible error de imprenta» en un nuevo folleto: «en el título de una de las ilustraciones, “Bolivia” aparece como “Bovilia”, ¡que suena como si fuera la cuna del Bovril! [...] Esos malditos católicos y partidarios de Francia no dejarán de echarme la culpa por “Bovilia”».

Además de leer mucho, sobre todo a los clásicos, JB estaba traduciendo la obra de Lope de Vega *La dama boba* y leyendo la nueva edición argentina del *Libro de buen amor* del «arcipreste de Hita (hacia 1330)». En su carta del 29 de septiembre comentaba: «Deja fuera las fábulas más aburridas y las menos presentables, como la del pintor inglés don Pitas Payas, que, en lugar de ponerle un cinturón de castidad a su mujer, le pintó un corderito en cierto lugar. Al cabo de dos años el cordero se había borrado y alguien que no era pintor se apresuró a pintarle allí un buen carnero». El 30 de diciembre de 1941 preguntó a Dent: «¿Has leído alguna vez los discursos de Churchill? Fue un verdadero placer leer lo que dijo ante el Congreso de Estados Unidos sobre Mussolini, al que describió como un “mero utensilio”. La genialidad de ese hombre para dar con una palabra de semejantes connotaciones y que él, obviamente, utilizó con un desprecio fulminante. Pero estoy seguro de que hay gente —incluso en Cambridge— que lo habrá considerado de muy mal gusto».

JB seguía angustiado por la situación en España y por lo que percibía como un alarmante predominio del sentimiento profranquista en Gran Bretaña, excepto en Chatham House. En su carta a Dent del 16 de septiembre de 1941 describía al British Council como uno de los peores en este sentido, y al Ministerio de Información como «desesperante»: «América Latina está un poco mejor llevada, pero hay presiones

para que caiga en manos de los católicos británicos. Afortunadamente, el director de la Sección de América Latina en el Ministerio de Asuntos Exteriores es Victor Perowne<sup>172</sup>». En una carta posterior, del 30 de diciembre de 1941, JB explicaba su uso de la palabra «ffranco»: «Uso la “f” minúscula como el marinero vasco que le dijo a Azcárate<sup>173</sup> en una carta que sólo podía escribir el nombre “con minúscula”. Uso las dos letras “f” por esnobismo. Mi nuevo nombre para los católicos ingleses que le apoyan es los “ffranco” católicos».

En su desesperación por la situación en España y la muerte de sus sueños, su mirada se volvió cada vez más hacia América Latina. El 14 de abril de 1941 hizo la siguiente profecía a Dent: «Río será más importante que Florencia [...], los lugares como Florencia están acabados, hay que empezar a pensar en lugares como Río como si fueran Italia». Más adelante, el 2 de septiembre, le dijo a Dent que lo había visitado el ministro uruguayo, y le habló de sus propias «intrigas latinoamericanas», sin especificar su naturaleza. Lo más probable es que estuvieran relacionadas con sus planes de enviar a jóvenes licenciados a América Latina una vez terminada la guerra, que describía en la misma carta, a pesar de que el profesor Entwistle de Oxford le había echado un jarro de agua fría. Puedo atestiguar personalmente que dichos planes se hicieron realidad en 1946, gracias a la ayuda de sir Eugen

<sup>172</sup> Victor Perowne (1897-1951), diplomático británico y amigo personal de Trend. Estudió en Eton College y en el Corpus Christi College de Cambridge. Tras prestar servicio como diplomático en Madrid, Lisboa, Copenhague y París, se incorporó al Ministerio de Asuntos Exteriores, y luego fue enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante la Santa Sede en 1947.

<sup>173</sup> El político e historiador Pablo de Azcárate (1890-1971), sobrino de Gumersindo de Azcárate (uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza), fue embajador de España en Londres desde septiembre de 1936 hasta febrero de 1939 y más tarde creó y dirigió el Instituto Español en Londres (1944-1950).

Millington-Drake, el embajador británico en Uruguay (una personalidad excéntrica en la mejor tradición británica, conocido irrespetuosamente por nosotros los estudiantes como «Fluffington-Duck»). Lamentablemente, de acuerdo con las habituales prácticas discriminatorias de la época, y para gran disgusto mío, sólo podían participar estudiantes universitarios varones.



Como parte de sus esfuerzos para tender puentes con América Latina, JB se involucró en la mejora de las relaciones con México mediante el establecimiento de lazos culturales, pero hubo desacuerdos en cuanto a la forma que éstos debían adoptar. El 16 de diciembre de 1941, JB se quejó a Dent de un «abogado mezquino que escribió al cónsul general de México diciendo que, como una Cámara de Comercio era inviable, sería bueno fundar una Sociedad de Amigos de México. Había redactado una absurda lista de reglas que parecían consistir principalmente en una maquinaria para la expulsión de los miembros. Deberían ser relaciones culturales, no relaciones comerciales dominadas por los poderes financieros. Pero los hombres de negocios siguen pensando en México como hace cuarenta o cincuenta años, antes de los tiempos de Porfirio Díaz».

La posible reanudación de las relaciones diplomáticas oficiales entre los dos países, interrumpidas desde la disputa por la expropiación del petróleo en 1938, dependía ahora de la filiación política de México durante la Segunda Guerra Mundial. Las declaraciones del Gobierno mexicano a principios de 1942 resolvieron el problema a satisfacción del Gobierno británico, que emitió el siguiente comunicado: «El Gobierno de Su Majestad ha seguido con interés las declaraciones

y acciones por las que el presidente Camacho y el Gobierno mexicano han demostrado su lúcida percepción de las cuestiones planteadas por las agresiones de las potencias totalitarias, así como la adhesión del Gobierno mexicano a los principios del Gobierno democrático».

Charles (más tarde sir Charles) Bateman fue nombrado unos días después ministro británico en Ciudad de México, y el licenciado Alfonso Rosenzweig Díaz (en ese momento ministro en Venezuela), enviado de México en Londres. La prensa mexicana acogió la noticia con entusiasmo: «Todo aquel que ame la libertad no puede ser sino amigo de Inglaterra», rezaba uno de los pasajes más llamativos. Rosenzweig fue un embajador muy eficaz. Presentó sus credenciales en Londres el 21 de enero y se trasladó rápidamente a México para crear allí un organismo no gubernamental que esperaba desempeñase un papel importante en el desarrollo de unas relaciones más estrechas: la Sociedad Británico-Mexicana. Rosenzweig tuvo muy buena acogida: fue invitado de honor en un almuerzo ofrecido por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico el 10 de febrero y recibido por la reina dos días después; además, el 14 de febrero (apropiadamente el día de San Valentín), Anthony Eden, secretario de Asuntos Exteriores, envió un mensaje especial a su homólogo, el ministro de Asuntos Exteriores mexicano, congratulándose de la apertura de una nueva era en las relaciones británico-mexicanas.

Las ambiciosas propuestas de Rosenzweig para la Sociedad iban más allá de lo que en aquella época se consideraba generalmente apropiado en Londres para las actividades de las sociedades «de amistad», pero, aun así, se llegó a un acuerdo con el Ministerio de Asuntos Exteriores, facilitado en gran medida por la declaración de guerra de México el 28 de mayo, tras el hundimiento de dos petroleros mexicanos por los

alemanes a principios de mes. La Sociedad inició su andadura oficial el 5 de junio, según consta en la historia del organismo escrita por Henry McKenzie Johnston, que más tarde sería uno de sus presidentes:

Y así fue como, tras una reunión celebrada en la Legación de México a última hora de la tarde de un día muy caluroso (la temperatura llegó a alcanzar los 83 grados Fahrenheit en Londres [...]), el siguiente telegrama dirigido a Anthony Eden fue entregado para su envío en la oficina de telégrafos de Leicester Square a las 20:10 del viernes 5 de junio de 1942: «Reunión inaugural Sociedad Británico-Mexicana, formada para fomentar un entendimiento más estrecho y una amistad más efectiva entre ambos países, ruega a Su Excelencia que transmita a Su Majestad el Rey y al primer ministro el señor Winston Churchill expresión de respetuoso y cordial saludo». Firmado «J. B. Trend. Presidente».

Este telegrama causó una ligera preocupación en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ya que no había ningún precedente de que una Sociedad de este tipo enviara saludos al primer ministro, y mucho menos al rey. Incluso la identidad del firmante se puso momentáneamente en duda, aunque el gabinete del ministerio anotó con la debida perspicacia que se trataba «sin duda [del] eminente y respetable profesor Trend», como de hecho así era. Sin embargo, el presidente recibió más tarde una carta firmada personalmente por Eden, fechada el 17 de junio, en la que éste daba una «calurosa» bienvenida a la Sociedad «como una valiosa contribución a la promoción de la amistad y el entendimiento entre los dos países» y le pedía al presidente que aceptase sus «sinceros deseos de éxito para la Sociedad».

En esa misma ocasión se formó el primer Comité Administrativo, compuesto por los siguientes miembros fundadores:

Lic. Alfonso de Rosenzweig Díaz, elegido presidente de honor  
Catedrático J. B. Trend (de Cambridge), elegido presidente

Mrs. M. L. Arnold (actualmente, Mrs. Fordham)  
Mr. Maurice Arram  
Mr. Oliver Bonham-Carter  
Mr. (posteriormente sir) Kenneth Grubb  
Mr. G. Luders de Negri (que permaneció en Londres como cónsul general de México durante el periodo 1938-1942 y que posteriormente fue un devoto partidario de la Sociedad hasta su muerte)  
Mr. Norman Leslie  
Mr. C. H. E. Phillips  
Mrs. Catherine Sills  
Mr. Rodney Gallop.



La nube más oscura de todas las que se cernían sobre 1941 era la salud de Dent. Una úlcera estomacal que venía arrasando de mucho tiempo atrás le había provocado una hemorragia que llevó a sus médicos a plantearse la conveniencia de una arriesgada operación de gran envergadura. En sus cartas, JB mostraba su preocupación y el afecto por su amigo, pero le resultaba difícil darle consejos, aparte de la necesidad de «cuidarse». En una carta del 2 de septiembre de 1941 le decía: «Me siento como uno de esos políticos académicos y microcosmográficos, descritos por Cornford<sup>174</sup>, que pensaban que se podría hacer algo, pero no lo que todo el mundo desea ahora». Al final, Dent tuvo que someterse a una operación importante y estuvo seriamente enfermo; sobrevivió, pero su salud siguió siendo precaria durante el resto de su vida.

<sup>174</sup> Se refiere al filólogo clásico y traductor inglés Francis MacDonald Cornford (1874-1943), miembro del Trinity College de la Universidad de Cambridge desde 1899 (donde ocupó una cátedra a partir de 1902) y de la Academia Británica desde 1937. Además de por sus trabajos académicos sobre filosofía antigua, Cornford fue especialmente conocido como autor de *Microcosmographia Academica* (1908), una sátira de la política académica y obra pionera del género «novela de campus».

La guerra se prolongó otros tres agotadores años. Los embajadores latinoamericanos siguieron yendo a Cambridge a instancias de JB. El ministro de Venezuela, Atilio Carneval, al igual que antes su colega uruguayo, quería que JB fuera a Sudamérica para «escribir un libro sobre su cultura moderna: paisajes, novelas, poesía, música», como le dijo JB a Dent el 13 de mayo de 1942. Los latinoamericanos estaban molestos con el libro *Inside Latin America* de John Gunther y querían algo que lo contrarrestara. JB respondió que el momento adecuado para ello sería inmediatamente después del armisticio. No creía que el British Council, al que tanto odiaba, fuera a apoyarle, de modo que su intención era tomarse un semestre sabático y unas largas vacaciones totalmente pagadas, pero también esperaba conseguir algo de financiación en forma de un anticipo editorial. En una reunión celebrada en esa época le pidieron al ministro venezolano una estimación sobre cuándo terminaría la guerra y éste contestó que en «siete años». «Pero como el otro hombre presente en la reunión, Paz Castillo, es un poeta, y bastante bueno —aseguraba JB—, y como estoy enseñando los romances y los tengo en la cabeza, pude citar de inmediato un verso o dos, comenzando con “Siete años había, siete”<sup>175</sup>, en un vago sentido de cuento de hadas que los puso más alegres, como si la guerra no fuera a durar realmente siete años más».



Un tema recurrente en la correspondencia de JB con Dent durante los años restantes de la guerra era la necesidad de combatir la fuerza del sentimiento y la propaganda

<sup>175</sup> Verso del *Romance de la blanca niña* de principios del siglo XVI, de autor anónimo: «Blanca sois, señora mía, / más que el rayo del sol / ¿si la dormiré esta noche / desarmado y sin pavor? / Que siete años había, siete, / que no me desarmo, no».

profranquista y antirrepublicana. Uno de los principales responsables, en su opinión, era el British Council, al que llegó a referirse, con evidente intención peyorativa, como «The B. Council», mientras que Franco se había convertido permanentemente en «ffranco», al que acusaba de tener un Gobierno de «gánsteres».

El 13 de mayo de 1942, JB denunció el despido por parte del British Council de dos de sus antiguos alumnos, Alan Ray Milburn en España y Harold Victor Livermore en Portugal, que posteriormente pasaron a trabajar en el Departamento de Español de JB. El pretexto para despedir a Milburn fue que «al parecer se había casado por lo civil en lugar de por la Iglesia» y, según JB, «eso se utilizó como excusa para deshacerse de una persona realmente inteligente y no católica». «Por lo visto —continuaba JB—, lord Lloyd<sup>176</sup> había prometido que Gran Bretaña (o el B. Institute en Madrid) ¡¡sería dirigida enteramente por católicos!! El mismo individuo me sugirió la posibilidad de ir a Sudamérica a dar conferencias sobre servicios sociales, oferta que decliné aduciendo que no era mi tema en absoluto y que ya había tenido demasiada experiencia después de la última guerra de cómo los ingleses eran considerados superficiales. Servicios sociales, en efecto: ¿alcantarillado y mujeres descarriadas?». JB quería ir a América Latina, pero no bajo los auspicios del British Council.

En estas diatribas volvieron a aparecer los «sospechosos habituales». El 30 de septiembre, JB mencionó al profesor Entwistle sarcásticamente: «[estaba] terriblemente orgulloso de sí mismo por haber conseguido un trabajo a tiempo parcial en el British Council, y me aleccionó sobre la hostilidad de

<sup>176</sup> George A. Lloyd (1879-1941), primer barón Lloyd, presidente de la Cámara de los Lores y anglo-católico. (Nota de la autora).

los estadounidenses (por muy amigables que *parezcan*) hacia cualquier actividad cultural británica». Allison Peers, el archienemigo de JB, era un objetivo constante de sus pullas y siempre lo descalificaba con títulos irónicos como «Peers & Peers Ltd.» o «Allison peerage»<sup>177</sup>. Refiriéndose a su propio libro *La civilización de España*, el 23 de febrero de 1943 le contó a Dent: «Es muy “mi” España, no la España de Allison Peers». Y el 20 de abril escribió: «parece haber un misterioso “Hispanic Council” del que nadie en Cambridge sabe nada. Al parecer, está formado por tres desconocidos colegas argentinos, pero están impartiendo un curso de verano para profesores (bajo la dirección de Allison Peers, por supuesto). Será interesante ver si a la gente le gusta más que el de Cambridge del año pasado».

Como parte de su campaña para defender la causa republicana, JB contribuyó a persuadir a las universidades de Oxford y Cambridge para que se negaran a aceptar algunos «libros *ffranco* españoles». Esto «llegó a todos los periódicos» en el caso de Oxford, como informó a Dent el 28 de febrero de 1944, pero en Cambridge no sucedió lo mismo:

... nuestro rechazo fue simplemente una decisión del Consejo. Ifor Evans y el British Council están muy molestos por ello: incluso pusieron a un joven de este *college* [el Christ's], antiguo miembro, a escribirme una estúpida carta con malos modos (a la que no responderé) diciendo que los libros habían sido aceptados por todas las demás universidades británicas; coincidí con el vicerrector [de la Universidad de Cambridge] tomando el té el jueves: se mostró muy firme, contento y satisfecho de que Oxford haya ratificado su decisión (basada en mi informe), a pesar de que el método empleado le parecía «decididamente burdo». Dijo que todo el asunto era una evidente

<sup>177</sup> Sobre el juego de palabras con el apellido de Allison Peers, véase la nota ¿161?

maniobra política, y efectivamente lo era. Sin embargo, me alegro de que no haya llegado a una votación pública aquí. ¡La Unión ha aprobado un voto de confianza a *ffranco*! Pero fue una estafa fascistoide, con una cámara llena de católicos, y Hugh Cornford (que iba a oponerse) fue descalificado por no ser miembro y en su lugar pusieron a un liberal internacional.

JB no perdía oportunidad de demostrar su apoyo a la Segunda República en el exilio. El 10 de abril de 1944 le dijo a Dent: «Voy a ir al Aniversario Republicano de “don Juan”<sup>178</sup>. *Debo* ir a eso. Parece que hay muy pocos ingleses capaces de abuchear a un duque<sup>179</sup>, a pesar de ser el representante oficial de un Gobierno fascista: y la embajada de Alba se dedica a seducir a ingleses y españoles para que acepten el régimen *ffranquista* como un paso hacia la monarquía. Yo, en todo caso, debo ser firme».

Fiel a su palabra, JB fue también un tenaz defensor del Instituto Español prorrepblicano que se había creado en Londres con fondos del Gobierno de la República en el exilio. El día de Navidad de 1945 escribió a Dent: «Estoy sudando la gota gorda con una conferencia (en español) para el Instituto sobre *Las mocedades de Bolívar*; me presentará el nuevo embajador de Venezuela y Azcárate cerrará el acto. Es bastante absurdo hacer que los ingleses den conferencias en español, pero al menos eso deja fuera a Allison Peers, y los miembros ingleses del Instituto (según me dicen) sencillamente no se molestan en escuchar una conferencia en español, aunque yo tuve bastante público hace un año». Como medida de apoyo adicional, JB animó a sus estudiantes universitarios, entre los

<sup>178</sup> Juan Negrín, presidente del Gobierno de la República en el exilio. (Nota de la autora).

<sup>179</sup> Se refiere al duque de Alba, entonces embajador español en Londres. (Nota de la autora).

que me encontraba, a asistir a los cursos de verano organizados por el Instituto en lugar de estudiar en el extranjero, algo que todavía era imposible en ese momento.

Estos incidentes demuestran que los sentimientos hacia España eran muy fuertes en ambos bandos dentro de la propia Inglaterra. La guerra por fin se inclinaba a favor de los Aliados, y con el final a la vista había renovadas esperanzas de que ello también significara el fin del régimen de Franco.



Con tanto en juego, no es de extrañar que el cisma en el Departamento de Español de Cambridge siguiera vigente. Barker y Bullock, las dos bestias negras de JB desde que asumió la cátedra en 1933, seguían allí una década después. Su antipatía hacia Barker en particular crecía cada año que pasaba. El 30 de junio de 1942, en referencia a la «providencial solicitud [de Barker] de ser trasladado [al Departamento de] Portugués», JB le dijo a Dent: «Pero está muy indeciso y es incapaz de dar una respuesta clara sobre cualquier cosa». JB esperaba «librarse de él por completo en Español o, en todo caso, dejarlo sólo para los exámenes finales de los primeros cursos»: «Mi intención es encargarme yo mismo de todas las clases de América Latina y enseñar el *Poema del Cid*, hasta que termine el “periodo de emergencia” y se pueda sacar a Edward Wilson de Bletchley<sup>180</sup>. Ese angustioso fascista de Bullock, ahora en México (!) con el B. Council, ¡podrá dar en todo caso una conferencia sobre Cortés y Moctezuma!».

No fue tan fácil deshacerse de Barker. Casi dos años después, el 29 de marzo de 1944, JB se quejaba de estar sobrecargado

<sup>180</sup> Bletchley Park, el lugar donde se llevó a cabo la operación secreta de descifrado de los códigos alemanes durante la guerra. (Nota de la autora).

con la preparación de los exámenes: «Estoy examinando en mayo y en los finales, porque Barker es ya tan incompetente, y aun así igual de engreído, que la única manera de conseguir que las cosas se hagan como yo quiero es hacerlas yo mismo. La señorita Macdonald, sin embargo, es muy eficiente y me apoya». Todavía se preguntaba cuándo podría «sacar a Edward Wilson de “Bletchery”<sup>181</sup>»: «Como tutor, Barker también es desesperante y *debemos* conseguir otra persona: por supuesto, estalla cuando uno intenta meter a un español, pero no *todos* los *colleges* se creen lo que dice».

Dos semanas más tarde, el 15 de abril de 1944, todavía agobiado por los exámenes, informaba a Dent de que había establecido una alianza con otro catedrático de Lenguas Modernas, Brian Downs, en virtud de la cual JB: «aceptaba votar enérgicamente en favor de la creación de un nuevo gran Departamento de Eslavas, mientras que él me apoyaba en la contratación de un profesor de Historia de América Latina».

Esto ha provocado los celos furibundos de Barker, que sigue pensando que es la única persona que puede hacer algo sobre América Latina. De hecho, sus conferencias son tan aburridas que algunos jóvenes se dirigieron a mí el semestre pasado para preguntarme si no podría dar yo también algunas clases sobre América Latina. ¡Las de Barker eran muy anticuadas! Heredó los viejos apuntes de Kirkpatrick, y nunca ha leído un libro moderno, por lo que sé. Así que di una conferencia sobre Bolívar y la Independencia. [...] Pero volvió a pasar lo mismo con Barker a la hora de leer español medieval: tuve que dar una clase especial de eso, también, utilizando el libro de Oxford. Al parecer, Barker lee en voz alta sus propias traducciones y los estudiantes las escriben. La única manera en que yo sé hacerlo es que ellos las interpreten por sí mismos como si fuera latín o

<sup>181</sup> Alusión despectiva a Bletchley Park.

griego. Le conté al viejo Rouso lo que yo estaba haciendo (vino a estudiar el arcipreste de Hita y sigue viniendo por los romances) y de todos modos él aprobaba la forma clásica de hacer las cosas; y los alumnos también.

Barker, incapaz de dar una respuesta directa, ha intentado jugármela siempre que ha podido: haciendo coincidir mis horas de clase con reuniones que tienen que ver con el español (es secretario de la junta). Pero cuando me resistí, de repente se derrumbó, y quiere dejar el español por completo y limitarse al portugués. Parece demasiado bueno para ser verdad: durante diez años ha sido una rueda de molino colgada de mi cuello en el Departamento de Español y seguro que hay truco en su retirada.

JB pensaba que por fin tendría una oportunidad de conseguir un nuevo profesor, pero su júbilo por la marcha de Barker duró poco. El 20 de septiembre de 1946 se quejaba a Dent: «Ha vuelto ese condenado de Barker, pero espero que se mantenga alejado del español por completo, y que sólo dé los primeros cursos de portugués. Los últimos cursos los impartirán Livermore y Milburn, que es, por supuesto, mucho más brillante, además de ser el mejor profesor». Barker volvió a aparecer en una carta del 1 de septiembre de 1951 enviada por JB desde Portugal, donde había sido homenajeado y fotografiado en una conferencia. Se preguntaba: «¿qué dirá el British Council si se entera de esto? Siempre han ignorado mi existencia en Londres y Cambridge, así que no frecuento sus institutos aquí, y menos aún desde que ese horrible Barker estuvo allí y dijo que yo debería haberle ¡“informado”!».

La última vez que JB mencionó a Barker y Bullock en sus cartas a Dent fue el 9 de mayo de 1954, en su primer año de jubilación. El periodo de exámenes de mayo había comenzado tranquilo, ya que él no se estaba encargando. «Con un sentimiento peligrosamente parecido a la *Schadenfreude*

[satisfacción maligna] —admitió—, me enteré de que tanto Bullock como Barker habían metido la pata: Bullock utilizó una traducción “inérita” que yo ya había puesto dos años antes, y Barker, que se había metido —sin los conocimientos necesarios— en el portugués medieval para dejar fuera a Milburn, puso un trabajo de medieval que la comisión examinadora rechazó unánimemente. Edward Wilson lo arregla todo trayendo a alguien de Londres, pero por lo demás es una persona cordial». Wilson había sucedido a JB en la cátedra de Español, de modo que el propio JB era ahora «emérito». No obstante, debía de sentir una maliciosa satisfacción al ver caer de bruces a sus dos enemigos, que cada vez parecían más un par de comediantes de *music hall*. La disputa se prolongó, sin tregua, hasta el final.



Durante la guerra, JB escribió y publicó varios libros más. Sus comentarios a Dent sobre el progreso de éstos muestran el infinito empeño que ponía en su preparación: siempre andaba revisando sus borradores, reescribiendo unas secciones y reordenando otras. Las frases elegantes, accesibles y engañosamente sencillas que caracterizan su estilo no surgían espontáneamente en la página mientras él escribía, sino que eran el resultado de horas de ardua concentración.

*Mexico: A New Spain with Old Friends* se publicó en 1940 en Nueva York (Macmillan) y en Cambridge (University Press). El libro obtuvo críticas favorables en Estados Unidos y JB quedó razonablemente satisfecho con las que aparecieron más tarde en Gran Bretaña. *The Civilization of Spain*, publicado finalmente en 1944 dentro de la serie Home University, tuvo una génesis difícil. El 23 de febrero de 1943 le explicaba a Dent: «He tenido bastantes problemas con Oxford

[University Press], ya que uno de los editores de la Home University Library quería algo sobre la guerra civil, mientras que el otro quería eliminarla. Al final he llegado a una solución de compromiso argumentando que una guerra civil no tenía nada que ver con la cultura y que no era el mejor momento para estudiar la civilización de un país. Pero me he mantenido firme en no mencionar a Franco por su nombre. A estas alturas espero que el manuscrito esté ya en la imprenta».

El 20 de mayo de 1943 daba más detalles sobre la gestación de este libro:

Ha sido muy interesante hacer *The Civilization of Spain* para Home University: he tenido que volver a plantearme todo lo que siempre había pensado sobre España, leer mucho más y también discutirlo con historiadores de Oxford, que me han sido de gran ayuda. El capítulo moderno ha sido extraoficialmente apañado por Chatham House; y, además de todo eso, G. N. Clark, profesor de Historia Moderna, ha hecho una revisión amable (pero puntillosa). A pesar de todo, me he salido con la mía en el enfoque y el tratamiento, y he aprendido mucho al mismo tiempo. En su conjunto, el libro es una condena implícita del régimen franquista, aunque el «caudillo»<sup>182</sup> nunca aparece mencionado por su nombre. Peers & Peers Ltd. se pondrá furioso, pero confío en que las personas sensatas y serias encuentren algo que les guste en él.

Como era de esperar, cuando salió a la luz, el libro suscitó críticas desde algunos ámbitos por la ausencia de cualquier mención a Franco o a la guerra civil. Como muestra la cita anterior, no era un descuido, sino una decisión deliberada y cuidadosamente pensada. En lo que a mí respecta, me parece una excelente introducción a la evolución de España, presentada

<sup>182</sup> En español en el original.

con ligereza para el lector general y con la erudición subyacente hábilmente disimulada. El 15 de mayo de 1944 JB escribió a Dent: «*The Spectator* hizo “una reseña muy amable”, pero *The Tablet* lo atacó, con la típica “verdad católica”, tratando de dar la impresión de que yo había omitido al arcipreste, a Lope, a Góngora, a Calderón y a muchos otros considerados “religiosos”, incluido el propio Cervantes (que fue enterrado con el hábito de un “terciario” de un tipo u otro). No es gran cosa; y me hizo gracia ver un anuncio de la Sociedad de la Verdad Católica al final de la página opuesta. *The Spectator* fue realmente inteligente, además de amable; y he recibido cartas elogiosas de varias personas, incluido Sacky Sitwell<sup>183</sup>».

Simultáneamente, JB estaba trabajando en un proyecto muy diferente, una biografía del héroe latinoamericano Simón Bolívar, el libertador de ese continente del yugo de España. Se trataba de una nueva aventura para él. El 30 de junio de 1942, le confesó a Dent desde Bear Inn:

La biografía es un género curiosamente difícil. Creo que nunca llegué a conocer a Bolívar, aunque desde luego sí conocí a «Oleári» (O’Leary)<sup>184</sup> y a Sucre (que obviamente era bastante guapo, además de un comandante extremadamente competente)<sup>185</sup>. Y creo que he escuchado a personas que conocieron al

<sup>183</sup> Se refiere al poeta, escritor y crítico literario y musical inglés Sacheverell Sitwell (1897-1988), hermano menor de los también escritores Edith y Osbert Sitwell. Entre su prolífica obra, cabe destacar dos libros sobre España: *Southern Baroque Art: A Study of Painting, Architecture and Music in Italy and Spain of the 17th and 18th Centuries* (1924) y *Spain* (1950).

<sup>184</sup> Daniel Florencio O’Leary (1800-1854), militar y político irlandés que se unió a la causa independentista de Simón Bolívar, de quien fue amigo personal y al que acompañó en sus últimos días.

<sup>185</sup> Antonio José Francisco de Sucre y Alcalá (1795-1830), conocido como el mariscal Sucre, político, diplomático y estratega militar venezolano que ejerció un papel fundamental en la lucha por la independencia de varios países de Sudamérica junto a Simón Bolívar.

Libertador (al igual que a otros que conocieron a don Francisco [Giner de los Ríos]). Casi podría haber sido un pinche de cocina mestizo cuando él brindaba a la salud de un diplomático inglés; o haber estado mirando a través de la puerta cuando llegó la noticia de que Sucre había capturado al virrey y a la mayor parte del Ejército español y Bolívar se arrancó la guerrera y saltó sobre ella gritando: «¡Gracias a Dios, nunca más tendré que mandar!».

De esta manera, JB entraba de lleno en la época y en la vida de las personalidades sobre las que escribía, con el resultado de que éstas cobran vida de un modo vibrante ante los ojos del lector. Por eso, sin duda, el 22 de septiembre de 1943 expresó su frustración al no poder ver por sí mismo los lugares donde había transcurrido la aventurera vida de Bolívar. Desde el hotel Shillingford Bridge en Wallingford, Berkshire, otro agradable refugio que había encontrado, escribió: «Para trabajar sobre Bolívar, no sólo he contado con un mapa, sino también con una guía, la cual consultaba para tratar de imaginarme cómo serían los lugares en los que lo ubicaba. En algunos casos, mi primer pensamiento era: ¡Qué sitio tan maravilloso para pasear, holgazanear, escuchar a la gente hablar, leer y escribir!; y entonces me daba cuenta de que ¡podía hacerlo mucho más cómodamente en casa! Por supuesto, ¡uno quiere volver a salir! Pero habría que disponer de suficiente tiempo y dinero para pasarlo bien sin tener que hacer cualquier estúpido trabajo para el B[ritish] Council». Este comentario iba precedido de una reflexión más bien melancólica: «es probable que no vuelva a viajar nunca más, porque tendré que empezar a ahorrar para la jubilación tan pronto como termine la guerra, y durante algún tiempo viajar me producirá bastante temor, aunque sea posible».

El 29 de marzo de 1944 escribió desde Bear Inn:

Esta última semana ha sido gloriosamente primaveral. He estado sentado al sol, siguiendo con *Bolívar*: un bolchevique de Eton en la Edad de la Razón, que tuvo que hacer las cosas más irracionales y «románticas», incluido convertirse en comandante del Ejército. Algunas me recuerdan a la guerra civil española, por ejemplo, las autoridades británicas (como el gobernador de Trinidad) importunando a Bolívar, en un momento de derrota, sobre los prisioneros realistas, mientras los propios realistas masacraban a todos los republicanos que encontraban. Los líderes *irregulares* del bando realista fueron los que cometieron las atrocidades, mientras que los españoles, aunque eran severos, tuvieron una salida bastante digna. Pero Bolívar siempre se presenta como un intelectual con *voluntad* y como un pensador político que tuvo que hacerse mejor comandante que otros para poner sus ideales políticos en práctica.

Durante las largas vacaciones de 1941 siguió trabajando en *Bolívar*, esforzándose por profundizar en la comprensión de ese complejo personaje. El 6 de julio comentó a Dent bastante divertido:

¿Te conté que *The Tablet* me acusó de ¡pecar contra el Espíritu Santo!? La verdad, esos malditos católicos... Un académico católico de Bogotá ha propuesto la teoría de que Bolívar no fue un hombre de la Edad de la Razón, de Voltaire y Rousseau y del «deplorable siglo XVIII», ni tampoco un admirador de la Constitución británica; al contrario: ¡todas sus ideas políticas provenían de santo Tomás de Aquino, que representa la verdadera tradición latina y europea! Afortunadamente, todo resultó bastante ridículo cuando otro académico, en un país vecino, plagió su discurso académico y le atribuyó a santo Tomás las declaraciones hechas en Bogotá. Debo incluirlos en una caribeña nota a pie de página.

Una carta sin fecha enviada desde Cambridge en 1943 da una idea de la magnitud de las lecturas de JB sobre Bolívar para su libro:

He estado leyendo biografías y cartas de Bolívar. Uno de sus tíos fue el primero en introducir la música de la época en Venezuela: Mozart, Pleyel y Haydn. Los Carreño ya eran también una familia musical. Es una vida curiosamente fascinante porque Bolívar debió de ser en gran medida como un bolchevique de Eton. Llegar a general y dirigir ejércitos fueron sólo cuestiones fortuitas para liberar Venezuela y Colombia de España, pero la mayoría de sus contemporáneos pensaba que era un visionario, y sus planes panamericanos estaban más allá de toda política práctica. Aun así, podía decir cosas divertidas. A sus ayudantes de campo los llamaba *edecanes* (singular, ¡*edecán!*).

Dudo que Bolívar se inventara esa palabra: es una versión fonética y depurada del francés original (*aide de camp*) que aún se utiliza hoy en día. Yo todavía estaba en la universidad cuando se publicó *Bolívar and the Independence of Spanish America* en 1946. JB me regaló un ejemplar con una reveladora dedicatoria no sólo para mí, sino también para «la independencia del español en Cambridge».

JB se mantuvo increíblemente activo durante los años de la guerra, no sólo ocupándose de su convulso departamento (al que obviamente se refería la dedicatoria de mi libro) y dando una enorme cantidad de clases, sino también traduciendo los poemas de Juan Ramón Jiménez<sup>186</sup> y preparando la segunda edición del *Oxford Book of Spanish Verse*, además de tratar de terminar los libros mencionados anteriormente y de conceder numerosas entrevistas radiofónicas a la BBC.



<sup>186</sup> John Brande Trend dio a conocer por primera vez en inglés los poemas de Juan Ramón Jiménez en la edición bilingüe *Juan Ramón Jiménez. Fifty Spanish Poems* (Oxford, The Dolphin Book Co., 1950). La introducción recogía su conferencia sobre el poeta dictada en español en el Instituto Español en 1947.

Su vida personal atravesaba momentos difíciles. La salud de Dent, siempre frágil, empeoró a principios de 1943 y tuvo que ser hospitalizado para someterse a una operación, complicada por la pleuresía. Después se instaló en un hotel de Grange-over-Sands, Lancashire, para convalecer en compañía de sus amigos Lawrence Haward y su esposa. JB le escribía casi todos los días. Le transmitía no sólo la preocupación por su evolución y las noticias de sus propios asuntos, sino también divertidas anécdotas y bromas para animarlo. Había tenido una disputa con Madariaga, que estaba «muy molesto» con su «reseña sobre él en *The Observer*». Indignado, Madariaga había escrito a Roberto Gerhard para decirle que quería alojarse con ellos y no con JB como en ocasiones anteriores. ¡Esto significaba que JB tenía que sacar todas sus cosas de la habitación que tenía con los Gerhard!

Los problemas de alojamiento eran una de las preocupaciones recurrentes de JB. Como hemos visto, cada pocos años, cuando tocaba renovar el contrato de arrendamiento del piso de New Quebec Street, él y Dent discutían mucho sobre si debían mantenerlo o buscar algo más pequeño, y JB solía abogar por esta última opción. Esta vez, sin embargo, tomaron la decisión de mudarse. Dent alquiló un dúplex en Cromwell Place y también iba a compartir la habitación en Thorneycreek que JB utilizaba normalmente. Éste se encargó de dirigir la mudanza de las cosas de ambos a la nueva morada. Fue una tarea ingente, que lo mantuvo ocupado durante varias semanas. En ese momento, haciendo un juego de palabras con el verso de un soneto de Shakespeare sobre las mudanzas del amor, JB comenzaba casi todas las cartas a Dent lamentando que su propia mudanza aún no hubiera concluido.

El 31 de marzo de 1943, en una carta enviada desde Devon, JB manifestaba su alegría de que la mudanza hubiera concluido

por fin. Algunas de sus cosas fueron al nuevo piso de Dent en Londres, en Cromwell Place, otras a Panton Street, la casa de Dent en Cambridge, otras a la habitación con los Gerhard en Thorneycreek, y el resto a un almacén. JB tuvo que trasladar su gran colección de libros a Cambridge. Fue una operación logística complicada: «el trabajo tenía que hacerse antes de que nuevas restricciones lo hicieran imposible por carretera, pero parece que el Gobierno requisó sus furgonetas».

Las habilidades logísticas desarrolladas por JB en la Primera Guerra Mundial, cuando se dedicó a mover trenes de un lado para otro en Francia y Bélgica con víveres para las tropas y los caballos, debieron de resultarle muy útiles en esta ocasión. Pero al informar a Dent sobre sus posesiones personales más preciadas lo hizo con una preocupación casi de ama de casa. Así, el 3 de marzo de 1943 escribió: «Tus camisas blancas y tus zapatos marrones están guardados en una maleta mía. Volveré a subir el próximo jueves y seguiré embalando». Guardar los libros había resultado peligroso, pero JB bromeó al respecto, recurriendo a sus antiguos conocimientos científicos: «Debe de haber un *Streptococcus nova quebecensis* especial. El polvo que hay entre los libros es espantoso: después de tirar unos cuantos para reciclar, me he quedado sin voz y he tenido que cancelar mi clase de esta mañana por pura ronquera».



Mientras, la guerra continuaba y no se adivinaba el final. Entretanto JB seguía participando en la vigilancia de incendios siempre que estaba en Christ's College, el miedo a los bombardeos era constante y, sobre todo, había una sensación de cambio irreversible y de que muchas cosas estaban, si no llegando a su fin, al menos entrando en una nueva fase.

## EL PERIODO DE POSGUERRA Y LOS AÑOS DE PORTUGAL

Terminada la guerra, JB retomó sus viajes, pero de forma mucho más limitada. Ahora su mirada se dirigía hacia Portugal como lo más cercano a su querida España, a la que ya no podía volver. El Gobierno del general Salazar no era menos autoritario y dictatorial que el de Franco, pero al menos allí no había habido una guerra civil declarada. Además, JB no estaba tan involucrado con las personalidades, la política y la cultura portuguesas, por lo que podía mantenerse al margen de los acontecimientos del momento, algo que nunca habría podido hacer en España. No obstante, en sus cartas se refería prudentemente al dictador como «el señor Smith».

Recuerdo vívidamente cuando JB me dijo con orgullo que, a sus sesenta años, estaba aprendiendo portugués y añadiendo otra lengua a su larga lista de idiomas. Entonces no podía imaginar que, por una extraña coincidencia, yo también empezaría a estudiar portugués al llegar a esa edad: en mi caso de forma autodidacta, a altas horas de la noche, bajo una luz parpadeante en un campo de refugiados a las afueras de Luanda, en Angola, donde dirigía una misión de paz de las Naciones Unidas para intentar poner fin, sin éxito, a otra guerra civil tan sangrienta como la de España.

JB se dedicó a aprender el portugués de una forma más estructurada y asistió a un curso en Coimbra en agosto de 1946. Estaba encantado de ser recibido allí como un distinguido hombre de letras, como le escribió a Dent el 6 de agosto desde la *Pensão Excelsior de Vila Real*. De hecho, debió de destacar entre los demás alumnos, que incluían a dos misioneros canadienses de camino a Angola, «dos curas franquistas que

no se cambiaron de ropa en todo ese tiempo», otros españoles, dos belgas y una tal señora James de Boston «nada pesada y bastante amable», pero que «soplaba y resoplaba como una orca por las dificultades del idioma» y le llamaba «el alumno favorito».

A JB le impresionó una «ley del país»: «que ninguna comida se sirva sin 0,3 litros (media botella) de vino del país, *gratis*». Sin embargo, otras cosas escaseaban: el pan estaba racionado y los trenes salían con poca frecuencia y eran caros debido a la falta de carbón. No obstante, viajó «sin incomodidad», normalmente en trenes de tercera clase o en autobús. Volvió a visitar Braga, y luego siguió en autobús hasta Chaves, «La Aquæ Flaviæ de los romanos (como hubiera dicho Forster)»: «Franco-España estaba a sólo unos cinco kilómetros por carretera, pero no tomé esa dirección, y bebí una buena cantidad de oporto nuevo con mi anfitrión, que dijo que tenía una úlcera de duodeno y debía de tener cuidado». A continuación, viajó «en un tren de leña desde Chaves hacia el sur, hasta Vila Real, por un desfiladero en zigzag de una profundidad vertiginosa. Una situación romántica que agradó al primer don Carlos de España, el cual se retiró aquí tras la primera guerra carlista de hace cien años». En ese momento, JB estaba explorando la literatura portuguesa. Aunque dudaba de si «debía aventurarse en alguien tan remotamente wordsworthiano» como el poeta Teixeira de Pascoaes —que vivía en Amarante, su siguiente escala—, había encargado sus obras completas en la London Library. Este poeta «no goza de gran favor —escribió— porque sus poemas no son lo suficientemente teocéntricos; los poetas de éxito y más modernos han transigido con esto».

En las vacaciones de Navidad de 1946 estaba de nuevo en Portugal, quedándose sin fondos, pero anotó: «viajando

desesperadamente, mientras pueda. Es posible que no tenga oportunidad de volver». Esta vez había estado en Évora («increíblemente hermosa bajo la luna llena»), Beja («bastante sangrienta») y Mértola («un verdadero descubrimiento»). No pudo tomar el barco por el Guadiana hasta su desembocadura porque los horarios de los trenes de vuelta no le cuadraban. «Los autobuses no están mal —escribió—, y los conductores son agradables y muy amables, y te ayudan a reservar un asiento. Los portugueses nunca son *beligerantes*, creo».



En Inglaterra, Dent, que se había jubilado de su cátedra de Música en Cambridge en 1941, seguía muy activo en el mundo de la música, a pesar de que su salud estaba decayendo; en sus cartas a JB le informaba de que pasaba cada vez más tiempo en la cama por una cosa u otra y que estaba perdiendo el oído, una pesada cruz para un músico. La pérdida de audición se agravó gradualmente a lo largo de los años y al final de la guerra estaba completamente sordo. JB siguió cuidándolo con devoción y, siempre que podía, lo acompañaba a los conciertos y a otros eventos musicales para explicarle lo que iba ocurriendo. En 1957, en el conmovedor obituario de su amigo, JB escribió con admiración sobre cómo Dent se había enfrentado a sus aflicciones:

Poco a poco se fue acostumbrando a envejecer, a la creciente debilidad y a la soledad que conlleva el aumento de la sordera. Incluso cuando era estudiante había tenido problemas de oído. Entonces llegó un día en el que, de repente, preguntó en Sadler's Wells, mientras nos poníamos en pie para cantar el himno nacional: «¿Por qué lo tocan en si bemol?». Lo estaban tocando en sol, como de costumbre; había perdido un tercio de capacidad auditiva en un oído. Con el tiempo, su sordera llegó

a ser total. Seguía asistiendo a representaciones de ópera y de *ballet*, recordando lo que se cantaba o tocaba a partir de lo que veía en el escenario. Incluso asistía, por obligación, a las reuniones de las comisiones, sin oír una sola palabra de lo que allí se decía y sin darse cuenta de que a menudo se tomaban decisiones importantes en su presencia, aunque prácticamente a sus espaldas. Aun así, su conferencia de 1953 en la British Academy fue un éxito rotundo: todo lo aprendido durante toda una vida —y gran parte de la antigua malicia— puesto al servicio de un genio de la música: Mozart.

Los asuntos musicales siguieron dominando su correspondencia por ambas partes, pero esos temas serios se entrelazaban con asuntos más mundanos. El 5 de mayo de 1947, JB escribió: «No tenía intención de evitarte en las vacaciones, pero tenía muy presente ¡el problema de *las sábanas!*». Al parecer, mantenían el acuerdo de utilizar por turnos el piso de Thorneycreek, al que JB se refería ahora invariablemente mediante su traducción al español: «Cala Espinosa».

JB había estado en Devonshire, donde había almorzado en Plymouth con Natalita (la hija de Jiménez Fraud), ahora casada con un oficial de la Marina británica, John Stucley, que estaba «instruyendo a los holandeses sobre cómo disparar torpedos».

Natalita se está convirtiendo en una gran dama; tan bella, tan amable —tan cariñosa— y con un don para hacer que todo a su alrededor resulte agradable, que me alegré más que nunca de haber traído a la familia aquí hace diez años. John, aunque no ve más solución que franco, no se hace ilusiones sobre él desde que estuvieron allí [en Madrid] el año pasado. Natalita se derrumbó por completo y lloró de rabia al ver los vulgares edificios (de mármol y los materiales más caros) que han construido, por así decirlo, en el Campo del Rey o incluso más cerca [de la Residencia de Estudiantes]. El nuevo salón, que

había sido inaugurado con los madrigales interpretados por los English Singers, lo han dividido en dos para convertir la parte más grande en una capilla<sup>187</sup>. Han añadido más pisos a los pabellones donde vivían los residentes; y han estropeado por completo las proporciones que había entre ellos y los pequeños jardines diseñados por Juan Ramón Jiménez, el poeta, por no hablar de que ahora ya no llega el sol de invierno que solía entrar en las habitaciones y hacía innecesaria la calefacción hasta el final de la tarde.

El expolio de la Residencia —que había sido el eje en torno al cual había girado la vida de JB y sus amigos españoles durante los embriagadores años del renacimiento cultural español de la década de los veinte y de la breve Segunda República—, junto con la revocación del espíritu laico que había sido su razón de ser, no hicieron más que reforzar la decisión de JB de no regresar nunca a España: «Estoy firmemente decidido a NO volver y a no tener ninguna “relación cultural” con la España de franco, aunque volveré a probar suerte con Portugal en julio».

Puesto que esa mañana no tenía clases, esa carta del 5 de mayo de 1947 la escribió desde la cama «con uno de esos nuevos instrumentos de escritura “Biro”». «Espero que sea legible y no demasiado repugnante a la vista», anotó. La carta se lee bien, pero incluso su inmaculada caligrafía se resintió de aquel supuesto avance tecnológico, que JB pensó que podía ser otro «apaño católico», ya que un importante accionista

<sup>187</sup> Se refiere al Auditorium y la Biblioteca de la Residencia de Estudiantes, construidos por los arquitectos Carlos Arniches y Martín Domínguez en 1931-1933, y transformados en iglesia del Espíritu Santo por Miguel Fisac en 1942-1943, en la calle Serrano, 125. Trend organizó un concierto de The New English Singers para la inauguración del Auditorium en 1932, pero no se pudo llevar a cabo allí porque el edificio no estaba terminado. Finalmente éste se inauguró en abril de 1933 con dos representaciones teatrales de La Compagnie des Quinze organizadas por la Sociedad de Cursos y Conferencias.

de la empresa era Arnold Lunn. Presentaba otras dificultades evidentes de carácter más práctico: «El secreto parece más bien el misterio de la sangre de san Jenaro, pues la dificultad es conseguir que circule. Lo que hay que hacer es ponerlo en un lugar caliente antes de intentar escribir con él». ¡Qué razón tenía!

En agosto de 1947 ya estaba de vuelta en Portugal. El 5 de ese mes envió a Dent un precioso y vívido relato de sus actividades. Adoptando una vez más el papel de crítico musical, describió un concierto improvisado de canciones de Fernando Lopes-Graça con todo tipo de apreciaciones técnicas que, sin duda, debieron de encantar a Dent. Terminaba diciendo que «el portugués, lejos de ser *feo* para cantar, tiene varios registros más que el italiano, el español o el alemán. Las vocales y los diptongos nasales tienen una coloratura muy diferente, como si alargaran el final».

También había hecho una excursión muy agradable al Pinhal do Rei. El grupo recorrió el nuevo bosque de pinos en un trencito que se detenía de vez en cuando para que el maravillosamente denominado «jefe de la Circunscripción de Bosques», que los había recibido con un landó tirado por dos caballos, les diera las oportunas explicaciones. «Según una de las crónicas, la reina Isabel creó los pinares con un “delantal lleno de semillas de pino” procedentes de Francia», anotó JB. Como era típico en él, preguntó por el significado de «delantal» y «semillas de pino». A la orden del jefe de la Circunscripción, de repente apareció una campesina «con un pañuelo rojo en la cabeza, sujetando un delantal lleno de semillas de pino», que le ofreció; se hallaba ante: «la santa reina Isabel encarnada en una regordeta muchacha de unos dieciséis años que en realidad era la esposa de uno de los guardas».

Éste era el viejo JB buscando en Portugal una fascinación similar a la que había sentido en España. Pero nunca sería lo mismo. En Portugal no encontró la misma sintonía intelectual con espíritus afines que había experimentado en España veinte años atrás. La soledad no le era ajena, ya que desde su infancia había llevado, y a menudo buscado deliberadamente, una vida solitaria. Sin embargo, la lectura de estas cartas de Portugal desprende un ligero toque de melancolía: la soledad involuntaria.

Sus actividades literarias no cesaron. El 19 de diciembre de 1947 escribió a Dent para decirle: «He terminado mi edición de Juan Ramón Jiménez: cincuenta poemas con traducciones y los mismos metros y una introducción tan larga como una conferencia»<sup>188</sup> —una conferencia que, de hecho, pronunciaría en el Instituto Español—.

En septiembre de 1948, JB pasó tres semanas en Roma leyendo para preparar un capítulo que iba a escribir en español para la nueva *Oxford History of Music*. Esto fue justo después de que terminara el acuerdo de alojamiento que él y Dent habían tenido con los Gerhard en «Cala Espinosa», un episodio que le había disgustado enormemente. Como informó ofendido a Dent el 15 de julio: «sobre la base de *nuestros* muebles, [Poldi Gerhard] propone admitirme como inquilino por ¡cuatro guineas y media a la semana! Creo que en sus [...] cálculos ha olvidado que parte del mobiliario es nuestro. Dijo que le daba igual si era yo o dos estudiantes los que pagaran las cuatro guineas y media». Poldi había rechazado las cuatro guineas a la semana que JB le había ofrecido, argumentando que «se había asesorado». Este desagradable intercambio fue un trago amargo después de todo lo que él y Dent habían

<sup>188</sup> Véase John Brande Trend, *Juan Ramón Jiménez. Fifty Spanish Poems*, cit.

hecho para ayudar a los Gerhard, y la visita a Roma le sirvió de grata distracción. En una carta del 12 de octubre, le dijo a Jesús Bal y Gay que durante su estancia en la ciudad italiana había hecho un estudio especial de los motetes y añadió con satisfacción: «Hacía más de veinte años que no había hecho nada en musicología, pero me di cuenta de que todavía podía leer este tipo de música, y transcribir las voces de una partitura parecía incluso más fácil que antes».

El 5 de septiembre de 1948, le contó a Dent que iba regularmente a la Biblioteca Apostólica, que vivía en un hotel «no lo suficientemente elegante como para tener su propio papel de carta», y que comía en «atractivas pero modestas “trattorias”». Conseguir el acceso a la biblioteca fue un proceso enrevesado que implicó a JB en algunos procedimientos bastante alejados de su sistemático anticatolicismo. Su amigo Victor Perowne le allanó el camino con una carta de recomendación —en un gran sobre oficial— al «prefetto», que era catalán. Fue «conducido al Vaticano, e introducido por la parte de atrás de San Pedro, en el coche oficial [de la embajada], ¡con la Guardia Suiza presentando armas y saludando!». Según refirió él mismo, «después de escribir la carta oficial», que comenzaba con «Beatissimo Padre», recibió «el primero de los enormes libros de coro».

Encontró muchas cosas muy cambiadas, pero todo el mundo era amable y servicial: «lo único fascistoide que queda —precisó— es la “Azione Cattolica”. Hemos tenido miles de niñas (no niños) con boinas de color marrón rojizo, procedentes de toda Italia, que han venido en autobús o a pie, y han sido recibidas por el Beatissimo Padre. Pero esta tarde me he dado cuenta de que un individuo con bigotes y aspecto de proxeneta se paseaba con una “azionista femminile” en cada brazo, mientras Júpiter realizaba el milagro de los chaparrones repentinos, que [Somerset] Maugham describió de forma

tan exquisita en *Catalina* (léelo, o búscalo)». JB y Dent conocían personalmente a Maugham y los tres habían almorzado juntos recientemente en Londres. «Estoy seguro —advirtió JB— de que algunos de los *azionistas* repetirán la historia de Sylvia y las imágenes sagradas se llevarán las manos a los ojos. Entre tanto, a un holandés o danés de mediana edad, muy agradable, le mostraban la Piazza di Spagna y la escalinata a la vieja usanza, mientras él pellizcaba el brazo muy moreno de su pequeña guía. [...] Pero cualquier excusa para estar aquí es buena».



En 1948, poco después de que JB regresara a Cambridge, la reina Isabel recibió allí un título honorífico y las mujeres fueron por fin aceptadas en la universidad como miembros de pleno derecho. El año anterior yo había recibido mi título de licenciada por correo, sin ceremonia de graduación. JB quedó impresionado con el discurso de la directora de Girton College, la señorita Butler, quien, según escribió a Dent el 23 de octubre, «citó el *Lycidas*<sup>189</sup> poniendo los acentos en lugares nuevos, pero efectivos», y habló del «tiempo que había tardado la universidad en reconocer a las mujeres como lo que ella llamó “proper personæ”». A continuación, JB confesó: «¡Cómo eché de menos una banda de las de Marlowe (como la tuya) o un coro de niños (como el de Middleton) interpretando “O Mistress Mine”<sup>190</sup> desde la galería! La

<sup>189</sup> Poema de John Milton (1608-1674) publicado originalmente en 1638. El poema adopta la forma de una elegía pastoril y está dedicado a la memoria de Edward King, amigo de Milton en Cambridge que se ahogó cuando su barco se hundió en el mar de Irlanda frente a las costas de Gales en agosto de 1637.

<sup>190</sup> Canción basada en un poema original de William Shakespeare incluido en su comedia *Noche de Reyes* (acto II, escena 3). El poema es una de las múltiples elaboraciones existentes en la literatura del tema del «carpe diem».

entrada de la reina en el rectorado también pedía a gritos algo de música».



JB seguía añorando México. En septiembre de 1939, en su viaje de regreso del país, escribió desde Nueva York a Jesús y Rosita Bal y Gay anunciándoles su deseo de volver el verano siguiente: «Aprovechando que desde Nueva York puedo escribir libremente y decir cosas que ahora no escribiría desde Inglaterra [porque había estallado la guerra], [...] me gustaría mucho que el próximo verano me invitaran a volver a México». No quería que le pagaran ni dar conferencias: «porque nadie querría escucharme si lo hiciera. Preferiría hacer algo de investigación». Y proseguía:

[La invitación] debe estar redactada en términos tan firmes, convincentes y apremiantes que hasta el funcionario más antipático y franquista se vea obligado a dejarme ir. Ya he superado la edad militar y tengo un historial bastante bueno en la última guerra, pero las autoridades no se mostrarán muy favorables, dadas mis conocidas conexiones «rojas» (es decir, republicanas). Las cartas que salen de Inglaterra están ahora sujetas a la censura; las que llegan al país, probablemente no. De modo que usted puede escribirme lo que quiera, pero yo tendré que ser muy cauteloso en mi respuesta: si escribo sobre Quetzalcóatl usted sabrá que me refiero al regreso de una *misteriosa persona del otro lado del océano*, es decir, ¡yo mismo!

En ese momento era pesimista sobre la evolución de la guerra: «Las noticias son malas. Inglaterra no puede enfrentarse a toda Europa y Rusia más de lo que pudo España, y me temo que estamos acabados. Era una isla pequeña y agradable [...], ¡y simplemente se la han entregado a esos malditos gánsteres!».

El 29 de mayo de 1940, JB le dijo a Bal que había escrito a Alfonso Reyes para decirle que para él sería mejor ir al año

siguiente.<sup>191</sup> Las razones eran en parte económicas, pero en parte también porque sentía que podía «escribir de nuevo»: «Durante la guerra de España —añade— me resultó difícil concentrarme; [...] pero ahora estoy lleno de ideas y me gustaría escribir algunas cosas mientras todavía sea posible publicarlas». JB acarició la idea de pasar en México el tiempo que durara la guerra, pero no le fue posible ir hasta 1948. En una carta a Rosita García Ascot del 12 de octubre de 1948 describió los problemas de escasez de alimentos y de otros productos, y resumió la experiencia de la guerra en los siguientes términos: «La época verdaderamente angustiosa fue la de 1940-1942. Todo el mundo se había rendido y no había nada para defender este lugar. Salvo algunos aviones. [...] Al vivir fuera del campus uno está acostumbrado a hacerse la cama, a limpiar el baño con Vim y a fregar lo que haya usado para el desayuno». La carta acababa con un toque nostálgico: «¡En México lo pasé maravillosamente en 1939 y fue estupendo poder recordar todo eso durante la guerra!».

La correspondencia de JB con los Bal se interrumpió durante un largo periodo en los años de guerra y se hizo evidente que su regreso tardaría bastante tiempo en producirse. No es que fuera imposible ir a México: el 3 de marzo de 1943 JB escribió con cierta indignación a Dent para contarle lo siguiente: «ese absurdo British Council, por recomendación de Entwistle (totalmente) ha elegido al maldito Bullock para

<sup>191</sup> John Brande Trend mantuvo una estrecha relación con el escritor, traductor, diplomático, jurista, filósofo y académico Alfonso Reyes (1889-1959), una de las grandes figuras intelectuales mexicanas del siglo XX, al que había conocido cuando este último se estableció en Madrid entre 1914 y 1924, y al que apreciaba mucho, tanto personal como profesionalmente. Los vínculos entre ambos quedan patentes en las cartas que intercambiaron, publicadas recientemente en *Alfonso Reyes y el hispanista inglés John B. Trend. Correspondencia, 1939-1957*, compilación, prólogo y notas de Gabriel Rosenzweig, presentación de Javier Garcíadiego, Ciudad de México, El Colegio Nacional, 2021.

pasar un año en México y poner en marcha un Instituto Británico-Mexicano. ¡Estúpida y desafortunada elección donde las haya! Me temo que dará a todo el mundo mensajes espurios de mi parte; organizará y enviará invitaciones a conferencias en nombre de la universidad. Veré al ministro y le diré exactamente cuál es la situación; y escribiré (lo mejor que pueda para sortear la censura) a Alfonso Reyes. ¡Malditos fascistas! [...] ¡Me refiero a los de aquí, a los de Inglaterra!». ¿Codiciaba JB secretamente el puesto para sí mismo? Debía de saber que eso era imposible. Podía protestar tanto como quisiera, pero no ocultaba su animadversión hacia el British Council, y es de suponer que le habían devuelto el cumplido. Había dicho que nunca aceptaría un puesto en el British Council, y era poco probable que pudiera dejar su cátedra en Cambridge durante un año.

Finalmente, en 1948, le llegó una invitación formal de México, y Dent se alegró por su amigo: «Te sentará muy bien», escribió el 25 de octubre de 1948.

Y así fue. JB se alegró mucho y escribió feliz a Bal el 12 de octubre de 1948: «Cabe la posibilidad de que *pueda* ir a México en diciembre o enero». Había problemas, entre ellos el «espantoso coste» que suponía cruzar el Atlántico. Quería dar una conferencia sobre Alfonso Reyes en México: había traducido algunos de sus poemas, lo apreciaba personalmente y le interesaba mucho como investigador y hombre de letras. Bal y Rosita lo invitaron a quedarse con ellos en la calle Londres, número 17, donde había pasado momentos muy felices en su anterior visita. JB aceptó eufórico el 20 de octubre: «Todo suena demasiado maravilloso: la habitación en su casa, en esa calle tan tranquila». El Gobierno probablemente le concedería una asignación especial en pesos (había fuertes restricciones sobre las divisas en ese momento). Volaría

desde Londres el 14 de diciembre y llegaría al día siguiente, y lo primero que debían hacer eran algunas compras navideñas. Ya le había dicho a Rosita que pensaba enviar paquetes de comida a amigos con niños pequeños que estaban sufriendo el racionamiento en Inglaterra. Había mucha gente con la que quería reunirse, incluido el historiador Rafael Altamira, al que no conocía.<sup>192</sup>

Aunque su intención era quedarse en México hasta el 15 de enero, según le había comunicado a Bal, por alguna razón desconocida regresó unos días antes, de modo que la tan ansiada visita —que además sería la última— fue muy breve. El 9 de enero de 1949 escribió a Dent, y el 10 de enero a Bal desde el Hotel Tivoli de Lisboa, donde acababa de llegar. En ambas cartas describía el vuelo de regreso, que incluyó una escala en La Habana y otras paradas técnicas en las Bahamas, las Bermudas y las Azores. En la segunda anotó: «Empecé el viaje [...] sentado al lado de un escocés-mexicano muy “viva-la-virgen”<sup>193</sup>, representante de Braniff Airlines, que me habló de él y de sus actividades y negociaciones para conseguir que la “Cubana” ofreciera un servicio aéreo desde México a Madrid. No dije nada y me limité a dejarlo hablar».

Encontró La Habana «muy deteriorada después de diez años de turistas». Pero al final se marchó «con pena», según reconoció a Dent. Allí fue muy bien atendido por el jefe de Tráfico de British South-American Airways, que lo invitó a cenar, le pagó la cuenta del hotel y pasó por alto el exceso de equipaje de su pesada carga de libros. La estancia en México había sido agotadora, «corriendo de un lado para otro y viendo a muchas personas». Se encontró por la calle «con Altamira

<sup>192</sup> John Brande Trend había prologado una traducción inglesa de la *Historia de España y de la civilización española* de Altamira en 1930.

<sup>193</sup> En español en el original.

(el Trevelyan<sup>194</sup> español)», y en Nochebuena fue a visitarlo y le llevó «unos libros ingleses de regalo». A Bal le iba bien como director de un departamento del Consejo Mexicano de las Artes; aunque no se le daba mucha publicidad, «para evitar posibles susceptibilidades mexicanas», Trend reconocía que «la mayoría de los departamentos mexicanos» contaba «con un exiliado español, para darle ánimos».

Organizaron una gran fiesta de despedida en su honor, a la que acudió Alfonso Reyes con su esposa doña Manuela «(que parecía salida de *Carmen*, y debería llamarse Micaela)»: «la fiesta se prolongó tanto que tuve que echarme un rato evitando quedarme dormido para estar listo y levantarme a las seis menos cuarto, por si no sonaba el despertador o a Julia (la criada de etnia tarasca) se le olvidaba». También había conseguido encajar un viaje a Puebla, pero no había podido convencer a los Bal de que lo acompañaran: «[a Jesús] le daba bastante miedo el paso a tres mil metros de altitud y tuve que ir solo en autobús por un camino lleno de baches [...]. Era una vista arrebatadora, como recordarás». También visitó Mérida y quizá otros lugares, pero había poco tiempo y muchos amigos que ver. El 5 de febrero de 1949 le contó a Bal, con pesar, que la situación del dólar había mejorado tanto que podría «haberse quedado fácilmente y quizá haber ido a Zacatecas y Durango [...], y a otros lugares»: «No deje de ir tan pronto como pueda. Mi actitud es siempre *actuar inmediatamente* en estos casos: conseguir una carta de recomendación y salir corriendo. Nunca se sabe si otra persona llegará antes; o si no “prestarán” el manuscrito, o lo usarán para encender el fuego o envolver el tocino».

<sup>194</sup> George Macaulay Trevelyan (1876-1962), historiador y académico británico. Fue profesor de Historia en la Universidad de Cambridge entre 1927 y 1943 y director del Trinity College de dicha universidad entre 1940 y 1953.

A través de Bal envió a Moreno Villa el mensaje de que le iba a dar a Gaspar Simões —«un escritor muy bueno y muy “latino”» que iba a trabajar en la BBC de Londres en las emisiones para Brasil— una carta de recomendación para T. S. Eliot y otra para Enid Starkie, lectora de francés en Oxford cuyas investigaciones sobre Rimbaud en Inglaterra y Abisinia habían asombrado a Simões. El hermano de Enid, Walter, dirigía el Instituto Británico de Madrid.<sup>195</sup> «[Enid] no se hace ilusiones sobre ffranco y me tiene bastante simpatía», escribió JB, quien confiaba en que le dieran una «animada fiesta a Simões».

De vuelta en Cambridge, a JB le «estaba resultando difícil hacer algo sobre México», pero había escrito borradores para tres conferencias o capítulos. Su descubrimiento más curioso había sido un jesuita mexicano del siglo XVIII llamado Landívar, que, exiliado en Bolonia, había escrito un largo y «saudadoso» poema en no menos de quince libros, titulado *Rusticatio mexicana...*, ¡en latín!: «Es muy divertido encontrar tantas cosas del romántico “gaucho” argentino en un poeta jesuita del Siglo de las Luces, mientras que su descripción de una plantación de azúcar es [...] extraordinaria, especialmente cuando cuenta lo que le sucedió a un negro ¡que se pilló los dedos en la máquina! (¡Y todo ello en hexámetros latinos!)».



JB pasaba ahora todo el tiempo que podía en Portugal. Asistía a clases y hacía un verdadero esfuerzo por aprender el idioma,

<sup>195</sup> El hispanista, músico, escritor y traductor Walter Starkie (1894-1976) fue uno de los primeros conferenciantes del Comité Hispano-Inglés en la Residencia de Estudiantes. Entre 1926 y 1947 ocupó la cátedra de Estudios Hispánicos del Trinity College (Dublín), y más tarde ejerció como profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Madrid. Fue representante en España del British Council y director del Instituto Británico desde 1940.

pero el 20 de enero de 1949 le dijo a Dent que lo encontraba «lleno de trampas y de palabras que no se pueden deducir del español, del italiano o del francés»: «Zumo de naranja: “sumo de laranja”. Sabía “laranja”, pero el “sumo” me desconcertó por completo, hasta que lo vi a la salida de un café». La pronunciación también le parecía difícil: «los cuatro tipos de vocales son como los cuatro registros del clave. Los ingleses (excepto Victor Perowne) abren todas las vocales y así se creen que tienen acento brasileño, como Barker, ¡que tiene un acento espantoso! Creo que debe haber una posición secreta, o una forma de poner la boca que asegure la resonancia correcta, pero luego viene una “a” o una “e” abierta y se te va completamente».

Trabajar con el material que había traído de México le distraía de sus estudios de portugués. Sin embargo, sus encuentros con gente los describía así: «el hecho de que en Cambridge me dedique al español, pero esté de sabático en Portugal, por un lado, excusa la españolidad de mis intentos con el portugués, y por otro hace que todos se rían al pensar que prefiero Portugal a España. Mi presencia aquí se toma como una crítica a Francia y (por asociación) también a este régimen». Al final de esa carta a Dent se aventuraba a hacer un comentario político: «Van a falsear los resultados de las elecciones presidenciales del 12 de febrero, y la oposición será encarcelada, como le ha sucedido a mi amigo filólogo, al que han detenido y multado por una entrevista en un periódico vespertino que había sido aprobada por el censor. A otro antiguo profesor le han retirado la pensión, ¡después de haber estado contribuyendo toda su vida!».

Durante ese semestre sabático de 1949, JB se entregó a su pasatiempo preferido: «cruzar Portugal de un lado a otro en tren, en sus autobuses favoritos y en “camionetas”». Había escrito conferencias sobre temas mexicanos y leía vorazmente,

incluidas las obras completas de Camões, aunque el sol radiante siempre lo tentaba a salir. El 3 de febrero de 1949 volvió a hablarle a Dent de política:

La moda aquí, atizada por el señor Smith [el presidente Salazar] y el Gobierno, es potenciar el lado imperial y la «lusitanidad» de todo ello, pero también están el lado europeo y el humanismo italiano: personajes de Chaucer que de repente tienen que actuar en algo parecido a una tragedia shakespeariana, como cuando en 1385 el maestro de la Orden de Avís<sup>196</sup> (que realmente quería irse a vivir a la Inglaterra de Ricardo II y tenía un barco esperándolo en el Tajo con todo su equipaje) fue proclamado rey y luego se casó con Felipa de Lancaster, que engendró la extraordinaria familia que puede verse en la galería, con Enrique el Navegante que parece Maynard Keynes con un gran sombrero y la propia Felipa como la perfecta gobernanta inglesa.

En su carta siguiente, del 9 de marzo, JB entretuvo a Dent con maravillosas y amenas viñetas de los lugares que había visitado y de las personas que se había encontrado durante su largo periplo por el sur de Portugal.



En septiembre de 1949, JB pasó una temporada en Grecia y volvió a hacerle a Dent un animado relato de sus experiencias. Se alegró de este reencuentro, después de tantos años, con Grecia y el mundo clásico que tanto le habían cautivado desde que era un colegial en Charterhouse. Sin embargo, Portugal y Cambridge siguieron siendo los dos ejes de su vida con el paso de los años, con estancias ocasionales en la pensión Bear

<sup>196</sup> Juan I de Portugal (1357-1433), fundador de la Casa de Avís, dinastía que reinó en Portugal entre 1385 y 1580.

Inn de Stroud. Se escapaba a Portugal siempre que podía y encontró dos alojamientos agradables, pero, como siempre, modestos, en los que disfrutaba de suficiente tranquilidad para trabajar. Uno de ellos era el Hotel Tivoli de Lisboa, que costaba alrededor de una libra al día. La mayor parte del personal llevaba allí muchos años, y JB, que era un huésped asiduo, se encontraba entre amigos. El otro era la Pensão Beiramar en el Alto Estoril. En respuesta a un comentario de Dent en una de sus cartas, según el cual aquello sonaba caro, JB replicó el 24 de agosto: «Siento si mi estancia en Estoril [...] da una falsa impresión de opulencia, porque mi factura de la última semana —todo incluido— ascendió a cinco libras, trece chelines y diez peniques. Evidentemente, mi habitación no tiene vistas, pero hay un jardín en lo alto de un pequeño acantilado, casi colgando sobre el mar, sin nada debajo, excepto una explanada sin apenas uso. También hay un rincón apartado en donde puedo trabajar sin que me molesten y me traen todo lo que necesito al jardín, incluido el café de la mañana». A sus sesenta años, la economía seguía siendo algo a tener en cuenta para JB.

En este caso, tuvo suerte y encontró «la habitación perfecta: una pequeña dependencia al borde del acantilado, con terraza y ducha propia», según le dijo a Dent. Allí podía pasar las mañanas trabajando sin interrupción, como solía hacer en el piso de su amigo en Londres. «El único inconveniente —señaló— es que, justo al lado, la capilla privada del embajador de franco en Portugal tiene el reloj más agresivo que he oído nunca; el badajo hace sonar la campana cada media hora con un ruido como el de los yunques más grandes de *Sigfrido*: metal contra metal, pero estoy aprendiendo a dormir sin que me despierte y, en cualquier caso, no es tan ruidoso como una tranquila mañana de domingo en Oxford

o Cambridge, o un lunes por la noche con los campaneros practicando un triple repique».

JB no siempre estaba trabajando. Dondequiera que estuviera, daba largos paseos y le encantaba bañarse en el mar y nadar. El 18 de julio de 1950 le hizo una cómica descripción a Dent de las normas para el uso del traje de baño en Portugal en esa época: «La Iglesia y el Estado adoptan una postura muy firme respecto a los trajes de baño. Tienes que llevar un “top” [...]. Yo tengo un “fato” [traje] (de baño) —debería ser “facto”, pero por alguna oscura razón filológica no lo es— ¡que es prácticamente hermafrodita! Los pantalones podrían llevarse en cualquier sitio, pero el “top” es un traje completo en sí mismo».

Se había rodeado de un círculo de amigos afines en Portugal y tenía una modesta vida social: conciertos, que describía a Dent con todo lujo de detalles musicales, conferencias y otros eventos. Todavía le quedaba tiempo para «deambular», como él decía, por Portugal, normalmente sin un itinerario fijo. En agosto de 1950 planeó un viaje al norte «para visitar al más genuino académico portugués, “separado de su cátedra”, por supuesto, por “el señor Smith”»; sobre el primero escribe:

... un medievalista que no puede dar clase ni (al parecer) publicar y que se ha instalado en unas pocas hectáreas de su propiedad en Anadia, cerca de Bussaco, para dedicarse a cultivar uvas. Lo conocí en 1946, y me gustaría saber qué piensa de esos poemas mozárabes del siglo XI escritos en una lengua latina (no del todo español ni portugués) que se han descubierto recientemente como *codas* (¡en un sentido estrictamente musical!) de poemas cultos en hebreo. [...] NO son «canciones populares» (en mi opinión), sino de distinguidos y eruditos poetas judíos, incluido el rabino Ben Ezra (creo) de Browning (creo), que han escrito *codas* en lengua romance a

sus alambicados poemas en hebreo, en el estilo de una voz de la calle que, por así decirlo, confirma y expresa sus propios pensamientos; y (como los poemas portugueses más primitivos) son «she-shanties», para ser cantados, supuestamente, por mujeres».

Estoy convencida de que el término «she-shanties» era una invención de JB, fruto de su característica destreza verbal<sup>197</sup>, para referirse a las baladas antiguas que se habían descubierto recientemente, y sobre las que más tarde hablaría en sus conferencias y escribiría extensamente.

En marzo de 1951 le confió a Dent: «*Puede* que me inviten a ir a México, dice el embajador, aunque no creo que esto llegue a nada». Por desgracia para él, así fue y nunca pudo volver al país. En el verano de ese año surgió la posibilidad de reunirse con Dent en Italia, pero tuvo que descartarla a regañadientes porque su visado portugués expiraría si salía del país y sería difícil renovarlo desde Venecia (la Administración norteamericana consideraba a Portugal como una puerta trasera para entrar en Estados Unidos, según JB). Al explicar esto a Dent el 23 de junio, tejió una intrincada teoría de la conspiración según la cual era tan inusual que el titular de un pasaporte británico quisiera regresar a Portugal que las autoridades sospecharían lo peor, en aquellos días de la Guerra Fría, y podría quedar «atrapado en el tinglado anticomunista y católico internacional, y acabar siendo secuestrado por los “hombres G” estadounidenses»; y elucubraba: «¡es lo que realmente ocurrió con los diplomáticos desaparecidos!».

<sup>197</sup> Efectivamente, con el término «she-shanty» («she-shanties» en plural) Trend hace un juego de palabras con el pronombre femenino inglés «she» y el vocablo «sea shanty», que alude a un tipo de canción o son cadencioso con el que acompañan los marineros su faena para hacer simultáneo el esfuerzo de todos (en español el término equivalente sería «saloma»).

A JB siempre le gustó la perspectiva de la intriga y tenía una gran imaginación. Los diplomáticos desaparecidos eran Donald Maclean y Guy Burgess, que habían huido de Gran Bretaña a finales de mayo, lo que provocó una consternación generalizada en el país. Donald Maclean había sido mi jefe en el Ministerio de Asuntos Exteriores y yo fui la última persona que lo vio allí la noche en que desapareció. Mientras JB escribía esa carta yo estaba recorriendo España en trenes de tercera clase y en bicicleta en lo que era mi primera visita al país, largamente postergada por una cuestión de principios, hasta que llegué a la triste conclusión de que si tenía que esperar a que Franco muriera nunca haría el viaje. Antes de marcharme le comuniqué a JB mis intenciones y había recibido su dispensa. Pero tenía que informar regularmente a los cónsules británicos y a la embajada en Madrid por si pensaba unirme a la pareja desaparecida, que en ese momento se sospechaba que estaba en Andorra. En aquella época de tanto secretismo, la verdadera historia de su huida no salió a la luz hasta 1956<sup>198</sup>.

Por su parte, JB permaneció en Portugal y le contó a Dent todo sobre un recital de piano de una prometedora pianista, Delfina Cabral, esposa de un amigo de Cambridge. El concierto tuvo lugar en el piso de su madre, «la rechoncha viuda de un juez»:

Es inteligente, sensata y divertida, y sabe suficiente inglés [...] para apreciar aquellos versos cómicos sobre Ebenezer Prout

<sup>198</sup> Guy Burgess (1911-1963) y Donald Maclean (1913-1983) fueron dos diplomáticos británicos y miembros de «Los cinco de Cambridge», un círculo de espías reclutados por la Unión Soviética en el Trinity College de la Universidad de Cambridge. Los otros tres miembros fueron Kim Philby, Anthony Blunt y John Cairncross, aunque este último nunca reconoció haber pertenecido a este grupo de espías que se infiltró en los servicios secretos británicos y trabajó para la Unión Soviética desde mediados de la década de los treinta hasta los primeros años de la Guerra Fría.

que [Hubert] Parry o [Donald] Tovey habían escrito para acompañar la fuga en sol menor [de Johann Sebastian Bach]:

Oh, Ebenezer Prout  
eres un hombre inteligente  
pero fugas nunca escribirás  
como las de Juan Sebastián.

O algo así.



El mandato de JB en la cátedra de Español de Cambridge llegó a su fin en 1953 cuando alcanzó la edad de jubilación. Durante todo el año anterior había estado pensando en un sucesor. El 8 de septiembre de 1952 escribió a Dent: «Nunca he dicho que *no* a los viajes; y siguiendo una sugerencia de Llubera, me voy unas tres semanas a Irlanda». Llubera, un catalán con una encantadora esposa francesa, era profesor de Español en la Queen's University de Belfast. JB le confió a Dent:

También voy a conspirar para intentar persuadirle de que se presente a la cátedra de Cambridge. Es el mejor filólogo y medievalista español del norte de Europa, y un filólogo y medievalista es justo lo que necesita el Departamento de Español. Tiene cincuenta y nueve años, pero se puede convencer [a la junta] para que lo tengan durante cinco o seis años, y el hecho de que actualmente sea un *elector*<sup>199</sup> le dará una enorme ventaja sobre el resto de los candidatos. Según las ordenanzas (o estatutos), un elector puede renunciar en el último momento y presentarse, que es lo que ocurrió el otro día en [el Departamento de] Alemán. Lo más difícil será convencerlo a él de que abandone sus raíces ¡después de treinta años!

<sup>199</sup> Rango ostentado por los graduados de la Universidad de Cambridge, en virtud del cual podían participar en la elección de dos representantes de la universidad en el Parlamento británico.

Al margen de que JB lograra persuadir a Llubera para que se presentase, finalmente fue Edward Wilson, a quien JB había apoyado durante muchos años, quien resultó elegido.

Como profesor emérito, a JB se le permitió conservar las antiguas habitaciones que en su momento habían sido las de Darwin. Puede que éste fuera un dudoso privilegio, dadas las constantes quejas de JB a lo largo de los años sobre las deficiencias de las instalaciones: la falta de comodidades, los problemas con las tuberías, las goteras en el techo y la ropa sucia que había que dejar en las escaleras. Pero JB tenía pocas alternativas: se le había acabado el acogedor refugio con los Gerhard en Thorneycreek y Dent había dejado su casa de Panton Street. Sus amplios intereses musicales se centraban en Londres, por lo que ahora pasaba la mayor parte del tiempo en su piso de Cromwell Place. El deterioro de su salud hizo que necesitara los cuidados de un interno y durante los últimos diez años de su vida, quizá más, estuvo atendido por un cuidador llamado Michael. Aunque al principio parecía que JB podría disponer de una parte del piso de Cromwell Place, la realidad no fue ésa y casi todas las cartas que enviaba a Dent, ya fuera de camino a Portugal o de vuelta, iban acompañadas de la petición de poder pasar allí una o dos noches para poder partir el viaje. En gran medida, seguía siendo un académico errante.

En el otoño de 1954 Helen Grant me pidió que sustituyera a Inez Macdonald, directora de Estudios Hispánicos en Newnham, que estaba gravemente enferma de cáncer, y también que supervisara la enseñanza del Español en varios colegios. Pasé cuatro trimestres en Newnham y pude ver a JB con mucha frecuencia, especialmente durante el primer trimestre del curso 1955-1956, cuando estuve alojada en Cambridge en lugar de viajar desde Londres. Edward Wilson era

un académico brillante y erudito, pero tenía una personalidad bastante retraída y no parecía estar cómodo en presencia de mujeres. Nunca me sentí a gusto con él, al contrario de lo que me sucedía con JB.

A pesar de estar jubilado, JB seguía tan ocupado como siempre, e incluso daba algunas clases en el Departamento de Español y participaba en las actividades culturales de la universidad, además de ocuparse de sus propias investigaciones y publicaciones. Seguía con mucho interés las actividades de la Sociedad Española. Hizo la traducción del auto de Calderón sobre la cena del rey Baltasar cuando la Sociedad decidió representarla en 1951, y aportó todo tipo de sugerencias llenas de ingenio para su puesta en escena, y para la música adecuada que debía acompañarla. Quería «hacerla a lo Velázquez, con Baltasar como Felipe IV y Vanidad e Idolatría como las infantas», pero no había dinero: «puede que tengamos que hacerla con Baltasar = Alfonso XIII y Daniel = Unamuno». Una vez más, la infatigable señora Prior se encargó de la dirección. También habría otro *show*: «un “espectáculo de cabaré”, con lo que la señora Prior llama vestidos sin blusa; supongo que “esposas y concubinas”». Esta ocasión le dio a JB la oportunidad —no por primera vez— de reiterar a Dent, el 20 de marzo de 1951, su objeción al análisis de las obras de Calderón que hacían algunos de sus coetáneos: «Mis homólogos, Entwistle en Oxford y Parker en Aberdeen, creen que lo saben todo sobre Calderón, pero *no leen* sus acotaciones. Entwistle hace creer que todo es controversia; Parker, teología. En realidad, van con unos cincuenta años de retraso. Como tú dices, en algún momento *tendré* que escribir una introducción al teatro español».

Aunque ya había cumplido los sesenta, JB seguía siendo muy trabajador y se embarcaba en un increíble número de

proyectos simultáneamente en diversos campos. El 20 de marzo de 1951 le dijo a Dent:

Jopson<sup>200</sup> quiere que haga un libro sobre la «lengua española en la historia» para la biblioteca universitaria de Hutchinson. NO debe ser una gramática histórica (que yo no podría hacer) y TAMPOCO como el libro de Entwistle, *The Spanish Language*, en Faber: Jopson lo tiene muy claro y, afortunadamente, hay una investigación apasionante por hacer, llevando la lengua —frases, no sólo palabras— de vuelta a 1066, aproximadamente; [...] la novedad es la importancia (no tan nueva en realidad) del habla romance de los cristianos que vivían bajo el gobierno musulmán y adoptaban palabras árabes al tiempo que pronunciaban mal el latín vulgar.

JB tenía muchísimas ideas para este libro: debía incluir un capítulo sobre la influencia italiana y americana en el idioma y, si era posible, otro sobre los efectos del teatro. Se llevó el trabajo a Portugal y el 30 de septiembre de 1951 le comentó a Dent que había terminado el primer borrador. El 30 de julio del año siguiente le informó de que el libro estaba prácticamente listo para su publicación. La lengua y la historia no se mezclan realmente, concluía: «pero *debería* ser posible mezclarlas. Y si la gente está aburrida de la filología [...] pueden leerme sobre el estilo; y sobre el idioma: los sonidos y la pronunciación reales de Isabel la Católica, Fernando y Carlos V, quien (según dijo un italiano en cierta ocasión) no podía terminar sus palabras de forma audible ¡¡debido a su mandíbula de Habsburgo!!». En una carta posterior, JB le contaba a Dent lo útil que era haber hablado alguna vez italiano y seguir

<sup>200</sup> Se refiere a Norman Brooke Jopson (1890-1969), un reconocido filólogo británico que estudió en Cambridge y se especializó en lenguas eslavas. Ocupó la primera cátedra de Filología Comparada en la Universidad de Cambridge y colaboró con diversos Gobiernos británicos como experto en lenguas poco comunes.

leyéndolo con placer. Además: «dos años (aunque fueran bastante fragmentarios) de gramática árabe también son una enorme ayuda, por no hablar de los clásicos de Charterhouse (aunque a veces me pillan con terroríficos errores garrafales). Por encima de todo, está *tu* ejemplo en historia de la música, que, de nuevo, es enormemente útil».

*The Language and History of Spain* se publicó en 1953.<sup>201</sup> Es un notable trabajo de investigación aderezado con los idiosincrásicos e inimitables toques de JB. Según él, «Isabel la Católica pronunciaba con acento del norte y omitiendo todas las haches (lo cual es sin duda cierto), aunque hablaba con gran dignidad y “reposo”. Fernando, por su parte, tenía un fuerte acento aragonés y usaba efes en lugar de haches (como don Quijote, en su tono más caballeresco), pero Isabel lo curó de ello, hasta el punto de que cuando él se casó de nuevo con alguien de un país de efes (Germana de Foix o Foch) no ponía ni una hache ni una efe en ningún sitio. [...] Luego está santa Teresa [...]. ¿Sabes que parte de lo que escribía es puro lenguaje infantil?».



Lo más sonado en Cambridge en el primer trimestre del curso 1951-1952 fue la publicación de la novela de C. P. Snow *The Masters*, una supuesta *roman à clef* sobre algunos de los catedráticos. JB encargó que le enviaran una copia a Portugal y el 27 de octubre le dijo a Dent que no reconocía a nadie: «los compañeros de los años treinta no eran tan aburridos como los pinta Snow. Ahora bien, parece que todo el mundo en la universidad me reconoce en Pillbeam (o como se llame

<sup>201</sup> El libro lleva la dedicatoria: «To Alberto Jiménez and Natalia Cossío de Jiménez in admiration».

—¡el hombre al que te refieres tú también! Me llamó la atención, incluso en Portugal, que pareciera un personaje curiosamente inteligible)».

El 13 de junio de 1952, William Entwistle, colega y rival de JB en Oxford, murió repentinamente. En su carta a Dent del 30 de junio, JB expresó su tristeza por la noticia y se quejó del obituario de *The Times*: «era tan malo que (el viernes pasado) tuve que escribir una carta al director señalando algunas de sus deficiencias. El obituario, según se deduce del propio texto, era de Allison Peers. Y a continuación prosiguió con críticas hacia su adversario: «¡es increíble cómo ese ser tan desagradable se presenta a sí mismo en todas partes como el gran “popularizador” de España! Me sorprende incluso encontrarlo en *The Times*. En cierta ocasión escribió al periódico quejándose de una de mis reseñas y Bruce Richmond me envió la carta (se negó a publicarla) marcada sólo con: “¡Mira lo que dice este idiota!”. Como señaló una vez Pedro Morales: “Está vendiendo la cultura española”».

A comienzos del primer trimestre del curso 1953-1954, aunque JB ya estaba jubilado —o *reformado*, como le gustaba decir, utilizando el término portugués—, le dijo a Dent el 4 de octubre que seguía estando «totalmente ocupado, excepto por las clases»: «Esta tarde una comisión (aquí) de la Sociedad de Lenguas Modernas (de la que aún soy presidente); esta noche, el ministro paraguayo, a quien Edward Wilson se negó a atender, aunque *yo* creo que hay que apoyar a un estudiante que es secretario de una sociedad universitaria». Ahí está, en pocas palabras, la diferencia entre JB y su sucesor. Yo, desde luego, recibí de JB todo el apoyo que podía desear durante los dos años que fui secretaria de la Sociedad Española.



En marzo de 1954, JB se encontraba en Lisboa lidiando con un capítulo sobre el Tratado de Methuen para la historia de Portugal en la que estaba trabajando en ese momento. El 21 de marzo, le escribió a Dent que la historia económica, «si uno pudiera entenderla, parece más viva que los reyes, las conquistas y la colonización». En la misma carta se refería a la conferencia a la que había asistido sobre «Falla y el *Retábulo*. (¡Cómo se habría reído el maestro con la ortografía portuguesa!)». Resultó una ocasión ambivalente, ya que la conferencia había sido impartida por «un joven crítico musical, encantador, pero atolondrado». Lo que salvó la situación fue una grabación en disco del *Retábulo*, «una primera prueba de un concierto dirigido por Ernesto Halffter, que estaba sentado en primera fila». JB no lo veía desde hacía treinta años, desde la presentación del *Retablo* en un concierto en Sevilla. El encuentro debió de traerles recuerdos conmovedores a ambos.

En mayo de 1954, el traductor del *Quijote* para Penguin le habló de un proyecto para una serie de antologías de poesía en varias lenguas modernas, con traducciones adecuadas. JB le advirtió que «en lo que respecta al portugués, debería evitar a ese truculento poeta fascista, Roy Campbell». Le aseguraron que, si Penguin hacía un volumen de portugués, Campbell sería «rechazado». JB organizó rápidamente la impresión de un folleto con diecisiete poemas portugueses de todas las épocas, «sólo para mostrar cómo debía hacerse».

Ese verano se celebró en Cambridge un Congreso Orientalista que reunió a estudiosos de todo el mundo. JB participó y fue uno de los anfitriones. Volvió a encontrarse con varios viejos amigos y se tomó sus obligaciones muy en serio, proporcionando a un profesor emérito alojado en Christ's College un hervidor de agua y una taza con su platillo; él mismo explicó por qué: «como yo —escribe—, se despierta en mitad de

la noche y ¡bebe té!». Un grupo de españoles se divirtió especialmente en el congreso, pero JB «tuvo que ser cuidadoso y reservado con ellos [...] ¡por motivos políticos!».



A principios de 1955, JB sufrió un duro golpe para su autoestima. En una carta fechada el 16 de marzo se le informaba secamente de que en una reciente reunión del consejo editorial de la *New Oxford History of Music* se había llegado «a la dolorosa conclusión de que lo único que puede hacerse es invitar a algún otro autor para que se haga cargo del capítulo [de JB]». La firmaba Gerald Abraham. JB quedó destrozado con la noticia, y sus siguientes cuatro cartas a Dent, muy seguidas una de otra, apenas hablaban de otra cosa. Una vez más, en la mente de JB se gestó la idea de una conspiración: «Sé perfectamente lo que ha sucedido: una de esas intrigas católicas profranquistas que emanan originalmente del agregado “cultural” de la embajada franco-española. Acepto su decisión, pero les he escrito para decirles que espero que me paguen la cantidad estipulada en su totalidad». Ese mismo día, el 22 de marzo, envió una segunda carta pidiendo consejo a Dent. La carta comenzaba: «No creo que deba dejarlo ahí, con una seca carta del [editor] más joven, después de haber tenido mi manuscrito durante ocho o nueve años».

Admitía que podía haber algunas deficiencias en el texto que presentó, pero insistía en sus recelos: «algunos católicos ingleses profranquistas han sido presionados por la embajada española; y a su vez ellos han presionado a otros de la *Oxford History*, aunque los editores son probablemente demasiado inocentes para darse cuenta de ello. Esto ha sucedido antes tanto con la Oxford Press como con el *Times Literary Supplement*, por no hablar de la BBC. Se ha corrido la voz (de

un agregado “cultural”) en una embajada extranjera de que (por razones políticas que tienen que ver con España) mi texto debe eliminarse».

JB seguía atormentado por el asunto en cartas posteriores, tanto que hasta afectó a su normalmente exquisita caligrafía. El 18 de abril de 1955 pareció resignarse por fin: «Muchas gracias por tu animosa carta del día 15. Confieso que *estaba* bastante preocupado por ese maldito capítulo, ¡y por esos editores que nunca admitirán que han sido atrapados por Franco! Pero lo único que podía hacer era ceder. Franco *es* incluso más poderoso que Hitler, ¡con Estados Unidos y el Vaticano apoyándolo! Me niego a tener nada más que ver con ello, o con él, o con ellos; y me siento más bien como Unamuno, en su diario político, en el exilio, que he estado leyendo». Y pasó a hablar de asuntos musicales más agradables.



En julio de 1955 se celebró un Congreso de Rectores Europeos en Cambridge. JB describió la ceremonia de apertura de forma gráfica y divertida para Dent el 19 de julio, en la que llamaban la atención «el número y la variedad de sus birretes: desde el escarlata del rector de Lovaina, hasta los tres noruegos (?) con anticuados sombreros altos de seda arrugada y sin brillo. También había una gran cantidad de otras cosas, como sombreros altos con una placa en la parte superior, y bandas brillantes de colores». Y a continuación destacó: «Un alemán llevaba una gola. Era un ejemplo de “magnificus, magnificentior, magnificentissimus”. Esta tarde hay una alocución de Gilbert Murray, pero me pregunto cuántos de los asistentes sabrán que, hace años, cuando dejó Australia, tenía la reputación de ¡poder *lanzar un cuchillo y dar en el blanco*, no recuerdo a cuántos metros de distancia! Una vez (cuando colaboraba con

el Instituto Español) le pregunté si era cierto y me dijo que, ¡efectivamente, lo era!». ◆

JB mantuvo sus frecuentes visitas a Estoril, pero en 1956 trasladó su fidelidad de la Pensão Beiramar al Hotel Inglaterra. En el verano del año siguiente, le dijo a Dent con nostalgia que el Hotel Tivoli de Lisboa, que había frecuentado durante tantos años, pronto dejaría de existir. El nuevo hotel que lo sustituiría sería muy diferente: «quinientas habitaciones tipo salón dormitorio, todas con baño, teléfono y radio», y el precio subiría más del doble.

Uno de los principales objetivos de las cartas de JB a Dent era divertirlo y distraerlo. En una de ellas, del 2 de agosto de 1957, le contaba que se habían levantado las restricciones a la vestimenta de baño masculina: «Han renunciado a la parte de arriba, al menos para los hombres. Los “tops” de mujer me parecen el principio de un vestido de fiesta muy elegante, pero con una falda tan diminuta que a menudo no se ve en absoluto. Los “bikinis”, sin embargo, están mal vistos». Hay divertidas estampas de destacados exiliados europeos que adornan la escena playera de Estoril: el almirante Horthy (exregente de Hungría de inclinaciones prohitlerianas) y su esposa; y una espectadora muy elegante, alta y delgada que resultó ser una de las hijas del antiguo rey Umberto de Italia.

En 1957 se publicó el libro de JB sobre Portugal. Es una obra académica, bien documentada y muy bien escrita, como siempre. Sin embargo, yo echo en falta el toque personal y un tanto extravagante que impregnaba sus otros textos y los hacía cobrar vida.

Durante estos últimos años, la salud de Dent, que nunca fue buena, empeoró rápidamente, sobre todo a causa de su úlcera

de duodeno. A pesar de su creciente fragilidad, Dent continuó con su actividad musical. Sufrió constantes recaídas; se sucedieron hemorragias y estancias en el hospital seguidas de largas convalecencias. Un tema constante en todas las cartas de JB era su preocupación por el episodio más reciente y los consejos para hacer su vida más llevadera en todos los aspectos. En noviembre de 1954 Dent tuvo que pasar una semana en una residencia de ancianos y en marzo del año siguiente tuvieron otro susto. La carta que le envió JB el día 22 comenzaba así: «Siento *mucho* saber que has tenido otra hemorragia después de lo de Flute; ¡no tenía ni idea de ello y desde luego no lo parecías! Pero intenta leer en la cama con *una tira de papel verde* (con un borde recto) que puedas sostener debajo de cada línea y deslizar por la página a medida que avanzas. Yo lo hago —sobre todo en la cama— para “alcanzar el séptimo grado de concentración” (¿te acuerdas del capitán Shotover?): de hecho, había un catálogo de libros de música por ahí en la mesita del comedor que habría sido estupendo para hacer tiras de papel con ese propósito, ¡y hasta pensé en pedirlo!». En la siguiente carta, del 27 de marzo, escribió: «Me preocupa bastante la idea de que te vayas durante una semana sin nada que hacer. ¿No podrías elegir uno de los muchos trabajos pendientes y *llevarte los libros de referencia que te hicieran falta en una maleta*? Eso es lo que yo hago; o enviarlos (como aquí [Lisboa]) por correo. En la estación de Tunbridge Wells debe de haber al menos un mozo que pueda subírtelos por las escaleras».

Michael, el asistente de Dent, lo cuidó con devoción hasta su muerte y se convirtió en una figura imprescindible en su vida. JB a veces tenía que comunicarse con su amigo a través de él y no puedo dejar de pensar que esto supuso una pequeña barrera —apenas visible y sin embargo real— entre los

dos amigos de toda la vida, aunque siguieran estando muy unidos y se escribieran con asiduidad. Al ser huérfano desde la infancia, JB era una persona solitaria, y a menudo eligió la soledad de manera deliberada, pero en esos últimos años de Portugal parece que su soledad fue forzosa y que la soportó estoicamente, como correspondía a un hombre de su formación y trayectoria. Hay algo ligeramente desgarrador en sus ruegos para poder pasar una o dos noches en el apartamento de Dent en Londres, algo parecido a un niño educado pidiendo un caramelo.

La última carta que JB escribió a Dent fue quizá la del 2 de agosto de 1957, desde el Hotel Inglaterra en Estoril. Había recibido allí una carta de Dent, por la que le daba las gracias, y en el resto de su propia carta, en un tono liviano y coloquial, simplemente le contaba a su amigo asuntos relacionados con su vida cotidiana. La preocupación por Dent seguía ahí en un párrafo repleto de insistentes subrayados: «¿La biblioteca Smith no puede *enviar a alguien* con libros para ti? Me han dicho que es posible hacerlo: me refiero a la Smith de Tunbridge Wells. Está demasiado lejos para que tú estés yendo y viniendo».

Dent tenía ya más de ochenta años, y su salud había sido tan precaria durante tanto tiempo que JB debía de tener la constante sensación de que podía perderlo en cualquier momento. Apenas tres semanas después de la carta que acabamos de citar, el 22 de agosto de 1957, Dent falleció. El final debió de ser repentino, pues de lo contrario JB habría estado sin duda con él. JB estaba destrozado. Había perdido a la persona que había ocupado el centro de su existencia durante casi medio siglo, el hombre que había sido tanto su mentor como su alma gemela. El largo obituario que dedicó a su amigo, y que tanto le debió de costar escribir, apareció en el

número 22 de la revista musical *The Score* en febrero de 1958. Comenzaba con una conmovedora referencia a un comentario que Dent le había hecho en su ochenta y un cumpleaños, el 16 de julio de 1957: «La conversación con él se había convertido en algo parecido a la conversación con Beethoven: había que anotar todo en un *Konversationsheft*». Más adelante, en el homenaje, recordó su primer encuentro en 1908, el «episodio [que] condujo a una amistad de por vida».

Yo llevaba dos años en el extranjero y no volví a ver a JB hasta la primavera de 1958. Sabía que él y Dent habían sido amigos y que habían trabajado juntos, pero desconocía la intensidad de su relación. Le encontré como siempre, rebosante de nuevas ideas y proyectos, entre ellos su inminente viaje para dar unas conferencias en Chile y Uruguay, donde yo estaba entonces destinada, y cumplir así su deseo largamente acariciado de ir a Sudamérica. Hablamos durante un buen rato de estos planes aquel día de marzo, en aquella triste ocasión en la que no tuve tiempo para quedarme a tomar el té con él, como confesé al comienzo de este libro. Al despedirnos me regaló un ejemplar de su libro *Portugal*, con la dedicatoria: «Juanita, con cariño de JB, 1958». Desde mis días de estudiante me apodó «Juanita la Loquísima», en honor a la reina española Juana la Loca, y a menudo empezaba las cartas que me enviaba con «Querida Loquísima».

Unas semanas más tarde, el domingo 20 de abril, también él falleció. En su caso fue algo totalmente inesperado. A diferencia de Dent, él siempre había gozado de muy buena salud y sólo se quejaba de vez en cuando de un fuerte resfriado o de una gripe. Por lo que me contó después Helen Grant, JB debió de sufrir un derrame cerebral en sus habitaciones el viernes. Con el fin de semana de por medio, nadie lo encontró hasta que llegó su asistente el lunes por la mañana. Todavía estaba

vivo y podría haber sobrevivido si lo hubieran encontrado y tratado antes. Su sueño de ir a América Latina una última vez nunca se hizo realidad.

Uno de sus colegas, que firmó como L. R. L., concluyó su homenaje a JB en la revista del Christ's College con el siguiente recuerdo: «Cuando, durante su breve pero fatal enfermedad, le pregunté si quería que le prestara un transistor, me contestó: “Si está seguro de que puede prescindir de él”». Era la típica respuesta de un hombre modesto. De hecho, se le podría dar la vuelta al aforismo de Churchill sobre Clement Attlee y decir que JB tenía muy pocos motivos para ser modesto.



Edward Dent y John B.  
Trend. By kind permission  
of the Masters and Fellows of  
Christ's College, Cambridge.

# VI

## EPÍLOGO

## EL HOMBRE Y SU TIEMPO

John Brande Trend fue un hombre modesto, pero su modestia y su timidez ocultaban un formidable intelecto que abarcaba muchas disciplinas: las ciencias naturales, la literatura y los idiomas, el arte y la poesía, la historia y —quizá por encima de todo— la música, una materia en la que se inició de la mano de su mentor Edward J. Dent. Sin embargo, como recogía oportunamente un obituario publicado en *The Times* el 3 de mayo de 1958, JB «era mucho más que la sombra de Dent. Era tan modesto sobre sus conocimientos musicales que fue una sorpresa descubrir lo mucho que sabía sobre tantos tipos diferentes de música». Quizá la mejor descripción que pueda hacerse de JB es que era un hombre del Renacimiento en pleno siglo xx. No sólo su talento y sus intereses eran inmensamente amplios y variados, sino que también su vida abarcó una época de cambios vertiginosos en prácticamente todos los ámbitos posibles.

Nacido en el seno de una familia victoriana de clase media, fue educado en la época eduardiana de acuerdo con una ética de colegio privado y en una sociedad que daba por sentada la continuidad de un vasto Imperio del que Gran Bretaña era, y seguiría siendo, el centro. Parecía haber un orden de cosas establecido, tanto a nivel internacional como nacional, en el que un joven de la clase y el origen adecuados podía esperar una vida cómoda y llena de oportunidades prácticamente ilimitadas. La religión y la estricta jerarquía de clases, que la mayoría de la población de las Islas Británicas respetaba sin cuestionar, constituían la columna vertebral de una estructura social sólida y aparentemente inamovible.

Charterhouse, el prestigioso internado privado en el que JB pasó sus años de formación, le inculcó todas estas creencias

y también le proporcionó una educación liberal, basada en los clásicos, y un afán de aprender que, combinado con una insaciable curiosidad intelectual, le servirían para el resto de su vida.

También tuvo la suerte de que sus años de estudiante en Cambridge coincidieran con la presencia de un grupo excepcional de jóvenes brillantes. Bajo la tutela del carismático Dent, esta sobresaliente y prometedora generación escribió poesía, debatió sobre filosofía, se sumergió en el arte y la cultura y exploró los confines del entendimiento intelectual. Dent fue el mentor perfecto, los alentaba a cuestionar todos los tópicos establecidos y a pensar por sí mismos. La entrada casi fortuita de JB en este grupo tocado por la gracia —él estaba en Christ's College, estudiando Ciencias Naturales, no en King's College, donde la mayoría de estos jóvenes de élite estudiaban materias artísticas— iba a transformar su vida futura. La música fue la llave que le dio acceso a este nuevo mundo y, junto con el propio Dent, se convirtió en una ferviente pasión.

Esa época dorada fue arrasada por el horror y el caos de la Primera Guerra Mundial, y con ella la flor de una generación. La pérdida de amigos cercanos y las terribles escenas que presenció en Francia cambiaron la vida de JB. Siguió sirviendo a su país hasta 1918, pero a partir de entonces sus sentimientos se volvieron profundamente antibelicistas.

España y los años veinte abrieron una nueva etapa de emoción y aventura intelectual. JB se sumergió de lleno en el renacimiento cultural que estaba transformando el país y se codeó con los extraordinarios miembros de las generaciones del 98 y del 27 que frecuentaban la Residencia de Estudiantes. Fue éste otro estimulante periodo de ilustración. Los intelectuales españoles se adentraban en su propia historia y tradiciones, e incorporaban el folclore tradicional a nuevas formas y patrones para

preservar el patrimonio de la nación, al tiempo que abrazaban los experimentos de los nuevos enfoques del modernismo y la vanguardia que estaban transformando la apariencia cultural de Europa. JB se convirtió en una figura esencial del proceso de cambio social y cultural que se estaba produciendo en España y en el principal impulsor de iniciativas para captar la atención del mundo exterior, especialmente de Inglaterra.

Luego vinieron los años treinta, la depresión económica, los tentáculos del fascismo que se extendían poco a poco por Europa y el desastre de la guerra civil española, que asestó un golpe mortal a los sueños de JB y del pueblo español. Ya instalado como catedrático de Español en Cambridge, JB hizo todo lo posible para ayudar a sus amigos, algunos exiliados, otros todavía en el país y en peligro.

La guerra civil española fue precursora de la Segunda Guerra Mundial. Durante esos años sombríos, JB, como muchos otros, albergaba la esperanza de que una victoria aliada, si se lograba, derrocaría a Franco y su régimen siguiendo la estela de Hitler y Mussolini. No fue así. Inasequible al desánimo, JB se adaptó a una vida diferente, pasó largas temporadas en Portugal en sustitución de España, y siguió escribiendo libros, pero nunca se recuperó del todo del colapso de todo aquello por lo que había luchado en España. En Cambridge revolucionó la forma de enseñar el español y amplió el campo de estudios a América Latina.

JB vivió tiempos de cambios tumultuosos que afectaron profundamente a su propia vida. Sin embargo, consiguió adaptarse a las complejas exigencias del siglo xx y retuvo su entusiasmo juvenil y sus ganas de vivir hasta el mismo momento de su muerte. El golpe final para él fue el fallecimiento de Dent en 1957, el hombre que había sido el centro de su existencia durante medio siglo, que había marcado el curso de su vida y que fue la persona

más querida para él. Tal vez sea exagerado hablar de un corazón roto, pero es difícil no establecer un vínculo entre la pérdida de su amigo y la propia muerte de JB apenas unos meses después, en un momento en el que todavía gozaba de buena salud y estaba lleno de energía y entusiasmo por su trabajo. Al menos podemos aventurarnos a decir que el corazón lo abandonó.

Como legado, JB dejó una obra repleta de ideas innovadoras sobre la literatura, la música y la historia de España que puede seguir inspirando a los estudiantes actuales y futuros, como inspiró a las generaciones de estudiantes que en el pasado tuvieron la oportunidad de recibir sus enseñanzas en persona.



Lo que destaca cuando uno repasa la vida de JB es la calidez de su personalidad. Era capaz de hacer que la literatura, la música y la historia cobraran vida para los demás porque él mismo vivía con intensidad y saboreaba cada momento como si fuera el último. Sin embargo, su personalidad aparentemente exuberante y extrovertida ocultaba a un hombre profundamente tímido y sensible.

¿Cuál era entonces su secreto? Me he referido con anterioridad a ese raro don para relacionarse con personas de toda condición, resumido en la expresión española «don de gentes». Quizá la gente se sentía atraída por su modestia y su timidez. Tal vez esas mismas cualidades le permitían comprender y empatizar con la sensibilidad de los demás. Sea como fuere, siempre fue capaz de llegar al corazón de las cosas, ya se tratara de algún arcano fragmento musical o de una circunstancia insustancial de la vida cotidiana.

Pero también había algo más. Algo inefable y difícil de poner en palabras. Sólo puedo describirlo como algo parecido al misterioso fenómeno que los españoles denominan «duende». Un

diccionario ajado y muy manoseado de mis tiempos de Cambridge propone «elf, hobgoblin, ghost» como equivalentes de «duende», pero ninguno de estos sinónimos transmite su verdadero significado. Federico García Lorca pronunció una conferencia sobre el tema, titulada «Teoría y juego del duende»<sup>202</sup>, en la que intentaba definir el término de mil poéticas maneras, pero ni siquiera su genio logró concretarlo dada su esencia intangible.

En Andalucía, como recordaba Lorca, el máximo galardón que se puede otorgar a un espectáculo u obra de arte es decir que «tiene mucho duende». Lorca citaba a un cantante que dijo de otro que tenía buena voz, pero que nunca tendría éxito porque le faltaba «duende». El «duende», por tanto, es un espíritu misterioso que transforma una obra de arte o una actuación excelente en algo tan increíblemente intenso y hermoso que trasciende el entendimiento humano y transporta el alma a otra dimensión. Es una pasión abrasadora que surge de las entrañas del ser humano y fluye por sus venas.

El «duende» es esencialmente español y, sin embargo, JB, a pesar de ser un inglés muy inglés, lo poseía: esa intensidad de sentimiento y emoción que le permitió sumergirse en España y en todo lo español. También había «duende» en la forma inimitable en que era capaz de transmitir esta pasión a los demás a través de sus enseñanzas y sus escritos, infundiendo tanto a los estudiantes como a los lectores el deseo de explorar el fascinante mundo que él les revelaba. Ese «duende» aún puede encontrarse en sus numerosos libros y artículos. Tal vez, después de todo, sea el fantasma de JB.

<sup>202</sup> Lorca pronunció su célebre conferencia sobre el «duende» en octubre de 1933 ante la Sociedad de Amigos del Arte de Buenos Aires. Para una edición reciente que incluye el manuscrito inédito de la charla, véase Federico García Lorca, *Juego y teoría del duende*, estudio y edición crítica anotada de José Javier León, prólogo de Andrés Soria Olmedo, Sevilla, Athenaica, 2018.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

En este índice se recogen los nombres de las personas mencionadas en este volumen. Los números en redonda remiten al texto y en cursiva a los pies de foto. La letra n junto al número indica que la entrada se encuentra en una nota.

- Abajo, Mario de: 78  
Abaroa, Eduardo: 301  
Abreu, Carmen: 216, 235, 351n  
Adamuz, Ana: 45  
Aguirre, Hernando de: 57  
Alba, Francisco: 342n  
Albéniz, Isaac: 81  
Albéniz, Mateo: 81  
Alberico: 165  
Alberti, Rafael: 27n  
Albertos, Salvador: 15  
Alcalá Zamora, Niceto: 209, 352  
Alfaro Siqueiros, David: 49, 274, 363n  
Alfayate, José: 124, 337n  
Alfonso XII: 350  
Alfonso XIII: 32, 141, 170, 207, 339n  
Almazán, Ángel: 124  
Almazán, Isidoro: 124, 289  
Alós: 340n  
Álvarez, Julio: 97  
Álvarez Diosdado, Enrique: 248, 361n  
Álvarez Quintero, Joaquín: 156, 238, 249, 340n  
Álvarez Quintero, Serafín: 156, 238, 249, 340n  
Álvarez de Santullano, Gloria: 44  
Álvarez de Sotomayor, Fernando: 348n, 357n  
Álvarez del Vayo, Julio: 219, 353n  
Álvarez del Vayo, Luisi de (*véase* Graa, Luisa)  
Amo, Julián: 63  
Andréiev, Leonid Nikoláievich: 330, 367n  
Andréiev, Sawa: 9, 319, 329, 330, 334, 367n  
Andrés, Carmen: 348n  
Andrés, Julia: 342n  
Ángeles Ortiz, Manuel: 70  
Angélico, Halma (*véase* Clar Margarit, María Francisca)  
Anguiano, Gloria: 97  
Anguita, Amelia: 86  
Angustias: 161  
Anselmi, Giuseppe: 128, 338n  
Aquino y Busquets, Luis de: 73, 75, 86  
Aquino y Leguizamón, Susana de: 59, 73, 73n, 74, 78, 80-83, 85-89, 91, 99n, 203, 240  
Aragón Foureaux, Emilio: 356n  
Aragón Foureaux, José María: 356n  
Aragón Foureaux, Teodoro: 356n  
Araquistáin, Luis: 244, 352n  
Araquistáin, Trudi de (*véase* Graa, Gertrude)  
Argentina, la (*véase* Mercé, Antonia)  
Argentinita, la (*véase* López Júlvez, Encarnación)  
Arola, Enrique: 205, 349n  
Arrieta, Nacho: 97n  
Arriola, José (*véase* Rodríguez Carballeira, José)  
Arroy: 16, 294, 305, 307-309, 312, 322, 327  
Asensio Mas, Ramón: 348n  
Asquerino, Mariano (*véase* Urdiaín Asquerino, Mariano)

Astort, Amparo: 252, 253  
 Azaña, Manuel: 95, 245

**Baeza, María** (*véase* Martos Arregui O'Neill Jalón [de Baeza], María)

Baeza, Ricardo: 217, 352n  
 Badanelli, Pedro (*Perico*): 230, 231  
 Bakirgian, Nazareth: 290  
 Bakst, León: 43, 316, 365n  
 Baliari, Eduardo: 70, 71n  
 Ballester, Manuela: 351n  
 Bante, Blas: 74, 75  
 Barba Jacob, Porfirio: 92  
 Bardasano, José: 36  
 Baroja y Nessi, Carmen: 35, 39, 217, 351n, 353n  
 Baroja y Nessi, Ricardo: 353  
 Barrientos, María: 128, 338n  
 Bartolozzi, Francisca (*Pitti*): 44  
 Basaldúa, Héctor: 53, 54, 313-317, 322, 334, 364n  
 Basil, Wassily de: 331, 366n, 367n  
 Bastos, Consuelo: 217, 352n  
 Bastos, Manuel: 352n  
 Bastos, Pilar: 254, 256  
 Battenberg, Victoria Eugenia de: 141, 339n  
 Bautista de la Torre, Sebastián: 81  
 Beardsley, Aubrey Vincent: 194, 195, 347n  
 Beaux, Alfredo: 84  
 Bécquer, Gustavo Adolfo: 92  
 Bellver y Ramón, Fernando: 227  
 Bellver y Ramón, Luis: 227  
 Bellver y Ramón, Ricardo: 227  
 Benavente, Jacinto: 156, 238, 239, 246, 340n, 359n  
 Benedito, Vicente: 34  
 Benjumea, Ricardo: 260  
 Benlliure, Mariano: 225, 357n  
 Benois, Alexandre: 194, 315, 316, 346n, 365n  
 Bernard Shaw, George: 45, 244, 360n

Bernardi, Gisela: 265, 266  
 Bernardi, Santiago: 263, 266, 361n  
 Berni, Antonio: 49, 363n  
 Berry, Ana María: 47, 267, 268, 362n  
 Bertot, Gustavo: 360n  
 Blay y Fábrega, Miguel: 187, 343n  
 Blum, René: 366n, 367n  
 Boceta de Fernández Bordas, María: 223, 355n  
 Boneo, Josefina: 88  
 Boraschi Tona, Laura: 47, 279  
 Boraschi Tona, Valentina: 279  
 Borbón y Borbón, Isabel de: 122, 172, 237, 358n  
 Borbón y Habsburgo-Lorena, María de las Mercedes de: 170  
 Bores, Francisco: 345n  
 Borrás, Enrique: 43, 355n  
 Borzone, Alberto J.: 71n  
 Botana, Natalio: 46, 49-52, 61, 267-271, 280, 313, 349n, 362n, 363n  
 Botana Escudero, Jaime (*Pinto*): 268, 362n  
 Botana Escudero, Natalio (*Punto*): 268, 362n  
 Botana Medina, Georgina (*la China*): 268, 362n  
 Botana Medina, Helvio (*Poroto*): 268, 272, 282, 362n  
 Botana Medina, Jaime Alberto (*Tito*): 268, 272  
 Bouvier, Hélène: 321, 324, 326-329, 366n  
 Bóveda, Xavier: 56  
 Braque, Georges: 43, 194, 347n  
 Bravo-Villasante, Carmen: 217, 354n  
 Breinlinger, Hans: 66  
 Breton, André: 346n  
 Bretón, Tomás: 164, 181, 340n  
 Brimé, Amparo: 33, 202, 348n  
 Brimé, Gloria: 33, 202, 348n  
 Bullrich Palenque, Sylvina: 60n, 85n

Buñuel, Luis: 346n  
 Burgos, Haydée: 88  
 Burmann, Sigfrido: 45, 246, 360n

**Cacuri, Vicente P.**: 80  
 Cadenas, José Juan: 348n  
 Calderón de la Barca, Pedro: 44  
 Callejo de la Cuesta, Eduardo: 357n  
 Calvo, Antonia: 342n  
 Calvo, Carlos: 342n  
 Calvo Rodero, Gaspar Cástor: 358n  
 Calvo Rodero, Isabel: 232  
 Calvo Rodero, Pepita: 232  
 Calvo Rodero, Matilde: 20, 23, 32-35, 39, 40, 77, 79, 151, 192, 197, 203, 204, 205, 214, 217, 220, 226, 232, 234, 250, 344n, 349n, 356n, 358n  
 Calvo Rodero, Pilar: 232  
 Calvo Rodero, Rosalía: 232  
 Calvo Rodero, Trinidad: 232  
 Camarón y Navarro, María de la Asunción Elena: 183, 185, 342n  
 Campoamor, Clara: 219, 220, 352n, 353n  
 Camprubí, Zenobia: 38, 194, 217, 347n, 353n, 355n  
 Cano Delgado, Agustín: 75, 80, 81  
 Cánovas del Castillo y Rey, Antonio: 222, 229, 356n, 358n  
 Cantallos: 81  
 Carambat, Víctor: 294  
 Cárcamo, Pilar: 348n  
 Cardozo y Godoy, Norma: 90  
 Carreño, Teresa: 339n  
 Carreño España, José: 225, 357n  
 Carretón, Vicente: 20, 35, 42  
 Carrillo de Albornoz, Alfonso: 17  
 Carrillo Durán, Alfonso: 167, 179, 210, 350n, 351n  
 Carrillo Durán, Eugenio: 210, 351n  
 Carrillo Durán, Pepe: 210, 350n  
 Carrillo Durán, María: 15, 17, 210  
 Carrillo Durán, Milagro: 350n

Carrillo Durán, Rita: 210  
 Carrillo Durán, Victorina: 210  
 Carrillo y Sánchez de Tovar, Alfonso: 350n  
 Carrizo, Ángel: 285, 287  
 Casaban, Ignacio: 16  
 Casaban, Ricardo: 16  
 Casal Chapí, Enrique: 44, 45, 229, 243, 245, 357n, 358n  
 Casona, Alejandro: 45, 92  
 Castagnino, Juan Carlos: 49, 363n  
 Castillo, Emilio del: 342  
 Castillo, Gema: 365n  
 Castro Gil, Manuel: 192, 345n  
 Cebrían, Hipólito: 159  
 Cebrían Fernández, Genoveva: 15-17, 94, 115, 118, 120-123, 126, 127, 129, 135, 141, 142, 144, 146-148, 150, 153, 158, 159-165, 167, 168, 170, 214, 223, 234, 237, 238, 241, 242, 250, 252, 314, 319  
 Cebrían Fernández, Leonor: 115, 122, 123, 160  
 Celaya, Gabriel: 92  
 Chernobori, José: 66  
 Cervantes, Miguel de: 360n  
 Cézanne, Paul: 347n  
 Chacel Arimón, Rosa: 19, 20n, 32, 42, 164, 188, 192, 196, 206, 340n, 343n, 347n  
 Chaikovski, Piotr Ilich: 59  
 Chaliapin, Fiódor: 330, 331, 367n  
 Champourcín, Ernestina de: 217, 354n  
 Chapí, Ruperto: 160, 279, 358n  
 Chelito, la (*véase* Portela, Consuelo)  
 Chicote, Enrique: 29, 241, 249, 359n  
 Chiesa, Armando: 66  
 China, la (*véase* Botana Medina, Georgina)  
 Churruca y Plaza, Santiago: 75  
 Cimaglia-Espinosa, Lía: 81  
 Clar Margarit, María Francisca: 217, 354n

Cocca, Aldo Armando: 85  
 Coello, Manuel: 350n  
 Colli, Armando: 55  
 Comba García, Juan: 26, 181, 223, 342n  
 Compostela (*véase* Vázquez Díaz, Francisco)  
 Córdova Iturburu, Cayetano: 263, 361n  
 Cortadellas, Juana: 20, 214  
 Cortesina, Angélica: 363n  
 Cortesina, Helena: 55, 280, 281, 360n, 363n  
 Cortesina, Ofelia: 363n  
 Cortezo, Víctor María (*Vitín*): 97  
 Crespo, Hipólito: 279n  
 Cuenca, Ricardo: 342n  
 Cuervo, Andrés (*véase* Fernández Cuervo y Sierra, Andrés)  
 Cubiles, José: 147, 148  
 Cunill Cabanellas, Antonio: 56-58, 62

**D**alí, Salvador: 20, 69, 81, 82, 184, 190, 192-194, 346n  
 Damonte Taborda, Raúl: 272, 362n  
 Danielli, Annetta: 15  
 Danielli, Norina: 15  
 Dantas, Julio: 44  
 Defoe, Daniel: 351n  
 Degas, Edgar: 116, 249  
 Delibes, Léo: 338n  
 Denham, Serge: 366n, 367n  
 Diaghilev, Sergei: 43, 319, 320, 332, 346n, 365n, 366n, 367n  
 Díaz Artigas, Josefina: 361  
 Díaz Mendoza, Fernando: 359n  
 Díaz de Quijano, Máximo: 90, 91  
 Dickens, Charles: 351n  
 Dimitrievitch, Jura: 332, 367n  
 Dior, Christian: 356n  
 Domenchina, Juan José: 354n  
 Doménech Amorós, Jaime: 29  
 Doménech i Gallissà, Rafael: 30, 31, 32n, 34, 185, 186, 190, 201, 203, 204, 205, 209, 210, 225, 226, 229, 250, 342n, 349n  
 Dos Passos, John: 345n  
 Dumas, Enrique: 97  
 Duncan, Isadora: 16, 63  
 Duncan, Raymond: 64  
 Dunham, Katherine: 16, 64  
 Duque, Elena: 97  
 Durán, Juan Manuel: 346n  
 Durán Lerchundi, José: 15, 16, 94, 111, 115-118, 120, 124-126, 129, 146-148, 150, 157, 159-161, 163-165, 166, 167-179, 183, 185, 190, 199, 215, 223, 241, 245, 250, 304  
 Durán Pruna, María: 17, 350n  
 Durán y Terry, Miguel (*Pololo*): 46, 251, 255  
 Durán Tovar, Antón: 179  
 Durán Tovar, Chona: 179  
 Durán Tovar, Dolores: 106, 179  
 Durán Tovar, Francisco: 179, 256  
 Durán Tovar, Remedios: 179  
 Durán Vernacci, Margarita (*Cuca*): 47, 257  
 Durán Vernacci, María del Carmen (*Memén*): 46, 106, 254, 257  
 Durán Vernacci, Marisa: 47, 257  
 Durán Vernacci, Miguel (*Pololín*): 47, 254, 257, 265, 275  
 Durán y Walkinshaw, Miguel: 17, 46, 165, 167, 223, 251, 259  
 Durán Walkinshaw, Francisco: 167, 169, 170, 173, 252, 254, 256

**E**chegaray, José: 228, 280  
 Edle von der Planitz, Clotilde Margarete Anna (*véase* Sakharoff, Clotilde)  
 Edo Mosquera, Manuel: 351  
 Eizmendi Graña, Oda: 304  
 Eizmendi Graña, Orealis: 304  
 Emery, Fernando: 290  
 Esain Rey, Elena: 42

Escobar, Luis: 97, 360n  
 Escudero, Ada (*la Piba*): 272, 362n  
 Espada, Isabel: 219  
 Esparza, Emérita (*véase* Locatelli y Álvarez Esparza, Matilde María Teresa Emérita)  
 Esparza, Joaquín: 97  
 Estrella, Mercedes: 342n

**F**alla, Manuel de: 81  
 Fasán, Marcelo: 88  
 Fatone, Vicente: 84  
 Fernández, Encarnación: 15, 16, 114, 115, 123, 126-128, 131-134, 137-142, 146, 159, 214, 319, 338n  
 Fernández, Juana: 15, 16  
 Fernández, Luis: 32, 204, 205, 349n  
 Fernández, Manuel: 15, 16n, 366n  
 Fernández, María: 16n  
 Fernández, Óscar: 308, 309, 315  
 Fernández Arbós, Enrique: 231, 358n  
 Fernández Ardevín, Luis: 45  
 Fernández Blanco, Isaac: 73  
 Fernández Bordas, Antonio: 21, 30, 225, 226, 355n, 357n  
 Fernández Cuervo y Sierra, Andrés: 192, 346n  
 Fernández de la Mora, Pilar: 147, 223, 339n  
 Fernández de la Puente, Zaida: 78  
 Fernández San Emeterio, Jacinto: 243, 245, 360n  
 Fernández Villegas, Francisco (*Zeda*): 192, 345n  
 Fernández Villegas Niño, Margarita: 19, 345n  
 Ferrer, Encarnación: 15  
 Ferrer, Hugo: 82  
 Ferrer, Julia: 15  
 Ferrero, Leo: 55  
 Fidelman, María Mijailova: 354n  
 Field, Inés: 295, 296, 364n  
 Figuera Aymerich, Ángela: 92

Figueroa y Alonso Martínez, Agustín de: 79, 229, 358n  
 Figuerola, Clotilde: 16  
 Fokin, Mijaíl (*véase* Fokine, Michel)  
 Fokine, Michel: 346n, 365n  
 Fons de Checa, Julia: 177  
 Fontana, Atilio Ángel: 66  
 Fontanals, Manuel: 60, 352n, 363n  
 Forn Ramos, Santiago: 92  
 Fornillo, Dante Alberto: 78  
 Fortín, Elena (Encarnación Aragoneses): 42, 47, 48n, 52, 134, 217, 219, 272, 338n, 364n  
 Foxá, Agustín de: 92  
 Franco, Francisco: 97, 192, 319, 346n  
 Franco, José: 243, 245, 360n  
 Franco, Ramón: 346n  
 Franco, Rodolfo: 55  
 Frau, José: 19, 82, 189, 192, 343n  
 Fuente, Clotilde de la: 342n  
 Fuente, Sindulfo de la: 44  
 Fuentes Roy, Esperanza: 240, 359n

**G**allaraga de Salaverría, Amalia: 217, 355  
 Gamboa y Moreno, María de: 358  
 Gallardo Martín-Gamero, Carmen (*véase* Mesa, Carmen de)  
 Gámez, Celia: 60, 219, 230, 358n  
 Gandhi, Mahatma: 290, 291, 364n  
 Garcés, Isabel: 181, 238, 342n  
 García, Aurelio: 342n  
 García, Benjamín: 66  
 García, Juan José: 36  
 García-Abad, Teresa: 45, 60, 61n  
 García Antón, María del Carmen: 52  
 García Berroeta de Núñez Acuña, Aurora Norma: 288, 289, 364n  
 García de Leániz y Arias de Quiroga, Francisco Javier: 207, 350n  
 García Lorca, Federico: 56, 98, 240, 246, 359n  
 García Luengo, Eusebio: 360

García Peñaranda, Herminia: 355n  
 García de Quevedo, Guadalupe: 217  
 Gardel, Carlos: 279, 363n  
 Carnelo y Alda, José: 189, 226, 244n  
 Garro, María: 238  
 Gasset y Artime, Eduardo: 337n  
 Gaudí, Antoni: 202  
 Gentil, Antonio: 342n  
 Germain, Manuela: 15  
 Gérôme, Jean-Léon: 343n  
 Gershwin, George: 59  
 Ghéon, Henri: 44  
 Giacobbe, Juan Francisco: 57, 58  
 Giacosa, Giuseppe: 337n  
 Gil Losilla, Germán: 36  
 Gille, Philippe: 338n  
 Girón, Vicente: 16  
 Gisbert, Isabel: 361  
 Gobatto, Ida: 279  
 Godoy, Emilio: 89  
 Gómez, fray Bernardino: 33n, 79, 283, 284, 287, 288, 364n  
 Gómez, Juan: 284  
 Gómez, Wenceslao: 66  
 Gómez de la Serna, Ramón: 41, 364n  
 González, Paz: 19n, 20n  
 González Giraud (de Frau), Margarita: 343n  
 González Guerrico, María de: 47  
 González-Pérez, José Victoriano: 43  
 Gorka, Aline: 312  
 Gorbea Lemmi, Eusebio de: 47, 52, 272  
 Gounod, Charles: 160  
 Goya, Francisco de: 87, 133  
 Graa, Luisa: 217, 219, 353n  
 Graa, Gertrude (*Trudi*): 217, 219, 221, 352n  
 Granados, Enrique: 81  
 Grandier, Reina: 82  
 Grases Riera, José: 348n  
 Grassi Díaz, Cirilo: 52, 52n, 313, 364n  
 Grau, Jacinto: 217, 355n  
 Greco, el: 87

Grimoldi, Diego: 71, 72  
 Gris, Juan (*véase* González-Pérez, José Victoriano)  
 Gross, José: 229  
 Guatí, Antonio: 27  
 Guerrero, Daniel: 89, 90  
 Guerrero, María: 43, 240, 243, 275, 359n, 363n  
 Guibourg, Edmundo: 50  
 Gurrea Monasterio, Adelina: 79, 217, 219, 222, 226, 234, 242, 250, 354n  
 Gutiérrez, Antonio: 44  
 Gutiérrez Gamero, Emilio: 27  
 Gutiérrez Larraya, Aurora: 206  
 Gutiérrez Larraya, Tomás: 206, 350n

#### **Habsburgo-Lorena, María Cristina de:**

17, 170  
 Halffter, Cristóbal: 96  
 Halffter, Ernesto: 81  
 Hannemann, Pablo: 71  
 Harcourt, Joaquín d': 352  
 Hermoso, Carmen: 147, 148, 227, 228, 230, 339n  
 Hermoso, Luis: 227  
 Hermoso, Manuel: 226, 227, 228  
 Hermoso, Manuela de (*Manolita*): 226-228  
 Hermoso, Teresa: 147, 148, 227, 228, 230, 339n  
 Hernández, Eloy: 36  
 Hernández, Osmundo: 36  
 Hertsfeid, Ernesto: 84  
 Hidalgo de Caviedes, Hipólito: 346n  
 Hidalgo de Caviedes, Rafael: 346n  
 Hierro, José: 92  
 Hoyer, Dore: 16  
 Hoyo, José María del: 348  
 Huici, Matilde: 217, 219, 352n, 353n

**Ibáñez, Dionisia:** 342n  
 Ibáñez Marín, José: 353n  
 Igarzábal, Edgardo: 82, 89-91

Illia, Arturo Umberto: 97  
 Illica, Luigi: 337n  
 Iris Marga (*véase* Pauri Bonetti, María Iris Elda Rosmunda)  
 Irurettagoyena Salles (de Meabe), Julia: 217, 219, 260, 353n  
 Isabel, infanta (*véase* Borbón y Borbón, Isabel de)  
 Ivars, Silvia: 97

**James, Henry:** 347n  
 Jiménez, Juan Ramón: 194, 347n  
 Jiménez, Prudencio (*Pucho*): 229, 234, 252  
 Jiménez Fraud, Alberto: 23  
 Jiménez Quesada, Rafaela: 217, 222, 242, 354n  
 Jordá, José: 243  
 Juan, Marcela de (Hwang Ma Ce): 217, 354n  
 Juan Carlos I: 201

**Kahnweiler, Daniel-Henry:** 347n  
 Kaiser, Georg: 244  
 Kent, Victoria: 38, 217, 219, 225, 260, 352n, 353n  
 Kerstich, Conrado: 82  
 Kon Shi: 294  
 Kreutzberg, Harald: 16, 67  
 Kulichevskaya, Klaudia: 332, 367n

**Labourdette, Juan Carlos:** 66  
 Lacy de Elorriaga, Rosario: 217, 219, 353n  
 Ladrón de Guevara, María Fernanda: 181, 238, 341n  
 Lam, Kim: 294, 295, 297, 299, 301, 304  
 Lamy, Famián: 90  
 Landi, Marisa: 75  
 Lando, Norber: 82  
 Lapayese, José: 36  
 Larco, Jorge: 239, 358n  
 Larguía, Susana: 47, 267, 362n

Larra y Larra, Fernando José de: 225, 357n  
 Larreta, Enrique: 88  
 Laurencin, Marie: 43  
 Lázaro, Ángel: 246  
 Lázaro, Enrique: 49, 363n  
 Lejárraga, María: 37, 352n, 355n  
 Lemaire, Ferdinand: 337n  
 Lennon, María Emilia: 82, 86  
 León Felipe (Felipe Camino Galicia de la Rosa): 92  
 Leonor, José: 36  
 Lerchundi, Ángela: 165  
 Lesmiewky, Wladislaw: 331  
 Levillier, Roberto: 56, 57, 275, 276  
 Liern, Rafael María: 140, 339n  
 Lifar, Serge: 367n  
 Lima, Dora: 279  
 Lleó, Vicente: 340  
 Lloret, Enrique: 15  
 Lluch, Felipe: 44, 45, 243, 245, 360n  
 Locatelli y Álvarez Esparza, Matilde María Teresa Emérita: 203, 230, 348n  
 Locatelli y Zamora, Federico: 358n  
 López, Irene: 55, 75, 76, 242, 248, 250, 275, 359n  
 López Jiménez, María José: 27  
 López Júlvez, Encarnación: 217, 355n  
 López Lagar, Pedro: 55, 248, 360n  
 López Naguil, Gregorio: 58, 276, 363n  
 Lorenzo, Matilde: 21  
 Loubet, Émile: 128, 338n  
 Lozano, Pedro: 44  
 Lucas Moreno, Antonio: 148, 252  
 Lumière, hermanos: 75  
 Lund-Bourn, Nica: 342n  
 Luque, Carmen: 342n  
 Lussich Márquez, Sara: 68  
**Machado, Antonio:** 92  
 Macho Álvarez, Natividad: 97, 235, 240, 359n  
 Madariaga, Asita: 217

Maeztu Whitney, María de: 23, 24n, 36, 38, 217, 220, 221, 225, 351n, 352n, 353n  
 Magariños, Santiago: 252, 361n  
 Maiorano, Magdalena María Rosa: 86  
 Mallo, Marija: 13, 20, 192, 345n  
 Mancini, Juan: 53, 314, 364n  
 Manso, Juana: 124, 348n  
 Manzi, Homero: 61, 272, 363n  
 Maórtua de Ucelay, Pura: 217, 352n  
 María Cristina, reina (*véase* Habsburgo-Lorena, María Cristina de)  
 Mercedes, infanta (*véase* Borbón y Habsburgo-Lorena, María de las Mercedes de)  
 Marín Magallón, Manuel: 189, 344n  
 Marquerie, Alfredo: 332, 358n  
 Marquerie Rodero, Rafael: 332  
 Marquina, Eduardo: 55  
 Martínez de la Riva, Miguel: 225, 226  
 Martínez Sierra, Gregorio: 34, 37n, 342n, 360n  
 Martínez Sierra, María (*véase* Lejárraga, María)  
 Martos Arregui O'Neill Jalón (de Baeza), María: 38, 217, 219, 352n  
 Masip, Catalina: 15  
 Massip, Jorge: 88  
 Masoni, Dante: 66  
 Massenet, Jules: 338n  
 Matienzo, Agustina: 57  
 Matienzo, Juan de: 57  
 Matisse, Henri: 43  
 Murette, Marcelle: 56  
 Mauri, Carolina: 15  
 Mauri, Rosa: 15  
 Maya Devi: 309, 310, 311, 312  
 Meabe, Julia de (*véase* Iruretagoyena Salles [de Meabe], Julia)  
 Meabe, Tomás: 353n  
 Medina Onrubia (de Botana), Salvadora: 46, 49, 51, 55, 267, 268, 271-273, 279-282, 360n, 362n  
 Meilhac, Henri: 338n  
 Mejuto, Andrés: 52, 272, 363n  
 Membrives, Lola: 253, 363n  
 Mendaña, Álvaro de: 57  
 Méndez Casal, Antonio: 34n, 39n, 40, 41n  
 Menem, Carlos: 362n  
 Mercé, Antonia: 16, 16n, 63, 319, 345n, 366n  
 Mercé Luque, Josefa: 366n  
 Mérode, Cléo de: 181, 341n  
 Mesa, Carmen de: 217, 219, 242, 245, 246, 259, 353n  
 Mesa, Enrique de: 353n  
 Miñana, Isabel: 15  
 Miraglia, Juan Carlos: 66  
 Miranda, Ricardo: 342n  
 Mistral, Nati (*véase* Macho Álvarez, Natividad)  
 Molière (Jean-Baptiste Poquelin): 45  
 Molla, Eva: 292  
 Mompou, Federico: 81  
 Mongrell, José: 205, 349n  
 Monné, Carmen: 353n  
 Montanés, Luisa: 15  
 Moraleda, Fernando: 359n  
 Morales Durán, José María (*Pin*): 78, 97, 100, 106  
 Moreno Carbonero, José: 189, 190, 225, 226, 343n  
 Morris, William: 31  
 Moskalenko, Pedro: 334-336  
 Mrinalini Sarabhai: 59, 311, 364n  
 Muntané i Muns, Lluís: 205, 349n  
 Muñiz Mendoza, Marcial: 345n  
 Muñoz, Pilar: 248  
 Muñoz Degrain, Antonio: 189, 343n  
 Muñoz Dueñas, Gregorio: 52, 204n, 205, 210, 349n, 351n  
 Muñoz Montoro, Amparo: 210, 349n, 351n  
 Muñoz Montoro, Gori: 52, 205, 210, 272, 349n, 351n

Muñoz Seca, Pedro: 239, 359n, 360n  
 Murger, Henry: 337n

**N**  
 Navarro de Luzuriaga, María Luisa: 217, 355n  
 Navas Parejo, José: 36  
 Negrín, Juan: 217, 221, 348n, 354n  
 Negrini, Francesco: 323  
 Nelken, Margarita: 225, 352n, 357n  
 Nieto, Ofelia: 164, 340n, 363n  
 Nijinsky, Vaslav: 16n, 63, 319, 320, 366n  
 Niño Villaverde, Amparo: 345n  
 Noel, Carlos: 73  
 Noel, Martín: 73  
 Núñez, Alvar: 66, 67n

**O**  
 Ocampo, Victoria: 47, 266-268, 361n, 362n, 364n  
 Oliver, María Rosa: 47, 267, 362n  
 Oltra Manso, Pedro: 124  
 Oriol, María: 220  
 Oro, Eugenia de (*véase* García Berroeta de Núñez Acuña, Aurora Norma)  
 Ortega, Carmen: 146, 172  
 Ortega y Gasset, José: 345n, 362n  
 Ortín, Miguel: 222, 357n  
 Ortiz, Carmen: 215  
 Ortiz, Roberto M.: 363n  
 Ortiz Echagüe, Fernando: 268, 362n  
 Ortiz de Rosas, Olga: 81, 88  
 Ortiz de Zárate, Juan: 57  
 Oteiza, Julio: 349n  
 Ottein, Ángeles: 164, 340n  
 Oyarzábal, Isabel: 38, 353n

**P**  
 Pacheco, Miguel: 75  
 Pahissa, Jaume: 55  
 Palacios, Miguel de: 340n  
 Palencia, Ceferino: 353n  
 Panagiotópulos, Homero: 69  
 Pané, Juan Carlos: 90  
 Parada y Santín, José: 187, 343n

Pardo, Elvira: 342n  
 Pareto, Graziella: 128  
 París, Luis: 116, 128, 337n, 338n  
 París Ramírez, Luisa: 128, 172  
 Pasini-Vitale, Lina: 128, 338n  
 Pastor, Consuelo: 15  
 Pauri Bonetti, María Iris Elda Rosmunda: 275-278, 363n  
 Pazos, María: 342n  
 Peinado, Joaquín: 349  
 Pemán, José María: 92  
 Peña, Federico: 216  
 Peña, Óscar Luis: 66  
 Perales, Manuel: 363n  
 Pérez, Clarisa: 284  
 Pérez del Arco, José: 75, 80, 89n  
 Pérez de Ayala, Mabel de: 217, 353n  
 Pérez de Ayala, Ramón: 183, 342n, 353n  
 Pérez Bueno, Luis: 32, 203, 205, 348n, 349n  
 Pérez-Dolz, Francisco: 32-34, 204, 205, 349n  
 Pérez Galdós, Benito: 44, 244, 245, 340n  
 Pérez Gil, José: 36  
 Pérez Herrero, María Luisa: 192, 344n, 353n  
 Pérez Hidalgo, Rafael: 194, 346n  
 Pérez Rubio, Carlos: 340n  
 Pérez Rubio, Timoteo: 19, 20, 46, 189, 195, 254, 343n  
 Pérez-Sáez, Antonio: 342n  
 Perón, Juan Domingo: 327, 362n, 367n  
 Perrín, Guillermo: 340n  
 Petipa, Marius: 365n  
 Petit de Murat, Ulyses: 61, 362n  
 Piano, Óscar: 90  
 Picasso, Pablo: 43, 260, 347n, 349n  
 Pini, Josefina: 81  
 Piquer, Concha: 348n  
 Pita, Claudino: 358n  
 Pla, Cecilio: 189, 344n

Polo, Irene: 47, 49, 263, 265, 267, 279, 361n  
 Pombo, Ana de: 64, 356n  
 Pompey y Salgueiro, Francisco: 197, 347n  
 Poroto (*véase* Botana Medina, Helvio)  
 Portela, Consuelo: 360n  
 Prado, Loreto: 241, 249, 359n  
 Prieto, Gregorio: 19, 189, 192, 343n  
 Primo de Rivera, Miguel: 179  
 Pruna Melero, Rita: 17  
 Puccini, Giacomo: 337n, 338n

**Q**  
 Quintana, Mercedes H.: 57  
 Quiroga, Antonia: 34  
 Quiroga, Josefa: 34

**R**  
 Rada, Pablo: 346n  
 Ramírez, María de la Concepción: 89  
 Ramírez, Pilar: 337n  
 Ramírez de Velasco, Juan: 285  
 Ras, Matilde: 42, 100  
 Renau, Josep: 46  
 Rey, Elvira: 356n  
 Reyes, Amparo: 243, 245, 360n  
 Ribas, Enrique: 52  
 Ribas, Gerardo: 55, 280  
 Ribeyrán, Memert: 15n  
 Rick, Mabel (*véase* Pérez de Ayala, Mabel de)  
 Rivas Cherif, Cipriano: 27n, 43, 44n, 45, 55, 222, 243, 245, 260, 356n, 360n  
 Robles Pazos, José: 345n  
 Rodero Domínguez, Anunciación: 358n  
 Rodero Domínguez, Carmen: 235  
 Rodrigo, María: 352  
 Rodrigo, Joaquín: 81  
 Rodríguez Carballeira, Aurora: 355n  
 Rodríguez Carballeira, Hildegart: 355n  
 Rodríguez Carballeira, José: 220, 355n  
 Rodríguez Carballeira, Josefa: 355n  
 Rodríguez de la Vega, Cecilio: 183, 342n

Roig, Dionisia: 16  
 Roig, José: 16  
 Rolla, José Félix: 66  
 Romanoff, Boris: 367n  
 Romero, Jacinta: 126, 127, 145, 146, 156, 157, 239, 337n  
 Romero de Torres, Julio: 191, 201-203, 220, 247, 344n  
 Rongelen, Josephine: 15  
 Rosales, Eduardo: 342n  
 Roy, Esperanza (*véase* Fuentes Roy, Esperanza)  
 Royo Millán, Aurora: 27  
 Rubén, Dardo: 81  
 Rubinstein, Antón: 339n  
 Ruffo, Titta: 128, 154, 338n  
 Ruiz de Alda, Julio: 192, 346n  
 Ruiz de Lihory y Resino, Margarita: 211, 213, 351n  
 Ruiz Soler, Antonio: 64  
 Ryus, Ana (*véase* Clar Margarit, María Francisca)

**S**  
 Saavedra, Sara: 203, 239, 348n  
 Saavedra, Teresa: 203, 239, 348n  
 Sachi, Adolfo: 295, 297  
 Sáenz de Tejada, Carlos: 20, 34, 192, 345n  
 Saint-Saëns, Camille: 337n  
 Sakharoff, Alexandre: 16, 64, 67  
 Sakharoff, Clotilde: 16, 64, 67  
 Salaverría, José María: 355n  
 San Simón, Ventura: 229  
 Sánchez de León, Enrique: 181, 238, 341n  
 Sanchís de Tolosa Latour, Milagro: 353n  
 Sangróniz, Amparo S. de: 217, 354n  
 Sangróniz, Eloísa C. de: 217, 354n  
 Sangróniz, Mercedes P. de L. de: 217, 354n  
 Santa Cruz, Francisco: 345n  
 Santamarina, *Cocó* (Josefina Estellat): 295-304, 308, 309, 322, 327

Santo Floro, marqués de (*véase* Figueroa Alonso Martínez, Agustín)  
 Saracco, Angiolina: 15  
 Sastre, Alfonso: 92  
 Sayons, Alfonso de: 56  
 Scarlatti, Domenico: 81  
 Schiff, Frederick: 71n  
 Schnitzler, Arthur: 244  
 Senra, Mery: 97n  
 Serrano, Blas: 81  
 Serrano, Emilio: 172, 341n  
 Serrano, José: 348n  
 Serrano Redonnet, Ana: 54  
 Shaw, Bernard: 45, 244, 360n  
 Shelby, Charmion: 63  
 Simonet Lombardo, Enrique: 189, 343n  
 Solano, Francisco: 285, 287  
 Solari Parravicini, Benjamín: 88  
 Soldi, Raúl: 86  
 Soler, Rigoberto: 204, 205, 213, 349n  
 Soler, Tony: 97n  
 Soler Pérez, Leopoldo: 190, 344n  
 Solís, Enrique: 183  
 Soñen, Joaquina: 15n  
 Soriano, Fortunata: 15n  
 Soriano Fischer, Elisa: 353n  
 Sorolla y Bastida, Joaquín: 39, 199, 347n, 349n  
 Sorolla García, Helena: 39  
 Sorolla García, María: 39  
 Soto, Luisa: 135, 164, 215  
 Spilimbergo, Lino Enea: 49, 363n  
 Spraggon, Fífa: 152  
 Stal, Pierre (*véase* Moskalenko, Pedro)  
 Staude, Luis: 278  
 Storchio, Rosina: 128, 338n  
 Stravinsky, Igor: 346n  
 Suárez, Nieves: 181, 238, 342n  
 Suárez de Deza, Enrique: 44, 360  
 Svanascini, Osvaldo: 309, 310

**T**  
 Tagore, Rabindranath: 194, 231, 347n, 364n

Tamayo y Baus, Victorino: 16n  
 Tartaglione, Eduardo: 66  
 Tato, Miguel P.: 54  
 Terry, Margarita: 179  
 Tirso de Molina (Gabriel Téllez): 45  
 Tito (*véase* Botana Medina, Jaime Alberto)  
 Tolstói, León: 331, 367n  
 Tomín, Jorge: 316, 332, 365n  
 Tomina, Victoria: 332, 365n  
 Torcuato de Alvear, Marcelo: 362n  
 Torre, Amelia de la: 47, 248, 266, 361n  
 Toscanini, Arturo: 322-324, 367n  
 Tosso, Rufino Nicolás: 66  
 Tovar, Remedios: 179  
 Trellini, Pedro A.: 66  
 Trepát, Luis: 90  
 Trilles, Miguel Ángel: 190, 344n  
 Tubau, María: 342n  
 Turina, Joaquín: 81

**U**  
 Ucelay, Pura (*véase* Maórtua de Ucelay, Pura)  
 Urdiain Asquerino, Mariano: 55, 242, 359n  
 Urgoiti, Nicolás de: 60  
 Urrabieta Vierge, Samuel: 337n  
 Urueña, Mabel: 90

**V**  
 Valdés, Carmen: 69, 76, 84, 290, 291, 308, 309, 311, 327, 328, 364n  
 Valle-Inclán, Carlos: 201  
 Valle-Inclán, María de la Encarnación Beatriz Baltasara (*Mariquiña*): 199, 347n  
 Valle-Inclán, Ramón María del: 41, 60, 111, 197-201, 242, 243, 247, 249, 340n, 347n, 348n  
 Valledor, Jacinto: 45  
 Valverde Lasarte, Joaquín: 19n, 192, 345n  
 Vaquero, Beatriz: 90  
 Vázquez Díaz, Francisco: 36  
 Vega, Irene: 90

Vega, Lope de (*véase* Vega Carpio, Lope Félix de)

Vega, Pilar: 225

Vega Carpio, Lope Félix de: 45, 361n

Vegue y Goldoni, Ángel: 40, 225, 357n

Vehil, Luisa: 57

Velázquez, Diego: 87

Vélez, Ángela: 54, 68, 322, 366n

Vergara Leumann, Eduardo: 81

Verger, Carlos: 190, 344n

Vernacci, María del Carmen: 46-51, 251-254, 257, 259-261, 262, 264, 265-269, 275, 281, 282, 361n

Verne, Julio: 350n

Vijayananda, Swami: 290-292, 364n

Vilches, Ernesto: 242, 359n

Vilches Heredia, José: 243

Villegas, Amparo: 345n

Villegas, Concepción: 345n

Villegas, Jorge: 345n

Villegas, Mária (*véase* Fernández Villegas Niño, Margarita)

Villegas, Pura: 345n

Viñas, Francisco: 128, 338n

Viñes, Hernando: 349n

Viudes, Vicente: 97, 229, 358n

Von Derp, Clotilde (*véase* Sakharoff, Clotilde)

Wagner, Richard: 187, 318, 337n, 338n, 342n

Walkinshaw, Chonita: 17, 167, 168

Wallman, Margarita: 54, 315-318, 322, 365n

Warleta de la Quintana, Ismael: 210, 350n, 351n

Wells, H. G.: 347n

Whu Mei Ling: 292-297, 299-304, 308, 312

Wilde, Oscar: 194, 195, 347n

Xirgu, Margarita: 13, 43n, 44, 46, 47, 55, 56, 95, 217, 222, 226, 243, 245, 250, 251, 253, 263, 265, 266, 268, 270, 275, 345n, 355n, 356n, 357n, 359n, 360n, 361n, 363n

Xirgu, Miguel: 45

Yeats, William Butler: 347n

Zaldívar, Ramona: 342n

Zancada, Blanca: 220

Zaragoza y Berenguer, Jorge: 88

Zarco, Rafael del: 93

Zervos, Christian: 349n

Zervos, Yvonne: 349n

Zola, Émile: 194, 346n

## PATRONATO DE LA FUNDACIÓN RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES ES UNA FUNDACIÓN CUYO PRESIDENTE DE HONOR ES S. M. EL REY. SU PATRONATO ESTÁ PRESIDIDO CONJUNTAMENTE POR LA MINISTRA DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL Y EL MINISTRO DE CIENCIA, INNOVACIÓN Y UNIVERSIDADES, Y ESTÁ INTEGRADO POR EL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA Y COOPERACIÓN; EL MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE; EL MINISTERIO DE ECONOMÍA Y EMPRESA; EL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS; LA COMUNIDAD DE MADRID; EL AYUNTAMIENTO DE MADRID; LA JUNTA DE ANDALUCÍA; EL GOBIERNO DE ARAGÓN; LA FUNDACIÓN OBRA SOCIAL Y MONTE DE PIEDAD DE MADRID; EL BBVA; TELEFÓNICA; LA FUNDACIÓN CAROLINA; LA FUNDACIÓN CAJASOL; LA ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, Y, A TÍTULO PERSONAL, MERCEDES CABRERA, JOSÉ ELGUERO, JUAN PABLO FUSI, ANTONIO GARCÍA-BELLIDO, JOSÉ GARCÍA-VELASCO, JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA Y JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO.



